Tú eres mi musa y mi punto de partida. En ti comienzan mis sueños. La energía de tus ojos son mi combustible. Gracias por todas tus palabras de aliento, cariño.
21-junio-2001.

“Eugenesia”
(INTRODUCCIÓN)

El anterior volumen de relatos cortos contenía una especie de epílogo al final de estos comentando algunas cosas sobre ellos, su elaboración y todo ese tipo de cosas, ya sabes, pero cierto amigo me recomendó que era mejor hacer una introducción al principio por razones que no pasaré a detallar, pero que, en definitiva, era más pertinente y además, lo acostumbrado. Bueno, el caso es que en esta ocasión he preferido hacerlo así, por eso esta vez abriré estos “Relatos Cortos, Vol. 2” con el prólogo de su primer relato: “Eugenesia”, y así lo iré haciendo sucesivamente con los demás.

En cuanto a ello, decirte que este relato nació como consecuencia de un concurso de relatos cortos de CF sobre el tema de la manipulación genética y todos sus “derivados”. En un principio, no iba a presentarlo, por que, simplemente, no funciono así, quiero decir que no puedo ceñirme a un tema, un número de páginas, una fecha, y ese tipo de cosas... Pero el hecho de que el mismo promotor del mismo, después de haber leido algunos de mis relatos me animara para que lo intentara, me estimuló a hacerlo. Mi relato no llegó a nada, como no podía ser de otra forma, pero, en fin, creo que es un relato interesante y que se deja leer.

El proceso comenzó buscando información sobre el tema, hasta que encontré el término que le da

título al relato, que en un principio no sabía siquiera lo que significaba, pero indagando sobre el tema me llamó la atención de qué podría ocurrir si ese mismo concepto xenófugo y radical renaciera en un futuro no muy lejano y provisto de la posibilidad de controlar el Genoma humano con la misma fuerza que se inició en nuestro pasado tampoco demasiado lejano. Es curioso que esta idea no solo atrajo a pueblos que se le suponía fascistas y racistas, como la alemania nazi de Hitler, sino también a naciones "abanderadas" de la libertad, como los Estados Unidos, con sus granjas de estirilización y control de "pureza". En fin, en su contra, se pueden decir muchas cosas, y una de ellas es que se trata de una historia muy corta y efímera para un tema tan complejo y espinoso, pero en defensa de ella diré que esta representa una especie de "flash" sobre la miserable existencia de una de sus fatales víctimas. La historia ha demostrado en más de una ocasión que las clases dirigentes utilizan todo tipo de elementos para hacerse inexpugnable delante de las clases más débiles y desprotegidas, sacrificándolas en pro de unos beneficios superficiales y egoistas...

“EUGENESIA”

“Desde el siglo XVI, sociedades que se proclamaban científicas han buscado clasificar las razas humanas intentando crear estereotipos. La arbitraria clasificación de los hombres en distintas razas en función del aspecto exterior y de las capacidades de inteligencia da pie a teorías como la del diplomático y filósofo francés Gobineau en el siglo XIX. En su Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas (1853-1855), aparecido cinco años después de la abolición de la esclavitud en las colonias de Francia, achacaba el declive de la sociedad al envejecimiento de las mismas. El pensamiento racista, contemporáneo del darwinismo social, se va estructurando poco a poco en doctrinas que preconizan la eugenesia, es decir, la aplicación de leyes biológicas al perfeccionamiento de la especie humana...”

El golpe de culata había provocado el efecto deseado en aquel estúpido viejo de pelo claro y piel áurea. Estaba algo aturdido, pero la increible resistencia de su cuerpo había hecho posible que no perdiera el sentido; ni siquiera había caido al suelo, tan solo había quedado con una rodilla pegada al piso, como haciendo penitencia.

Fredy vio la sangre manar de la zona del impacto, junto a su sien. Esta era encarnada, como la suya. Por supuesto, era algo que ya sabía, pero aún así, sintió una especie de

sobrecogimiento cuando lo comprobó. En el fondo lo admiraba. Era un sentimiento contradictorio que se mezclaba con su más absoluto desprecio, odio tal vez. Aquel tipo tenía la piel tersa casi como un niño, y de cada poro de su piel emanaba una especie de vitalidad que él nunca tuvo ni tendría. Eran ciento treinta años de felicidad y de éxito, ciento treinta primaveras de autosuficiencia. El, sin embargo, tan solo contaba con treinta y dos primaveras de frustración, de humillaciones y decepciones. Tan solo treinta y dos años, y era un maldito "don nadie" con un maldito cartel invisible a su espalda que decía "NO MANIPULADO", y eso era peor que morir, era no significar nada para nadie, como una planta en un rincón, solo que con la propia consciencia de serlo, que tal vez fuese lo más duro. De sus labios brotaron una inusual y furtiva mueca de sonrisa que surgió de la misma manera espontánea y cruel con que surje la desesperación en una alma que se encuentra apocada y deprimida. Sin dejar de portar el arma con desconcertante firmeza, volteó su cara y se topó con un ingrato espejo que le devolvió la mirada, si cabe con cierto grado de ridiculez. Y eso mismo fue lo que sintió al contemplarse, al contemplar sus ojos hendidos, su nariz que se le antojaba grotesca, sus labios carnosos, su porte desmadejado, casi patoso, sobre todo cuando se veía en la necesidad de correr, que era cuando más se notaba la imperfección, la tara que la genética, o dios sabe qué, le había impuesto al nacer con un defecto congénito en la rodilla.

"Maldita sea..."- pensó con rabia- "no tengo por que compadecerme de mi mismo, no tengo por qué hacerlo"- expresaba con rabia, casi con indignación, una voz que nacía de alguna parte de su alma y moría en alguna otra

de su ego. -¡Soy igual que cualquiera, soy igual que cualquiera...!- Exclamó esta vez con una voz ahogada y opaca que nació de su estómago, pero de sobra sabía que no era así, y lo peor era que no había forma humana de convencerse a sí mismo de ello, así que en un arrebato de cólera disparó una ráfaga de proyectiles sobre el espejo, hasta hacerlo por completo añicos, no solo a este, sino también a todo el mobiliario que tenía frente a sí, pero, sin dañar, al menos de forma seria, ninguno de los aparatos de la emisora de radio.

Las cuatro personas que permanecían arrinconadas, casi amontonadas, en la otra esquina de la habitación, se vieron cuanto menos sorprendidas por lo repentino de las detonaciones y por lo tremendamente amplificadas que sonaron en aquella habitación insonorizada al exterior, como si el eco se hubiese amplificado al comprobar que no podía expandirse.

Fredy alzó la vista. Incluso a él, los estampidos le habían producido algo así como un impacto psicológico inesperado; habían originado que su corazón latiera con tal velocidad que por un instante creyó que este iba a desbocársele, a abrirse paso a través de su pecho. Además, hizo que se sintiera importante. Observó a las cuatro personas que permanecían presas del pánico sobre la esquina, tres de pie, con los músculos de sus estilizadas facciones rígidos de la impresión, menos el señor Kaufer, que era el “Vicepresidente del Departamento Oficial de Genética y Biología”, y que ahora se había sentado en una silla mientras mantenía un pañuelo sobre el golpe, como si quisiera resguardarlo de algo, pero que por lo demás, parecía conservar una “tensa” serenidad impropia de una situación de tal índole. Le gustó esa sensación de influencia. Sabía que

tenía sus vidas en sus manos y que ellos, a su vez, también lo sabían, e intentó saborear esa sensación morbosamente agridulce. Pero accidentalmente alzó su cabeza y vio los retratos holográficos de rigor en todo centro que perteneciera directa o indirectamente al Estado, el del “Líder Tecnocrático del Consejo de Gobierno”, y a su lado, el de “Sir Francis Galton”... Era extraño, aquel tipo, visto así, sin más, parecía un tipo vulgar y corriente, casi como él, y sin embargo, supuso el principio de todo, la raíz desde donde comenzó a brotar la mala hierba, aún sin él mismo saberlo... hasta fué el que acuño ese término, “eugenesia”, en 1883, en su libro “Inquiries into Human Faculty”... como un intento de pulir, de perfeccionar tanto la raza humana por métodos selectivos *que al final resultaran siendo unos auténticos cabrones deshumanizados capaces de cometer las mayores atrocidades contra todos aquellos que consideraran inferiores por no cumplir los factores de pureza impuestos por una enferma sociedad autosuficiente e hipócrita.* Por supuesto, todo eso y mucho más lo había aprendido cuando era un niño en los “Centros Especiales de Formación e Infancia” gracias a métodos como la Inducción Hipnótica y otros; bueno, excepto la conclusión de la “doctrina”, que la había modificado impulsado por la mordacidad ácida con que todas las experiencias amargas le habían agijoneado durante toda su desdichada vida.

-¿Por qué madre, por qué?- Sollozó como un niño pequeño mientras se perdía en un inmenso mar de extraviados y lejanos recuerdos.- ¿Por qué no me abortaste? ¿Por qué permitiste que naciera, por qué no dejaste que esos malnacidos me arrancasen de ti...?- Bramó con un quejido intenso y bronco desde el fondo de

su nuez. Estuvo a punto de hundirse y echarse a llorar como un malcriado infante que es reprendido, pero en el fondo sabía que su madre había sido otra víctima, otra perdedora, como él. El horrible mundo que le había tocado conocer le había acosado de tal forma que al final había conseguido acabar con su indómito espíritu hasta hundirla en el fango de su propia miseria; tanto así que una fría noche de invierno no pudo soportarlo más y se colgó de una resistente sábana hasta que su aliento cesó por completo ante la agonía de sus pulmones y de su cuello maltrecho. Y lo peor era que ni siquiera se acordaba de ella, tan solo por una vieja y polvorienta foto que una vez alguien que había sido parte de su vida le enseñó, porque por casualidad la conservaba dentro de un vetusto y maltratado albúm de tristes fotografías que se hallaba en un descuidado desván. El era un recién nacido cuando aquello ocurrió. Pero ya con la edad de quince años se había escapado del “Orfanato Estatal de Weicks”, y había permanecido oculto durante una semana en el pueblo, en busca de la tumba de su madre. Pero su madre no era nadie, como él. Tan solo era una pobre chica drogadicta que un indeseable había dejado embarzada en una noche de diversión desenfrenada. Tan solo por eso y por padecer ataques epilépticos le había sido denegada la atención necesaria para su ya deteriorado feto. No cumplía los requisitos necesarios... estaba por debajo del listón que imponía la comunidad. Ella y todos los que formaban parte de uno u otro grupo marginal eran parias de la sociedad, y así los trataba esta, intentando exterminarlos de una forma tan sutil y taimada que no levantaba polémicas ni protestas ni nada parecido entre la opinión pública, insensibilizada de antemano por los poderes fácticos que veían en ello una forma de mejorar

la raza, la propia especie, eliminando así a los que esta consideraba indeseables. Más aún, cuando ella consiguió escapar a las montañas, una vez se enteró que el “tratamiento genético” le había sido negado, (y sabía lo que eso suponía), le tuvo en una aciaga noche gracias a un grupo de amigos que, en un intento de separarse de esa insolente sociedad había formado su propia comunidad lejos de todo atisbo de civilización, pero esto era algo que ellos, con su arrogante actitud y su intransigente talante no podían permitir de ninguna forma, de lo contrario, podría haber sido tomado como un símbolo de debilidad que no debían tolerar, sobre todo por que, a expensas de lo que la historia dijera sobre el tema en futuras generaciones, la “Nueva Era” impuesta por los tecno-científicos y su oligarquía se sustentaba en un poderoso brazo previsor en contraposición con el permisivo y fragil siglo veinte, que no había traido a la humanidad más que desazón y sufrimiento. Así que pusieron en marcha su implacable maquinaria depurativa e implataron en su brazo una microcápsula del contraceptivo “FEMOL DOS” y esta quedó esterilizada para siempre. Más tarde se lo llevaron de su lado, y lo esterilizaron también, y cinco noches después ella se quitó la vida...

-¿Quién os ha nombrado como dioses, jueces o salvadores sobre el resto de la humanidad? ¿Quién os ha dado la potestad para ello? ¡Malditos hijos de puta!- Ahora se dirigió hacia el longevo viejo y le observó con ojos homicidas.- Debería acabar contigo ahora mismo...- Volvió a examinarle con ojos desenfrenados, como si fuera un psicópata a punto de darle ejecución a su obra cumbre. Su cara se enrojeció producto de la sangre agolpada contra su cerebro por la tensión y su rifle

permaneció expectante, letal ante el imperceptible golpe del dedo índice sobre el percutor electrónico.

-¿Quién...? ¿Quién es usted..?- Pronunció la periodista haciendo acopio de todo su valor cuando apenas se percató de que aquello podía convertirse en toda una auténtica noticia y que ella precisamente se encontraba en pleno ojo del huracán, no en valde se trataba de un paranoico "NO MANIPULADO" que había coseguido burlar los mecanismos de seguridad, entrar en la emisora y retener al mismisimo señor Bernard Kaufer, Vicepresidente del D.O.G.B.".- ¿Pertenece a algún grupo terrorista o algo así? Le recuerdo que... los micrófonos están... puede utilizarlos para... para...- La chica de ojos esmeralda y figura sensual se mordió la lengua al comprobar que los nervios le habían jugado una mala pasada y que había soltado más de la cuenta. Un ademán de perdón surcó por su rostro cuando comprobó que los ojos del señor Kaufer se clavaron en los suyos como aténticas dagas envenenadas.

-¿Que quién soy?- Repitió él casi como un eco malvado.- Olvídese de mi, no soy nadie, nadie en absoluto. ¿Usted qué cree? Soy menos que nadie, soy un tipo que nació jodido, vive jodido y morirá jodido... ¿Quiere saber a que grupo pertenezco? Solo al grupo de los jodidos... ¿Entiende? ¿entiende...?

Aquella hermosa mujer se sintió tan conmocionada por la vigorosa y vehemente confesión de algo muy parecido a la auto-compasión más feroz, o al menos así se lo pareció a ella, que no pudo evitar que se le erizara la piel por un momento y que a la vez sintiera mucho miedo junto con una pizca de lástima, pero ese era un tipo de sentimiento más bien hipócrita e incierto, por que no se trataba de algo surgido desde lo más profundo de sus

entrañas hacia un ser humano que sufría de forma incomprensible o tal vez irremediable, sino que se parecía más bien a la lástima que se le tiene a un pobre animal al que un indolente vehículo ha dejado malherido o muerto. No era esa clase de lástima la que Fredy quería soportar, aunque era cierto que él mismo se sentía como un ser patético que llegado un cierto punto de inflexión no puede resistir la presión que ejerce el sistema o lo que sea, sobre él, y explota y se transforma en una especie de monstruo, o quizás tan solo en una especie de "conciencia", o tal vez en un cancer que esta ha creado pero que a toda costa quiere evitar y hasta incluso ignorar.

-Está bien...- Manifestó casi con serenidad, como si de repente hubiera recibido algo así como un soplo divino de cordura.- Está bien, pueden salir todos... excepto Kaufer.- Le señaló amenazadoramente con el cañón de su arma.

Por primera vez Kaufer manifestó un atisbo de inseguridad que le hizo sentir casi vencedor. Pero aún quedaba mucha batalla por delante, o tal vez no. Los demás hicieron lo que este les había indicado con una prisa "sosegada", como si quisieran salir de allí antes de que se arrepintiera de ello. Entonces Fredy acercó su silla al extremo opuesto de la mesa donde se encontraba aquel estúpido viejo y se sentó en ella. Durante un breve instante las dos miradas se cruzaron y el ambiente se volvió espeso y demasiado denso, tanto que el listo señor Kaufer se precipitó a romperlo por que sabía que aquello no jugaba en su favor precisamente.

-Está bien, hijo, ¿Qué es lo que quiere?- Su voz sonó cascada. Interrumpió su lengua por un momento, pero se decidió a continuar al ver que aquel pobre desgraciado

permanecía en silencio, casi como reflexionando sobre algún asunto muy complicado y trascendente.- ¿Qué pretende conseguir con esto?

-¿Usted cree que cuando me levanté esta mañana pensaba que iba hacer algo como esto? ¿Es eso? No ha ocurrido de forma premeditada. A decir verdad, ha sido algo repentino, como si de súbito un resorte hubiese saltado dentro de mi mente y todo se hubiera ido al traste. Como si la desesperación hubiera empañado mi cordura y una voz dentro de mi mente me forzara a ello. Usted no puede entenderlo por que su vida es muy diferente a la mía. Esta marcado para el triunfo. Es como jugar a la ruleta rusa sin balas. Cuando se mira al espejo ¿Qué ve? Vamos ¿Qué ve?- Pausó un instante en un intento de que aquel maldito viejo hiciera, al menos, un intento de auto-examen, pero, probablemente, eso era algo totalmente ignorado y absurdo para él.- Pero en mi caso no es así. Cada vez que juego pienso en que será la última vez. ¿Entiende lo que es eso? ¿Lo entiende? Usted y su maldita sociedad... Son unos bastardos. Lo controlan todo, tienen el derecho a decidir por los demás. Es un control tan... tan sutil... ni ellos mismos se da cuenta. ¿Sabe a lo que me refiero? ¿Sabe a lo que me refiero? ADN. Todo está escrito ahí, ¿No es cierto? Ustedes manipulan a diestro y siniestro... acondicionan a la gente de forma física y psicológica en una especie de macabro juego para que sean una especie de rebaño al que ustedes guían y manipulan a su vil antojo, ¿No es cierto?

Kaufer no pudo hacer otra cosa que absorber un soplo del viciado aire de la emisora y sonreir entre dientes, como si aquello casi le superara, casi como si se desengañara al darse cuenta que aquel loco no era precisamente el tipo de loco que él esperaba.

-Si se refiere al sistema... bueno... nadie ha dicho que sea perfecto. Eso sería una utopía... y las utopías no existen... Pero estoy seguro que es mejor al de hace... pongamos... cincuenta años... Por ejemplo... la antigua sociedad decadente. Era una sociedad enfermiza... en todos los sentidos... hambre, guerras, pobreza, enfermedades... estaba pudriéndose lentamente, tanto así que en el 2009 de la antigua era murieron más de dos mil millones de personas debido a diferentes tipos de virus que azotaron a la humanidad, eso sin contar con el elevado número de bajas en diferentes tipos de guerrillas... No sé si sabe a qué me refiero...- Kaufer lo miró ahora con una intensidad casi refulgente, como sometiendolo a una especie de pulso psicológico. El permaneció callado.- Surgió entonces la Nueva Era y con ella el estudio de antiguos sabios como Sir Francis Galton, Charles Benedict Davenport, Karl Pearson... Hacía varios años que ya se había descifrado el Genoma Humano, casi en su totalidad. Fue el principio de todo. Que la gente tenía enfermedades herditarias... sabíamos que genes mutar para anular sus defectos, que alguien tenía problemas de drogadicción o alcoholismo, podíamos tocar los hilos pertinentes para solucionarlo, que una madre estaba en probabilidad potencial de tener un hijo con ciertos tipos de problemas mentales o físicos, era posible evitarlo...

-Que el típico padre gilipollas no le gustaba que su hijo tuviera ciertos manerismos propios de maricón... los médicos podían "curarle" mediante terapia génica... Que la sociedad estimaba que había un exceso de adrenalina en un tipo, o tenía ideas contrarias a lo sociamente correcto, o simplemente se metía el dedo en la nariz...

-¡Creo que estás siendo demasiado frívolo!- Comentó Kaufer casi ofendido, como si se tratara de algo muy personal.- ¡Poseíamos un conocimiento muy valioso que debíamos poner al servicio de la sociedad! Pero no podíamos caer en lo errores del pasado... La inteligencia requiere firmeza. En todas las sociedades siempre ha habido minorías sacrificadas...

-Y sacrificables, ¿Verdad?- Fredy sonrió amargamente, pensando en que eso era muy fácil de decir, sobre todo cuando se estaba al otro lado de la linea.- Lo malo no fué el instrumento en si, fué quienes lo manejaron. ¿Sabe?, ha habido muchos casos en la historia de gente que ha hecho algo muy parecido a lo que estais haciendo vosotros. Usted mejor que nadie debe saberlo. Hitler y su "raza aria"... Davenport y sus "inmigrantes inferiores..."

-¡Eso no es cierto!- El viejo se atrevió por primera vez a alzar su voz casi con ira. Si no hubiera tenido el rifle seguramente se le habría tirado al cuello como un colegial enfadado.- Ellos instaban a la masacre, al genocidio, a la muerte, tan solo por el color de la piel, la nacionalidad o la etnia. Buscaban la destrucción, la muerte. Nosotros solo buscamos la purificación, desde la concepción... no llevamos a nadie a un campo de concentranción para su exterminio... si eso fuera así...- Pero no tuvo el valor suficiente para continuar por que la tensión estaba creciendo por momentos en aquel angosto receptáculo y temió lo peor.

-Estarías muerto... ¿No es eso lo que iba a decir?- El lo miró con odio pero a la vez con tristeza, con una tristeza miserable y profunda que inundó todo su ser por que comprendió que era inútil; su vida, todo en general era inútil, e incluso su muerte sería inútil.- Hubieron científicos que lucharon por el bienestar de aquella

enferma sociedad... eso es cierto.- Esta vez parecía reflexionar consigo mismo en voz alta, por que hasta el tono de su dicción cambio, se hizo más pausada, más trascendente y circunspecta.- Es cierto, hacía falta un cambio. Los biólogos y los genetistas lo consiguieron... Al principio era un sentimiento puro, despojaron a muchos de las grandes cargas que soportaban. Hicieron inmunes y fuertes a una humanidad débil y atribulada. Pero ese sentimiento, esa concepción, se fue corrompiendo. Perdieron todo atisbo de humildad, creyeron convertirse en dioses... Y no lo somos... el péndulo osciló al otro extremo, como suele suceder, desgraciadamente. El control es poder, el poder solo quiere más poder, y más y más... No hay una linea que delimite el terreno peligroso, y si la hay o alguna vez la hubo, la gente sin escrúpulos como usted se encargara de rebasarla, y una vez rebasada la primera vez... Es como el asesino que mata por primera vez y descubre que la experiencia le gusta... No, es cierto que nadie me ha mandado a mi así como nadie mandó a mi madre a la muerte, al menos de forma directa, pero nos habeis hecho los seres más desgraciados de la tierra, y no por el color de nuestra piel, ni por nuestra etnia... tan solo por que... unos tipos bien trajeados han decidido que no pasamos la criba, que no somos tan humanos como los demás, que no merecemos los mismos privilegios que los demás... Es patético ¿No cree?- Esta vez salió de su reflexión de súbito, como si por una especie espasmo hubiera salido de un trance maligno que le hubiera dejado agotado, exhausto, deprimido, sin fuerzas para nada. Se quedó por unos instantes a solas con su pensamiento, consigo mismo, con el recuerdo de su madre, con algunos de los escasos recuerdos felices que en su aciaga existencia le

había permitido conocer, solo de lejos, lo que podía ser la dicha de la normalidad, del bienestar, de la seguridad en uno mismo y en lo que le rodea. Era una meditación sutilmente placentera y a la vez nocivamente dañina, como cuando uno inhala un peligroso gas que sabe que puede provocarle la muerte pero te engaña haciendote sentir cada vez más etereo, más distante de ti mismo.

Kaufer le miró a los ojos con precaución y con cierto indicio de extraña incredulidad. Tenía sus opacos ojos marrones acuosos. Permanecía quieto, casi inmóvil, mirándole a él pero como si no le viera. No supo si es que acaso era el efecto de algún singular barbitúrico que comenzaba a fenecer, o tal vez era la consecuencia de un estado trastornado e inestable provocado por una especie de depresión cognitiva, o simplemente de una especie de semi-trance inducido por su propia psicologia frágil y excesivamente emotiva, como consecuencia de haber tocado fondo. Después de todo no era más que un jodido "NO MANIPULADO" que se había saltado, casi con toda seguridad, algunos de los controles médicos, o tal vez que había dejado de tomarse la medicación durante un par de días. Continuó hablando con la misma imperturbabilidad extenuante que lo había hecho en sus últimas frases:

-Nunca podré tener hijos, ni ir a la universidad, ni disponer de mi propia libertad para hacer lo que me de la gana... Desde antes de nacer ya estaba marcado...- Fredy apolló el rifle sobre la mesa sin apenas percibirse de ello, tal era su ausencia de respuesta psicomotora- Pudo haber sido diferente... Estuvo en nuestras manos... Tuvimos el poder para hacerlo, sin distinción de ningún tipo, solo con la intención de amparar al necesitado... La diversidad nunca ha sido mala, al contrario, enriquece a

la sociedad, pero solo si esta es lo suficientemente madura como para aceptarla...- Kaufer estuvo a punto de levantarse con mucha precaución y largarse. Estaba seguro de que si lo hubiera hecho aquel estúpido tipo no se lo habría impedido, no en aquel preciso instante.

Pero de súbito un sonido retumbante y estridente brotó de algún lugar de la habitación con sorpresiva rotundidad. Tanto fue así que todo se estremeció por una milesima de segundo, como por un impacto de una granada o algo así. Pero no se trataba de otra cosa que de la Patrulla Estatal de Seguridad que con su habitual y entrenada eficacia había escogido el momento que parecía más oportuno para volar la puerta de entrada con un sofisticado explosivo plástico, cogiéndolos a los dos en la más absoluta sorpresa. Apenas un segundo después el receptáculo se inundó de vaporosos gases igneos y varios hombres penetraron dentro con sus rostros cubiertos y sus intimidatorios rifles de última generación. Todo ocurrió demasiado deprisa. Alguien se apresuró en apretar su dedo índice, quizás fuera el propio Fredy al reaccionar ante aquella repentina agresión, o tal vez fuera uno de los policías al oir algún tipo de chasquido o de movimiento sospechoso. El caso es que el gas se había concentrado de forma exagerada en el centro de la habitación y todo se tornó demasiado difuso, así que las armas bramaron, las balas lo destrozaron todo y el olor de la polvora ahogó al olor a muerte, a sangre esparcida, a carne macerada a quemarropa. Después de eso, un mutismo penetrante y tétrico lo inundó todo...

Introducción al relato: “Nely”.

Esta historia representa un intento, no sé si fallido o no, de expandir mis usos literarios, quizá demasiado centrados en la CF y toda su parafernalia. Es un historia simple y directa, que podría catalogarse más de un cuento que de otra cosa. Se trata de un relato simbólico que lejos de contener una verdadera moraleja, como suele ocurrir en estos casos, intenta ahondar en el alma de las personas y de nuestras monótonas vidas en ocasiones. Habla de nuestros fantasmas, de los rincones inciertos que dentro de nosotros quedan ocultos para siempre. Una historia íntima y reflexiva que se manifiesta y surge de nuestra alma, de lo que somos interiormente, de los miedos y los temores que continuamente nos acosan. También se trata de una especie de mensaje subliminal sobre el valor y el coraje necesarios para sobrevivir, cualidades que todos llevamos innatas en nuestro espíritu pero que a veces no nos atrevemos o no nos vemos capaces de hacerlos aflorar al exterior. Habla de la esperanza, de la vida, de la necesidad de encontrar el equilibrio vital para resistir los embates incansables del destino o lo que sea…

NELY

Nely era una niña pequeña de mofletudos cachetes sonrosados, delicados labios carmesí y un generoso cabello trigueño que le caía como un manantial sobre sus gráciles hombritos de muñeca. Pero de su rostro, lo que más destacaba eran sus enormes ojos de gacela, de los cuales resplandecía una especie de sutil, casi mística luz que fulguraba con mágica tremulidad. Su mirada era tan diáfana y transparente como el reflejo de la luna llena sobre un cálido lago de aguas límpidas. Pero ella quizás por rubor, por timidez o tal vez por cualquier otro motivo que ahora mismo escapa a mi humilde comprensión, no mostraba su mirada ante los demás; la escondía. La apartaba cuando las personas mayores le hablaban, o simplemente agachaba leve y disimuladamente su cabecita con discreción o reserva. Por eso su madre siempre le andaba diciendo cosas como: *"Nely, hija, eso es de mala educación, mira a las personas cuando te estén hablando..."* o *"A ver cuando pierdes esa costumbre de mirar al suelo mientras te estoy hablando..."* O su padre que solía decirle otras como: *"¡Nely, por favor, levanta la cabeza..."* o *"!Nely, mira a la gente a los ojos¡ ¡Debes ir por la vida con la cabeza bien alta...¡* Así que un buen día eso mismo fue lo que hizo. Y lo consiguió sacando de su pecho toda la fuerza de su candidez, así que miró a su querido padre sus ojos por primera vez. Quiero decir, le miró no como quién mira sin mirar o como quién observa sin prestar atención,

cosa tan habitual en las personas. Le sostuvo la mirada con valentía y amabilidad a la vez. Le escrutó, "escuchó su alma", penetró dentro de él como un sentimiento furtivo e intenso. Pero he aquí que ocurrió lo increible. Vio con los ojos de su corazoncito a un mocoso niño rubio que lloraba desconsolado por que su hermano mayor le había quitado la única galleta que le quedaba. No es que lo hubiera visto reflejado en sus iris, ni que aquella especie de revelación tuviera lugar en su mente ni nada parecido, simplemente tuvo la sensación, por un escaso segundo, de ver aquella imagen superpuesta o tal vez intercalada con la realidad... No lo sabía. Se sintió confusa, no supo como interpretarlo. Un sinfín de complicadas preguntas se desparramaron por su cabeza como una impetuosa tempestad que lo devasta todo. Su padre la obsevó como ojos afables y le dio un beso en la frente, sin sospechar siquiera su desconcierto. Después le dijo que se fuera a lavar las manos para cenar pero ella no respondió nada, se quedo sentada en el sofá, meditabunda y ensimismada. El se fue a la cocina y comenzó a charlar con mama y ella quedó a solas con sus dudas.

-¡Vamos! ¡Vamos!- Le apremió su padre un momento más tarde pensando que ella se estaba haciendo la vaga frente al televisor.- ¡A lavarse las manos.¡

Se levantó y se fue al baño, y desde allí les oyó hablar.

-...Cariño,- Decía nuevamente su padre con resignación- creo que no... que no van a darme a el ascenso... Se lo darán a Pedro...- Carraspeó como intentando quitarle hierro al asunto.- Sí, ya lo sé... no hace falta que digas nada... Llevo más tiempo que él en la empresa, tengo más experiencia... y en un principio parecía que yo... bueno, era el candidato ideal para tomar el puesto pero, es qué

verás... no sé, quizas ha influido el hecho de que fuera paisano del jefe, o tal vez que... ¡Sí, eso debe ser¡, creo que sus esposas son muy, muy amigas... Ya sabes como son estas cosas... Pero te prometo que si de aquí a un año no consigo ese ascenso, buscaré en alguna otra empresa, he tenido varias ofertas, ¿Sabes?... Soy muy bueno en mi trabajo... Tengo buenos informes... Pero es que... bueno, yo fui uno de los primeros en entrar en la empresa cuando esta se formó... Por decirlo de alguna forma, es un poco mía, y tampoco estamos tan mal...

Nely no oyó a su madre responder, pero se imaginó, casi como si lo estuviera viendo, que ella tan solo se limitaría a mirarlo con resignada estoicidad y aspiraría un soplo de aire mientras cuidaba de que el pescado no se quemara excesivamente. Aunque era un asunto de los mayores, Nely creyó entender que tenía que ver algo con la falta de confianza que su padre parecía tener en sí mismo.

Otro día hizo la prueba con su madre. Esta abrió sus luminosas pupilas ante su cándida mirada y el flash fue inmediato. Fue como un repentino fogonazo, como el relampago de una poderosa tormenta. El destello caló hasta su interior, y a través de él vio la imagen de una mujer madura que fregaba la losa sin parar. Aunque estaba de espaldas a ella, observó que habían ínfimos detalles que no coincidían exactamente con la imagen actual de esta. Por ejemplo, su pelo. Este parecía un enjambre de estropajo por lo aspero y despeinado que se le veía, como una peluca malcuidada. Su piel también parecía más rigida, como apergaminada. Tenía un trasero más esmirriado y unas manos huesudas y consumidas que no hacian sino darle movimiento continuo, casi como si fuera una danza ritual, al estropajo y al cubierto.

No supo que decir. Si bien la otra visión le había desconcertado, esta la había asustado. No es que fuera siniestra ni nada parecido, solo que había algo en ella que no le terminaba de gustar. ¿Qué quería decir todo aquello? Ya no solo el hecho de tener la vision, si no esta en sí. ¿Era algún tipo de preludio? ¿Algo malo sobre su madre? Después de reflexionar todo cuanto su ingenua cabecita pudo, se acercó a su madre de nuevo y le dio un beso. Después le preguntó, con gesto meditabundo, si era feliz. La madre no supo hacer otra cosa que sonreir, después de unos segundos de pausa por la sorprendente pregunta. "Hija, ¿A qué te refieres?" Fue lo único capaz de responder ante el estupor que sentía dentro de su alma, por que aquello más que una preguna de su hija había sonado como esa voz interna en lo más profundo de sus entrañas que a veces le había interrogado sobre lo mismo. Era esa misma voz, solo que había sonado desde afuera, cosa que la hacía quizá más conmovedora. Pero con un parpadeo espontáneo de sus ojos se repuso y se limitó a contestarle: "Cada vez que te veo sonreir soy feliz..." Nely no supo si aquello le alegraba o no, es decir, si debajo de esa respuesta se escondía una serie de decepciones y sinsabores que no se atrevía a confesar, tan solo ante sí misma, o si aquello era su idea de la felicidad, o tal vez un poco de ambas cosas. Al instante cayó en la cuenta que su madre esperaba la correspondiente sonrisa y no se hizo esperar más, esta fue como un torrente de arcoiris que lo impregna todo de una belleza sublime y divina.

Más tarde lo intentó con algunas de sus amiguitas, pero no funcionó, sin más. ¿Acaso es que aquella especie de don solo funcionaba con un tipo exacto de personas? ¿tal vez con los que tenían algún lazo familiar? ¿O quizás

solo funcionaba con las personas mayores? No tenía forma de saberlo, así que probó con alguien diferente, por ejemplo el señor Recoleto, su maestro. Con él todo fue distinto. Como sintonizar una emisora de radio muy potente. No le hizo falta otra cosa que ponerse frente a él y la magia funcionó. Vio un rincón apartado, un haz de luz tenue que caía sobre un rostro seco e impenetratable que permanecía ensimismado en el baile absurdo y caprichoso de las sombras proyectadas por varias velas anodinas y marchitas. Entonces sintió un frío intenso en todo su cuerpo que le fue invadiendo poco a poco hasta convertirse en una sensación agónica y rutilante. Fue como sentir, de alguna forma magica e inexplicable, su soledad...

Fue una sensación tan intensa, que unos días más tarde, incluso su madre notó que habia algo extraño en ella. Durante varios días estuvo haciéndole preguntas, dándole jugos de naranja, por si tenía falta de vitamina C, haciendo que se acostara temprano, para que pudiera descasar bien, hasta pensó en llevarla al médico, y así lo hizo. Aunque antes de eso, Nely, haciendo gala de una arrojo impropio se decidió a visitarle una tarde, después de las clases. Y allí estaba él, en su casa, a solas con sus recuerdos, intentando superar sus más íntimos y sombríos temores, rodeado de sus fotos, de sus libros y de su desamparo.

“Me siento muy solo”, le djo él, pero Nely se mostró muy confusa. “Ya sé que os tengo a vosotros, pero quizás eso sea lo peor”. Ello lo miró con ojos expectantes. “Cuando te veo a ti o a alguna de tus amiguitas recuerdo a Daisy, mi hermosa hija de ojos azules y labios de lapislázuli”. El señor Recoleto sonrió como conmemorando algo muy añejo y querido. “Verás, mi

hija está en un lugar muy lejano, ahora tiene veinte años... Linda se la llevó cuando se separó de mi, hará unos doce... Hace unos cinco años que no la veo...” Y los ojos del señor Recoleto se empañaron como si un furtivo rocio hubiera emanado de lo más profundo de su corazón. Entonces ella le cantó una triste canción que, de una forma que no supo comprender, le confortó el espíritu, y a partir de ahí surgió una preciosa amistad entre ambos, y ella comenzó a verlo como el abuelo que nunca conoció.

También lo probó con el médico. La “conexión”, por decirlo de alguna forma, fue también bastante fluida. Un cuadro extraño y desconcertante se reflejó en algún lugar de su mente o su corazón. Fue como estar de repente en lo que parecía una especie de industria metalúrgica o algo así. El caso es que la visión consistía en un hombre que permanecía de pie, frente a una gran nave que casi se perdía en el horizonte y de la cual rezumaba un calor casi infernal; un ambiente tan asfixiante y ensordecedor que era tan denso que se podía casi palpar. Habían grandes depósitos grises de los cuales se exhalaban ingentes cantidades de vaho cáustico que empañaban sulfurosamente el aire. Y en medio de todo aquel abrasador ambiente había un hombre enfundado en una especie de mono gris y que no paraba de sudar y sudar, mientras intentaba forjar lo que parecía un arma a la antigua usanza, a golpes de martillo...

¿Qué podría significar aquello? Sin duda era algo simbólico, pero ¿Qué? ¿Tal vez el doctor tenía algo dentro que le estaba quemando de tal modo que se sentía como en una especie de infierno en vida? ¿Algún secreto turbio? ¿Algo que le hacía daño quizás? ¿Acaso alguna enfermedad incurable que tarde o temprano comenzaría

una inevitable e ingrata cuenta atrás? Se compadeció de él por que sintió esa carga que soportaba, esa aflicción que de una forma u otra le martirizaba. Intentó ahondar más, si acaso era posible. Siempre que había "sintonizado" con alguna de las personas, no había intentado profundizar más en la percepción, en su alma. Pero esta vez lo intentó. Tal vez podría conseguirlo. Pero el doctor reaccionó de forma extraña. Cerró los ojos y por un instante se sobrecogió. Fue como si intuyera, de alguna forma, que alguien estaba invadiendo su intimidad más profunda y secreta. Ambos se miraron y ella se sintió desconcertada. El doctor, aún con esa sensación insólita e inexplicable aspiró un soplo de aire y la miró con expresión inanimada, y poco después dio la visita por terminada y le mandó que se hiciera unos análisis por precaución, por que no notaba nada por lo cual preocuparse.

Después de eso, Nely no vovió a probarlo con nadie más, por que comenzó a tener la sensación de ser una especie de visitante furtiva, como si fuera una fisgona de sentimientos o lo que aquello fuese. No sabía como definirlo exactamente, pero era una sensación inexplicable que le embargaba y que le hacía sentirse incómoda consigo misma. Como si entrara en el alma de la gente sin llamar, sin ser invitada, cosa que seguramente ellos no querrían, por que ella lograba penetrar a lugares ocultos; descubrir sentimientos que ni siquiera ellos mismos vislumbraban, comprendían o reconocían; confidencias, sensaciones que, por alguna caprichosa o tal vez incierta causa que no lograba ni acaso a imaginar, le eran revelados en décimas de segundos, y que a sus propietarios tal vez les costaría años advertir, discernir o acaso ya sabían pero querían

ocultar en lo mas recóndito de su ser, para que afloraran inevitablemente en los momentos más amargos, más inhóspitos, cuando los fantasmas afloran solo para hacerle sentir a uno lo poca cosa que es, hasta la próxima ocasión, o hasta que uno reuna el suficiente valor como para enfrentarlo, sin ninguna garantía de salir vencedor del embite, sino al contrario, con la posibilidad de convertirse en un perdedor carente de autoestima o un fracasado que no sabe a donde lo arrastrará la fuerte corriente de la vida.

Pero llegó el gran momento. Después de varios días pensando en ello, quiso probar consigo misma. Por una parte era una malévola idea que le martilleaba el corazón por que en realidad no sabía qué encontraría dentro de él, por otra parte una desconcertante verdad que le seducía por la simple razón de que tenía la ocasión de llegar a conocerse un poco mejor a sí misma; era una oportunidad que otros anhelaban y que nunca tendrían. Se sintió privilegiada y desdichada por ello, pero la curiosidad pudo más que el temor y así lo hizo, aún sin saber si aquello funcionaría o no...

Se cuadró frente al espejo cual gladiador que está a punto de saltar a la arena, y alzó los ojos, intentando escrutar la simétrica imagen que ante ella se reflejaba. Observó sus rollizos mofletes sonrosados, sus mesurados labios encarnados y su abundante cabello pardo que le caía como una cascada sobre sus esbeltos hombritos de muñeca. Observó también sus enormes ojos, y se sorprendió al notar ese especie de resplandor espiritual que brotaba con un extraño e inexplicable brillo trémulo que fulguraba desde alguna parte íntima y mágica de su alma. Su mirada le pareció tan diáfana y cristalina que de repente surgió lo extraordinario y vio la imagen de una

señora mayor que, tumbada sobre una cama en un rincón penumbroso y solitario de una sosegada habitación, parecía rememorar los instantes más dorados de una vida muy larga y muy intensa, mientras el suero que colgaba sobre la percha metálica que permanecía sobre la cabecera de la cama parecía estar a punto de llegar a su fin. En realidad no había ningún detalle que le indicara que se trataba de ella misma, excepto el brillo de sus ojos de esmeralda y la trémula claridad fosforescente que irradiaban sus iris, que titilaban como millones de estrellas en una noche despejada... Pero, ¿Quién podía ser si no...?

Cuantos años hacía de eso. Más de sesenta. Pero parecía como si hubiese sido ayer. Le dio un repaso a su vida y se dio cuenta de cuántas cosas le habían sucedido. De todo lo que había sufrido, de todo lo que había reido, llorado, sufrido, soportado, de todo lo que había dejado marchar y de las oportunidades que se habían escapado... Unas gotas de límpidas lágrimas surcaron sus mejillas como gotas de rocío en el sereno de la mañana. Se sintió dichosa a pesar de todo. Se sintió de nuevo como esa niña. La quería muchisimo. Quería esos recuerdos, esa sensación de ingenuidad desbordante y dinámica, esa sencillez desgarbada que, con el paso de los años y tal vez con el paso de los avatares de la vida había ido perdiedo tan poco a poco que ni ella misma se había dado cuenta. Recordó lo asustada que se sintió después de intentar fondear su propia alma. Después de eso, ya no había vuelto a intentar usar más su don. Por supuesto, nada fue igual. Aquel momento era inevitable, sí, pero tal vez aún no había estado lo suficientemente preparada para enfrentarse a sí misma. El intentarlo no fue lo malo,

al contrario, le abrió los ojos sobre sí misma, sobre su universo interior, solo que no supo digerir pausadamente lo que había sentido, que fue mucho más allá incluso que lo que había visto. Como saltarse varios escalones de la vida. Nadie debe estar preparado para ello. O tal vez no era la persona adecuada, quizás ese don debio habérsele dado a alguien más fuerte, más merecedor. El caso es que esa imagen se incrustó en su cabeza y esto no le fue de ninguna ayuda, por que con el paso de los años y cuanto más lo sopesaba, mayor era la obsesión en cuanto a esto, tanto así que le absorbió su vida hasta tal punto que nada de lo que le rodeaba tenía la importancia suficiente como para apartarla de su abstracción. La vida llegó a renunciar a ella del mismo modo y al mismo grado que ella renunció a la vida, y así, un buen día de verano, comprobó que su chispa había desaparecido cuando se sorprendió llorando ante una antigua foto de cuando todavía sentía ganas de vivir.

Necesitó mucha ayuda, muchas consultas, muchos fármacos, muchos momentos de reflexión, muchas horas de falta de sueño, para superar su "depresión aguda", tal como la había denominado su psiquiatra, y simplemente lo enterró, así sin más. Después de todo, ¿Qué más daba? Morir, tenía que morir, como cualquier ser humano. Aquella visión no quería decir nada. En realidad, ninguna de las visiones quiso decir nada en concreto, al menos, en ese momento así se lo parecía. En verdad, tampoco aquella visión había sido tan terrible... No era una visión siniestra, ni que denotara sufrimiento, un poco melancólica quizás, tal vez un poco triste... pero, ¿Quién no se ha sentido solo y desamparado alguna vez? Peor fue el caso del señor Recadero, por ejemplo, él sí que se había sentido solo... Se sonrió al recordar aquel afable

hombre. “¿Dónde estará el pobre señor Recadero?”- pensó para sus dentros,”Ojalá estuvieses aquí”, musitó esta vez con una voz apagada y serena.

Así que optó por borrarlo de su mente, de su cuerpo, de si misma, como si eso fuera posible. Y con el devenir de los años consiguió eludirlo, al menos en ocasiones. Y su vida fue un gráfico lleno de curvas, de altibajos, de momentos buenos, regulares y malos; de momentos felices, amargos y monótonos, como suele ocurrirle a casi todo el mundo. Fue en ese periodo cuando conocio a su marido, y más tarde cuando llegó a tener un hermoso niño que en realidad no se parecía en nada a ella cuando era pequeña, un niño que le ayudó a superarlo todo, a centrarse en otras cosas, a experimentar de nuevo esa llama interior, esa especie de combustible que hace que avancemos en la corriente de la vida y que no nos quedemos mustios y solitarios en un pobre y desolado rincón de la travesía. Tanto fue así que incluso llegó a olvidar parte de su pasado, o al menos el origen de todo, por eso y por algunos agrios avatares de la vida, como la muerte de su marido, como la cronometrada e inexorable llegada de la vejez y los numerosos, molestos e inevitables achaques que esta carga consigo en lo que se convierte en un pesado lastre para un ánimo cansado que llega a sus días postreros. Pero la imagen de esa niña encantadora y enigmática había vuelto a su cabeza casi por sorpresa, inundando su cuerpo de una vitalidad espontánea y valiosa. Fue entonces cuando supo comprender que la imagen que ella había visto tantos años atrás no era la imagen de una mujer amargada, solitaria, cabizbaja e insatisfecha. Al contrario, era la imagen de una mujer entrañable, luchadora, perdedora a veces pero muchas otras ganadora, una superviviente

neta. Pero comprendió que había perdido muchas oportunidades en el transcurso de su viaje, por miedo, por indecisiones, por terceras personas, por falta de confianza, tal vez por falta de ver el horizonte con claridad, a pesar de estar delante de sus propias narices. Pero hay cosas en la vida que se transforman en una neblina pesada y envolvente que no dejan vislumbrar el lugar de destino. Como un barco que navega a la deriva. Intenta salvar los escollos que podrían hacerlo zozobrar, pero tampoco su capitán se atreve a fijar el rumbo deseado hasta que la fuerza del sol disipe esa niebla traicionera que incrementa, si cabe, los propios temores interiores.... solo que esa niebla siempre permanece, en menor o mayor escala, como si fuera eterna. Pero en el caso de la vida real, el único sol que es capaz de evaporarla es una misma, el único motor capaz de generar la energía suficiente para vencer esa bruma, es el propio esfuerzo, las ganas de vivir, de caminar, de caerse si es necesario, de no conformarse, de rebelarse al destino, el estar consciente de lo afortunada que se es por tener lo que se tiene...

Entre un mar de infinitas olas de pensamientos, recuerdos y reflexiones, surgió la figura de la pequeña María, entrando en la penumbrosa habitación como si de un visitante furtivo se tratara. Su delicada y tierna sonrisa de seda dio paso a una especie de llave que abrió su corazón de par en par.

-Hola, mi amor, ven siéntate aquí a mi lado.

-Hola abuela.- Su voz sonó con la delicadeza con que la brisa mece las hojas de los árboles.- ¿Cómo estás?

-Ahora muy bien. Cuando tu vienes a visitarme siempre me siento bien.

-Pero a veces estás malita, abuela.- Su vocecita angelical sonó casi a reproche.

-Si, pero es que a veces mi cuerpo se rebela contra mi, como si se resistiera a continuar... Como las viejas locomotoras que terminan desgastadas y deterioradas de tanto tirar de los vagones; pero mi corazón, mi espíritu... es como si entrara un sopo de aire fresco cuando vienes a verme...

La pequeña María se avalanzó con suavidad sobre su abuela y esta la abrazó con toda la delicadeza del mundo, como si su nieta fuera una valiosa muñeca de porcelana. Después le besó afablemente en la frente Por un momento ambas cruzaron la mirada en una especie de abrazo visual. Y entonces ocurrió lo inesperado. Hubo una especie de luz inmaterial y volvió a ocurrir, después de tanto tiempo. Y ella volvió a verse a si misma, volvió a ver sus ojos verdes, su pelo revuelto, sus mofletes carnosos... Se miraba en un espejo, un espejo que hacía decadas había olvidado, una mirada que hacía años había extraviado.. Se vio a si misma y se dio cuenta que aún permanecía algo de esa niña dentro de sí, en lo íntimo de su ser; aún podía percibir el olor a pan tierno y recien tostado, aun podía degustar las sabrosas cañas de azucar, aún podía oir la voz de su madre cantando o la de su padre leyéndole cuentos...

-¡Abuela! ¡Abuela!- María se sintió perturbada, no solo por que a ella también se le había hecho partícipe de esa extraña visión, sino por que había sentido como ella se había sobrecogido por un instante y había comenzado a llorar con gotas cristalinas y luminosas.

-¡Amor mío ven aquí¡- Y la volvió a abrarzar de nuevo, solo que esta vez con más intensidad, con toda el vigor que su exhausto y debilitado cuerpo pudo reunir.- No te

asustes... si lloro es de alegría, si tiemblo es de satisfacción... Sé que me has visto... He podido sentirlo... Después de tantos años he podido sentirlo de nuevo... Esa niña que has visto era yo, cuando tenía tu edad...

-Pero abuela...

-No tienes que asustarte de nada...- dijo con voz fulgurante, como sintiendo que tenía una nueva oportunidad, aunque en realidad sabía que esa nueva oportunidad pertenecía a su nieta, pero, ¿Qué más daba? En ella también había una pequeña parte suya que pemanecería indivisible, y eso le emocionaba y le consolaba.- A mi también me ocurrió... cuando era muy pequeñita... Quizás cuando una es tan pequeña su alma sea tan pura que sea capaz de penetrar en el alma de los demás... no lo sé...- Dijo esta vez casi hablando consigo misma, como pensando en voz alta.

-Pero ¿Qué es abuela?

-Ojala lo supiera cielo. Imagino que un don. Realmente no lo sé. Un don muy valioso por que te permite ver el verdadero ser interno de la gente que te rodea, tanto de los que te quieren como de los que no... Puedes ayudar a mucha gente, si te lo propones puedes hacerlo, por eso es un don. Recuerda siempre que cualquier cosa que te permita ayudar a los demás es un don... ¿De acuerdo?- María asintió mientras permancía absorta en sus palabras, mientras comenzaba a descubrir un mundo de infinitas posibilidades, que quizás era la fase más confusa pero más fantástica de todas.- Solo una cosa, cielo, llegará el día que querrás hacerlo contigo misma, y debes hacerlo, pero solo cuando estés preparada para ello, no antes ¿De acuerdo?

-Y ¿Cómo lo sabré abuela?

-Simplemente lo sentirás. Y sea lo que sea lo que veas, nunca sientas miedo de ti misma ni de ese don que se te ha concedido, nunca, ¿De acuerdo? Siempre sigue adelante y nunca trates de esconderte de la vida, enfréntala y piensa que tienes las máximas posibilidades de vencer. Aprovecha las oportunidades que esta te brinde, siempre, aprovéchalas.- María aceptó dubitativamente y su abuela sonrió, derrochando de nuevo esa vitalidad contagiosa que antaño le había hecho un ser especial.- Ya sé que quizás ahora no lo entiendas, pero recuerda estas palabras, nunca las olvides... Algún día te serán de gran ayuda.

-¡María! ¡Oh vamos María! Deja a la abuela descansar.- Su hijo entró en la habitación con pasos pausados, como intentando hacer el menor ruido posible.- Abuela está enferma y debe descansar.

-Vamos hijo, esta es la mejor medicina... Acércate, quiero darte un beso.- Y eso mismo hizo. Fue un beso tan dulce y tan intenso que le pareció como si su madre estuviera despidiéndose de él. Realizó una espontánea mueca abstracta como apretando los labios y la observó por un instante con ojos lánguidos.- Y ahora tu María-. Hizo lo mismo- Gracias por todo... Os quiero...

-Nosotros también mamá.- Un instante de un silencio acogedor les envolvió.- Bueno, ahora debes seguir descansado. Dentro de un rato volveré para mirarte el suero y para darte los medicamentos, ¿De acuerdo?

-¿La abuelita tiene que dormir?- Preguntó la niña de dulce sonrisa y su padre asintió, sintiendo algo extraño y melancólico en su corazón, pero incapaz de expresarlo, tal vez por que ni él mismo lo había aceptado aún.

-Sí, cielo ahora tengo que dormir...

Y con esas palabras ambos salieron del cuarto contemplando el afectuoso rostro de Nely, su apacible expresión, pero sobre todo, la serena luz diáfana y angelical que emanaba, como diamantes rutilantes, de sus eternos y mágicos ojos esmeraldas...

Introducción al relato: "Reencuentro"

Esta es una historia un tanto sórdida y densa. Un relato sin más pretenciones que inquietar al lector aunque sea solo un poco. Es como entrar en un sitio cerrado, oscuro y condensado, donde por momentos comienzas a experimentar una sensación de claustrofobia que te agobia… Bueno, tal vez estoy exagerando un poco. El caso es que en el relato se respira un aire viciado e intrigante que el lector/a deberá ir despejando a medida que se vaya acercando a su conclusión. Es una narración zig-zagueante y sinuosa en lo que algunas cosas no son lo que parecen…

“REENCUENTRO”

Había un silencio sepulcral en aquella angosta habitación. La tensión flotaba en el ambiente como un halo de energia maligna que lo impregnaba todo. Hasta el aire era rancio, se respiraba con dificultad. La ejecución se realizaría en cualquier momento. A falta de que descorrieran las cortinas, todo el mundo no hacía otra cosa que reflexionar sobre la vida, sobre lo absurda y siniestra que en ocasiones era, y sobre lo que aquel hijo de puta les había quitado. No había más de veinticinco personas allí. Todos tenían algo en común, todos habían sido víctimas, de una forma u otra, de Charles Water, apodado el “cuarto jinete”, por sus radicales convicciones religiosas y sus esperpénticos crímenes, siempre impregnados de propaganda fundamentalista y corrosivamente pesimista y macabra, como si con sus actos quisiera desatar los vientos del Harmagedon. Aquel tipo no solo había destruido la vida de los presentes sino que había conmocionado al país entero con sus mensajes apocalípticos y su peculiar forma de predicarlos, a sangre y fuego. No era un asesino en serie más, era un tipo sediento de mal, exterminador desalmado, “purificador implacable” de un mal “encarnado y representado” substancialmente por las mujeres, a las cuales llamaba “las mayores criaturas del diablo” y la “encarnación de Satán en la tierra”, entre otras cosas. El mismo se había erigido como el jinete pálido portador la gran espada de la Muerte para arrastrar tras de sí las almas de las “impuras y pecadoras” inmerecedoras del don de la vida.

Pero ahora estaba ahí detrás, a falta de unos segundos para la agonía final; una muerte ignominiosa y severa que le acechaba del mismo modo que él había acechado a sus víctimas.

Mary sintió un desagradable escalofrío por toda su médula cuando pensó en ello. Era como si sintiera que todas esas víctimas, unas ventisiete “reconocidas”, (aunque algunos expertos del FBI opinaban que ese hombre había segado la vida de unas cuarenta mujeres en total), clamasen justicia desde algún lugar y no pudieran descansar en paz hasta que esta no se ejecutara. Miró a su alrededor y vio los rostros perturbados de la gente que le rodeaba; gente que al igual que a ella, les atormentaba el pensar sobre lo que aquel maníaco les había arrebatado y sobre todo de la forma en que lo había hecho.

Un morboso pero leve murmullo se alzó casi imperceptiblemente cuando por fin las cortinas se descorrieron del todo. Allí estaba Water, sentado en su trono de muerte, con sus diabólicos ojos negros apuntando al frente, como dos serpientes a punto de inyectar su letal veneno, y su rostro estremecedoramente sereno, abstracto, casi lleno de abnegación, sintiéndose una especie de mártir incomprendido o algo así. A su lado el alcaide de la prisión dio lectura a la sentencia y salió de la habitación, en espera de que el gobernador hiciera la pertinente llamada telefónica confirmando el cumplimiento de tal, mientras el capellán permanecía a su lado leyendo en voz baja algunos pasajes redentores de la Biblia. Esta se produjo, indicando que era el momento adecuado para segar la vida de aquel malnacido. El ayudante del alcaide salió y preguntó al reo si quería decir algo antes de darle ejecución a la sentencia. El afirmó con gesto áspero. Ella se estremeció

y pareció revivir, de forma condensada, todo ese soterrado castigo de nuevo en su propia piel.

-Sólo quiero decir que...- carraspeó como si acabara de fumarse un cigarro, y continuó con voz solemne:- hemos de ser fuertes por que la hora se acerca... Los caballos están cabalgando pero sé que se levantarán nuevos profetas... Nuevos verdugos, nuevas plagas... Vendrán nuevos siervos y continuarán mi enseñanza... Los cuatro jinetes continuaran su andadura... Se abrirá el quinto sello... Las almas de los justos perecerán...- Water aspiró con profusión, como si le costase. Su respiración jadeante sonó a través del altavoz como un eco de ultratumba que se filtraba en sus entrañas con la perversa vitalidad con que te atrae algo terrorífico, tan sobrecogedor que sometía su alma con la misma facilidad que el terror oprime a los espíritus dóciles.- La gran bestia de siete cabezas devorará a la ramera... Tengo pena por vosotros... Otros vendrán y proseguirán con mi cometido... Estoy preparado...- Y con un gesto tortuoso y casi esquivo indicó al funcionario que diera comienzo al mortífero ritual. Este le colocó la mordaza, le puso la capucha y dio la orden de ejecución, mientras que una mano anónima pulsó el fatídico interruptor y su cuerpo se convulsionó ante el infatigable paso de los penetrantes voltios que maceraron su piel, derritiendo partes blandas como los globos oculares, o quemando partes propicias, como el tejido adiposo...

Pero de repente ocurrió lo increible. El reo alcanzó a proferir un grito gutural y bronco desde el fondo de su estómago, un aullido ronco y ensordecedor, como si procediera de ultratumba, a pesar de la oposición de la mordaza, y todo estalló en cientos de centelleantes chispas que sembraron la confusión y el pánico entre los

asistentes. De súbito todas las bombillas y los focos estallaron con sordas explosiones en docenas de minúsculos trozos de afilados vidrios y el local quedó a oscuras. Mary fue arrollada por la gente y perdió la noción de todo, no solo por la impetuosa fuerza del caos sino por el shock que todo aquello le había causado. Unos segundos más tarde aspiraba entrecortadamente el enmohecido aire como intentando sobreponerse, apelando a un instinto primario de supervivencia, mientras pretendía incorporarse con extenuación, y un poderoso brazo se ofreció a ayudarla. Pero al asir aquel fibroso brazo el estómago le dio un vuelco, como si se pusiera del revés, al comprobar aterrorizada que era él...

Mary despertó de repente con un profundo dolor en el estómago y la garganta. Seguramente había gritado de nuevo, y sudaba como si hubiera estado corriendo durante una hora. Intentó tranquilizarse, a pesar de que su corazón galopaba a velocidad vertiginosa. Se echó las manos a la cabeza. De nuevo las pesadillas. Siempre volvían cuando menos se lo esperaba. A veces tardaba semanas, e incluso en una ocasión estuvo más de un mes sin tener ninguna. Pero sabía que no lo había superado. Se sonrió al comprobar que temblaba como una niña pequeña. A pesar de todo, tenía a ese tipo en su cabeza, tal vez ni siquiera en su cabeza, dentro de sus entrañas. Aunque lo había visto morir en la silla eléctrica (por suerte, el final de la pesadilla tan solo era una fantasía onírica que le atormentaba permanentemente), tenía la extraña impresión que todo aquello estaba incompleto, como si aún no hubiera pasado el peligro... No sabía como explicarlo, tan solo era una vaga sensación que la martirizaba en ocasiones, cuando más débil se sentía, cuando su interior se desmoronaba de nuevo o cuando

aquel maldito fantasma volvía a aparecer en sus sueños. Se sentó en la cama y cogió un cigarrillo. Le dio una intensa calada y observó como el humo ascendía hasta lo alto de la habitación. “Así es como se evapora mi vida, tan sutil e inevitablemente...” pensó desconsolada. Se levantó y a duras penas fue a la cocina, pensando en que era más fácil engañar a los psicólogos que a sí misma. Tomó un vaso de agua, un tranquilizante entre sus dedos y lo observó por un momento.

-Esta es mi vida.- Masculló sintiéndose tan poca cosa como aquella diminuta cápsula milagrosa, y después la engulló como el borracho que bebe su último trago.- Mañana será otro día...- Se rio de lo estúpida que se sentía y se acurrucó en la cama, aunque aún tuvo tiempo de reflexionar sobre algunas cosas antes de caer en manos de Morfeo...

Cosas como el “antes” y el “después”... Ese cabrón le había privado de la paz, de la ilusión, de la confianza en el ser humano... Había sembrado su vida de temores malignos, temor a la oscuridad, a la soledad, a los desconocidos... La había impregnado con una ponzoña que permanecía dentro de sus entrañas como un parásito cruel que escarbara atrozmente en sus más íntimos temores y la había saturado de demonios internos. Ella había sido la última víctima, la víctima frustrada. Había caido en sus manos en el inhóspito garage de su edificio. La había sedado con cloroformo o algo parecido y la había llevado a un dantesco y profundo lugar infectado de ratas, humedad y mugre y la había mantenido atada por tres días con una cadena a un poste, ante la ingrata penumbra de un escaso haz de luz que se escurría entre el polvo flotante al fondo de la ruinosa estancia como un espejismo tenebroso y etéreo. Diez días de incontestables

torturas emocionales mientras aquel asqueroso tipo intentaba hacerle entender que estaba intentando redimir su alma del pecado, soportando sus macabros sermones y asimilando el hecho de que no volvería ya a ver la luz del sol, sufriendo cada segundo en espera de su inevitable final, sin saber si este se dilataría mucho o si le sobrevendría al momento siguiente. Diez días que le parecieron una cadena perpetua. Por suerte, unos cazadores furtivos encontraron su madriguera y dieron parte a la policía, sin aportar ningún tipo de identificación ni nada parecido; una sencilla llamada con un móvil bastó, una sencilla llamada que en otras ocasiones hubiera pasado desapercibida, pero no en este caso en que la policía se encontraba tan perdida y sedienta de datos que no desestimaba ningún tipo de información, por confusa o contradictoria que pudiera parecer. Fueron vejaciones que quedaron impresas en su alma como grabadas con fuego...

-¡Maldita sea!- Se lamentó por intentar revivir todo aquel infierno de nuevo. "Está muerto", "está muerto", se repitió sin estar muy convencida de que eso realmente pudiera ayudarla de alguna forma, por que aquel fantasma estaba dentro de ella y a ese no podía calcinarle en una silla eléctrica ni con nada parecido...

A partir de los fragmentos de los recuerdos de su vida anterior, intentó encauzar lo que era el río de su propia existencia, construir de nuevo su camino a base de retales de sí misma, pero el esfuerzo era arduo, penoso, incluso ingrato en ocasiones, así que haciendo caso estricto del consejo de su psicólogo, intentó mantener su mente ocupada, llenarla de sentido, de ocupaciones, distraerla; de esa forma quizás no caería en la tentación de obsesionarse demasiado con su aprensión, de dejar

que sus temores, sus demonios internos, inundaran su alma de una inseguridad perpetua y sin retorno. Así que se comprometió con actividades antaño desconocidas que trataron de dar sentido y estabilidad a su vida, o quizás tan solo consistencia, tales como las clases de defensa personal, pues pensaba que le proporcionarían mayor autoestima y más confianza en sí misma; o sus constantes ejercicios de pesas y aeróbic, para estar en forma, y por supuyesto, su ocupación más extraña y probablemente la menos recomendable, la de estudiar a fondo la vida de Charles Water y su obsesión por todo lo concerniente con el enigmático y denso libro bíblico del Apocalipsis. Era una forma, quizás un tanto incomprensible, de intentar superar su psicosis. Algo así como "si conoces a tu enemigo podrás vencerle..." Pero la verdad es que aquello era una fascinación más enfermiza y negativa de lo que ella misma creía. Pasaba horas y horas en hemerotecas y en bibliotecas buscando información, buscando datos, fechas... cualquier cosa publicada al respecto. Así, por ejemplo, pudo saber que Charles Water provenía de una familia pobre de Boston cuyos padres eran inflexiblemente religiosos, sobre todo su madre, que parecía ejercer el poder matriarcal en el clan, siendo la que imponía la disciplina y la que marcaba las pautas de esta. Cosas como que esta solía castigarle severamente a él y a su hermano mayor, que a la edad de 15 años se suicidó, con palizas o con vejatorios castigos que lo dejó marcado de por vida, de tal forma que después de que su padre quedara parapléjico debido a que, al parecer, estaba algo bebido y su madre, supuestamente, le había empujado escaleras abajo en una de las frecuentes discusiones familiares, aunque nunca quedó legalmente aclarado si fue así o se trató tan solo de un accidente, él

le asestó 30 puñaladas, pero debido a que era menor de edad fue al reformatorio, en el cual sólo estuvo dos años por que el juez consideró, según las opiniones de los expertos, que había sufrido inevitables daños psicológicos y había actuado bajo una fuerte presión emotiva causada por todas las circunstancias negativas de su entorno y los acontecimientos finales que le originaron una “psicopatología neurótico-depresiva” que le desbordó por completo, haciéndole reaccionar de forma tan hostil, incontrolada y agresiva. A parte de eso siempre fue un niño muy insólito, de difícil carácter, conflictivo, solitario y misógeno...

Me duele la cabeza... es como si me estuvieran torturando... como si me estuvieran clavando cien malditos alfileres en las sienes. Oigo un estúpido murmullo dentro de mi cabeza. Como si muchas voces intentaran hablarme a la vez. Un extraño eco que suena de algún lugar oscuro, lúgubre... Una voz lejana que trae un eco cercano y ensordecedor... ¡No quiero oir nada, no quiero oir nada...!

Esos murmullos dentro de mi cabeza... esa amargura... Es como si hubiera alguien dentro de mi que intentara martirizarme, que me desgarrara el alma... Como si una cascada de tormento se desbocara en mi interior y arrasara por completo mi sosiego, como si jugueteara caprichosamente con mi espíritu, como si existiera entre mi alma y mi conciencia tal hostilidad que entre ambas se aniquilaran mutuamente hasta ahogar a mi propio ser, a lo que soy realmente... o a lo que supongo ser...

Ya para ese entonces, Mary estaba navegando en una especie de río de aguas turbulentas que le aterrorizaban casi tanto como le atraían, en una especie de tira y afloja que parsimoniosamente, lentamente, le iba ganando terreno a su subsconciente de una forma artera y taimada. Caminaba por el filo de la navaja, al mismo borde del precipicio de su propia cordura, intentando decidir si debía lanzarse a este de forma suicida de una vez por todas o debía dar media vuelta y correr como alma que lleva el diablo en la dirección opuesta, sin siquiera pararse para mirar atrás. Eso significaba, por supuesto, huir el resto de su vida irremisiblemente, pero ¿Es qué acaso podía huir de algo que llevaba consigo a todas partes, dentro de algún lugar tenebroso y oculto de su alma? Eso, bien lo sabía, significaría, tarde o temprano, la demencia más tortuosamente cruel y despiadada a la que se podía enfrentar cualquier ser humano. Lo contrario era pecar de insensatez y lanzarse al vacío, aún a riesgo de que el vacío nunca acabase o que, por el contrario, su final fuese demasiado indescifrable, repentino, como para salir de él airosa y no fracasar en el intento. Harta de las medias tintas, de las indecisiones, de los benevolentes consejos de su psicólogo, con toda su palabrería persuasiva y altruista, que la empujaba a una existencia amortiguada a base de compuestos químicos que no hacían otra cosa que sumirla en un profundo sopor y a la que no estaba dispuesta a sucumbir por que le asustaba tanto como las opciones anteriores, por que la hacía sentir como si no fuera dueña de su propio destino, como si fuera una forma de angañar a la vida misma para que esta fuese desparramándose a su alrededor sin poder atraparla con sus manos, sin poder sentir el impacto de su

propia existencia, pero no por que este no se pudiera producir o no fuera capaz de soportarlo, simplemente por que la medicación habrían hecho de ella un ser insensible, anestesiado, incapacitado para poder sentir a plenitud todo lo que sus sentidos, el futuro, el destino, lo que fuera, le deparara... Esa opción también estaba descartada. A diferencia de los médicos, ella sabía que el mal residía más allá de su interior y que debía, de alguna forma, exorcizarlo, expulsarlo de si, vencerlo; y si no era posible, al menos, su sino, si es que cabía esa palabra, era enfrentarlo. Con algo de auto-confianza insuflada a base de echarle coraje al futuro, una pizca de terca voluntad y algo de autoestima, creyó haber conseguido vencer no solo a las perniciosas dudas que a veces se deslizaban por el entramado de su frágil armadura, sino a las sombras que la acechaban en los lugares oscuros, a los espectros que la atormentaban en sus lúgubres pesadillas, a los fantasmas que la acosaban internamente y que aparecían y desaparecían caprichosamente, pero todo ese camino recorrido no era más que un rumbo errático y ficticio, por lo cual necesitaba vencer el espejismo insalvable en que se había convertido Water para poder librarse de él, y la única forma de poder hacerlo era volver al lugar donde todo había dado comienzo. Parte de su esencia permanecía allí... En realidad era una lucha contra sí misma, aunque ella aún no lo sabía.

Cuando llegó, después de conducir casi tres horas a través de travesías escarpadas, y caminar casi cuarenta y cinco minutos por abruptos senderos forestales, el ocaso pareció haberse adelantado por que la frondosidad de las copas de los árboles impedía en gran medida el paso de la luz, otorgándole al lugar una penumbra casi sempiterna y fantasmagórica que helaba la sangre. A Mary, el antiguo,

desvencijado y deteriorado caserón que ante ella se erguía como un superviviente prodigiosamente horripilante de la batalla contra los elementos, le pareció, más que algo simple e inanimado, una criatura que en sí misma tuviera vida, monstruosa, maligno, y que la llamaba de una forma que le resultaba imperceptible e ineludible. Sin embargo, le resultó contradictorio, casi contraproducente, el embriagante olor a bosque tupido, a naturaleza húmeda, purificadora, limpia, ante aquella vista siniestra, esperpéntica.

Después de sopesarlo por un buen rato cruzó el umbral de la casa. Sabía que ya no había marcha atrás pero algo la empujó a su interior. Las losas crujieron bajo sus pies como si se quejaran del enjuto peso de su cuerpo. Un mugriento recibidor le dio la bienvenida. Un par de pasos más y la oscuridad se la tragó irremisiblemente. Un salón que en otros tiempos debió ser espléndido, pero que ahora era la viva imagen de la desolación y la ruina, la engulló sin piedad en un universo de sombras espectrales y evocaciones perversas erizándole los poros de la piel como si fueran auténticas escarpias. Se sintió como una niña perdida, vulnerable, indefensa, aterrorizada. Dentro de su entumecida mente sonó una especie de reclamo lejano y reverberante que le indicaba que girara sobre sus talones y que saliera de allí lo más aprisa que pudiera, pero no fue capaz de obedecer a su raciocinio, había algo allí que la petrificaba y la sometía de forma astuta, sin dejarse notar, pero sin dejar en ella la más mínina capacidad para rebelarse, para persistir en la decisión de escapar de aquella absurda y horrible pesadilla. De esa forma, comenzó a deambular por la estancia como una auténtica sonámbula, sin darse cuenta de los fantasmas que la acechaban, de la aterida oscuridad que la envolvía,

del polvo que sus pesados pasos levantaban, del jadeo entrecortado de su castigado pecho y de los monstruos que a su alrededor esperaban impacientemente para devorarla. Oyó voces que no reconoció, voces femeninas despavoridas, angustiadas, atormentadas, lamentos ininteligibles, quejidos sofocados, gimoteos arrancados desde el fondo del alma. Todo resonaba a su alrededor como un ritual de locura, carcomiendo su cordura, su racionalidad, como cientos de pirañas devorando una presa indefensa que no espera otra cosa que alcanzar el descanso de la muerte para que el lacerante dolor de docenas de afilados dientes cesara por fin. Eso hasta que un silencio sepulcral y hondo, muy profundo, como siseante, irrumpió en su mente como con una sorda implosión que hizo que no quedara otra cosa en su interior que el vacío, un vacío ensordecedor, espantoso, estremecedor, gélido. Y allí estaba él, de nuevo, como surgido del mundo de lo absurdo, con sus mismas manos toscas, sus brazos estirados, su estampa desmadejada, su mentón protuberante, sus ojos de cocodrilo paralizandola por completo, su rostro desganado, casi como si alguien le estuviera obligando a hacer lo que estaba haciendo, como si tuviera una lucha interior entre su lado desalmado, macabro, depredador, y algún recóndito rincón en el cual alguna frágil voz le susurrara a duras penas que aquello no debía hacerlo, que no estaba bien... Se le fue acercando a pasos alternos, continuos, pero sin denotar prisa alguna, seguro de que su víctima no podría escapar...

De súbito ocurrió dentro del infinito de sus entrañas una especie de arrebato astral que hizo que todo fuera confuso, caótico, abstracto, y un olor fresco, límpido, sano, fue el revulsivo necesario para que saliera de esa

especie de viaje por el lado oculto de su subsconciente. Fue una especie de bilocación, como si aún estuviera en esa sucia mazmorra colmada de perversidad y pasara en un mismo plano a un lugar distinto y distante, húmedo y frondoso. Pero aquella sensación a la vez paralizante y a la vez revitalizante fue difuminándose tan poco a poco que cuando Mary tomó consciencia de ello lo primero que observó fue el rostro imperturbable de una mujer que, por alguna extraña razón, le parecía muy familiar, aunque estaba segura de que no era nadie conocido.

-¡Maldita sea, muchacha!- Dijo la mujer de labios carnosos y estilizado pelo cobrizo rematado en tirabuzones mientras exhalaba el humo del cigarro que apuraba con ansiedad.- Nos has dado un susto de muerte...- Mary intentó postrarse con esfuerzo.- Tranquila niña, tranquila... Steve, deja de grabar y tráeme un poco de agua.- Un hombre medio calvo y musculoso dejo en el suelo lo que parecía una cámara y le alcanzó una pequeña botella de agua. Ella bebió vehementemente de su interior. El sagrado líquido pareció rejuvenecer su espíritu, y proporcionarle nuevamente las energías perdidas. Esta vez sí se incorporó con facilidad. El brazo de la mujer la sostuvo con firmeza.- Creo que será mejor que te vea un médico, vamos...- Pero Mary no aceptó, bajo ningún concepto, tan solo aceptó una copa, la necesitaba. Solo que lejos de allí. No podía resistir la fóbica sensación de pánico que le producía aquella casa, su cercanía, aquel lugar en general. Por eso se alejaron de allí y la mujer decidió irse con ella en su coche. Tenía interés en charlar con ella. Mary por fin se dio cuenta por que le era tan familiar su rostro maduro e inquisitivo; se trataba de la inefable Lara Turner, todo un sabueso de la información, inquisitiva, independiente, hasta cierto

punto, claro, capaz de bucear en los vómitos de la sociedad con tal de encontrar ese detalle morboso y oculto que hiciera destronar al político incauto de turno o al dirigente confiado y corrupto que cometía algún fallo, hábil como nadie para tentar y pellizcar la sensibilidad de los contribuyentes con el fin de subir los índices de audiencia del programa para el cual era corresponsal, el artificioso magazine “A Punto” del canal “TKBA”.

-Delicioso...- Susurró la mujer mirando su bourbon.- Con esto y un cigarro soy la mujer más feliz del mundo...- Su voz sonó con calidez natural.

-Perdona, voy un momento al baño.- Dijo Mary con expresión quebrada. Aún estaba erizada.

-Demasiadas impresiones por hoy, ¿Verdad?

Ella asintió y fue al excusado. Cinco minutos después apareció algo más repuesta, observando a la periodista con cierta desconfianza. No es que le diera mala espina, pero no se sentía invulnerable del todo ante ella. Parecía tener una sapiencia y una picardía que asustaba de veras, sobre todo tratándose de lo que era.

-Toma un trago, verás como te sienta de maravilla...- Eso mismo hizo. Tosió levemente, pues el alcohol había rasgado su garganta y sonrió ante la mirada vigorosa y concisa de la pelirroja.- ¿Te sientes mejor querida?

-Sí, mucho mejor.

-Dime, ¿Qué diablos hacías allí?

No respondió nada, tan solo se limitó a hacer un gesto impreciso, como si ella misma ni siquiera lo supiera.

-Cuando te encontramos temblabas como una niña pequeña.- Lara saboreó nuevamente su whisky.- Sudabas profusamente y tenías la mirada como perdida... estabas en estado de shock o algo parecido. ¿No has pensado en

ir a un psicólogo? Te lo digo por que yo también lo hago, bueno, de vez en cuando... a veces me ayuda a vencer mis temores internos y toda esa clase de chorradas, ya sabes...

-Sí.- Mary sonrió con una especie de mueca.- Fue algo extraño... No se, tal vez intentaba demostrarme algo... Fue como si lo reviviera de nuevo. El estaba allí, pude verlo, sentirlo, olerlo...- Comentó, haciendo énfasis en esta última palabra, a la vez que meneaba su cabeza con resignación. Ella también apuró un nuevo sorbo de alcohol. Supo entonces que desde que se vieron ambas se habían reconocido sin que nadie antes las hubiera presentado. Ella había sabido desde el principio quién era. Le dio la impresión de estar sometida a una especie de análisis o algo así. Entonces se quedó observándola detenidamente, con una expresión ceñuda y desconcertada.

-Quiero proponerte algo.- dijo la periodista al fin como si lanzara un reto.

-Oye, y tu ¿Qué hacías allí?

-Precisamente se trata de eso. Estoy haciendo un reportaje sobre asesinos en serie y demás, aunque tomando como figura principal a Water; digamos que lo pienso utilizar de ejemplo para mostrar cual es el perfíl del "típico" psicópata, si es que acaso se puede utilizar esa palabra. Me gustaría que intervinieras... Podría hacerte unas preguntas, ya sabes... Tendrías la oportunidad de expresarte libremente para que todo el mundo sepa como te sientes... Tal vez eso también te ayude...

Mary no dijo nada. Tan solo se limitó a lanzar una especie de vaga expresión con sus ojos y a interpretar una mueca de contrariedad con la cabeza.

-Ya veo...- Lara, también contrariada, alzó el vaso y pidió otro bourbon. Aspiró y se preparó de nuevo para su particular ofensiva.- Sé que esto es muy importante para ti. Water se ha convertido en una obsesión o algo peor. Lo sabes todo sobre él, lo conoces como nadie... Vivimos en un mundo inmisericorde, cruel, agresivo... Tu mejor que nadie lo sabes. Ya es hora de que aprendamos a defendernos, a prevenir a la sociedad de esta clase de individuos... ¿No crees? Solo quiero tu ayuda, contar con tu testimonio...

-Veo que has estado haciendo los deberes.- Manifestó ella sin mostrar una pizca de interés.- Ha sido un buen intento, pero lo siento, no me interesa.- Y una vez dichas estas palabras, se levantó de la silla como un resorte.- Y gracias por la copa, la necesitaba...

-¡Espera!- Exclamó Lara con ansiedad, y la agarró por el brazo. Mary la miró ahora con expresión irritable.- ¡Cálmate y siéntate un momento! Sí, ya sé que podrías partirme la muñeca con una de esas técnicas de defensa personal o lo que sea... Vamos, por favor, siéntate un momento...

-Dígame, señora Turner, ¿Cómo sabe tanto de mi? ¿Qué ha hecho? ¿Me ha investigado?

-Verás, lo de antes ha sido una auténtica casualidad, me refiero a lo de encontrarte en esa casa, gracias a Dios. Ya tenía pensando localizarte desde hace varios días, por lo del reportaje y demás... siempre me asesoro e investigo para conocer mejor a mi posible "víctima", es mi trabajo querida... Además, te admiro... lo reconozco.- La camarera trajo su bourbon y esta lo agarró como tratándose de algo muy valioso. Le dio un acentuado sorbo.- Eres singular, en cierta forma. La única víctima reconocida de Water que logró escapar. Estuviste casi

cuatro días encadenada en esa casa sin saber cuando ni como ibas a morir... Otras víctimas duraron dos, a lo sumo casi tres días... El debió ver algo especial en ti para mantenerte durante ese tiempo con vida... Debió ser espantoso. Otras, por mucho menos, han caido en profundas crisis de las cuales no se recuperan por el resto de sus vidas... Sin embargo tu... tu...

-¿Crees que no tengo una lucha interna? ¿Crees que no tengo esas crisis de la que hablas? No soy tan fuerte, no soy tan fuerte, señora Turner... Tan solo oir su nombre ya se me eriza el pelo... Tengo trastornos de sueño, miedo a la oscuridad, a los lugares cerrados, profundos... Aún no me he librado de él, usted misma lo ha podido comprobar...

-Pero eres fuerte, lo sé... Por que estás luchando, y estás venciendo, solo que no te das cuenta. El hecho de que tuvieras el coraje para ir a esa casa, sola... y entrar en ella... Eso es de lo que otras mujeres carecen. Sé que has estado en manos de médicos, bajo tratamiento... Pero, tu eres una mujer importante, puedes ayudar a muchas otras que han sufrido vejaciones equiparables a la tu has sufrido y sin embargo se han quedado ahí, ahogadas en su propio miedo, en su propia frustración...- Lara volvió a sorber un trago de whisky pero como lo hace una auténtica estratega, dando tiempo para que sus palabras entrasen dentro de su corazón y lo sacudiesen con intemperancia. Después la miró con sus ojos de halcón que está a punto de caer sobre su presa. No estaba segura si habían hecho mella del todo y darían el resultado demandado. Aún así no se apresuró por un segundo más y dejó que ella actuara, pero ante la carencia de respuesta se aventuró a introducir un nuevo dato, por que una nueva negativa sería si no definitiva, sí muy difícil de

desmantelar. Metió su mano en el bolso y sacó una grotesca fotografía. Ella la cogió con cierta dosis de inseguridad. Le dio un vistazo y su cuerpo sintió una estremecimiento profuso y abismal.

Era la fotografía de un cadáver. Un cuerpo desnudo y femenino yacía boca arriba en una postura rígida, con sus manos tapando su intimidad, los párpados cerrados y sin detalles visibles de tortura o malos tratos físicos, excepto las típicas marcas en las muñecas y la boca, muescas que a simple vista pasaban desapercibidas. Lo que más le impactó fue la expresión imperceptible de su rostro, como resignada a todo ultraje, doblegada, casi sumisa. Su semblante se le antojó terrible, impactante.

-¿Qué tiene que ver esto conmigo, señora Turner?- Contestó algo confusa una vez se repuso de la inevitable conmoción. Antes de esperar su contestación cogió su vaso de alcohol y tomó un reconfortante trago.

-Llámame Lara, por favor... Nada, no tiene nada que ver. Es una pobre enfermera del Hospital Hall Center que apareció hace unos tres días en el bosque. La policía sospecha que es uno de los muchos homicidios que se cometen en este bendito país, pero yo no estoy tan segura... Fue asesinada y trasladada al lugar donde se encontró. Alli permaneció dos días y medio, a lo sumo tres.- Ahora su expresión tomó una acentuado matiz predador, como la del lobo que olfatea una presa y está convencido de que está apunto de descubrir su madriguera.- Sospechamos que se trata de un primer asesinato, pero hay algo extraño. Verás, dentro de la boca, muy bien enrollada, encontramos una nota que decía: *"mantente alerta, o pecadora, por que el aceite es tu vida...."*- A Mary enseguida se le vino a la mente los extraños mensajes apocalíticos que Water solía dejar con

cada víctima también con un procedimiento similar.- Sé que se trata de un psicópata, lo presiento... Pero eso no es lo que hace singular este caso... Un perito de caligrafía científica estuvo examinando la copia del escrito y concluyó que, a falta de más indicios, esta nota bien pudo haber sido escrita por... por... Charles Water...

-¿Qué? ¿Qué?- Algo en el interior de Mary estalló con un estrépito, como si se hubiese provocado una tormenta en lo más recóndito de su ser.- ¿No estará hablando en serio, verdad? ¿No estará hablando en serio?

Perdió el control de si misma y se levantó de la mesa como un resorte, impulsada por huracanes internos que la atraían a una especie de espiral de locura, como si todo su universo interior hubiese entrado en una especie de catarsis caótica desde que la reportera pronunció ese infame nombre. En su intento derramó irremediablemente lo que le quedaba de bourbon y estuvo a punto de caer por culpa de un inesperado tropiezo. Una vez fuera sintió una molesta opresión dentro de su pecho y no tuvo más remedio que pararse a respirar un poco de reconstituyente aire. Al momento Lara salió tras ella. Después la agarró por los brazos con firmeza y la llevó a un rincón.

-¡Maldita sea, Mary! ¡No te derrumbes ahora! ¡No te derrumbes¡ Ese cabrón no es Water, ya sé que murió en la silla eléctrica... Es un imitador, un imitador... solo eso... No tienes nada que temer... Water está en los mismísimos infiernos, pudriéndose... ¿De acuerdo? ¿De acuerdo?- Ella asintió todavía con el velo de la turbación en su semblante, per algo más calmada.- Ven, vamos al coche, vamos al coche.- Y eso mismo hicieron, y emprendieron de nuevo el viaje hasta la ciudad, pero en el recorrido Lara no se atrevió a volver a tocar el tema, y

Mary no pudo evitar sucumbir a un reparador sueño, hasta que Lara llegó a su casa.

-¿Te apetece comer algo? ¿Un trago quizás?- Preguntó esta una vez llegaron al piso.

-No, no, gracias...

-Debo de tener algo de cena... El caso es que tengo todo lo que quieras de beber, pero de comer...- Sonrió casi con disgusto.- Bueno, llamaré al chino... ¿Te apetece?- Mary asintió.- ¿Te sientes mejor?

-Sí, sí, mucho mejor. ¿Tienes un vaso de agua?

-Claro, querida. Ahora mismo te lo traigo... Acomódate bien.

Lara se fue a la cocina y Mary mientras observó la sala de estar. Era muy bonita y muy diferente a la suya. Mucho más amplia, bien decorada, con muebles modernos y ágiles, colores pasteles, cuadros de difuminados colores... En fin, se notaba no solo la diferencia de economía con respecto a ella sino también de sentido estético.

-¡Esto es muy bonito¡- Gritó ella.

-¿Qué?

-¡Que esto es muy bonito!

-Gracias.- La madura mujer de pelo cobrizo apareció con el vaso de agua en su mano derecha y un pitillo en la otra. Le extendió el vaso y la miró de forma complaciente. Entonces ella tuvo conciencia de que la periodista la tenía precisamente donde había pretendido desde el principio. Bueno, quizás eso no fuera tan malo, después de todo. Mary engulló el agua como si estuviera deshidratada y después Lara le pasó el pitillo, y esta le dio una profusa calada después de pensárselo por un segundo. Después hizo lo propio la periodista, observándola con ojos extrañamente licenciosos.

-Sabes, no sé lo que me pasó en el bar. Cuando me dijiste eso, sentí un nerviosismo tan intenso que se apoderó por completo de mi. El pánico se apoderó de mi. Sé que es una estupidez, pero...

-No tienes que justificarte. Es lo más normal del mundo. Me tengo por una mujer muy experimentada al tratar con la gente. La evaluó y no suelo equivocarme. Forma parte de mi trabajo. Bueno, lo que quiero decir es que tal vez no tuve por que intentar meterte en esto, tu ya pasaste tu infierno particular. Pero, al encontrarte allí... de esa forma... no sé, creo que sentí una positiva intuición sobre ti. Siempre hago caso a mis corazonadas. Lo que quiero decir es que creo que sé por que fuiste allí. No sé si yo hubiera hecho lo mismo. Pero sé que tu lo hiciste como una forma de rebelarte contra ti misma... una forma de decir basta, de vencerle, de luchar con él, con lo que él se ha convertido para ti... por eso decidí contarte todo eso, por eso decidí enseñarte la foto.

-¿La tienes por ahí?

Lara asintió sorprendida. Al momento se la dio de nuevo y ella la volvió a observar con ojos tristes.

-¿Tienes la nota?

-Tanto como eso, no, pero tengo una foto de esta. Ya sabes, tengo mis contactos... No te imaginas lo que puede hacerse con algunos dólares... Si la policía se enterase...

-Por mi no te preocupes. Así que tu te has propuesto resolver el caso por ti sola, sin contar con ellos para nada, ¿No es así?

-Bueno, más o menos.- Sorbió el cigarrilló y expulsó el humo con sobrada experiencia.- Y ¿Qué mejor ayuda que tú? Solo quiero que me asesores sobre algunas cosas, por que no hay nadie que conozca mejor a Water...- “Sí, eso puedes darlo por sentado”- pensó ella resignadamente.-

Además, me gustaría hacerte una pequeña entrevista, podrías hablar en el programa del próximo fin de semana...

-No, no estoy preparada para eso.- Contestó de forma tajante.

-Bueno, si quieres puedo grabarlo y poner algunos de tus comentarios de fondo, ¿Te parece bien?- Mary no respondió, pero la periodista sabía de sobra que eso correspondía inequivocamente a una respuesta positiva.

-Y, ¿En qué te basas para decir que esa nota pudo ser escrita por Water?

-Bueno...- Lara carraspeó y se inclinó hacia delante como preparándose para poner manos a la obra, cosa que le excitaba rotundamente. Después de traer un pequeño maletín y rebuscar dentro de él le enseñó una foto con la cita del asesino...- Según el perito la "t" tiene la misma caida, ¿Lo ves? Espera un momento.- Volvió a rebuscar de nuevo.- Aquí está.- Sacó otra fotografía. Esta vez se trataba de una de las notas del mismisimo Water.

Mary la cogió, pero extrañamente, no sintió nada especial ante ella, sensación que le asustó tanto como la que tuvo en el bar. Es como si su sistema interno, tal vez su psiquis, se convulsionara o se desconectara con voluntad propia; como si su voluntad fuera ajena a ella misma. Leyó la cita: *"la ramera será purificada por la luz de la espada en el último día"*. Esta vez sí se estremeció. Probablemente fue una de sus última notas, antes de que la raptara. *"¿Qué nota habría dejado en mi caso?"* La pregunta afloró a su mente de forma involuntaria y fortuita. Agarró el cigarrillo de Lara y le dio una intensa calada, para ahuyentar los malos espíritus.

-¿Ves? mira, aquí tienes algunas fotografías de los planos aumentados de las grafías coincidentes y de algunas diferentes, y esa es la “confusión”, si puede llamársele así. Es evidente que estamos ante un imitador... muy meticuloso, eso sí. Además, su “modus operandi” es muy parecido al de Water... Coincidencias en la “t” , el virtuosismo de la “a” o de la “f”, la “s” con un rabito superior más alargado y en forma de anzuelo... en fin, pequeños detalles difícilmente fortuitos, sin embargo, hay otras letras que no coinciden... letras como la “m” o la “r”...

-Sí, es cierto...- Mary quedó pensativa por un instante.- ¿Tienes más fotos? ¿Sabes algo sobre la autopsia?

-Bueno, no gran cosa... La mantuvo aproximadamente unos tres días con vida. La tuvo amarrada por las muñecas y los tobillos. Parece que la alimentó a base de leche y cereales. Preferentemente en un sitio cerrado. No parece que hubiera maltrato físico, al menos hasta el momento de la muerte. Esta se produjo por asfixia, con una plástico o algo similar...

-¿Síntomas de maltrato sexual? ¿Hubo violación?- Mary permaneció muy atenta a la respuesta, como si tuviera vital importancia.

-Sí, y al parecer justo antes de darle muerte...

-Me lo temía...- Manifestó con cierto aire cabizbajo.- ¡Dios mío!- Por un momento pareció rememorar toda su trágica experiencia.- Como Water. El te sometía a un auténtico escarnio dialéctico. Intentaba convencerte de que lo que estaba haciendo era por tu bien, de que era un instrumento divino o algo así, de que el mundo necesitaba la purificación y de que esta sólo era posible a través del bautismo en agua y fuego, ya sabes a lo que me refiero... Manifestaba un considerable conocimiento de

algunas partes de la Biblia, sobre todo en lo que tenía que ver con los evangelios, las cartas de San Pablo y el Apocalipsis. Era muy astuto. Te sometía a un terror psicológico tan grande que te volvías loca. El *hijo de puta* se lo creía... Estaba plenamente convencido. Pero no era hasta cuando te violaba o abusaba de ti de una forma u otra cuando, quizás motivado por una especie de culpa interna impregnada de una rabia feroz e incontrolada, te mataba a puñaladas... En realidad, lo que hacía era revivir el asesinato de su madre... Este tipo es ciertamente desconcertante... Según estoy comprobando, reconstruye, repite ciertos actos propios de Water, pero, sin embargo, en otras cosas simples y evidentes, sigue sus propias directrices... Sobre todo en la forma de acabar con la víctima, que se supone es la "obra cumbre" de un psicópata, o al menos la más representativa... No sé, esto no encaja, de alguna forma, no encaja...- Mary se echó hacia atrás en el sillón y se estiró con naturalidad. Estaba algo aturdida, por lo complicado que había sido el día y por su personal análisis de los sucesos.- La forma de dejar a la muerta... Esa posición... un asesino convencional hubiera dejado a su víctima en un lugar inaccesible, oculto, este no. Se preocupó de dejarla en un lugar visible, de colocarla en una posición muy definida... Esto indica un cierto ritual. El escrito que dejó... Creo que tiene connotaciones bíblicas, pero ahora no sé decirte de qué se trata... El hecho de que le cerrara los ojos... es como un acto de constricción por la víctima... Como si su muerte fuera un acto necesario, un acto de purificación o tal vez de penitencia... Volverá a matar... Estoy segura. Puede ser alguien que haya tenido una infancia marcada por los malos tratos, que haya vivido en un ambiente de rigidez religiosa... Tal vez se

creo una personalidad divergente para soportarlos y ahora no puede escapar a su lado oscuro, perverso... ¿Existen pistas? ¿Algún sospechoso?

-No, creo que no.- Lara permanecía circunspecta ante lo que Mary decía, mientras no perdía la oportunidad de apuntar todo cuanto ella manifestaba, a la vez que la grabadora hacía inevitables horas extras.- Solo hay una especie de retrato robot o algo así. Bueno, más que una pista es un "sospecha". Verás, no he tenido tiempo de decirte que un problemático y misterioso enfermo del Hospital Hall Center, donde ella trabajaba, ya te lo he comentado, se largó sin recibir el alta... bueno, es una tontería, pero ese tipo tuvo problemas con ella y con varios componentes más del personal. La policía ha intentado investigar de quién se trata, para no dejar cabos sueltos, y su expediente ha desaparecido sorprendentemente. Además, nadie parece saber su identidad... No sé si eso puede tener algo que ver con todo esto. Sinceramente, me parece muy extraño e irregular, pero lo dudo...

-Consígueme ese retrato robot.

-Lo intentaré.- Lara apuró la última calada de su consumido pitillo. Después esgrimió una sonrisa cautelosa y la miró con un gesto sugerente.- Está bien. Creo que es hora de descansar. Si quieres, mañana podemos quedar por la tarde. Me gustaría invitarte a tomar algo y de camino hacerte algunas preguntas más. A partir de las ocho, si te va bien. El reportaje no se pasará hasta dentro de diez días. Ya es tarde querida... Si quieres puedes quedarte a dormir... Tengo una cama muy amplia y cómoda... Si te apetece, por supuesto...

-Con el sofá me conformo...

-Está bien. Te traeré una manta y una pequeña almohada. ¿De acuerdo? Estás en tu casa, cualquier cosa, ya sabes, mi habitación es esa de ahí...

-De acuerdo, gracias...

Cuando Lara se fue a su habitación y ella se quedó a solas con su desasosiego sintió un escalofrío que recorrió toda su espina dorsal al presentir que todo volvía a repetirse de nuevo. Fue una especie de presentimiento negativo o algo así. Trató de desencadenar los acontecimientos que la habían llevado hasta allí de forma coherente pero no pudo, entonces sintió que de una forma que no lograba comprender ni explicar estaba justamente en medio del ojo del huracán del destino y que se vería nuevamente sobrepasada por los caprichosos avatares de su últimamente nefasta existencia. Entonces no pudo evitar recordar sus últimas palabras: *"Otros vendrán y proseguirán con mi cometido..."* Esa noche apenas pudo pegar ojo.

"...Reconozco la furia de Caín, yo también la siento, sé que la siento... Esa irritación interna que te va devorando y te va poseyendo hasta que te domina, te somete, te hace su más miserable esclavo...

El mal es un monstruo que penetra en tu interior y termina por devorar tus entrañas...

Esa poderosa fuerza interior, se desbocó como un caballo salvaje dentro de él y acabó exterminando la vida de un ser bueno... un ser inmaculado, inocente... pero la verdadera culpable fue su madre... ella fue la infractora, quién cometió el imperdonable pecado ... Ella consintió en comer del fruto prohibido... hizo al ser humano partícipe de la inmundicia...

El mal es como un veneno que poco a poco va pudriéndote, carcomiéndote, hasta que no queda nada de ti... tanto así que incluso los hijos de Dios se hicieron partícipes de esa asquerosa inmundicia... Dejaron Su mismísima presencia para tener relaciones con las hijas de los hombres... el pecado, la depravación vencieron a la inocencia, a la perfección, a la magnificencia con que habían sido favorecidos... De esa antinatural unión surgieron la raza de hombres poderosos que tenían la maldad arraigada en sus corazones, los hijos de Satán, y regaron la tierra con todo tipo de perversidad, y todo se extendió como ponzoña arrojada en un estanque, como un virus que cada vez va infectando a más y más y más gente... tanto así que cuando el mismisimo Altísimo miró a la tierra sintió pesar al comprobar lo podrido que estaba el corazón del hombre... y sintió dolor y mandó una purificación... un diluvio...

Varias semanas más tarde encontraron a otra chica asesinada, en apariencia, por el mismo sujeto. Pero antes de eso Mary y Lara trabajaron estrechamente para desentrañar, al menos en lo posible, aquel enigmático hecho. Para Mary eso fue como un nuevo giro en su vida. Le dio, al menos, la posibilidad de abstraerse en algo que realmente le interesaba, aunque, en el fondo, no era otra cosa que una especie de extraña revancha contra la figura de Water, en un intento por desmitificar su macabra influencia sobre otros tarados. Así, ella se convirtió en parte activa del trabajo. Su psicólogo ya le había advertido que aquello podría convertirse en un arma de doble filo: era como enredarse más en su propia trampa, pero el caso fue que a partir de ahí dejó de ver la

necesidad de visitarlo, así que desistió de hacerlo, incluso se sintió tan fuerte que fue abandonando paulatinamente el tratamiento. Por primera vez desde hacía mucho tiempo se sintió de nuevo con verdaderas ganas de continuar, con fortaleza para ello. La policía, sin embargo, daba continuos palos de ciego que fastidiaba sobre manera a la opinión pública y a algunos peces gordos del Estado. Por ello, esta cayó sobre Lara Turner intentando intimidarla por lo que ellos consideraban obstrucción a la justicia. Tanto alboroto no conseguía más que entorpecerles la labor. Pero Lara era hábil en ese tipo de asuntos. Más de una vez había mantenido un pulso con la ley por adelantarse a cierta noticia o difundir un tipo de información, siempre que esta no perteneciera a un sumario secreto, y este aún no lo era, o revelara datos importantes para la detención, o en su caso, la obstaculización a la detención de un posible infractor de la ley, caso que tampoco parecía darse. Sabía bien hasta donde llegaba la cobertura legal. Así que mientras los cuerpos policiales aducían que se trataba de un simple crimen pasional, ella no solo mantenía lo contrario, si no que difundía ya en televisión o en prensa escrita que se trataba de un nuevo psicópata imitador de Water y que volvería a matar tarde o temprano. Fue esa la razón que al referirse a él, tanto la prensa como el público en general le llamaran “el Imitador”. Pero al encontrar el segundo cadáver en el sótano de un edificio en renovación la policía tuvo que aceptar la teoría de Lara y Mary y darle un nuevo giro a la investigación. En este caso se trataba de una mujer de veintiocho años, de ascendencia irlandesa, recepcionista, sin aparente conexión con la enfermera, tan solo en los detalles de su muerte. Al igual que la primera víctima habia indicios de

que había sido atada a una cama o algo así, había sido alimentada tan solo de leche y cereales por un periodo de unos cuatro días y había sido violada poco antes de morir por asfixia, pero poco más. Ni indicios de lucha, ni ningún tipo de detalles en su cuerpo que indicaran alguna pista especial, ni que ayudaran a encauzar, aunque fuera mínimamente, la búsqueda. La chica, al igual que en la nefasta vez anterior, había aparecido desnuda, en posición rígida, tapándose su intimidad y con los ojos cerrados. Esta vez la nota del cadáver decía lo siguiente: "*Oh virgen necia, las puertas del banquete se te han cerrado...*"

Mary enseguida se puso a investigar sobre el tema. Estaba seguro de que tenía algún tipo de relación con la Biblia. Esa era una de las cosas que más le desconcertaban de Water, su continua referencia bíblica y su manifiesta inclinación macabra y asesina. ¿Es que acaso podían ser compatibles ambas? Parecía que su paranoia particular y sus antecedentes fundamentalistas lo habían empujado hacia ese lado tan oscuro e incoherente del mal, aunque en su caso podía ser más comprensible; su demencia se fusionaba con su obsesión por el Apocalipsis y sus enigmáticas predicciones sobre el fin del mundo y todo lo relacionado con ello, sintiéndose tan implicado que se tranformó en una especie de "representación humana" del "cuarto jinete", es decir, la Muerte"; pero en este caso eso no parecía ser así, al menos en apariencia, a no ser que todo estuviera relacionado, de una forma o de otra, con lo mismo. Pero, si ese tipo era un imitador de Water, como así parecía confirmarse cada vez más, ¿Por qué no continuaba las directrices trazadas por este en cuanto al simbolismo de las muertes y su relación con el Apocalipsis? Y ¿Por qué

nos las ejecutaba de la misma forma? Eso era algo que la desconcertaba. Aún así logró ahondar en sus sospechas y encontró la aparente inspiración de su macabro ritual y su conexión bíblica. Se trataba de la parábola de Cristo sobre las vírgenes necias y las vírgenes discretas, que se encontraba en el libro de San Mateo. Esta hacía referencia a diez vírgenes que esperaban la llegada de un novio, cinco de las cuales colocaron aceite en sus lámparas, las vírgenes discretas, y las otras no, las necias. Como este tardaba todas se durmieron, pero llegó la hora de la venida y las cinco necias que se habían quedado sin aceite les pidieron a las otras un poco de este para poder salir a su encuentro, a lo cual estas se negaron, aconsejándoles que fueran a conseguir un poco a la ciudad. Estas fueron, pero cuando regresaron ya el novio había entrado en el banquete con las otras cinco, negándoseles el paso, por su insensatez y necedad. Todo se conectaba con la "Venida del Reino". Por ende también tenía que ver con el fin del mundo, aunque no de una forma tan directa y con una simbología tan extraña como la del Apocalipsis. En ambos casos resultaba realmente nefasta.

Mary se lo comunicó a Lara. Según esta teoría, aquel loco tenía que acabar con cinco mujeres que él considerara "necias" para darle cumplimiento a la profecía. Después Dios sabe lo que ocurriría, puede que pasara a otra paranoia o puede que desapareciera para siempre. Así que le aconsejó que lo divulgara todo y que hiciera parecer al "Imitador" como un simple tarado sin escrúpulos que ha perdido el norte y que tan solo intenta remedar de manera muy burda los pasos de Water. En realidad había comenzado a sospechar que no se trataba de un imitador, aunque no podía encontrar la razón para

tantas coincidencias, que juzgaba fortuitas, aunque debía haber algo más tras ello, algo que se le escapaba... Comenzó a creer que se trataba de un tipo que actuaba en total independencia, pese a lo que algunas evidencias mostrasen. Si eso era así, seguro que no le gustaría en absoluto el apodo que ambas le habían dado. Sin duda tendría un cierto afán de protagonismo, quizás la necesidad de que se reconociese, se admirase y se temiese su estilo, su trabajo, su misión exterminadora. Eso le enfadaría bastante. Así que su estrategia fue lanzar unos comentarios a la opinión pública en los que no saliera bien parado. Incidir en el hecho de su pobre imitación, de su falta de motivación emocional, de su debilidad de espíritu, de su mezquindad... Además de eso, Lara se atrevió a publicar la foto robot de aquel tipo, una dibujo que no aportó grandes detalles, tan solo revelaba una expresión ceñuda, confusa e indescifrable, un rostro anónimo que nadie había logrado identificar y que era posible que ni siquiera tuviera que ver con el caso. Pero si no era así, todo eso tal vez le hiciera enfadar tanto que pudiera cometer algún error, quizás al intentar hacer algo que realmente les demostrara a todos su pericia, su poder, su cometido purificador, inexorable...

El mal siempre se regenera. Es como el agua, siempre busca su curso, de una forma sutil... Va filtrándose pacientemente en la roca hasta que la deteriora. Se abre camino, y cuando se estanca es más peligroso aún. Se contiene, se contiene por un tiempo, hasta que es lo suficientemente fuerte para desbocarse y arrasarlo todo en su ímpetu. Así es el mal. Si no hay nadie que lo sujete,

que lo contenga, se expande, lo corroe todo, se filtra en los corazones de la gente, los destroza, los seduce, los lleva al lado oscuro, los hace perniciosos.

Siento un ímpetu en mi pecho que me impele a ello. Siento una agonia que me lo susurra al oido. Es como oir la voz de la conciencia... puedes ignorarla, desoirla, despreciarla, pero solo por un tiempo, por que es más tenaz que tu, y seguirá martilleándote constantemente, día y noche, a cada minuto, a cada segundo. Se manisfestará de una forma u otra. Te hará despertar y te acusará hasta lograr carcomerte los sesos, arañarte las tripas... te impondrá el castigo, la pena, la penitencia adecuada para purificarte... Te quemará como un fuego devorador, como le pasó al profeta Jeremías, que cuando quiso dejar de cumplir los designios de Dios por que era causa de humillación, el fuego contenido en sus huesos ardió con tanto desdén que no pudo contener su espíritu y se rindió a Sus designios y a Su voluntad, y más tarde reconoció que sus enemigos, los que le hacían tropezar y los que le perseguían con escarnio serían exterminados y humillados... Esa misma llama es la que yo siento. Es una llama que me consume, que me abrasa... siento la necesidad de tomar mi lado en esta lucha, de tomar mi posición... Debo tomar mi posición, lo siento, dentro de mi, como un reclamo subyugador que me impele a ser su instrumento, a ser uno de sus peones, y para mi es un honor... No rechazaré la llamada... No hay termino medio...

Mary abrió los ojos con dificultad. Estaba muy mareada. Sentía una especie de nauseas que le hacía estremecer todo su cuerpo. Intentó aclarar su mente y no

lo consiguió. Existía dentro de su cabeza una especie de letargo que no pudo vencer y se recostó de nuevo sobre lo que parecía una dura litera.

Volvío a abrir los ojos de nuevo. Esta vez las nauseas habían desaparecido casi por completo, aunque persistía la sensación de desorientación. Aspiró una bocanada de aire ranció y el cuerpo entonces se convulsionó de tal forma que fue como si algo se quebrara dentro de ella. Entonces comenzó a recordar. Había salido de casa de Lara con una extraña sensación y se dirigió a la calle en busca de su vehículo. Este se había resistido a arrancar, tal vez por problemas con su batería, así que decidió coger un taxi, a pesar de que podía haber recurrido a ella, pero no lo juzgó oportuno, se había hecho algo tarde. Unos minutos después un taxi que estaba aparcado en la manzana anterior encendió su luz de libre y ella le hizo ostensibles gestos para requerir sus servicios. El vehículo la recogió y subió a él con naturalidad, casi con satisfacción. Estaba cansada, muy cansada, así que pensó en que lo mejor era ir a su casa y por la mañana recoger su coche con una grúa. El interor del vehículo estaba oscuro, así que solo pudo oir la voz ronca del conductor y ver sobre el espejo retrovisor y a través de la mampara de seguridad el reflejo de sus taimados ojos que la observaban con gesto calculador y encubierto. Recordó que aquel tipo le dio escalofríos, recordó sus preguntas indiscretas, su forma entrecortada y casi obscena de pronunciar las palabras, su manera de mirarla a través del espejo, como si estuviera analizándola, como si intentara arrancar de sus ojos una insinuación, casi intimidándola. El nefasto momento ocurrió cuando este cruzó una intersección equivocada y ella quiso hacerle rectificar. Le tocó el cristal de la mampara recriminándole su error,

intentó decírselo, tanto así que se reclinó ligeramente sobre esta para comentarle su equívoco y de súbito, este colocó un pequeño espray bajo la ranura y roció todo el compartimento durante varios segundos con un potente gas que lo impregnó todo con suma velocidad y que olía a oxido de nitrato o algo así. Por un buen rato intentó de veras salir del coche, pero los seguros estaban bloqueados y los cristales parecían irrompibles. Gritó como una posesa pero sus alaridos quedaron disimulados, insonorizados por el hermetismo del compartimiento y sus gestos de ayuda ocultos por los cristales tintados, así que cayó en un incómodo letargo, perdió toda noción de la realidad, la devoró un abismo profundo que la arrastró hasta una especie de adormilamiento irremisible, de relajación nociva, como el sueño de la muerte...

Los recuerdos afloraron a su mente como puñaladas dadas por el viento. Intentó escurrirse como pez fuera del agua, pero estaba bien sujeta a la cama por unas correas de un material suave pero resistente, tanto por los tobillos como por las muñecas. La mordaza impedía que aullara como un lobo y tuvo que tragarse su agonía para sus adentros. Temblaba como una niña frágil, sobrecogida de temor. Un sudor frío le recorría la espalda como si se tratara de una larga serpiente que intentara colarse dentro de su piel. No había parte de su cuerpo que no temblara. Alzó su cuello lo que pudo y observó que se hallaba en una desvencijado almacén o algo parecido. Era una nave muy grande y oscura llena de estanterías invadidas por decrépitas telas de araña y polvo enmohecido. Había muchos olores rancios que se mezclaban en un olor desagradable que no pudo descifrar y que lo envolvía todo y penetraba hasta lo más profundo de sus sentidos. Aparte de eso, hacía un calor sofocante que calaba los

huesos y se oía un murmullo de fondo, como el zumbido de máquinas o algo parecido. Comenzó a llorar totalmente desamparada.

Estuvo mucho tiempo sola. En todo ese tiempo, que transcurrió cruelmente lento y apático, tuvo oportunidad para pensar. Lo primero que pensó fue que estaba sufriendo una de esas pesadillas que parecen tan reales que no sabes distinguirlas de la realidad. Pero aquello fue solo una ilusión. Después pensó si acaso existía un destino nefasto que rondaba alrededor de su persona como un mal augurio o algo así, por que pasar dos veces por lo mismo era ya demasiado. No cabía duda que el "Imitador" la había atrapado irremisiblemente. Ese había sido, sin duda, su golpe de gracia, su confirmación, acabar con lo que Water dejó incompleto...

En cualquier momento aparecería y entonces... Tuvo que resignarse a su suerte. Tal vez debería haber muerto la primera vez, como las demás desafortunadas víctimas, y ahora la "Muerte" la reclamaba. Intentó reponerse. El paso del tiempo y la certeza de su propio destino le hicieron ir recuperando el control de si misma. Se dedicó a mentalizarse para la ocasión. Probó a tener un poco de optimismo. Aquello no podía haber pasado de nuevo por que sí, sin una razón específica, sin más ni más. Era imposible. Si la primera vez había logrado salir con vida también podía hacerlo ahora. Era del todo una estupidez. Todo era una estupidez, un completo absurdo. Pero al menos le ayudaba a no continuar atenazada, aterrorizada. Los ejercicios de respiración le ayudaron a disminuir la presión arterial. Pensó en sus padres. En las cosas que aún no les había dicho. Repasó toda su existencia y quedó insatisfecha. Era mediocre. Toda su vida no había sido más que un cúmulo de despropósitos, de intenciones

perdidas, de sensaciones escondidas. Ahora más que nunca sufrió el deseo de sentir el viento en su rostro. Era un deseo estúpido, pero era así. Si pudiera empezar de nuevo... "Sí, pero no podrás..." se decía sintiendo la aspereza de la hiel en los labios. *"Volvería a Nebraska con los viejos*", pensó. Allí, lejos de cualquier parte cultivaría maiz, oiría música country y escaparía del resto del mundo, de los insólitos depredadores que recorren sus pavimentadas aceras en busca de alguna inexperta víctima. Pero nada de eso importaba ahora. La vida parecía ser un río de aguas violentas que desgastaba sus fuerzas hasta engullirla al fondo.

De súbito un ruido anunció una llegada esperada y temida. Mary alzó su cabeza lo que pudo. Sus ojos se clavaron en la penumbra de la distancia. Una silueta corpulenta atravesó el tramo entre lo invisible y lo inevitable. Una sombra arrojada del infierno que más parecía inmaterial que física. Se acerco a ella con pasos lentos, cansados, consistentes. Su rostro se hizo visible. En efecto, no era Water, aunque eso, en ese momento, no suponía ningún tipo de alivio. Era el tipo de la foto robot; algo cambiado, diferente, pero en esencia era él. Sus ojos hundidos parecían los ojos de un carroñero a punto de saciar su apetito voraz en el cadáver de una víctima. Vestía ropas desgastadas, raidas, como un vagabundo. Estaba muy descuidado, tenía barba de varios días y su rostro mostraba una gesto distraido, abstraido, como el de un demente. Se sentó a su lado. Ella sintió la rotundidad de su peso, unos ochenta kilos largos. No dijo nada, no hizo nada, pero parecía sentir una especie de fascinación por ella, una admiración homicida e ilógica, a juzgar por el modo como la observaba.

-Eres seductora...- Pronunció con voz apagada, mientras le acariciaba dulcemente el mentón.- Tus ojos... están cargados de vitalidad. Hay algo en ellos... Dentro de tus ojos puedo adivinar el miedo, el deseo, el arrepentimiento, el desdén... Mira los míos y dime que ves... Ves a un hombre cansado, desgastado... a un hombre que se busca a sí mismo, busca su origen y busca su destino. No hay nada más malo en este jodido mundo que no saber quién eres, nada peor que sentirte perdido... ¿No crees? ¿Tu sabes quién eres? ¿Sabes quién soy?- El tipo se reclinó sobre ella y quedó por unos momentos analizando la vivacidad de sus ojos, las muecas de sus músculos faciales, la tensión de sus fibras. Lanzó una débil sonrisa de satisfacción. Volvió a recuperar su posición.- Sí, claro que sabes quién soy, aunque puede que no sepas quién eres tu.- Acercó su ruda mano a su mentón de nuevo y lo volvió a acariciar. Mary sintió una descarga eléctrica que sacudió su cuerpo. Era el preludio de su muerte.- Tienes miedo... pero no debes tenerlo. El buen padre acogió al hijo pródigo. No le echó la culpa y ni lo reprendió, al contrario, se alegró tanto de su regreso que mandó a matar un torillo en su honor, e hizo una fiesta, por que vio en sus ojos el arrepentimiento. La penitencia fue su vida, su sucia y miserable vida. El pecado siempre vuelve a uno... Pero su hermano era inicuo, era malvado. Lo tenía todo y sin embargo despreció a su padre y despreció a su hermano. No fue benevolente... El propio señor dijo que no había que tirarle perlas a los puercos por que se volverían contra ti y te despedazarían... El tiempo de la misericordia pasó... *Para todo hay un tiempo señalado, aun un tiempo para todo asunto bajo los cielos: tiempo de nacer y tiempo de morir; tiempo de plantar y tiempo de desarraigar lo que*

se haya plantado; tiempo de matar y tiempo de sanar… La vida es una contradicción, ¿No crees? El mismo sabio reconoció que todo era vanidad y un esforzarse tras viento...- Después de decir eso se quedó un instante pensativo, ensimismado y unos minutos más tarde salió del lugar circunspecto, como reflexionando en lo que había dicho...

De nuevo quedó a solas consigo misma y con la despreciable suerte de su destino. En aquella situación se imaginó la vida como una cósmica ruleta rusa que habia colocado una bala en la recámara, en espera a ser disparada. Aquello parecía obra de un guiño macabro de alguna divinidad que había tejido el hilo de su vida tan irónicamente que la había colocado de nuevo en el punto de partida para, de alguna forma, burlarse de su debilidad o tal vez engrandecer su fragilidad. En aquella nave oscura cualquier cosa podía ser posible. Allí el tiempo parecía detenerse. Las horas pasaban eternas y los segundos se desbordaban unos a otros. Aquello parecía la antesala del infierno. Un grito ahogado se escurrió por sus entrañas, en busca de algún resquicio al cual agarrarse, pero era imposible...

El extraño hizo de nuevo acto de presencia una eternidad después. Traía un cuenco lleno de leche y cereales. Se sentó a su lado y le quitó la pequeña mordaza. Ella no dijo nada. Solo respiró con profusidad, como si aquel aire le reservara algo bueno. Podía haber chillado, pataleado, insultado, pero de sobra sabía que no serviría de nada. En aquel agujero nadie oiría sus gritos. Tampoco sentía fuerzas para ello. Tenía la garganta áspera, el cuerpo aletargado, los sentidos deprimidos. Se sentía como la mosca que está a punto de ser engullida por la araña. El extraño, por su parte admiró su entereza,

su fortaleza de espíritu. La veía como un extraordinario ser rodeado por un halo indescifrable de sabiduría que juzgaba casi sobrenatural, fuera del alcance del resto de las mortales, pero que la hacía mucho más peligrosa, más astuta, más amenazadora.

-Toma, tienes que comer algo, por que estás muy débil... tu cuerpo está débil, pero no tu espíritu...- Le dio de comer con una cuchara como si se tratara de un padre con su hija pequeña. Había un rasgo de piedad en sus ojos, pero a la vez se mezclaba con un esquivo gesto de rabia.- Come hija, aliméntate...- Ella sonrió con ironía. “Fuerte capullo”, pensó. Los ojos del extraño centellearon de furia. Era como si hubiera estado conectada a ella y hubiera recibido sus pensamientos. Sus manos se endurecieron, y estuvo a punto de tirar la cuchara.- No solo de pan se alimenta el hombre...- Las palabras brotaron como si se les escurriera del fondo de su estómago.

-El Señor también dijo en una ocasión que el que no tuviera pecado que lanzara la primera piedra...- Contestó ella con voz aguda.

El extraño quedó por un momento como paralizado. Aquellas palabras golpearon algo muy dentro de él y por unos instantes se negó a reaccionar. Después volvió a darle otra cucharada de cereales con forzada naturalidad.

-Mi trabajo no es fácil... No me juzgues así... La sangre de las pecadoras están sobre mi. Pero son mi ofrenda. Están sobre el altar. Esta es mi misión, se me ha encomendado. No puedo negarme. ¿Acaso puede negarse el Sol a salir cada mañana? Tu mejor que nadie deberías saberlo. Todo tiene su lugar en el universo. Nos toca a cada uno de nosotros aceptarlo. El mal está ahí. Nos acecha...

-Sí, claro... Todo eso de las vírgenes necias... ¿Quién te ha nombrado juez y verdugo, cabrón? ¿Quién te ha nombrado juez y verdugo?- Esta vez perdió el control y aulló como un lobo enfurecido, alimentada por toda la desmesurada impotencia que se agolpaba dentro de su frágil cuerpo. El extraño reaccionó como si nada hubiera pasado, tal vez como si lo esperara. Le dio otro sorbo de leche con cereales y ella la engulló con resignación.- Ya conozco todo el proceso... Primero intentarás convencerme de tu misión divina. Intentarás persuadirme de que eres otra víctima más, que no tienes otro remedio, que lo haces por mi bien. Después, cuando me veas totalmente hundida comenzarás a mirarme con ojos lascivos, hasta que repudiarás tu hipotética virtud y terminarás violándome. Una vez lo hayas hecho sentirás el peso de la culpa... Tal vez oigas las voces de las mujeres que has matado clamar venganza, o quizás oigas el aullido de tu propia conciencia denunciándote, condenándote, y me matarás para silenciarla. Eso hasta que sientas la necesidad de descargarte con otra pobre víctima...

-¿Otra pobre víctima? ¿Otra pobre víctima?- Esta vez el tipo parecía realmente ofuscado.- Veo lo astuta que eres... Tu condición de mujer encierra un engaño perpetuo. Sois vosotras las culpables, las que moveis el mundo a vuestra voluntad, las que enloqueceis a los hombres, las que reclamais vuestra porción... Desde el principio hicisteis que entrara el pecado entre los hombres. Sois como las serpientes, los encantais y luego les inyectais el mortal veneno... El mismo Señor lo proclamó en su parábola de las vírgenes necias... Esa parábola debe cumplirse, las necias deben morir... Deben

morir, y yo soy el instrumento, ¿No lo entiendes? ¡Soy el instrumento!

Después de eso ambos callaron por un rato y el extraño terminó de darle el tazón de leche.

-Eres diferente a las demás...- Continuó diciendo.- Pero no por eso eres mejor. Intentas confundirme. Desde el principio me has atacado. Has hecho creer a la gente que era un imitador de Water... No has reconocido mi labor.- Ahora su voz parecía quebrada, las palabras brotaban de su lengua de forma desorganizada, nerviosamente, como si existiera un halo de falsedad en ellas.- Sé que no soy Water... Aunque en un principio no lo sabía... ahora sí. Pero eso no me basta, ni tampoco me importa. Ambos debimos ser requeridos para misiones parecidas, como los profetas de la antigüedad... somos soldados divinos... ¿Quién conoce Sus designios? El mal y el bien son conceptos imperecederos. Ambos han sido colocados por el mismo motivo... El nos prueba...

-¿Intentas hacerme creer que Dios creo el mal para probar al bien? ¿Qué hizo lo que es malo como referencia, como medida para nuestras almas? ¿Qué el bien se manifiesta asesinando, segando una vida? ¿Qué clase de Dios sería ese? ¿De veras crees que Dios necesita la maldad para algo? ¿Crees que la necesita el ser humano? N existen dos formas de medir el bien y el mal, no existen dos reglas... Sé que has leido los evangelios hasta la saciedad. ¿Qué maldad había en el Señor? ¿No predicó él hacer el bien? ¿No ayudó él a los enfermos, a las prostitutas, a los hambrientos? ¿No impidió que lapidaran, en una ocasión, a un prostituta?

-¡No lo entiendes!- Exclamó protestando.- No quieres entenderlo. El mundo es una partida de ajedrez y nosotros somos las piezas. ¿Puede un peón evitar ser un

peón, o un caballo ser un caballo? Dímelo tu, que pareces conocerme tan bien...

-Lo único que sé es que tu no eres Water, ahora estoy convencida de ello. Solo eres un loco que busca redimir su conciencia apagando la de los demás... Tal vez sufriste vejaciones cuando eras pequeño, tal vez algo que te ocurrió en el pasado quebrara tu espíritu, algo tan profundo, tan enterrado dentro de ti que ni siquiera puedes recordar... y estás enfurecido contra todo el mundo, en especial contra las mujeres, y no sabes hacer otra cosa que exterminarlas... Entiendo tu angustia, tu desesperación... Sé que estas crecen cada vez van más y eso te enfurece. Sé que te sientes como en un túnel oscuro donde cientos de voces martirizan tu mente, quiebran tus entrañas, despedazan tu interior. Pero la solución no está ahí. Solo estás enfermo. Todos tenemos nuestros demonios... Tu y yo, solo que hay que saber vecerlos, nada más. Solo hay que seguir la línea de la bondad, de la cordura, no dejarse vencer por el miedo, por la frustración...

-Crees que estoy loco... Ya veo lo astuta que eres, pero no me convencerás. El mismo Señor profetizó sobre mujeres como tu, *”si alguien les dice: ‘¡Miren! Aquí está el Cristo’, o: ‘¡Allá!’, no lo crean. Porque se levantarán falsos Cristos y falsos profetas y darán grandes señales y prodigios para extraviar, si fuera posible, hasta a los escogidos. Dos mujeres estarán moliendo en el molino de mano: una será llevada, y la otra será abandonada...* Te demostraré que esto no es tan sencillo como parece, te demostraré que he sido elegido, que no depende de mi.- Y una vez dicho esto le volvió a poner la mordaza y salió de allí con pasos apresurados e intensos.

Un nuevo abismo de soledad cribó su existencia durante otra perpetua e infinita espera, una espera colmada de sombras que le anunciaban que se acercaba la hora de su muerte. Sombras inacabadas que la poseían como un caos interno que la subyugaban y la martirizaban. Un caos que se materializaba dentro de su mente como un gran muro de oscuridad que la dejaba a expensas de una realidad nebulosa e inconstante. Una realidad que se disipaba como una niebla matutina y daba paso a un sol abrasador que le calcinaba el alma, la esencia de su ser. Fueron momentos que a base de ralentizarse resultaron inagotablemente fustigadores. Tal vez pasaron horas, tal vez días, en aquel agujero todo era posible. Su cuerpo comenzó a quejarse como si de una jauría de instisfechas entes individuales se tratara. Se quejaba su espalda, sus muñecas y tobillos, su cuello, su estómago, hasta su vejiga, y todo el conjunto de sus miembros se aflojaron tanto que la orina escapó a través de su falda celeste con florecitas malvas inexorablemente. Después de eso, y a pesar de la molestia de la humedad en sus piernas, cayó rendida por una somnolencia ilusoria y pertinaz que la sumó en un estado de letargo incomodo y fluctuante. Eso ocurrió por varias veces, hasta que el extraño se presentó de nuevo, pero esta vez traía a alguien consigo. Lo llevaba a cuestas. Parecía ser un hombre de edad madura y más bien de corta estatura. Lo depósito sobre un rincón, casi fuera de su campo visual, y lo amarró con las manos a la espalda a una especie de tubería saliente. El extraño tenía todo el brazo empapado de sangre, una sangre que ya parecía seca. Se acercó a una mesilla que había a su lado y sacó una caja de herramientas. Rebuscó en ella hasta encontrar algunos instrumentos. Entre ellos una tijera, que utilizó para cortar el torniquete que se había

practicado, un venda blanca que parecía encarnada por la cantidad de sangre absorbida. Por los gestos que hacía y la forma en que se quejaba se le adivinaba un dolor terrible. Parecía haber recibido un disparo o algo así. Se sentó, mientras jadeaba como un animal herido, y agarró unas largas pinzas que a continuación clavó en su carne como afilados cuchillos. El "Imitador" lanzó un alarido ronco y comenzó a hurgarse en la herida, mientras buscaba el proyectil y soportaba con un estoicismo enfermizo el dolor. A continuación lo sujetó y lo extrajo con salvaje habilidad, mientras de su garganta brotaba un quejido tosco y gutural.

-¿Lo ves Mary? Soy un elegido ¿Lo ves?- Rugió robustamente. Estaba muy excitado, como un animal acorralado. Sus ojos centelleaban como relámpagos.- ¿Crees que hubiera podido secuestrar a este imbécil si no? Mi hora todavía no ha llegado. De lo contrario me hubieran matado...- Rio exageradamente.- Han estado a punto, pero no me han matado. Sé que El me protege... Mira esto, míralo...- Y mostró el pequeño y letal proyectil que se había alojado en la base del biceps.- Por lo demás solo rasguños... condenados *hijos de puta*...- Ahora se acercó a una mesa que había en el fondo y soltó la bala. Después cogió una botella de whisky y le dio un trago.- ¿Sabes quién es ese *hijo de puta*?.- Acto seguido se roció la herida sin contemplaciones. Gritó como si le estuvieran torturando con cientos de puñales.- Es un pez gordo del gobierno... un comandante o algo así. Todos le respetan. Es un hombre honorable. Veamos que tiene que decirnos.- El "Imitador" se fue hacia el fondo de la nave aún con el cuerpo molido y la cara enrojecida por el dolor. Después volvió con un cubo de agua y lo roció por encima de este, que aún permanecía aturdido. Despertó

sobresaltado, como si aún en sueños hubiera sabido donde se encontraba. Sus ojos se abrieron como platos. Su garganta arrancó un quejido profundo, como si su voz hubiera surgido de una lugar cavernoso y abismal. El extraño le dio un par de golpes con el puño y le hizo sangrar. Después le despojó de la mordaza.

-¡Suéltame maldito cabrón! ¡Suéltame!- Pero volvió a golpearle con dureza y le dejó semi-aturdido.

-¡Ahora deja de gritar como una mujer y comienza desde el principio¡ ¿Has oido? Mary y yo estamos impaciente por saber la verdad. Quiero que le escuches, Mary... Entonces te convencerás...

-¿De qué *coño* me estás hablando? ¡Maldito estúpido! ¿De qué me hablas?

-¿No lo sabes, *cabrón*? ¿No lo sabes? Creo que voy a refrescarte la memoria.- Entonces sacó un cuchillo de considerables dimensiones del interior de su larga chaqueta oscura y le hizo una leve incisión en el brazo. El viejo gemió angustiado.- ¿Sabes de qué te hablo ahora? ¿Sabes de que te hablo.- El “Imitador” parecía realmente enfadado. Volvió a cercenar su piel, esta vez a la altura de la cara, bajo su oreja. El viejo gritó de nuevo.

-¡Está bien! ¡Está bien!- Imploró con voz quebrada, sintiendo la calidez del vital fluido bañando su cuello y los latigazos de sus heridas.- Formas parte de un proyecto llamado “Transferencia” comenzado hace ya unos diez años por el gobierno... Bueno, no soy... no soy el Oficial Científico, tan solo soy el encargado de revisar el proyecto y de hacer que este se realice con la mayor discrección posible... así que no puedo darte demasiados detalles...- El militar se detuvo unos instantes para coger aire. Ante la insistencia de su hostigador continuó con voz temblorosa.- En esencia se trata de transferir la

personalidad de un sujeto a otro. Se eligió una serie de sujetos para la primera fase del experimento... Había un comité secreto encargado de "reclutar", por decirlo de alguna forma, una serie de individuos con ciertas características... Tu fuiste uno de ellos. Solo el comité sabía las identidades y las condiciones... Las cosas se nos escaparon de las manos. En tu caso, el resultado positivo superó el 90% de la transferencia... Quizás por las características del sujeto origen, Water, o por que despertamos alguna psiconeurosis dormida en ti... No lo sé... El caso es que de pronto te escabulliste de nuestras manos y comenzaste a matar mujeres, siguiendo el patrón de tu "donante".

El extraño se dirigió a Mary con el arma en mano y cortó la mordaza con un tajo limpio. Ella no dijo nada. Permaneció atenta al arma y quedó realmente aturdida por lo que estaba oyendo.

-¿Ves lo que te decía?- La miró como intentando hallar la redención en sus ojos. Solo obtuvo una mirada indescifrable y confusa.- Sí, al principio desperté en una habitación de un hospital, sin saber nada de mi... Era algo angustioso, te lo juro. Poco a poco las sensaciones comenzaron a agolparse dentro de mi mente. Toda clase de sensaciones... confusion, rabia, amargura, descorcierto, inquietud, incertidumbre... Pesadillas... Muchas pesadillas... Oscuros sueños que intentaban decirme algo, colocarme en mi lugar, hacerme despertar de una vez por todas... Sabía que algo no andaba bien. Entonces ocurrió algo que cambió mi propia percepción de las cosas... Un día me trajeron un trozo de muslo de pollo para almorzar, y al masticarlo, me rompí una muela. Junto con el pedazo de muela salió un trozo de artefacto diminuto y extraño que no debía de haber

estado allí. Era un ingenio electrónico, sin duda un localizador o algo así. Aproveché la situación para colocarle el localizador a la enfermera y despistarlos... Esa mala mujer... La estuve espiando por un par de días... Ellos aparecieron, pensaron que me habían encontrado... ¡Cual no fue su sorpresa al verla a ella! Su propia creación había resultado ser mas lista que ellos... Entonces lo vi a él... Desde ese momento este *hijo de puta* ha intentado darme caza. En el hospital tuve mucho tiempo para reflexionar, para atar cabos... Había algo dentro de mi que me atormentaba... Eran voces que surgían del fondo de mis entrañas y me decían cosas, me martirizaban. Me dijeron que la raptara, y así hice... Busqué un lugar apartado y abandonado... no fue difícil. La retuve durante varios días. En realidad solo quería sacarle toda la verdad sobre mi, pero ella no sabía nada... Entonces tuve una revelación... Una poderosa luz me mostró el camino... Fue algo arrebatador, una señal... Me indicó mi lugar dentro del orden de las cosas... Cuando cumpla mi misión desapareceré... Pero hay un fuego interno que me atormenta. Tengo que acabar el trabajo que se me ha encomendado, ¿No lo entiendes? Tu eres mi mayor prueba... No eres como las demás. Quisiera no ser el instrumento, pero no está en mis manos...

-¿Cómo es posible?- Preguntó Mary aún sin asimilar lo que había escuchado de boca del viejo.- ¿Cómo *coño* es posible?

El “Imitador” permaneció expectante ante su pregunta y el viejo, que estaba demasiado ocupado pensando en el devenir del proyecto y de su propia vida, tuvo que prestar atención a la cuestión y tratar de preparar una respuesta satisfactoria, pues así se lo requería la concienzuda mirada intimidatoria del extraño.

-Bueno...- Carraspeó un par de veces.- El cerebro humano es comparable a un ordenador. Se compone de "hardware" y de "software"... Básicamente funciona a base de impulsos electro-químicos... La mente es el resultado de tal actividad. Si podemos conseguir resituar algunas de sus funciones por medio de imprimir una determinada secuencia de instrucciones a sus neuronas por medio de impulsos externos conseguiremos, en buena parte, reconfigurar el sistema neuro-motor, es decir, la personalidad... Solo se necesita un ente "origen" y un ente "receptor" para completar la transferencia... Es el mismo concepto que se utiliza en los ordenadores pero a la inversa...- El viejo agachó la cabeza cabizbajo. Tomó un soplo de aire rancio consciente que podía ser uno de los últimos. Tanto él como Mary sabían que el final se acercaba, a menos que ocurriera algún milagro.

-¿Y para qué? ¿Para qué?- Preguntó ella en voz alta, más a si misma que hacia el viejo. Se trataba de una especulación reflexiva más que de otra cosa. Era como intentar justificar un acto injustificable para darle algún sentido a su muerte. Lo que más le dolió en aquel momento fue lo paradójicamente fútil que resultaba todo.

-Imagínese lo que eso podría significar...- Contestó el viejo con voz trémula, sin sospechar que la pregunta solo iba dirigida al aire.- Imagínese en los diferentes campos que podría aplicarse... En gente con distintos tipos de desórdenes de personalidad, en preservar la esencia de los genios, podría dejarle a sus hijos una verdadera herencia de calidad, podría reajustar delincuentes peligrosos... Lo que se hizo con él también puede lograrse a la inversa... Sólo que el proyecto necesitaba

cotejar una serie de datos comparativos que dieran la exacta probabilidad de éxito de este...

-Sí, claro... Y sobre todo para hacer mejores *hijos de puta* para el ejército...- Mary ahora vio que el extraño había dado por concluida la conversación y se dirigía hacia el viejo con claras intenciones homicidas. Era como si ambos hubieran estado conectados. No lo conocía a profundidad, pero sí lo suficiente como para darse cuenta de que iba dispuesto a saciar su ansia predadora.- ¡Eh, espera!- Imploró, intentando utilizar toda la persuasión posible para evitarlo. Además, estaba consciente de que, seguramente, después le tocaría el turno, aunque quizás con un ritual totalmente diferente.- ¡No tienes por que hacerlo! ¡Ya no tienes por que hacerlo! Sabes toda la verdad... Bueno, al menos sabes que no eres Water, y sabes que no eres ningún loco, tan solo eres un víctima...- El "Imitador" llegó a su altura y se detuvo sin darse la vuelta, asiendo poderosamente el cuchillo.- ¡Aún hay esperanza...! ¡Aún puedes saber quién eres de verdad, no tienes por qué hacerlo!- Sus gritos recorrieron la estancia provocando una reverberación espectral, como de ultratumba.- Antes no eras tu, eras una sombra que se extendía sobre ti nublando tu razón, eras un error que otros cometieron...

-¡Aún lo entiendes! ¿Verdad?- Bramó totalmente desencajado.- ¡No puedo evitar ser quién soy! Todo lo que él ha contado ya no tiene ninguna trascendencia... Lo único importante es el ahora. ¿No lo has entendido? Somos piezas en una partida desigual... La realidad es una ilusión. Soy el elegido... Esto no hace más que confirmármelo...- Entonces levantó la vista al cielo como implorando fuerzas para continuar, intentando descubrir

alguna revelación divina o sentir algún arrobamiento precoz que reafirmara sus tenaces convicciones.

Pero de súbito sonó una atronadora explosión al fondo de la nave que lo estremeció todo. Un fuerte barullo se alzó y unas ásperas voces excitadas lo impregnaron todo. Pero aún tenía unos segundos para reaccionar, así que tensó los músculos de su brazo y lanzó la estocada con una rabia fragorosa y maldita, como si en vez de a un desgraciado humano intentara clavársela a los peores monstruos de su febril imaginación. Entonces sonaron ensordecedoras detonaciones y todo se impregnó con el envolvente olor de la pólvora recien estallada. En la oscuridad del fondo los destellos resplandecieron con mortífera intensidad. Todo se llenó de sangre a su alrededor. Su acribillado cuerpo inerte cayó sobre ella casi por obra de un estallido de energía cinética o una última voluntad maligna, y el extraño quedó con su rostro inquieto sobre su pecho, como si intentara arrancarle un último reproche. Sus ojos abiertos la observaron, unos ojos inertes, sin vida, vacíos de toda emoción y sentimiento. Aquellos ojos no parecían ya sus ojos, se había extinguido de ellos su maldad, su perversidad. Entonces se fue escurriendo poco a poco hasta caer en el suelo como un saco. Mientras, las botas de los soldados se acercaron a ella formando un eco retumbante, como el pisotear de cientos de hombres enérgicos. Todo se volvió nebuloso a su alrededor. Un rostro vivaz apareció sobre ella y le preguntó algo que no supo discernir, entonces alguien cortó sus ataduras y ella creyó perder la noción de la realidad por unos momentos, mientras dos tipos vestidos de extraños uniformes la trasladaron a un camilla...

“Introducción al relato: La hora de los fracasados”

Esta historia supuso todo un reto para mi. Con frecuencia se dice que la realidad supera a la ficción, y con frecuencia también, eso suele ser muy cierto. Por ello, en esta ocasión intenté contar algo con lo cual el lector/a se sintiera más identificado por tratarse de sucesos y personajes más cercanos y reconocibles. Son historias compartidas en las que todos podemos vernos reflejados de una forma u otra, con mayor o menor medida. También se trata de un intento por plasmar todo aquello que permanece confinado dentro de nuestra alma, que a veces se aloja en nuestro espíritu y nos atormenta de una forma casi innata. En definitiva, historias de lo cotidiano salpicadas de pesimismo y de optimismo en dosis a veces equilibradas, y a veces desiguales. Son historias dentro de historias, en la que se narran experiencias tan próximas a todo ser humano que puede que en ocasiones sean reflejo de algunas de las sensaciones que en un momento dado nos han inquietado, llegando a ser parte de nuestro particular “curriculum” personal. Historias de frustraciones y victorias, de decepciones y valentía, de enemistades y conquistas…

“LA HORA DE LOS FRACASADOS”

”Buenas noches queridos amigos, bienvenidos a tu dial favorito, a tu programa favorito... Gracias por oir a tu locutor favorito, al más enrollado, al más ácido, al más *hijo de puta*... Este espacio se abre ahora y por 60 lastimosos, sollozantes e indignantes minutos te importunará para convencerte que no eres el único fracasado, el único desencantado que navega por la vida como un barco fantasma, sin horizonte, sin rumbo... Que hay muchos de los de tu clase por ahí, camuflados, ocultos, a la espera de ser acreedores de la lástima de los demás, disfrazados de hombres triunfadores, de mujeres fatales, de tipos duros, seguros de si mismos, de mujeres seductoras, invulnerables, que pisan fuerte... Pero que en el fondo se dan pena de si mismos, por que han dejado pasar el tren de la consistencia, de la cordura, de la vida... Se han convertido en esclavos de su propia existencia, títeres cósmicos, autómatas inanimados, carentes de voluntad... Sabeis, a veces me siento en la calle con una cerveza en la mano, y me dedico a observar, casi a espiar a mis semejantes, a mi prójimo, y solo veo a cientos de zombies deambulando por ahí, desprovistos de todo sentido, de toda perceptividad. Hombres y mujeres que viven a fuerza de golpes de monotonía. Si le preguntara a cualquiera de ellos que sentido tiene su vida me dirían... Me dirían que... Me fuera a la mierda... Sí, estoy seguro. Me mandarían a la mierda por que esa es una pregunta a la que no podrían enfrentarse, una posibilidad que no

serían capaces de afrontar, la perspectiva de toda una vida vana y trivial... Verás, vivimos en un mundo demasiado ruidoso, demasiado escandaloso... Los coches, las radios, las obras, las fábricas, la gente malhumorada que grita, que avasalla, que alborota, el murmullo ensordecedor de la masa, los cotilleos despiadados de la colectividad... Por eso no conseguimos oirnos a nosotros mismos... No somos capaces de hacerlo... Pero si lo hiciéramos, ¿Qué oiríamos? Tal vez "hola gilipollas, vete de nuevo al trabajo, lámele el culo al jefe, jode a tu compañero sin compasión para que después venga otro más pelota que te joda a ti..." o "No me importa nada de lo que pasa a mi alrededor, por que soy un jodido egoísta que no le importa si su vieja está demasiado sola, su viejo demasiado agobiado, o alguien a su lado necesita ayuda, tan solo piensa en cuantas cervezas se beberá el próximo fin de semana, a quién avasallará o a que "chorba" intentará follarse..."

...Bueno, no quiero ponerme demasiado melodramático, si no podeis acabar por cortaros las venas, y no quiero quedarme sin mi bendita y estúpida audiencia, solo deciros que no entiendo por que esta maldita vida tiene que ser tan complicada, por qué nos empeñamos en complicarlo todo, en joderlo todo, en acabar con todo. Es como si tuviéramos una lucha eterna contra nosotros mismos... A veces pienso que si nos exterminásemos como los dinosaurios, acabaríamos haciéndole un favor inmenso al universo, a nosotros mismos, al planeta. Cualquier día todo se volverá contra nosotros. Cualquier día de estos nos daremos cuenta de lo que tuvimos en nuestras manos, la inmensa responsabilidad, el inmenso milagro de existir y nos veremos avocados a sobrevivir, tan solo a eso... ¿Cuándo comprenderemos que no somos

mejores que los demás, qué en realidad no somos nada, como mierdas flotantes? ¿Cuándo que el planeta no nos pertenece y que lo que ahora estamos haciendo contra él tarde o temprano pasará factura? ¿Cuándo comprenderemos que los humanos no somos el centro del universo, que no tenemos licencia para matar, como James Bond?

... Yo no tengo las respuestas, por supuesto. No soy un mesías, ni tengo vocación de ello. Ni siquiera soy un lider, un gurú, un iluminado o algo parecido. Creo que solo se trata de no ir a los extremos, de intentar preservar siempre el equilibrio... No se trata de ir de víctimas por la vida, intentando dar pena a los demás, que los que nos rodean se compadezcan de nosotros, ni tampoco se trata de tratar de comerte el mundo, de pensar que eres más de lo que en realidad eres... De creer que eres lo suficientemente listo como para engañar a la vida y salirte siempre con la tuya... De ir de Atila por la vida y pisar tan duro que no dejes crecer la hierba bajo tus pies...

... Vereis, hace tiempo que tengo un teoría sobre la vida y voy a compartirla con vosotros. A veces, cuando me despierto por las noches y no puedo dormir y me levanto y me quedo un par de horas tendido en mi sillón frente a mi terraza, viendo simplemente las estrellas, o la luna, o las nubes, oyendo el zumbido hipnotizador de los coches, las sirenas, el murmullo ahogado del asfalto, me imagino que la vida es como un gran casino y que nosotros somos jugadores compulsivos, y la casa siempre gana, amigo, siempre gana... Así que si has tenido un golpe de suerte, retírate a tiempo antes de que empieces a perder de nuevo...

Bueno, creo que esta noche me estoy extendiendo demasiado y estoy diciendo demasiadas tonterías, así que doy paso a la primera de vuestras cartas, por que, al fin de al cabo, vosotros sois los protagonistas, esta es vuestra hora, y no quiero privaros de vuestros "quince minutos de fama", así que paso con la primera que he seleccionado, aunque antes de leerla quiero dejar claro que no debe servir de precedente... Me refiero a cartas tan absurdas como estas... Al fin de al cabo, esta es la hora de los fracasados, no de los capullos, pero no quiero adelantar nada así que paso a continuación a leer la carta de Javier, el cretino:

"*Hola tío, ¿Qué tal estás, joder? Sabes, tío, eres una pasada, así que te escribo por un asunto que me tiene jodido de verdad. Bueno, No pienses que yo soy uno de esos pringados al que la vida le ha tratado mal ni ningún tipo de gilipollez de esas. No soy ningún perdedor, pero, no sé, me gusta escuchar las cosas que les dices sobre los demás, como te enrollas y todo eso. Bueno, ya no me extiendo más, y voy a contarte mi fracaso particular. El caso es que tengo, bueno, tenía una novia, Laura, que está muy buena. No sé si debería describírtela, pero, por decir algo te diré que es rubita, de pelo laro, delgada pero bien proporcionada y es una tía muy chachi. A lo que voy. Con ella llevo lo que es una típica relación de noviazgo, ya sabes a lo que me refiero; fines de semana, rutinario aperitivo con los padres, llamadas telefónicas constantes, peloteo con los hermanos, largos paseos por el parque más próximo a su casa, magreos en el portal... Ese tipo de cosas. Pero hay una tipa, Dios mío, quisiera que la vieras. Se llama Rosa. Es una pureta de unos cuarenta años, separada. Es hermosa, tío. Una de esas tías que te quitan el sentido. Tetas impresionantes, labios*

ardientes, piernas sublimes. Joder, lo que más me pone es su forma de caminar. Se contonéa como diciendo: "mírame y sufre". Y la forma como apura el cigarrillo... Joder, me tiene loco. El caso es que la tipa se ha dado cuenta y me ha lanzado los tejos en un par de ocasiones. Bueno, ella sabe que yo tengo novia pero creo que eso le da más morbo. Después de "ronearla" mucho creo que conseguí que me hiciera caso. Ya sabes a lo que me refiero, hablar con ella intentando ser atento, ayudándola cuando la veía con compra, lanzándole puntitas de vez en cuando, persiguiéndola cuando podía escaparme de Laura y encontrándola como si fuera una pura casualidad... Ese tipo de mariconadas. El caso es que parece que ha comenzado a tomarme en serio. No sé, como si para ella fuera una especie de reto o algo así. El otro día me estuvo insinuando algo de salir a bailar por ahí. Como supondrás, se me levantaron hasta los pelos de la cabeza, y la muy cabrona va y me dice: "Nos vemos... Bueno, si te deja tu novia claro..." y se echa a reir. Yo por supuesto le respondí: "Eso no supone ningún problema, ella no es mi dueña". Así que quedamos para el pasado sábado por la noche. Como supondrás, el problema era Laura. Bueno, con la ayuda de algunos amigos, la convencí de que ese sábado en cuestión iba ayudar a uno de ellos a hacer una mudanza, así que trabajaría durante toda la tarde y por la noche me quedaría en su casa para el domingo por la mañana acabar con lo que faltara. En principio todo iba bien. Fuimos al cine. Estuvimos tomando un helado. Después de eso charlamos. Ni que decirte tiene que estaba más acelerado que una moto. Esa tía tiene un algo especial que... Joder, no sabría como expresarlo, te controla, marca los tiempos, te hace creer que eres el cazador y

sin embargo sabes que no eres más que un pobre memo que permanece alelado a sus numerosos encantos. Bueno, después de eso fuimos a bailar. Creí que iba a explotar. Fue increible. No pude controlarme. El roce de su piel me puso tan caliente que creí que iba a explotar. El caso es que, entre una cosa y otra comencé a aprovecharme del chance para acariciarla por la espalda y todo eso, y la muy cabrona me miraba y sonreía. Después de un buen rato bailando y rozándonos nos sentamos en un lugar oscuro y, claro, entre la calentura y el alcohol me lancé y le di un beso, a lo cual ella respondió positivamente. Bueno, aquello fue la gloria por un rato, hasta que siento que alguien me toca en el hombro y cuando giro la cabeza la veo allí, como una estatua, casi sollozando, mirándome como si fuera un asesino. Era ella, Laura. Había dado por sentado que se quedaría en su casa al no salir conmigo. Bueno, en principio fue lo que ella me dijo. Pero creo que vino de forma inesperada una familia de otra ciudad y decidieron llevarla a dar una vuelta o algo así. El caso es que, la maldita casualidad, la mala suerte o lo que sea, hizo que ella estuviera allí desde hacía un buen rato viendo toda la movida. Ni que decir tiene que aquello me cortó todo el rollo. Abreviando, en aquel momento me dijo un par de cosas muy enfadada, bueno, fue algo más que un par de cosas, y a partir de ahí no ha querido volver a verme, y el caso es que, bueno... La echo de menos. Pero tío, ¿Cómo podría hacerle comprender que no es lo que ella cree? Me refiero a que esa tía era una tentación demasiado grande para mi. Tu lo entiendes, ¿Verdad? Es superior a mi. Imagino que va en nuestra naturaleza. Joder, yo no soy ningún puritano, no soy ningún santo, y ella tampoco. Aquello no tenia que ver

con amor. Yo la quiero a ella. La carne es débil, pero creo que no volveré a hacerlo más, por el momento... Bueno, tío. Espero que me hagas un favor. Yo sé que ella a veces suele oir tu programa. Es una tía muy sensible, ya sabes, todas lo son en el fondo, así que enróllate y échame una mano. Soy un buen oyente de tu programa. Hazle entender que está equivocada. ¿Vale tío? Bueno, colega, nada, sé que te lo montarás guay conmigo. Con tu ayuda está hecho la mitad del trabajo. Vale, no dejaré de oirte este fin de semana. Adiós"

"¡No es lo que ella cree...¡" "¡No es lo que ella cree...¡" Tremendo gilipollas. Entonces ¿De qué se trataba? ¿Ibais a jugar a los bolos? Joder, ¿Por que no eres un hombre por un momento y le dices la verdad, te la dices a ti mismo? Intentabas tirártela. No tiene otra explicación. Y eso le duele a cualquier tía, sobre todo a cualquiera que está enamorada. A tu amiguita cuarentona-tetona seguramente no. Pero a Laura supongo que sí. Todos decís lo mismo. "La carne es débil" "No es amor, es solo sexo"... ¡Que gilipollez es esa! Imagínate que es al revés. Imagínate que Laura viene a ti y te dice, mira tío, he estado follando con un tío que está muy bueno, pero no te enfades, por que solo te quiero a ti... Lo que ocurre es lo de siempre, y eso sí que va en nuestra naturaleza. Nunca sabemos apreciar lo que tenemos, solo lo de los demás. Les suele ocurrir mucho a los tíos. Se le van los ojos por las mujeres de los demás pero a su mujer que le den por saco. Seguramente Laura es una tía que vale. Seguramente tu chica es una chica que vale, pero es como una sombra para ti. Eso no hay mujer que lo resista. Por mi parte, creo que deberías haber puesto el mismo empeño que pusiste en la puretona en tu novia,

por que a una mujer siempre hay que conquistarla. En la vida no se puede dar nada por sentado, y el amor de una mujer mucho menos. Hazme caso si no quieres llevarte una desagradable sorpresa. A ti, lo único que puedo decirte es "jódete, por capullo". Y de camino, dame su número de teléfono, tal vez necesite alguien que la consuele... Aunque más bien creo que debe estar celebrándolo.

Bueno, dejemos aparcado el tema por que ya no da para más y continuemos con nuestros confidentes de la pluma. Ahora nos iremos con una mujer que... ¿Cómo diría yo? ¿Qué palabras puedo utilizar para describirla? En realidad no sé de ella nada, salvo lo que ella misma me ha revelado, pero me gusta dejar que mi instinto me guíe cuando se trata de escrutar en los demás. Yo diría que es una mujer pillada por la fuerza de su incierto destino, una especie de alma errante que está esperando ser rescatada. Es un alma polvorienta que no espera de la vida nada salvo respuestas sobre sí misma, que estaría dispuesta a sacrificarlo casi todo por encontrar su lugar, por sintonizar con algún alma insatisfecha como ella. Un "mare mágnum" de sensaciones dispersas que luchan como titanes contra sus propios monstruos por aflorar a la superficie, por vencer, pero que no acaba de liberar toda su energía, no acaba de encontrar el camino adecuado. Es una mujer sufrida que vive esclava de si misma... Bueno, otra vez estoy divagando como un idiota. Será mejor que pasemos a leer su carta:

"Estimado amigo, ¿Qué tal estás? Bueno, espero y creo que te encontrarás perfectamente al recibo de la misma. Esta noche me he decidido a escribirte, no sé por qué razón, tal vez la soledad me ha impulsado a ello, tal vez alguna fuerza misteriosa que surgió de algún lugar

recóndito de mi alma o quizás sea tu juvenil voz, esa voz que se filtra por los rincones de mi desmigajado corazón y de alguna forma que no sabría describir, regala una hora de comprensión a mis cansados instintos, una hora de compañía a mi aislado espíritu, una hora de evasión y de verdad, cosas que, por desgracia, han faltado en mi vida. Me llamo Lucía y tengo... Bueno, no te diré mi edad, pero has de saber que no soy una jovencita. Tengo esa edad incierta en que la vida ya te lo ha quitado casi todo pero aún tiene cosas que darte. Nací en el seno de una familia de clase trabajadora. Tuve una hermana, pero nunca llegué a conocerla, murió a los dos años de insuficiencia cardíaca. Aparte de eso, padecía síndrome de Dawn, por eso mi padre creyó que aquello era una especie de castigo de Dios o algo así. El era un hombre rígido, tradicionalista, my religioso. No era mal hombre, era íntegro, constante, tenaz, trabajador... Pero era un hombre mediocre. Apenas sabía expresar cariño hacia los demás. Era indeciso, distante, demasiado recto en ocasiones. Mi madre, sin embargo, era una mujer sufrida, callada, trabajadora incansable, de mente lenta y sentimientos frágiles, muy permeable. Ambos habían estado por un par de años buscando un hijo, pero este se resistía a venir. Mi padre estaba loco por tener un varón en quién reflejarse, en quién superarse, en quién perpetuar el apellido, el linaje. Después de muchas complicaciones y de tomarse un tratamiento de fertilidad, vino ella. En principio la idea de ser una hembra disgustó a mi padre. Así que cuando el médico le comunicó su sexo él se sintió decepcionado, pero cuando, un poco más adelante este le comunicó su enfermedad, se sintió aturdido, desalentado. Le fue imposible llegar a aceptarlo, así que se fue alejando

poco a poco de mi madre, fue aislándose de ella, abstrayéndose, como si fuera la culpable de ello, tanto así que fue ella quién tuvo que encargarse por completo de cuidar una criatura con unas características que le eran desconocidas, adversas, pero enseguida descubrió lo maravillosa que era y lo mucho que significaba en su vida. El no se ocupaba de ella si no para preguntarse por qué le había ocurrido algo así, qué había echo mal. Lo vio como una pesada carga. No supo aceptarlo, asimilarlo, estaba convencido que aquello era voluntad divina y obedecía a algo que debía expiar, sin embargo su único pecado fue no servirle de apollo a mi madre, que era la que de verdad se lo estaba cargando todo. No mucho tiempo después los problemas cardíacos de mi hermana comenzaron a agudizarse, hasta que murió un doce de abril... Mi madre se sintió destrozada y mi padre... Bueno, él tenía un sentimiento de amargura y culpabilidad que martilleaba su conciencia sin piedad. Por una parte tenía una especie de sentimiento de culpa por su forma de enfocar el asunto y por otra se sentía responsable, en gran manera, de todo. Sobre todo, se sentía vil y miserable por no haberle prestado la suficiente atención a la niña, por no haber disfrutado lo suficiente de su hija, a pesar de sus problemas, porque era sangre de su sangre; era una parte de su ser . Se llamaba Raquel. A raíz de eso el matrimonio se deterioró mucho, tanto así que en una ocasión mi padre, después de una aguda discusión con mi madre, le levantó la mano y desapareció. Estuvo sin dar señales de vida durante unos tres meses, en los cuales mi madre tuvo que buscarse la vida como pudo para comer y para pagar las facturas. Según ella me dijo un par de veces, incluso estuvo a punto de mandarlo todo a hacer gárgaras y

volver al pueblo, pero soportó estoicamente todas las embestidas, llorando su ausencia, echando de menos a ese hombre distante y atribulado que tan difícil se le hacía demostrar de una forma cordial y espontánea su afecto. Bueno, mi padre apareció de nuevo y no necesitó mucho para convencerla de volver al hogar. Ella lo estaba deseando y así fue. Poco tiempo después decidieron buscar otro "hijo", uno que les aliviara de las cargas pasadas, que les uniera de nuevo, que aclarara viejas penumbras y diera un nuevo soplo a sus indiferentes vidas. Bueno, eso les supuso un año más intentándolo hasta que mi madre se quedó embarazada de nuevo. Ellos ya sabían que por su edad y sus circunstancias, era, probablemente, el último intento, así que rezaron todos los días por mi, mi padre para que yo fuera un varón saludable y madre para que yo fuera una inmune criatura y saliera adelante. Pero no pudo ser. Dios o el destino quiso que yo fuera niña, eso sí, saludable, hermosa y rojiza, y otra vez a empezar de nuevo. En los primeros años de mi niñez todo fue bien, quiero decir, vivía como una niña normal. Pero poco a poco comencé a experimentar una sensación de vacío impropio de una criatura tan novata e inexperta, solo que, aún sin ser mi padre malo conmigo, no sentía ese calor que necesitaba, esa fuerza, esa afectividad que yo suponía natural. El comenzó a viajar por cuestiones de trabajo, o hacía horas extras. Siempre estaba ocupado. El caso es que mi madre y sobre todo yo, le echábamos mucho de menos. Yo le quería con locura, pero a él parecía costarle acercarse a mi, y cuando lo hacía parecía que lo hacía con cierta reserva, al menos, esa era mi impresión. Así que crecí en una especie de tibieza sentimental que me dolía pero que luchaba por ignorar.

Eso hizo que mis primeros años de adolescencia fueran muy difíciles. Fue la peor época, quizás. No era mala chica, pero siempre intentaba buscar algo que le diera cierto aliciente a mi vida. Fumaba, bebía de vez en cuando, salía con chicos, era agresiva en el colegio... Una vez recuerdo que mi padre me dio una paliza con su cinturón por que me reprendió por alguna travesura que hice y yo, no sé cómo ni por qué, le dije que si me iba a castigar o a golpear que lo hiciera pero que no estuviera dándome sermones sobre lo que se debe o no hacer, por que él no era el más indicado para ello y que si no me quería por que yo no era macho era su problema. Esto le hizo enfurecer mucho. Yo debí estar loca o colocada o algo así para decirle eso, por que mi viejo era un hombre con mucho genio y no se arrugaba con facilidad, al menos no lo hacía cuando estaban en juego su honor o su dignidad, y en esta ocasión, él sintió que yo le había faltado el respeto, y tal vez fuese verdad, así que se sacó el cinto y me puso las nalgas y la espalda como no quiero ni acordarme... Estuve casi una semana con intenso escozor, hasta que las marcas me cicatrizaron. Ese fue el principio del fin. A partir de ahí nuestra relación se limitó a una reciprocidad frágil y turbia que cada vez era más distante e incierta. Para mi la vida fue como una sucesión de acontecimientos que de alguna forma que nunca sabré explicar, me sobrepasaban, para bien o para mal. Me convertí en una persona errante que vagaba impelida por los vientos insondables de lo incierto, indiferente a todo, desconectada, sin implicarme directamente con nada de lo que me rodeaba, como si mi vida o mi destino no me pertenecieran, tan solo fuera un ciclo de encadenadas efemérides dirigidas por una fuerza superior y caprichosa ante la cual nada podía

hacer. Pero ahí estaba mi madre, siempre intentando crear un puente entre ella y yo, entre el mundo y real y mi mundo desierto y carente de equilibrio y substancia. Cuantas veces la oía respirar en la penumbra, con un jadeo estoico y frágil, como si cada aspiración le doliera profundamente en el alma. Y tan solo me tendía una mano, tan solo buscaba un lugar de reposo, un alma en la cual aliviarse de los desgarros con que la vida le había castigado; por una parte la persistente inmutabilidad de mi padre y por otra mi insensato aislamiento.

Algún tiempo después no tuve más remedio que decirles que me había quedado embarazada. Yo tenía diecisiete recién cumplidos. Aquello fue la gota que colmó el vaso. Una especie de tremendo terremoto sacudió los cimientos de mi inestable hogar. Me padre se pudo echo una furia. Mi madre intentó ser el elemento estabilizante, mantener la cabeza fría. Nos dijimos cosas duras. Cientos de fibras de mi interior resultaron heridas. Sé que a mi padre le ocurrió igual. El ni siquiera preguntó quién era el padre. Creo que me sentí más ofendida que desconcertada. Quiso echarme de casa pero mi madre intercedió con tal coraje y vehemencia que por una vez vi a este doblegado por la osadía de ella. Ese fue el lado positivo, pero como suele decirse, todo tiene un precio, y este fue la ruptura definitiva entre él y yo. Pasé a ser un fantasma en vida. No había indulgencia para mi, no había piedad, no había afecto. Había deshonrado a su apellido, a la familia, a su conciencia delante de los demás y eso pesaba más en la balanza que cualquier cosa que yo pudiera darle, incluso un hermoso nieto que nació un frío y melancólico uno de enero. Aquello fue un serio handicap para él. Aunque apenas se comunicaba

conmigo, permanecía hermético, distanciado, intentaba disimular hasta cierto punto la ternura que sentía por Bernardo, su nieto, y cuando lo cogía en brazos mientras creía que ninguna de las dos lo veíamos, lo observaba con ojos anhelantes, conmovidos, casi acuosos, preguntándose por qué no había podido ser padre de un hermoso infante, cuál había sido su imperdonable infracción, si siempre había mostrado una alta talla moral, una dignidad y reputación fuera de toda duda. Hubiera querido acercarme a él y haberle podido explicar muchas cosas, pero hubiera sido infructuoso, él lo hubiera negado todo, hubiera intentado obstaculizar cualquier razonamiento, cualquier vía de reconciliación, como si de esa forma hubiera podido demostrar que estaba moralmente por encima de mi desastrosa existencia.

Poco después vino el padre del servicio militar. Era un chico sencillo, de pueblo, trabajador, de familia humilde. Siempre había sido muy tierno conmigo, y eso, probablemente, fue lo que más me atrajo de él, aunque debo decir que era apuesto. No tenía demasiadas aspiraciones, y en eso, también debo decirlo, se parecía mucho a mi padre. Aún así, cegada por la inexperiencia de mi niñez, sus complacientes atenciones y la intemperancia de sus caricias, caí en sus garras como un ratón en la trampa de queso, y pronto, ante mi sorpresa, me di cuenta de que estaba embarazada por que hacía varios meses que no me venía el período y muy a menudo sentía nauseas. Tal era mi ignorancia que pensaba que al menos debería hacer el amor unas cien veces para quedar embarazada, por que mi madre, en más de una ocasión me había comentado los problemas que ella misma había tenido para quedar tanto de mi hermanita

como de mi. El caso es que cuando él llegó reconoció al niño y en seis meses nos casamos. Pensando en ello puedo entender el rostro tierno y desesperanzado que a mi madre le quedó cuando nos vio marchar después de la boda. Su mirada lánguida navegó por mis sentidos y me dejó perpleja, pero no le di la mayor importancia, y ahora, después de tantos años puedo adivinar lo sola que llegó a atisbar su existencia a partir de ese momento, lo incomunicada, lo desamparada que iba a quedar en aquella casa repleta de sombras y de zonas muertas, como si se tratara de un arresto domiciliario perpetuo.

Aquel enlace fue como un rayo de sol para mi corazón. Supuso nuevos bríos para mi alma desmigajada. Aunque mi nuevo hogar no era gran cosa, para mi era un lugar acojedor, afable, inexplorado y extraordinario, todo lo que siempre había soñado. Por primera vez sentí el voraz ansia de éxito que una siente cuando debe decidir cual es su propio camino. Fue como si mis ojos hubieran visto la luz por primera vez y esta se revelara ante mi como algo divino y mágico. Por desgracia, todo resultó ser un espejismo tan efímero como incierto. Muchas razones contribuyeron a ello, pero principalmente fuimos nosotros los culpables. Nuestra inmadurez, nuestra ignorancia, la distancia real que existía entre nosotros. Eramos dos niños jugando a ser mayores; un juego muy peligroso y revelador; revelador de carencias, de decepciones, de contrastes e incompatibilidades, de obstáculos y tibiezas... Después de los primeros meses comencé a dudar si él se había casado conmigo por amor o simplemente por un nefasto sentido de obligación hacia mi y la criatura. No es que se portara mal ni me maltratara, pero desde que probé lo que me pareció el agridulce sabor del pastel de bodas, comencé a tener una

sensación confusa y demoledora dentro de mi, como un mal presagio que me incomodaba. Por si eso fuera poco, la penosa situación económica, la sutil y regular intromisión de parte de su madre, que no me veía con buenos ojos, tal vez por que pensaba que había arruinado la vida de su joven hijo o tal vez por que creía que eso del niño había sido una maniobra mía para atarle; o mi susceptibilidad tal vez carente de sentido, hicieron que las cosas fueran más difíciles de lo que en un principio yo hubiera vislumbrado. Pese a todo existió esa llama que nos mantuvo unidos, hasta que llegó Bernardo. Recuerdo lo mal que lo pasé. Los dolores encajados en la base de la pelvis, la desesperación, las contracciones que no cesaban, hasta que al fin asomó su colorada cabecita, después de cinco horas de angustiosa y dolorosa incertidumbre. Fue un niño hermoso, un niño que nos unió. Para mi lo significó todo. Me consagré a él, sentía su calor y sentía mi deber, mi necesidad de amarlo, de criarlo, de sacarlo para adelante. En su risa socarrona veía reflejado la risa de mi padre, en sus ojos enjutos y oscuros su misma expresión inquisitiva, en su talante tenaz y obstinado su temperamento pertinaz e intransigente... Eso, por supuesto, no me hizo quererlo menos pero sí quizás ser demasiado dura en ocasiones, intentando evitar que fuera semejante que él, sin darme cuenta de que era diferente, sujeto a otras necesidades, a elementos distintos a los de su abuelo,; que crecería en un ambiente diferente y bajo unas condiciones singulares. Bueno, siempre he intentado darle lo mejor de mi, y sé que a veces lo he conseguido, pero también estoy consciente que otras veces no, pero espero que lo positivo pese más en la balanza que lo negativo y que siempre me recuerde con cariño, allá en Alemania,

donde ahora mismo se encuentra. Le echo mucho de menos. Quisiera que estuviera aquí y poder decírselo cara a cara, poder pedirle perdón por las veces que fui inflexible con él, las veces que le pedí demasiado, las veces que no le supe dar lo que él necesitaba, las veces que no supe ponerme en su lugar y solo conseguí decepcionarle como madre... Aunque sospecho que quizás no sea necesario por que algo dentro de mi me dice que él lo sabe...

Bueno, para continuar con aquella incierta época decir que tal vez por mi abstracción en él o por que era inevitable que sucediera, mi marido y yo fuimos alejándonos, distanciándonos tan lentamente que ni siquiera nos dimos cuenta, ni siquiera pudimos hacer nada por evitarlo. Fue todo tan gradual que cuando quise hacer recuento de mi vida supe que era demasiado tarde, que éramos dos desconocidos, unidos por una rutina que no significaba nada y por un contrato que hacía tiempo habíamos olvidado. Unos años después de nacer Bernardo, él fue cambiando con respecto a mi. Lo que en un principio era pasión sexual compartida poco a poco se fue transformando en auto-complacencia instintiva a veces o en indiferencia afectiva. De amante pasé a ser cónyuge y de cómplice pase a ser criada, y era un papel que no quería. Aquellos primeros bríos se difuminaron irremediablemente. Nunca supe la razón exacta, si fue alguna otra mujer, el descontento de la insatisfacción, o simplemente el devenir de los años y de la razón, de la consciencia de su propio ser. Había oido rumores por ahí de que había tenido un medio lío con una chica de la cual no sabía ni siquiera su nombre mientras estuvo haciendo la mili, y eso me mortificó, por que nunca llegué a saber a ciencia cierta que hubo de

verdad en ello o si yo fui la razón de su ruptura, y mucho menos de si había entrado de nuevo en su vida a mis espaldas o al menos sus recuerdos, cosa tal vez más nefasta en sí. El nunca se sinceró conmigo y después de preguntarle por un par de veces desistí de hacerlo más. Me atormentaba el hecho de que yo hubiera cortado su felicidad y a su vez, por ese motivo, él hiciera de mi una mujer afligida y desamparada, por que era así como había comenzado a sentirme. Y lo que más me dolía era el segundo plano que siempre ocupaba. Antes eran sus amigos y la bebida que yo. Antes era su trabajo, antes era el " futbol" los domingos y las partidas de cartas, antes eran sus necesidades físicas... Y yo comencé a sentirme como la lumbre a la que uno se asoma cuando todas las hogueras han comenzado a extinguirse, como el dinero que uno pide prestado cuando ya te has gastado el tuyo...

Mientras tanto Bernardo continuó creciendo y se hizo un hombrecito fuerte e inteligente. Quizás supo absorber todo lo bueno de la familia; la tenacidad de su abuelo, la laboriosidad de su otro abuelo, la bondad de mi madre, la suficiencia de su padre y de mi... Bueno, supongo que también heredaría algo bueno... El caso es que fue, por muchos años, la única luz de mi vida, hasta que se hizo todo un hombre y emigró, por cuestiones de trabajo, a Alemania. Allí se casó con una magnífica mujer que le ha dado una preciosa niña y creo que es muy feliz, excepto por el clima, por que según me ha comentado en algunas de sus cartas, es muy diferente al nuestro, así como las costumbres y la forma de ser de la gente, pero bueno, uno se acostumbra a todo, y más si tienes condiciones favorables a tu favor, que fue quizás, lo que a mi me faltó. Antes de eso murió mi padre, y eso me hizo

sentirme muy mal. Tuve tiempo para pensar en ello, en por qué nos habíamos echo casi antagonistas irreconciliables, como personajes de dimensiones distintas, como vías del tren, siempre paralelas, coincidentes, pero nunca unidas, vinculadas. Tal vez en un principio fuera responsabilidad suya, yo era muy niña, necesitaba el calor de un padre incondicional, y él era un hombre distante, recio; pero con el paso de los años yo nunca puse de mi parte. Para recorrer un camino siempre hay que dar un primer paso, y yo quizás nunca lo hice. En el fondo, no fui muy diferente a él, me mantuve irremisiblemente en mi posición, sin darme cuenta de que en realidad la corriente nos estaba arrastrando más y más hacia la solitaria e irrevocable lejanía. Estamos solos en este asqueroso mundo y a veces nuestra maldita estupidez ciega nuestros sentidos y cuando creemos que estamos ganando no sé que absurda batalla en realidad no estamos haciendo otra cosa que perder los anclajes que nos atan a los seres que de verdad nos quieren y que nos necesitan, así como nosotros a ellos. Bueno, hay cosas que quedan grabadas para siempre y hay errores que no podemos corregir, tan solo aceptar, y yo acepto el mío. A raíz de su muerte, mi madre y yo volvimos a unirnos, a estrechar nuestros lazos, y Bernardo y yo estuvimos a su lado los tres últimos años de su vida, amándola todo lo posible y curando nuestras heridas. Fueron días conciliadores y apacibles en los que nos abstraimos del mundo exterior y nos dedicamos por completo a nosotros mismos. Para ese tiempo, si al menos no estaba legalmente separada de mi marido sí lo estaba virtualmente, puesto que ya no compartíamos siquiera el mismo techo, tan solo la rutina de visitas inesperadas en las que decidía llevarse a

Bernardo por un par de días o simplemente se dedicaba a observarme sin saber si dejarse llevar por su instinto más rudimentario y enérgico para conmigo o ser condescendiente y esquivo consigo mismo y su sentimiento de culpabilidad, después de que por algunos años creyera que tenía una carta de propiedad sobre mi y que por ese motivo tenía derecho a cualquier clase de vejación. Sin embargo, ese estúpido sentimiento de posesión fue cesando hasta fenecer, sobre todo gracias a esa mujer anónima que por aquel tiempo apareció, no sé si de una dualidad adultera o de un pasado quebrantado y adverso, el caso es que muy lentamente y a golpes de irregularidad sentimental fue cediendo su terreno, aflojando su yugo, soltando sus cadenas hasta que renunció por completo a su propiedad cuando metió a esa otra mujer en nuestra casa, liberándome por completo de un pasado más amargo que otra cosa, un pasado el cual quiero olvidar pausadamente pero al que no quiero renunciar nunca, hasta que me llegue mi hora...

Pero bueno, mientras tanto me ocuparé de vivir un poco, de compartir con la gente que quiero y que a su vez me quiere todo lo que se pueda compartir, que tampoco es demasiado; mis ilusiones, los pequeños momentos de mutua gratitud, las ocasiones donde sobren las palabras y solo sea necesario una furtiva mirada de complicidad, una café en una larga y tormentosa noche, una sonrisa sin pretenciones, una larga y jocosa discrepancia, un segundo de soledad compartida... No es demasiado, pero con eso me conformo...”

No sé que decir, en serio. Es una suerte poder llegar a conocerte de esta forma Lucía. Esto es droga dura. ¿Qué

puedo decirte que tu no sepas ya? Veo que la vida te ha maltratado y también te ha enseñado mucho. Sabes, no sé si te servirá de algo, pero me gustaría ser como tu cuando sea mayor. Me gustaría ser una persona curtida contra el desasosiego como tu, fuerte, llena de vitalidad, de energía, positiva, sensible... Bueno, no quiero que esto suene a peloteo, ya sabes que no es mi estilo. Pero ¿Qué puedo decir al respecto? Solo que a menudo no tenemos el control de nuestra propia vida, aunque pensemos que sí, pero no es así, y eso es lo que hace que a veces sintamos que somos responsables, culpables de las circunstancias que nos rodean, de las particularidades que avalan nuestras vidas, de los sinsabores que decoran nuestro camino; pero todo eso escapa, generalmente a nuestro control aunque, en cierta forma, solemos ser responsables, en parte, de ello... No sé, tampoco me siento tan sagaz ni tan experimentado como para hablar de ello con total autoridad, es tan solo mi modesta y seguramente errónea opinión. Por una parte, somos responsables de nuestras acciones y de lo que esta influirán en nosotros y en nuestra vida, en los demás y sus vidas, pero por otra parte, no podemos controlar, manipular, dominar lo que pasa a nuestro alrededor por que somos simplemente diminutas criaturas con la capacidad, la facultad, afortunada o desgraciadamente, de cometer nuestros propios errores. Somos como una mota de polvo perdida en el desierto, aventada por los poderosos vientos del destino. No te sientas culpable por el pasado, solo por el presente...

Creo que guardaré esta carta y de vez en cuando la volveré a leer, sobre todo cuando esté cabreado con mi chica por que haya preferido quedarse a estudiar que venir a casa, o cuando esté depresivo por que el día ha

sido muy jodido por que mi vieja me haya echado alguna bronca por que me he peleado con mi hermano o chorradas como esas...

Ahora pasaremos a leer otra de vuestras cartas, mis queridos frustrados. Esta vez se trata de un tal Santiago Pelaez y él también nos cuenta cosas interesantes, cosas que podrían pasarte a ti o a... Bueno, me saltaré el comienzo para abreviar y entraremos en materia, ¿De acuerdo?:

"Me siento un fracasado. Tengo tan solo veintidós años y ya me siento un fracasado, por que no sé quién soy realmente. Toda mi vida he intentado estar a la altura de los demás y hasta ahora no me he parado a pensar si estoy a la altura que yo espero de mí mismo. Tal vez sea una estupidez, quiero decir que uno siempre tiende a ponerse el listón más bajo que los demás, pero llega un punto en el que sientes que llevas una inútil existencia; en el que te replanteas lo que eres y si no te satisface mucho lo que encuentras te vuelves exigente contigo mismo y buscas las razones que te han llevado a ese punto, más allá de estúpidos pretextos y falsas excusas. Siento que mi vida es un poco absurda pero sé que soy el único responsable, bueno, el mayor responsable. Me siento casi como una trinidad, tres en un uno ¿No es gracioso eso? Hasta ese punto de grotesca desorientación ha llegado mi vida. En el ámbito familiar soy el chico aplicado que intenta seguir la estela exitosa que su hermano menor va dejando; menor por un par de minutos. Soy el muchacho obediente que no quiere decepcionar a un padre exigente que quiere hacer de su hijo "mayor" una diluida imagen de sí mismo. En el culto soy el joven sencillo e inmaculado que aspira a ser

uno de los más sólidos pilares de la congregación; y en mi vida personal soy el estúpido que vive encerrado dentro de sí mismo y que sueña con explotar de una forma enérgica y ruidosa destrozándolo todo a su alrededor, creando la confusión entre los que le rodean, rebelándose ante el sistema inexorable e intransigente que le succiona irremediablemente. En realidad soy una persona que se siente desarmada ante los demás, carente de recursos, de decisión propia, invadida por el caos y la anarquía interior, sujeta a las oscilaciones de una mente débil y quebradiza, dueña de un sistema inmunológico deteriorado y desfasado. Lo más curioso es que durante estos años yo mismo he creido mis propias mentiras, yo mismo me he sujetado a mi propio desaliento, he creado mis propias personalidades divergentes, me he hecho acreedor de mi propia incertidumbre, por que esta es como la niebla, que poco a poco va cubriéndolo todo, va envolviéndote tan sutilmente que cuando quieres orientarte para continuar tu camino te das cuenta que estás perdido en medio del vacío más absoluto, que has sido engullido por una sombra imprecisa y envolvente que hará que tarde o temprano des un paso en falso y caigas, y la incertidumbre de ello es peor que la propia caida, por que no sabes cuando será ni como, pero sabes que lo harás, y eso es lo que te desgasta realmente.

Para comenzar un poco por el principio, suponiendo que esta historia lo tuviera, y ordenar un poco las ideas, tengo que referirme a mi padre, que ha sido, junto con mi gemelo, la influencia más poderosa y determinante de mi vida, de lo que ahora me siento, de lo que mi escasa autoestima ha permitido que sea, por que han sido las personas que más me han marcado, que más han moldeado mi universo. Mi padre siempre ha sido un

hombre enérgico, ambicioso, resuelto, emprendedor, exigente... Todo eso es cierto, aunque también lo es el hecho de que sea un poco capullo, aunque esté mal que yo lo diga, por que es mi padre y todo eso, pero es la verdad. Desde que tengo uso de razón él siempre ha intentando inculcar sus valores individuales en mi mente, cosa que de por sí no está mal, si no fuera por que, una vez que ya tuve la suficiente edad para decidir como quería o podía ser, él siguió tratándome como un simple robot que necesita ser programado para obtener las respuestas y las actitudes esperadas, intentando así anular mis ambiciones personales, mis estúpidas ambiciones personales, tan alejadas del canon familiar. Para mi esto siempre ha supuesto un listón demasiado alto que salvar. Siempre he tenido la necesidad de hacer trampas para estar a la altura requerida, cosa que nunca ha ocurrido con mi hermano, Jorge. Ambos somos como gotas de agua, pero solo aparentemente. El sí ha sabido captar la esencia de mi viejo, ha sabido cautivarle y corresponderle, supongo que por una duplicidad de intereses que yo nunca he compartido, pero que tampoco he sabido contrarrestar. Mi relación con mi hermano ha sido extraña, turbia, incoherente. El siempre me ha visto como un rival, y no sé por que razón. Sé que nunca podría competir con él, por muchas razones, pero él, sin embargo, siempre ha buscado superarme en todo, ajustarse al modelo impuesto desde la niñez. Siempre he sido como un peligro para su privilegiado puesto dentro de la jerarquía familiar. Sobre todo después de la repentina muerte de mi madre, hará unos tres años. Se volvió mezquino después de eso. Es curioso, yo siempre estuve más unido a ella, por que para mi era como una válvula de escape, alguien en quién refugiarme, en quién

confiar en los momentos difíciles, y sin embargo fue él quién se mostró más resentido después del infortunado accidente. Tal vez fuera un exceso de culpa por haber experimentado una cierta e innecesaria distancia con ella, más partidario del bando paterno, o quizás por que no supo canalizar su rabia, exteriorizar su tristeza como lo hice yo. En cierta forma, mi madre y yo resultábamos muy semejantes. Eramos vulnerables a mi padre, a todo lo que viniera del exterior, inseguros, conscientes de nuestras propias debilidades, conformistas en cierto punto, pero es que, según lo veo yo, ¿Qué más podíamos pedirle a la vida? Teniamos más de lo que necesitábamos, posición económica y social, , más comodidades de las necesarias... Nos sentíamos afortunados por todo lo que Dios nos había concedido, aunque yo a veces me preguntaba por qué existía tanta desigualdad en el mundo, si acaso era culpa Suya o era culpa nuestra; me refiero a cuando veía imágenes de lugares donde la gente moría de hambre, y, desgraciadamente, sigue haciéndolo, o donde la gente vive como animales, con la incertidumbre de si mañana podrán conseguir algo que echarse al estómago, si podrán alimentar a sus hijos, si tendrán un trabajo digno y un salario digno con el cual cubrir sus necesidades básicas y las de sus familias. Cuando reflexionaba sobre estas cosas me sentía como un imbécil cuando me preocupaba por cosas absurdas e innecesarias como si Beatriz aceptaría mi invitación para salir a bailar o si en realidad le gustaba más mi hermano, o si sacaría la nota pertinente en la selectividad para poder seguir la tradición familiar y ser un buen cirujano. Hablando sobre este tema, hay algo que en el fondo siempre he sabido, pero que me he negado a aceptar. Nunca he sido

tan inteligente como mi hermano, tan aplicado, tan práctico. El sacó la nota necesaria en la selectividad para escoger la carrera, pero sin embargo yo estaba seguro de que no lo conseguiría, a pesar de lo que ello supondría. Aún así y para mi sorpresa, obtuve una puntuación similar a la suya. Aún recuerdo la sonrisa socarrona que se escurrió de sus labios cuando ambos lo comprobamos en el tablón del campus. Dicen que entre los gemelos suele haber una especie de conexión casi paranormal o algo así, aunque en nuestro caso no ocurre, al menos en los aspectos positivos, pero en esta ocasión fue como si un pensamiento telepático surcara el espacio entre ambos y en un destello supiera lo que él estaba pensando. No hicieron falta palabras, sabía que mi padre había tenido que ver en ello, después de todo es un hombre muy, muy influyente en ese campo, no en vano es el Cirujano Jefe y el Director del Hospital Provincial, y como tal, y pese al carácter fraudulento de ello, había usado su posición para conseguir que me subieran la nota lo suficiente, y esto mi hermano lo sabía. En ese momento me sentí como un auténtico estúpido, y maldije mi falta de carácter. No era yo mismo, solo una marioneta que otros manejaban. Me sentía anulado, destituido de mi propia vida. Yo no aspiraba a ello, quiero decir a ser un prominente médico, o cirujano, o lo que fuera. Si hasta me tiemblan las manos y me sudan cuando me pongo nervioso. ¿Te imaginas que tuviera que intervenir a alguien del corazón y me temblara el bisturí como a un borracho al sostener el vaso de vino? Me preguntaba por qué no dejaba que yo decidiera sobre mi vida, si ya tenía a mi hermano, que era precisamente una especie de reproducción suya, ¿Por qué no se conformaba con ello y me dejaba ser yo mismo? ¿Y por

qué le seguía yo el juego, por qué lo había hecho durante toda mi vida? Pero siempre me respondía lo mismo: que mi padre era un hombre demasiado exigente, que quería lo mejor para mi, que era su deber... Bueno, era mi forma de engañarme. Aunque tengo que reconocer que eso, de alguna forma, fue el detonante, el comienzo del declive. Mi padre, principalmente, luchaba en dos frentes, uno era ese y otro era la iglesia. Cuando era pequeño me encantaba dar paseos en barca, ver el resplandor del sol en el mar, escuchar los graznidos de las gaviotas, y sobre todo oir la vigorosa y penetrante voz de mi padre aprovechando cada ocasión para inculcar en mi amor por una creación y por un Dios omnipotente, sabio y amoroso que lo había creado todo para mi disfrute. Me encantaba cuando mi padre se sentaba conmigo y me contaba esas fantásticas historias bíbilicas y plantaba en mi el amor por la congregación. El era miembro de la Iglesia Cristiana Devocionaria. Como buen devocionario era un hombre de creencias rígidas y marcadas inclinaciones espirituales. Pero a medida que fui creciendo comenzaba a hacerme preguntas que en un principio me atrevía, en mi osada ingenuidad, a formularle, y de las cuales siempre recibía respuestas vagas o reprimendas por mi falta de fe. Mi hermano, sin embargo, era diferente, lo daba todo por sentado, o, en el mejor de los casos, no le preocupaba nada que estuviera más allá de sus intereses. En mi caso era diferente. Habían cuestiones que se alojaban en mi corazón como un parásito cruel e iban minando mi fe, mi integridad. Tal como dice la misma Biblia, Dios le dio al ser humano la facultad de utilizar su libre albedrío a su antojo, aunque sea para hacer el mal a sus semejantes. Llegado a ese punto, no sé si realmente se le debe pedir

cuentas a El por todo el horror que el ser humano a desatado. Pero en mi tortuoso periplo por el culto, no me sentía así, si no todo lo contrario. Eso, en un principio, fue un largo tema de debate con él y aún con mi madre, que se mostraba más permeable a mis dudas y a mis conclusiones, erróneas o acertadas, pero no así mi padre. El siempre me tachaba de egoista, por no querer seguir al paso de la organización. Eso me hacía sentir muy mal. Había una especie de sentimiento de culpabilidad que pesaba demasiado en mi inconclusa alma y me deterioraba interiormente. Me sentía como un ingrato, como si no estuviera dándole las gracias por todo, como si le hubiese repudiado. Yo creía en Dios, pero no en su dios. Creía en una Entidad Suprema que nos había otorgado la posibilidad de elegir, una especie de Conciencia Superior, de Ser Puro que había dado principio a la chispa de la vida, que había elegido modelar un universo cambiante e incontrolado donde alojara a una amplia diversidad de vida de todas las características imaginables, y de la cual no somos nosotros ni la más interesante, ni la más importante ni la más semejante a El. Otra historia es el camino que nosotros hemos decidido elegir. Es un sentimiento que albergo dentro de mi. Cuando miro a mi alrededor me siento pequeño, insignificante. Cuando veo la majestuosidad de una ballena, la longevidad de una tortuga, la capacidad de sacrificio de una hormiga, la velocidad de un guepardo, la nobleza de un delfín... Me transmiten algo bueno, algo superlativo, el reflejo de esa Entidad Superior, Su firma. Pero ese Dios es diferente al de mi padre. Su dios es un dios saturado de prejuicios, de nimiedades, de ritos absurdos e incoherentes. Desde pequeño he vivido una vida saturada de negatividad.

Todo era malo, o al menos sospechoso. La mera idea de vivir en un mundo lleno de pautas y de reglas sobre mi comportamiento han hecho de mi una persona asustadiza y huidiza. En ocasiones me he sentido una especie de marioneta, o de autómata o algo así. ¿Dónde está esa potestad que uno tiene para decidir, esa capacidad de auto-determinación que la misma Biblia declara para el ser humano? Ella misma dice que la verdad debe liberar a uno, y es cierto. Pero durante toda mi vida me he sentido esclavo de las circunstancias, de los preceptos, de conciencias ajenas. Quizás suene a estupidez, cursilada, o algo así, pero he gastado caudales de argumentación pensando en ello. Para mi padre todo tenía una parte oscura, todo era incorrecto, nocivo. El no era más que el fiel reflejo de una concepción devocionaria un tanto limitada. No se me escapa el hecho de que lo que uno siembre eso segara. Al respecto a eso, creo que la vida, en cierta forma, es como un boomerang. Quiero decir que todo lo que hacemos vuelve al final, de una forma o de otra, a nosotros. Por eso no estoy hablando ni mucho menos de un caos conceptual o una especie de vida anárquica desprovista de todo concepto de moralidad, libertad o responsabilidad con uno mismo y los demás. Eso es lo que no supo entender mi viejo. El es demasiado taxativo en cuanto a ello, producto de una especie de mente colectiva e interconectada entre todos los miembros de la iglesia. Para él todo es negro o blanco. Siempre recuerdo sus palabras cuando hablábamos de ello; siempre citaba las palabras de Cristo cuando dijo: "el que no está conmigo está contra mi, y el que no recoge, desparrama..." Pero creo que no es eso lo que él quiso decir. Si no remitimos a su vida creo que se puede

comprobar que no, en ningún sentido. Creo que ahí está la verdadera fuerza de su mensaje, un mensaje que, por otra parte, no está desfasado, ni mucho menos. Por ejemplo, cuando intentaron apedrear a la prostituta, él lo impidió y expuso uno de los argumentos más impresionantes que he conocido, dijo que "quién no tuviera pecado tirara la primera piedra". Creo que ese es el verdadero camino a seguir. En definitiva, la tolerancia, la humildad, la hospitalidad, la bondad... Cualidades cada vez más escasas pero que son los verdaderos baluartes del ser humano. Eso en contraposición de la rigidez, el hermetismo, la excesiva justicia, la negatividad... El fue positivo. Eso es lo importante. Abrió el corazón de la gente ante los demás. Se hizo accesible a todos... No sé, puede que esté equivocado, pero es así como yo lo veo. Sin embargo quizás por temor a mi padre, a los devocionarios que me rodeaban, al sistema que ejercía sobre mi una especie de presión psicológica encubierta o por mi propia cobardía, nunca hice frente a la situación, nunca expuse mis ideas, nunca traté de labrar mi camino al margen; tan solo me dediqué a camuflarme entre la comunidad y "capear el temporal" lo mejor posible. A mi manera me hice peor que ellos, por que aquello era solo una fachada que trataba de mantener a toda costa, como lo hacía en mi vida familiar, sobre todo desde que murió mi madre. En mi vida personal, sin embargo, era la antítesis de ello. Fue mi forma de rebelarme, cobardemente, por supuesto. No me daba cuenta de que me hacía más daño que el beneficio que yo creía. En ese tiempo era un pobre estúpido que pensaba que lo único importante era escapar al control espiritual de mi viejo, sin pararme a pensar en las consecuencias, en las secuelas que mi

corazón sufriría. Antes mencioné lo del boomerang y todo so. Pues bien, lo había lanzado sin pensar que este volvería a mi con virulencia y rotundidad, aunque así fue. Mi evasión eran mis amigos. Aquello estuvo bien por un tiempo, pero la cosas se fueron descontrolando poco a poco. Fiestas ruidosas, saturadas de alcohol, de música y de chicas liberadas. Me encantaba. Era como entrar en otra dimensión, como si mis sueños se hicieran realidad. A veces bebía tanto que después no podía mantenerme en pie y tenía que ir a dormir a casa de Alberto, otro amigo en situación similar a la mía, para que mi viejo no pudiera verme así. Eso hubiera sido mi final. Bebíamos y hacíamos locuras. Nos escondíamos y asustábamos a las chicas, le vaciábamos una goma del coche a cualquier profesor que nos cayera mal, o nos bañábamos desnudos en alguna calita escondida... La complicidad de Alberto me salvó en más de una ocasión, y yo también le salvé a él el pellejo. Pero yo fui descendiendo cada vez más al abismo, caminando cada vez más en el afilado borde de la navaja, y él desistió por un insospechado incremento de cordura, y lentamente fue desviándose de mi camino, alejándose de mi. Es un buen tío, y en el fondo me alegro de que se impusiera su prudencia, por que de lo contrario habría acabado mal, como yo, y eso no me lo habría perdonado. Pero él no estaba tan desesperado, no sentía mis ganas de fracasar, no queria que todo se desmoronase bajo sus pies, como me ocurría a mi, tan solo buscaba un poco de evasión. Creo que fui una mala influencia para él. El caso es que encontré nuevos amigos. Gente oscura que pertenecía a una realidad encubierta, nebulosa e incoherente. Con ellos probé por primera vez la hierba. Aquello era nuevo para mi. Resultaba tan turbio y morboso que me atraía,

así que siempre solía colocarme los fines de semana, pero siempre me aseguraba que mi viejo no pudiera atraparme. Lo que en un principio fue una diversión de fin de semana después fue transformándose en un hábito regular que a veces me dejaba fuera de juego. Yo pensaba que en ese nuevo círculo había una hermandad que yo no había sentido nunca en mi vida, ni siquiera dentro del culto. En realidad eran crápulas que esperaban ser expectadores de honor en el momento puntual de mi debacle, atentos a lo que me pudieran sacar, timadores del espíritu, falsos profetas que auguraban nuevas sensaciones mientras permanecían impasibles, expectantes, pendientes a que cayeras en la tela de araña. Todo se reducía a mi dinero, como mendigos sin escrúpulos, fascinados por la ingenuidad cursi de un "niño bien", persuadidos por mi tarjeta de crédito. Pasé de mis antiguos amigos. Los veía tan anticuados... Sus estúpidas fiestas y su ridícula música, sus atracones de cerveza y sus estiradas costumbres. Con ellos pasé la línea. Tripi a la luz de la luna. Música estridente. Mujeres de fácil lucro. Ellas me iniciaron en el mundo del sexo. Para mi eso estaba prohibido hasta después del matrimonio. Bueno, eso era al menos lo que siempre me habían inculcado. No es que yo me lo propusiera así, pero siempre lo había imaginado de otra forma. Por ese entonces estaba enamorado de Beatriz. Ella era hija de un maestro, miembro también de la iglesia, y era una chica de carácter ladino y sonrisa perfecta, poseedora de una psicología propia de Mata Hari aunque algo refinada en sus costumbres. Era algo conservadora, la verdad, pero a mi me gustaba. Me gustaban sus ojos verdes, su boca siempre tan húmeda, su mirada indiscreta, su naturaleza insaciable, su

pragmatismo... Yo siempre intenté conquistarla de muchas maneras, y la insistencia y la paciencia consiguieron que lo hiciera, bueno, o al menos así lo creía. Pero poco a poco comencé a ver detalles que fueron desconcertándome, disgustándome. Primero eran sospechas, pero después esas sospechas se convirtieron en actitudes certeras que detestaba. Por ejemplo, Alberto una vez me comentó que había oido una conversación entre ella y su hermana en la que esta confesaba que entrar en nuestra familia era un buen negocio por que ambos estábamos avocados a ser miembros importantes dentro de la congregación y dentro de la sociedad, y por que éramos una familia que le gustaba a sus padres. ¿Te imaginas eso? Tan solo era una mercenaria de los sentimientos, siempre al lado del mejor postor. Aún así, me decidí a comprobarlo. Después de seis meses de relaciones formales, me hice pasar por mi hermano y la abordé un día cuando salía de sus clases nocturnas de ballet. La verdad, nunca lo había echo, pero no fue muy difícil, tan solo tuve que cambiar mi tono de voz y poner mirada de seguridad, como si todo lo que pasara a mi alrededor estuviera de antemano planificado y no me afectara en lo más mínimo. Con un poco de discrección y un cubata pude sacarle lo que me interesaba. Ella pensaba que yo era un chico algo pusilánime y poco práctico, confuso e inmaduro. Aspiraba a ser una triunfadora nata, y para ello, debía manejar bien sus cartas. Tenía que apostar por la mejor jugada y lo haría de forma contundente. Aunque le caía muy bien por mi sinceridad y mi naturalidad, e incluso por esa inmadurez, esas cualidades no eran las que más valoraba en un hombre, si no todo lo contrario: un carácter emprendedor, sus metas en la vida, el hecho de

encontrar alguien que estuviera siempre dispuesto a pujar por lo más alto, sin importarle nada... Y claro, ese era mi hermano, así que haciendo muestra de su astucia y sutileza, me besó, con una intensidad y de una forma que ”yo” nunca había conseguido “arrancarle”. Eso me decepcionó bastante. Me maldecía por haber descubierto la verdad. Fue como si algo se quebrara dentro de mi. Dejó de importarme nada. Esa noche me volví loco. Invité a mis amigos a bebidas y a droga e hicimos una fiesta por todo lo alto en casa de uno de ellos. Nos colocamos como cosacos y follamos al azar, es decir, hicimos un juego, y las parejas que salieron hicieron el amor durante media hora en rincones ocultos, por supuesto, y después salimos por ahí de marcha. Hicimos locuras con nuestros coches. Como gente maldita que intenta retar al destino y se ríe de la muerte. Sacamos a más de uno de la carretera. Todo era una mierda. Incluso embestimos por un costado el coche de una pareja que iba paseando tranquilamente y el tipo quedó herido. Íbamos en dos coches, y uno de ellos era el mío, pero yo ni siquiera lo conducía, iba demasiado pasado para ello. Por suerte no fue nada grave, tan solo se lesionó la muñeca y quedó algo aturdido, pero mis supuestos amigos al ver el panorama y oir la sirena de la policía, pues parece que un “zeta” nos había divisado un kilómetro atrás y nos venía a la zaga, se largaron sin contemplaciones. Recuerdo que cuandos salí del coche, después del accidente, comencé a vomitar y cuando los demás se percataron de la sirena de la policía, uno de ellos dijo algo así como “ostia, ¿Qué vamos a hacer con Santi?”, y otro respondió: “déjalo, tío, o nos pillaran. Su viejo tiene una buena chequera... Ese gilipollas es intocable... Y sino que se joda...” Bueno, vino la policía,

llamaron a una ambulancia, me hicieron la prueba del alcohol, me tomaron declaración en la comisaría, y me dejaron encerrado en una habitación, hasta que mi padre, despúés de un par de horas vino a sacarme de allí. Cuando llegamos a casa estaba mi hermano esperándonos, sentado en el sofá, tomándose un vaso de refresco, con una mirada de frustración y de expectación a la vez, como si tuviera una lucha interna entre preocuparse y alegrarse. Durante todo el trayecto apenas cruzamos un par de palabras, pero sabía que eso era solo el preludio de una tormenta que más tarde, en casa, se desataría. Siempre hemos sido tan prácticos y convenientes, que nunca hemos lavado nuestros trapos sucios fuera del hogar. Esa maldita corrección me expasperaba. Allí nos dijimos cosas muy duras, aunque lo más correcto seria decir que "dije" cosas muy duras. Me sentía demasiado despechado y mi lengua fluyó con demasiada libertad, eso es lo cierto. Mi padre intentó reprenderme, disciplinarme. Pero por primera vez, preso de una locura irreverente y desbocada le hice frente, dejando a un lado todo el temor y toda la capacidad de manipulación que antes había tenido sobre mi mente, le hice saber que no necesitaba sus valores cristianos tradicionalistas, ni su falsa moral. Le confesé también que había sabido de su manipulación en la selectividad y que eso también era pecar, contra mi conciencia y mi libertad, y que no quería ser un rico y estúpido cirujano, que prefería ser un pobre barrendero libre e indiferente. No quería ser como él y no aceptaba su dirección ni su ejemplo. No quería su dios ni sus creencias, ni quería ser alguien importante o alcanzar posición a cualquier precio. Tan solo aspiraba a ser yo mismo y a labrar mi camino, y a no dejar que nadie condicionara ni mi

conciencia, ni mi mente, ni mi destino, ni mis valores. Todo estaba vacío. Todo era un sinsentido, absurdo y macabro. Mi padre me golpeó como hacía tiempo que no lo había hecho, después se quedó llorando, como un niño pequeño. Mi hermano se interesó en mi pero mi reacción fue incontrolada, agresiva, y le ataqué. ¿Qué culpa tenía él de lo que a mi me pasaba? ¿Qué culpa de que siempre hubiera sido una sombra borrosa de lo que mi padre aspiraba de ambos? ¿Qué culpa de triunfar donde yo fracasaba? ¿Qué culpa de que Beatriz hubiera fijado sus codiciosos ojos en él? No, todo fue culpa mía. El destino, o tal vez mi cobardía, o un cúmulo de circunstancias inaccesibles para mi, o lo que sea, tuvo la culpa. Mi padre tuvo entonces que intervenir y separarnos. Mi paranoia había hecho de mi un individuo enajenado e incotrolado, carente de todo sentido de la rectitud, de autoestima, de dignidad, y en ese proceso deteriorante perdí la razón por unos intantes. Después de eso, me encerré en mi habitación, cogí algunas anfetaminas que tenia escondidas y me las tragué, impulsado por la desesperación...

Bueno, de eso hace ya un par de meses. Gracias a ellos, que se dieron cuenta de que algo no marchaba bien, forzaron la puerta de mi habitación, y me llevaron al hospital urgentemente, pudieron salvar mi vida. Después de eso mi viejo decidió meterme en un centro psiquiátrico para desvincularme de mis vicios ocultos y de mis fantasmas interiores, y no le culpo. Es duro para mi pero supone un comienzo. Es un reto. Ahora me siento mejor, y no por el trabajo o el tratamiento de los psiquiatras, que sin duda es aceptable, sino por el hecho de que necesitaba aislarme de todo, apartarme de mi mundo anterior, desligarme de mis miedos y aprender a

conocerme, a valorarme un poco mejor, a aceptarme tal como soy, con mis virtudes y mis defectos. Ahí creo que está la solución. Debo hacerme tenaz en un mundo saturado de trampas y donde el suelo se tambalea a cada paso, donde no sabes si tu serás el verdugo o la presa de las circunstancias. Decidido, valiente, pero a la vez satisfecho, sencillo, humilde.

Creo que la vida es como un ciclo, que siempre se repite, pero esta vez intentaré desafiar a la providencia para que no se vuelva a repetir. Si al menos pudiera aprender de mis errores, daría por válido todos los sinsabores, todas las dudas, los fracasos, las equivocaciones... No sé si seré capaz de afrontarlo de esa forma, si mi memoria no será olvidadiza y me permitirá retener la esencia de todo, o si por el contrario se enterrara con el devenir de los sueños, de los logros, de los conquistas futuras, reales o imaginarias. Bueno, ahora mismo no debo preocuparme por ello. Soy como un bebé que comienza a hablar, que aprende a dar sus primeros pasos, que necesita ayuda, guía, protección. Así es como me siento. Es como si tuviera una nueva oportunidad, más de lo que mucha gente tiene. A pesar de todo, creo que debo sentirme afortunado..."

Bueno, tío, de nuevo debo decir que mientras he leido tu carta he sentido como se me ponía la piel de gallina. Todos somos tu, de una forma u otra. Todos perdemos el rumbo una o otra vez, todos nos dejamos dominar por las circunstancias que nos oprimen, que nos someten a un yugo incierto y cruel. A veces por falta de valentía, otras por falta de amor propio, o incluso por que nos sentimos demasiado confusos como para decidir por nosotros mismos y necesitamos que otros lo hagan. A veces me pregunto si somos realmente dueños de nuestro camino o

tan solo esclavos de las circunstancias. Verás, imagínate que somos salmones, y que nuestro destino es ir río arriba, contra la corriente, continuamente. Sí, nadamos contra la corriente de una sociedad depredadora, codiciosa, desmesuradamente competitiva, que no le da ni un respiro al indefenso individuo que intenta racionalizar su existencia, que te empuja como una masa desbocada a pisotear a tus semejantes, aunque no sea esa tu intención. Además de eso, los depredadores están listos para atraparte y devorarte, con sus arteras habilidades... El desaliento, el astío, las trampas, la falta de la ilusión, el desánimo, el egoismo, el miedo, las invisibles telas de araña, dispuestas para que caigamos en ella como ingenuas moscas... Demasiados peligros. Pero has tenido el coraje de reconocer tu error, y de tratar de enderezar tu existencia, darle otro rumbo, otro sentido, y eso es algo que mucha gente no sabe hacer. Es un buen comienzo, es un muy buen primer paso... Afronta tu nueva vida con el mismo tesón con que has escrito estas palabras y triunfarás, te lo garantizo.

Buenos, amigos fracasados, con la lectura de esta última carta cerramos la correspondencia. Solo me resta despedirme de vosotros hasta el próximo programa, recomendaros que no seais demasiado quejicas y que penseis que todos, en alguna ocasión, podemos estar en la piel del cordero, ¿De acuerdo? Y si alguna vez veis que el mundo se hunde bajo vuestros pies, mandadlo todo a la mierda, ¿Ok? Bueno, como todavía faltan unos minutos para cerrar, me gustaría leeros una de esas estúpidas elucubraciones mías, aunque podeis prescindir de ello si quereis o teneis prisa por dormir o hacer algo más divertido, por que os advierto de antemano que es un mensaje incoherente, inconexo e insubstancial. Adiós,

mis queridos fracasados, por esta noche vuestro castigado hombro se retira:

“Yo quisiera ser etéreo, dejar mi estado orgánico y transformarme en un ser volátil, incorpóreo, indeterminado. Ser una ponzoña gaseosa que penetrara inevitable y lentamente en las entrañas de aquellos que nos envenenan con sus mentiras, con sus falsos nirvanas, con su indestructible falta de sensibilidad y cordura, con su palabrería barata y sus promesas de prosperidad al por mayor.

Ser un suspiro eterno, una palpitación continua, un “Big Bang” de los sentidos. Ser una pompa de jabón cósmica de exigua existencia, como un parpadeo, un solo segundo de consciencia que diera paso a una estela sempiterna e inagotable. Una estrella que implotara sobre si misma liberando tal cantidad de energía que devorara todo el cosmos, que causara el colapso final, para, una centésima después, crear un nuevo universo revelador e inexplicable que forjara una energía pura, corrosiva y regenerativa, en constante contradicción, una singularidad profunda e insondable.

Ser un fuego fatuo imposible de apagar, una tormenta de agua tibia, una ola de sinceridad, un loco caledoscopio que no dejara de girar y girar, creando sensaciones psicodélicas, alucinatorias, como disparos de plasma dentro de una mente divergente, irreal como un arcoiris de sonidos apenas perceptibles, salvaje como la mirada de una mujer soñadora, irreverente como una canción protesta, libre como la lágrima de un hombre que sufre, coherente como el instinto de una hormiga, sincero como el llanto de un niño...”

Introducción al relato : “Sueño virtual”

Este relato tuvo en principio un comienzo muy similar al primero de este volumen, es decir, “Eugenesia”, en el sentido que también fue “concebido” a partir de una convocatoria de CF, pero visto que el primer intento fue fallido y que a partir de un par de párrafos comencé a divagar sin ningún tipo de reparos, alejándome de lo que en primera instancia debía ser la historia para que encajara en los canones del concurso, opté por liberar mi extravagante fantasía y dejar que el relato discurriese por si mismo hasta llegar a un punto incierto e inquietante. Es como si, durante su creación, me hubiera sumergido en un mar de elucubraciones imposibles que acabaron por cautivarme. Me gustó escribirla. Me sentí libre haciéndolo.

SUEÑO VIRTUAL

Me siento un tipo afortunado dentro de una generación afortunada. Antaño hubieron épocas en las que el hombre se vio sometido a su propia ignorancia. Fue víctima de sí mismo. Otras, sin embargo, fue sometido por sistemas políticos engañosos; fue tratado como un peón prescindible que en cualquier momento podía ser aplastado y pisoteado bajo las demoledores pisadas de un régimen opresor carente de todo sentido de singularidad, como claro ejemplo de un engranaje imperfecto e intransigente que aniquilaba y martirizaba a aquellos mismos individuos diminutos e insignificantes que lo sustentaban. En otras incluso fue víctima de un consumismo irracional que lo engullía y lo menospreciaba, haciendo que se sintiera como un mero espectador ante su propia incapacidad de rebelarse, de alzarse como un espíritu libre y con la potestad para sublevarse ante ese sistema inalterable o ante su propio ego condescendiente y acomodado, haciéndose así esclavo de las grandes multinacionales que lo manipulaban como un auténtico valor en alza, siendo tragados por su ilimitado poder. Bueno, eso ya es historia, afortunadamente. Ahora el propio ser humano es quien controla al sistema, y no al contrario. La tecnología nos ha hecho libres. Nos ha liberado de las ataduras inevitables del pasado. No hay que ir demasiado lejos. Yo mismo. No dependo de nada ni de nadie, bueno, en cierto sentido. Lo único que debo hacer para que el gobierno no se meta conmigo es pagar mis impuestos religiosamente, nada más. Todo eso lo

gestiona mi banco, no debo preocuparme por nada, tan solo por mantener mi cuenta lo suficientemente gorda como para que ellos tengan ciertas deferencias hacia mi y nadie tenga que molestarme. Trabajo en tres empresas, una en Tokio, otra en Sidney y otra en Los Ángeles. ¿Qué cómo lo compagino? Muy sencillo. Se llama "bilocación virtual". La red de redes, amigo. Es el auténtico invento del siglo. Puedo estar virtualmente en varios sitios a la vez. Podría desempeñar incluso muchas más tareas, pero creo que con eso y algún otro "encarguito extra", ya sabes, libre de impuestos cotizables, tengo más de lo necesario para disfrutar de mi exigua existencia. No es tan complicado, dentro de la red desarrollo un programa de "simulación virtual de personalidades", mientras que de vez en cuando voy dando un vistazo a mis multiples reproducciones para comprobar si todo va bien... Voy pasando de una a otra a voluntad, casi como si las poseyera... A ellos solo les interesa que cumpla con el cometido por el cual me contrataron y a mi recibir las transacciones pertinentes en cuenta. Cada vez que lo pienso me doy cuenta de lo ventajoso que resulta; el trabajo se hace más llevadero, las tareas se complementan mejor y no tengo encima a ningún cabrón dándome la vara.

Bueno, aunque trabajar no lo es todo, por supuesto. También me pego mis "huergas", no creas, no soy ningún santo. Tengo cientos de amigos... virtuales. Las comunidades virtuales son la "ostia". Las hay de todos los tipos imaginables y por imaginar: porno, universitarias, fans de este o aquel personaje real o virtual, musicales, de heteros u homos, a favor y en contra de cualquier cosa, pro-pacifistas o pro-volencia... ¿Sabes lo que eso significa? Solo necesito "conectarme"

a mi equipo de "realidad programada" y hacer lo que me apetezca. Todo esta a mi mano, y sin que nadie me vigile ni nada parecido; todo lo que yo quiera, desde participar en una típica orgia romana hasta caminar por los jardines del Cairo. Ni te lo imaginas. Es como magia. Te colocas el equipo y ya está. Ni siquiera tan real sería tan bueno. Cosas de la nanotecnología. La gente está tan habituada a ello que desde hace mucho tiempo lo dan por sentado. Me refiero a los micro-implantes biológicos en nuestro cortex, en nuestra retina, a los nano-nódulos inyectados en nuestra corteza... Es como si engañaran a tu mente. Reconvierte el sistema reproductor de tus neuronas y caes en un trance profundo. Como inyectarte unos gramos de LSD, pero a lo bestia. El entorno electrónico-virtual recrea el ambiente y tus implantes se encargan de producir las sensaciones equivalentes. Te puedo asegurar que es una pasada. Imagínate hacer un "salto" al desembarco de Normandía... Estar allí, oler la pólvora de las detonaciones, los cuerpos macerados, la sangre vertida... La adrenalina subiendo por tu espina dorsal... O viajar en el Titanic la noche de su hundimiento, estar en Hiroshima el 6 de agosto de 1945... Incluso puedes recrear tu propia situación límite, tu propia catástrofe, tu propio mundo o ir a mundos creados por otros... Bueno, no me entiendas mal, no solo puedes recrear ambientes tensos, peligrosos, también lo puedes utilizar en cosas más edificantes, interesantes, como tu quieras... Por ejemplo, puedes viajar en una de las naves de Colón cuando encotraron la costa, ver los milagros de Cristo, si eres cristiano, conocer a Siddhartha Gaumata si eres budista o a Mahoma si eres musulmán. Acompañar a la expedición que colonizó Marte o asistir a un concierto de los Beatles...

Además de la realidad programada está la "realidad inducida". No sabes de qué estoy hablando, ¿Verdad? Estoy hablando de los micro-implantes de retina enviando abundante información codificada a tu cerebro, a tu cortex, estimulando lóbulos frontal y parietal, información que este descodifica ayudado por los nano-procesadores alojados en la base del hipotálamo, interconectado por las nanocélulas de acoplamiento a la médula espinar y al bulbo raquideo, recreando lugares precisos, ambientes selectos, alterando la realidad, embelleciéndola, disfrazándola... Una vez una chica que conocí en un multichat me dijo que un primo suyo le había hablado de un amigo que conocía a un tipo que se había vuelto loco por que sus nano-implantes de retina se deterioraron a causa de una carga de electro-estática o algo así . El caso es que el tío estuvo siete días "descolgado" y no lo soportó. Imagínate pensar que estás caminando por un sosegado parque lleno de fragantes abedules y que de pronto te encuentres en un asqueroso vertedero plagado de cadáveres de ratas y mosquitos. Pensar que vives en la urbanización más lujosa y limpia de la ciudad y descubrir que vives en un antro. Verte forzado a vivir en un ambiente estéticamente deficiente, deteriorado, grotesco, pésimo, cuando estás acostumbrado a vivir en un entorno agradable, armonioso, vanguardista, elegante... Descubrir que lo que te rodea no es lo que tu creaías que era, que tus sentidos te engañan, que son tu peor enemigo. Debe ser una pasada...

Bueno, tengo que reconocer que a veces sufro estúpidas depresiones. Hace tiempo que tengo asumido que la perfección cabal no existe, así como la felicidad completa y demás. Solo existe un vago sentimiento de

satisfacción. Cuando eso me ocurre acudo a mi psicólogo virtual. Esos programas de medicina inteligente son una pasada, de verdad. Como cuando tuvieron que operarme del ojo. Nada de colas, ni esperas, ni cirujanos incompetentes... Me puse en contacto con un programa oftalmológico ruso y por medio de telepresencia me operaron. Por supuesto, tuve que alquilar algunos equipos de medicina, pero con un brazo robot especializado fue suficiente. Eso si es una intervención insignificante, por supuesto. Y cuando tengo ganas de colocarme tampoco necesito tratar con camellos o colgados capaces de venderte la peor mierda del mundo. A decir verdad, eso de la droga "física" hace mucho tiempo que casi se erradicó del planeta. Uno de los logros más significativos de nuestra sociedad moderna. Bueno, siempre existen tipos que trafican y consumen, pero no representan ni al diez por ciento de la población actual. Son una especie en vías de extinción. Las drogas visuales resultan mucho mejor, más baratas, inocuas e incluso intensas. Con mis gafas estroboscópicas de alta resolución puedo paliar mis deficiencias químicas, e incluso puedo darme una descarga equivalente a los anticuados psicotrópicos y con escasos efectos secundarios. Miles de imágenes tridimensionales por segundo, lanzadas como disparos de plasma directamente al lóbulo frontal y parietal, como una descarga de energía vital... Y si la conecto a mi aparato de realidad virtual puedo recrear las sensaciones más dispares: ingravidez, volatilidad, placidez... Es parecido a las técnicas de reprogramación que utilizan con los delincuentes peligrosos, solo que lo controlas tú. Una vez alguien me dijo que con estos tipos suelen extraer sus peores pesadillas y recrearlas bajo los

efectos de drogas químicas producidas por el mismo cerebro por medio de drogas visuales y reproducción virtual. Solo de pensarlo se me ponen los pelos de punta...

Dejando de lado temas morbosos y demás tengo que decirte, por si no lo sabías, que no tengo la oportunidad de aburrirme. ¿Crees que exagero? Es lo máximo, te lo aseguro. Puedo echar un buen polvo con cualquier estrella física o virtual, bueno, más exactamente con su recreación digital, que para el caso es incluso mejor. Puedes incluso crear a la mujer de tus sueños, a tu diosa del amor. Con quién quieras y cuanto quieras... Con gente que nunca podrías conocer fuera de la red, y que esá al otro lado del mundo. Puedes incluso mejorar o cambiar tu imagen digital para hacerte más atractivo... Cambiar tu piel, el color de tus ojos, el tamaño de... Bueno, de eso... Nada de orgasmos mediocres, de cansancio, de monotonía. Tu cerebro se encarga de reproducir de forma fiel el placer más profundo e intenso. Y todo es tan real como la "realidad" en sí, valga la redundancia. Por que ¿Qué es la realidad en sí misma? ¿No es la propia percepción que tú tienes de las cosas? ¿No es el desencadenamiento de los acontecimientos procesados y analizados por tus propios canales de experimentación y reconducción? La realidad es tan engañosa, tan subjetiva, como lo es la constante espacio-tiempo. ¿Qué es el tiempo para nosotros? ¿Qué es la realidad para nosotros? Tan solo son conceptos limitados y subjetivos que fluyen dentro de nuestra conciencia, sujetos intrinsecamente a nuestra propia interpretación y experimentación. Una misma realidad puede ser diferente para dos sujetos independientes. Solo

existe en nuestro interior, en la forma como nos afecta, como nuestros sentidos físicos y mentales la perciben...

Ya sé que estás pensando que todo es una mierda. La especie humana se está yendo al carajo. No es culpa mía. ¿Te sientes culpable por ello? ¿Te sientes culpable por la contaminación radioactiva que nuestros antepasados nos dejaron? ¿Te sientes culpable por que la bolsa nipona caiga en picado y un montón de gente se hunda con ella? ¿Te sientes culpable por que la gente cada vez se sienta más sola, más aislada? Es inútil recurrir al falso sentimentalismo. ¿No es más terrible la realidad que hemos construido? ¿No es más angustiosa la realidad que otros nos han legado? Ahora el ser humano, como especie, no se encuentra ante el dilema de la propia supervivencia... Eso lo hemos superado. ¡Qué no existen bosques reales¡ Los hemos creado digitalmente, y además de eso, tenemos las torres de reciclaje de dióxido... Erguidos pulmones químicos que trabajan incesantemente por purificar nuestra viciada atmósfera y hacerla más agradable, más complaciente. ¡Que la gente se aisla cada vez más y el contacto físico cada vez es más esporádico¡ En la red puedes interactuar con millones de seres digitales o virtuales, quiero decir con gente que está bio-conectada de verdad en algún lugar de este insignificante mundo o de los sistemas poblados de la Via Lactea, o con personajes totalmente virtuales, e incluso con programas de inteligencia artificial que deambulan por el vasto universo del cyberespacio.

Por supuesto, siempre existirán inconformistas que en vez de evolucionar tratarán de hacernos involucionar, llevarnos al estado primario, ignominiosamente rudimentario y primitivo. Quieren hundir al hombre dentro de un anonimato tedioso y malvado, someterlo de

nuevo a la edad de la oscuridad, bajo sus falsas premisas de libertad y transformación. ¿Puede pedirse libertad mayor? No quiero vivir dentro de una absurda y superficial realidad irrelevante. En estas cuatro paredes tengo lo necesario, y sé que hay muchos como yo, casi me atrevería a decir la extensa mayoría. Hace tiempo que desistí del contacto humano. Bueno, tan solo de vez en cuando, sobre todo cuando me traen la compra de uno de esos supermercados virtuales, aunque a esos no puede considerárseles humanos, tan solo repartidores. Son los monstruos de la propina. Es lo único que demandan. Los humanos reales suelen ser capullos o gilipollas. Es curioso, ahora que lo pienso, conozco a gente de Osaka, de Barcelona, de Quebec, pero no sé quienes son los que viven en mi misma planta. Nunca he visto a mis vecinos, no sé quienes son. A veces los oigo entrar o salir, muy de vez en cuando. No puedo acosar sexualmente a ninguna compañera de trabajo pero puedo piratear sus sueños, sus sistemas, y hasta robarle sus fantasías, o escrutarlas. Ningún compañero de trabajo me joderá pero tengo que estar atento para que ningún despiadado hacker contratado por una empresa de dudosa reputación malogre mi trabajo o lo robe. Sé que, seguramente, no moriré atropellado por ningún vehículo o por alguna extraña enfermedad pero existe un considerable riesgo de que lo haga producto de una lobotomización o de una de sobrecarga visual...

Bueno, creo que ya he divagado suficientemente por hoy. Tengo algo que hacer. Creo que es el momento... El salto definitivo me espera...

La holo-reproducción finalizó bruscamente en una especie de baile de chispas, creando un destello abstracto

que iluminó parte de la habitación. El teniente Obo-003 comprobó el cuerpo inerte del humano y suspiró casi como si lo él mismo lo fuera. Su ayudante lo observó y se estremeció. Resultaba más humano que un humano. Y no solo en su apariencia. Era esa forma de analizarlo todo, de buscarle explicación a las cosas, algo que él, como individuo, había dejado de hacer. Obo-003 se conectó al sistema y en un par de segundos comprobó algunas cosas, algo que para él le habria supuesto horas tal vez, y sin necesidad de hacerlo fisicamente, su interfaz actuaba de tal forma que se convertía en algo así como una extensión más del equipo informático que regulaba todas las tareas del hogar. De esa forma pudo comprobar una circunstancia que ya sospechaba. El chico había muerto producto de una sobrecarga neuronal, al intentar dar el salto definitivo al cyberespacio. Sonrió amargamente con una especie de acto reflejo programado en su módulo de singularidad personal, aunque sin sentir un atisbo de emoción. Johny, sin embargo intentó adivinar que era lo que pasaba por aquel cerebro positrónico. Era absurdo que una máquina, por muy avanzada y compleja que fuera, intentara buscarle una respuesta a la existencia, a la muerte, a la existencia en general. Obo, por el contrario, intentaba racionalizar el complicado mecanismo psicológico de un humano que había perdido su más preciado don intentando dejar su cuerpo físico para pasar a ser una entidad inmaterial e incorpórea dentro de un infinito laberinto de datos; una entidad biológica autosuficiente que había estado dispuesta a cambiar un entorno físico, orgánico, inagotable en cuanto a sus posibilidades de experimentación por un entorno digital, intangible, inexistente, casi falaz, por el que deambulaban millones de libélulas codificadas que por sí

sola no significaban nada. No sabía si esa extraña contradicción haría que los humanos terminaran aniquilándose, extinguiéndose, o si por el contrario eso era lo que les había hecho sobrevivir a todo. Johny lo miró de soslayo sintiéndose vencedor, de alguna forma. En realidad, era su forma de asimilar su subordinación, de aceptar su inadecuada situación, de silenciar su ególatra conciencia. A pesar de que sabía que eran modelos standar, había comprendido que bajo esa carcasa bio-orgánica y ese corazón de polialeación de vexo habían aprendido a desarrollar, muy timidamente, sus pautas de conducta, sus propias características, sus débiles respuestas emocionales, como niños pequeños. A pesar de que podía realizar un número muy elevado de operaciones por segundo, conectarse a un terminal sin hacerlo físicamente, realizar comprobaciones de sistema en pocos segundos; de que era mucho más ágil y fuerte que él, de que podía reemplazar casi cualquier pieza que resultara defectuosa o dañada en una confrontación; a pesar de todo eso, no era humano, no podía sentir, experimentar como tal, y sabía que eso, de una forma que no lograba comprender, le “molestaba”, si bien era correcto expresarlo así.

-Otro pobre diablo que intentó “colgarse”.- Dijo Johny con voz apagada.- Creo que aquí no hay nada más que hacer, excepto avisar a los de recogidas.

Obo no dijo nada, aunque, en aquel momento, deseo hacerlo. Deseo preguntarle por qué un chico había jugado así con su vida de esa forma, por qué había despreciado su don, por qué había sido capaz de jugar con su propia existencia física, por qué había creido que una existencia ilimitada e inmaterial sería mejor que una existencia plena, tangible. Le habría preguntado por qué su muerte

no significaba nada para él, por qué esa capacidad de indiferencia ante aquella incoherente situación, por qué esa actitud de aislamiento ante los de su especie, de mirar hacia otro lado, ese vago sentimiento de condescendencia, casi de apatía. ¿Hacia dónde iba el ser humano? Ni siquiera él, con sus más de mil gigabytes almacenados era capaz de aventurarlo. No era solo por aquél chico. Ultimamente las estadísticas habían subido alarmantemente, y el perfil no era claro, específico. En esa ocasión era un chico que vivía solo, otras veces habían sido emprendedores hombres de negocio, infortunadas amas de casa, temerarios chavales de corta edad o deprimidas personas de edad avanzada. Era lo mismo. Todos buscaban un sueño, el mágico grial, traspasar esa última frontera. La dependencia a los sistemas digitales había sido tal que alguien se había estado enriqueciendo a costa de vender una quimera, una fantasía que no era más que una pesadilla enmascarada, un espejismo nihilista que los estaba llevando por caminos desiertos, inestables, perecederos. Y ellos habían picado, como siempre, sin comprender que el verdadero elixir estaba en su poder, que la panacea eran ellos mismos, era la vida en sí misma, era la experimentación de sus sentidos, era el destello fugaz de sus almas, la interrelación con el mundo material y la capacidad de aprender de él. Y ya nada quedaba de ellos. Ni cuerpo físico ni ente incorpóreo. El, basicamente, era eso, un conglomerado de datos codificados encerrados en un armazón bio-orgánico de alta tecnología y elevada resistencia. Basicamente, habían sido creados para ser eficaces, pero tal vez en un destello de compasión y humanidad habían sido dotados de una serie de fugaces respuestas emocionales producidas por torpes e inexactas

reacciones químicas dentro de su cerebro positrónico, en pobre imitación a las reacciones humanas, aunque por su capacidad de observación había deducido, desde hacía algún tiempo, que solo eran destellos inexactos, puntos inciertos en mitad de una eterna noche. No le hubiese importando cambiarse por cualquiera de ellos. Pese a todo, no los odiaba por que no estaba programado para ello, sencillamente.

-Sí. En un par de minutos vendrán. Debemos irnos.- Obo giró sobre sus talones y Johny le siguió. Apartó de su mente todas sus dudas, todas sus incoherentes reflexiones- Vamos, hay un código catorce a un par de manzanas de aquí.

Johny asintió excitado con la cabeza y Obo deseo sentir esa misma sensación, aunque fuera por un segundo...

Introducción al relato: “El príncipe”

Esta es otra de esas historias “diferentes” que tiene este volumen 2. Desde pequeño, (aunque debería decir mejor: “sobre todo cuando era pequeño”) me han seducido las historias épicas saturadas de fantasía, batallas, dragones y demás; de esas que están situadas cronológicamente en una época “intemporal”, valga la contradicción, en la que el hombre forjaba su espíritu con el acero y en la que cosas como el valor y el coraje eran el patrimonio más valioso posible, y cuyo único punto en común era quizás que todas transcurrían en reinos fantásticos que habían existido hacía mucho, mucho tiempo, tanto que se alejaban de nuestra actual era irracional y anodina y se situaba cerca de los albores de los tiempos. Este es un relato simplemente para entretener, pero si todavía conservas dentro de ti esa parte infantil que a veces, desafortunadamente, se abandona, puede que te guste e incluso que, en un momento dado, te veas inmerso/a en las aventuras y desventuras de nuestro héroe…

EL PRINCIPE.

Thais era un joven soñador sediento de aventuras. Su inexperto corazón anhelaba hazañas grandiosas, como la que en otros tiempos protagonizaron los guerreros de la corte, los viajantes intrépidos de los mares del norte o los nobles y valerosos delcos de las tierras perdidas más allá del bravo e inquebrantable océano que tan afanosamente les envolvía. Era un muchacho espigado, de protuberantes rizos dorados, rojizos mofletes salpicados de caprichosas pecas carmesí y ojos grandes, profundos y verdes, como los de su venerada madre, que descansaba, desde poco después de nacer él, en el bendito reino de Morc, piadoso dios de la almas benévolas. Tan solo el recuerdo de ella y los abundantes comentarios de su padre, el compasivo rey Yard, lograban anular de su mente el ansia por la aventura, por lo desconocido, por las luchas y las hazañas caballerescas que antaño cubrieron la faz del mundo conocido. Eso era algo que su padre no entendía. Siempre decía que ya no era un niño. Había crecido sano y fuerte. Pronto sería el rey del feudo sur de la isla de Qader. Debía aprender a ser un buen rey. Un buen rey no cimenta su sabiduría tan solo en la espada, debe aprender a pensar con velocidad, a ser previsor, a saber dónde está la verdad y dónde está la ventaja para sus súbditos y para él. Ya habían pasado los tiempos en que un buen acero y un poderoso brazo eran lo más importante que un buen monarca debía poseer. Ya ni siquiera los sarraceos eran enemigos, desde hacía algún tiempo. Las batallas en los campos de trigo o en los valles de Aduthan habían pasado a la historia. La paz se había firmado y se había ratificado con el matrimonio

entre distintos miembros de ambas familias reales, y, en un futuro no muy lejano, ocurriría con el suyo propio. Por suerte para él, Fathia, hija de Torco, monarca de los sarraceos, era una joven bella y vigorosa, aunque algo indómita, obstinada, como un caballo salvaje imposible de domar. Por suerte o por desgracia, esa sería una árdua labor que él debería llevar a cabo, pero eso sería más adelante. Eran tiempos de prosperidad y de paz. Por tanto había habilidades más pertinentes que debía aprender. La habilidad de razonar, de tratar a sus súbditos, de conocer el corazón de sus siervos y de sus posibles enemigos. Además, debía ser un príncipe culto. Los miembros de la familia real de Qader siempre se habían destacado por su exquisitez, su educación, su ilustración. El no debía ser menos. Era un joven sumamente inteligente. A pesar de ello, las artes y las disciplinas académicas no le interesaban demasiado. Los números, las ciencias, los viejos manuscritos, las añejas tradiciones le suponían una carga muy pesada. No así el manejo del arco. Era el más diestro de toda la isla sin lugar a dudas disparando a un blanco fijo o móvil, ya fuera con arco o con ballesta, y no solo esto, si no con cualquier cosa que se pudiera lanzar, ya fuera jabalina, lanza, o cualquier tipo de proyectil. No así con la espada, la auténtica arma del guerrero. Aunque su técnica era depurada y su entrenamiento tenaz, aún no poseía la fuerza, el vigor necesario para manejar una de esas grandiosas espadas que tanto le gustaban, que nada tenía que ver con esas pequeñas que él podía esgrimir con cierta pericia. Aun debía aumentar en mucho su musculatura para poder utilizarlas, cosa que se le antojaba imposible, por su complexión delgada y escurrida. Así que lo único que podía hacer era dirigirse a la taberna del puerto y escuchar las delirantes historias de

guerreros y dragones que el viejo Aristo le narraba, quién lo hacía gustoso a cambio de una ración de pan y un par de vasos de refrescante vino, eso sí, cuando podía burlar a la escolta de palacio y fugarse y cuando aquel extraño marinero aún estaba lo suficientemente sobrio como para enlazar las palabras de forma coherente e inteligible.

Esa húmeda noche aquel viejo de nariz pompona y pelo estropajoso estaba tumbado en un rincón de la taberna a expensas del ardoroso fuego de la chispeante chimenea y de su propia cogorza, extasiado por el mundanal letargo de la vid en su trémula mente y su cargado corazón. Un par de pasos entre la vaporosa lumbre del lugar, evitando personajes de dudosa reputación, para llegar a su altura justo en el momento en que el tabernero recriminaba su inútil estancia allí. Sin duda era un viejo chiflado que no servía para nada excepto para sacarle al más pintado un pequeño vaso de licor con que espantar todos los males, pero que nunca lograba dejarse más de un par de monedas de ínfimo valor al día. Bueno, al menos le daba cierto toque grotesco al lugar, cosa que tampoco venía mal, por que después de todo no era más que un pobre viejo borrachín. Casi formaba parte del desgastado mobiliario del lugar. Pero la noche se presentaba movidita. Habían venido muchos asiduos y muchos extraños en busca de un vaso de alcohol o en busca de compañía y aquel desgraciado estaba ocupando un lugar que alguien con más ánimos para invertir podía ocupar. Así que golpeó con la punta de su pie la gastada suela de su zapato con la intención de despertarle, y este no hizo otra cosa que bufar a regañadientes.

-¡Eh,! ¡Vamos! ¡Vamos! ¡Ahora tienes que largarte! ¡Vamos, viejo borracho! Vete a dormir la mona a otro lugar, ¡Vamos!- Su resonante voz hizo algo de mella en

él, por que abrió apenas un ojo en busca de aquel alborotador incordio que tan desagradablemente le molestaba.

-Señor, por favor...- Suplicó el encubierto con voz cándida cuando el tabernero estaba apunto de alzarlo por los brazos.- Os ruego que dejeis a este noble señor que permenezca aquí, debo tratar ciertos asuntos con él.

El tabernero se giró y lo observó con mirada incierta. Por supuesto que lo había reconocido, era aquel estúpido joven que de vez en cuando merodeaba por allí y que intentaba ocultar su mocedad tras esa oscura túnica para evitar, seguramente, que él le impidiera el paso, y lo cierto era que no le importaba lo más mínimo si aún era un mocoso que intentaba imitar a los hombres de mala vida o lo que fuera mientras le pagara los servicios requeridos. Hasta el momento lo había echo, esa era la verdad, y muy generosamente. Si se dejaba engatusar por un viejo borracho que solo pretendía sacarle un par de monedas o de vasos de vino, era su problema, mientras pagara, por supuesto.

-Tomad, por favor.- El príncipe extendió su mano y dejó caer un par de monedas de fulgurante resplandor, ante lo cual el tosco tabernero quedó prendado. Las metió en su bolsillo y luego se restregó bruscamente las manos en su mugriento delantal.- ¿Podeis buscarnos una buena mesa y traedme un vaso de agua, por favor?

-Claro señor.- Sonrió con avidez y en un momento les acomodó en un cofortable sitio, e incluso ayudó a llevar al viejo y a sentarlo a duras penas. Este se quedó tieso por unos momentos, pero después estuvo a punto de caer al suelo como un árbol talado, aunque Thais lo impidió.

Un instante después, un empleado le puso un vaso de agua sobre la mesa. El mismo se lo acercó a la boca y le

dio un leve trago. La lengua del viejo se relamió los labios buscando casi automáticamente el fluido, pero cuando comprobó que no era lo que imaginaba escupió de forma grotesca el trago y abrió los ojos con la rotundidad de alguien que siente un súbito pinchazo entre sus carnes.

-¿Quién ha osado hacerme tal desagravio?- Exclamó con aire vehemente.- ¿Quién ha osado envenenarme de forma tan vil?

-Señor, estad tranquilo, no es veneno lo que os doy, es agua.

-¿Qué preten...?- Su voz quedó muda al ver su semblante juvenil a la luz de la repiqueteante lumbre.- ¿Sois vos? No os había reconocido. Ay hijo, aún sois muy joven para saber las desventuras de la vida. Ese maltrato es el que en ciertas ocasiones me hace entumecerme de tal manera, como un durmiente que quedara exento de la realidad. Son muchas cargas a través de una vida aventurera y peligrosa.

-Ya entiendo señor. Tomaos este vaso de agua, esto os reanimará. ¡Vamos!

El viejo miró reacio el vaso y se lo tomó a regañadientes. No era pertinente ahuyentarle.

-¿Os encontrais mejor? Creo que sí. Señor, en cierta forma os envidio...

-¿A mi?- Repitió este casi sorprendido- ¡Ah, bueno! Son muchas las historias que han merodeado mi dilatada vida. Soy viejo, con todo lo que ello supone, pero he recorrido todos los mares conocidos y he pasado por muchas dificultades, a veces incluso peligrando mi vida. He conocido a guerreros buenos y malvados, a caballeros, a delcos, he visto monstruos horribles... Todo ello para qué... Ya lo ves, para acabar tirado en un apartado rincón

del amplio mundo, aislado de mi pueblo, desamparado de la mano de los dioses... Y aún así decís que me envidiais. No lo hagais, mi noble joven, ya tendreis tiempo de pasar penalidades, de retar a la providencia, de enojar a los dioses, aunque os aconsejo que no lo hagais... Seguro que teneis una hermosa novia que os quiere, una casa donde calentaros, una cama donde dormir al amparo de las inclemencias... Aún así veo que sois un joven animoso y audaz como yo lo era con vuestra edad, y mirad en lo que me he convertido...

-No os preocupeis por eso. Ahora debeis comer algo, pues por vuestro aspecto deduzco que hace tiempo que nada engrosa vuestro estómago, y si, además de eso, no teneis donde quedaros, yo puedo proporcionaros algún lugar que os acoja con gratitud, e incluso una ocupación que os permita mantener vuestro espíritu y vuestra mente ocupados y que a la vez sirva de sustento a vuestras necesidades, pues sin duda, sabreis realizar un sinnúmero de tareas útiles.

-No, no es necesario, pero os agradezco el sincero ofrecimiento. Con un plato de comida me contentaría.

-De acuerdo. ¡Cantinero, por favor!- Thais alzó su voz y al momento una hermosa empleada se acerco a él.- Por favor, ¿Serías tan amable de traerle a este hombre algo de comer?

-Perdonadme noble joven, una botella de exquisito vino tampoco vendría mal... Para que me ayude a tragar, más que nada...

-Bueno, eso mismo.- La joven se fue y enseguida trajo una botella con dos vasos. Aunque él renunció en varias ocasiones a provar el licor, cedió ante las reiteradas peticiones de aquel astuto viejo.

-¿Recuerdas que una vez te hablé de un guerrero llamado Aroc?- Thais asintió.- Un malvado noble secuestró a su amada novia y la llevó a una alejada gruta, pero se encargó de dejar pistas para que Aroc diera con ella por que en realidad no quería ningún rescate, sino emboscar a aquel guerrero y darle vil muerte. Pues bien, él y dos amigos más fueron en su busca y fueron interceptados por sus hombres. Hubo una cruenta batalla. Los aceros se enzarzaron. La batalla fue titánica. Eran tres hombres contra unos quince o veinte aproximadamente. Uno de los amigos de Aroc resultó atravesado por una de las espadas enemigas, no sin antes trepanar a unos cinco o seis hombres. El otro hizo lo propio pero perdió un mano y fue dañado en una costilla, aunque no murió, y Aroc salió de allí magullado y ensangrentado, herido por todas partes, aunque ninguna de las estocadas fueron mortales. Entre los tres acabaron con todos. Aroc continuó hacia la gruta con el pesar de su amigo muerto y ciego de ira, pero cual fue su sorpresa cuando encontró dentro de esa gruta una bestia que media algo más de dos metros y tenía una larga cola como un escorpión. Bueno, el malvado noble la había traido sedada desde las Tierras Desconocidas y con el olor de la sangre con que Aroc apestaba despertó sobresaltada. El guerrero encontró a la bella novia atada pero no tuvo tiempo ni para desatarla. El animal atacó con rabia. Fue una lucha desigual. Cualquier mortal hubiera huido despavorido pensando que esa bestia era un enjendro de los dioses, pero el amor le dio fuerzas suficientes para empuñar su espada y combatir contra esa inmunda bestia. Varias veces la hundió en su escamoso cuerpo pero fue como si nada. Parecía inmune a la muerte. Tanto así que en uno de los avatares de la lucha esta le rozó con su

afilado y venenoso aguijón, pero él aprovechó esa oportunidad para cortárselo de un tajo furioso y certero. La bestia murió desangrada pero él tampoco pudo escapar al influjo de la ponzoña, que pronto llegó a su corazón y lo pulverizó sin piedad. A pesar de ello, tuvo la fortaleza para desatarla y morir en sus brazos, con una sonrisa, oyendo decir a su amada que le quería con la fuerza de los vientos...

Cuando el viejo terminó la narración, Thais quedó pensativo, intentando imaginar aquella trágica escena, prendado por el valor de Aroc y el inmenso amor entre ambos.

-¿Y qué fue del malvado noble?- Preguntó con voz insidiosa. Era inconcebible que hubiera podido salirse con la suya.

-¡Con el noble decís! Sí, claro... El segundo amigo ensilló su caballo a duras penas y fue a hablar con Croll, amigo de Aroc y consejero del rey, así que le contó todo lo sucedido. Estos pudieron corroborar la historia, salvar a la desdichada novia y llevarle a presencia real. Después de un intenso juicio contra este malvado noble, lo condenaron a probar esa misma ponzoña, que extrajeron del trozo de cola que aún permanecía unida al aguijón, para que ambos se encontraran en el mundo de lo incierto y Aroc pudiera entonces vengarse, destruyendo su alma. Fue enterrado con todos los honores, como un auténtico guerrero...- Aristo alzó su vaso de vino y brindó por su ingenio y por aquel bendito e ingenuo ser.- ¿Quieres saber una cosa?- Se acercó a él despidiendo un hediondo aliento a licor. Estuvo a punto de susurrarle algo al oido, pero al ver el suculento asado que la moza le traía le dijo que después de degustar tal banquete se lo diría, así que por un rato, mientras el truhán engullía como un cerdo

avaricioso el exquisito trozo de carne Thais no hizo otra cosa que escenificar en su mente todo el relato. Deseaba ser como él, pero para eso se necesitaba mucho valor y mucha pericia, cosa que, con el tenaz entrenamiento y el arduo empeño podía lograr, pero además de eso, un amor tan grande como el poder de las tempestades, cosa que se le antojaba no tan fácil de conseguir.

-Vamos, noble caballero, ya habeis acabado vuestra reconfortante cena, decidme ahora pues.- Imploró ansioso.

-No sin antes descender la sólida comida con otro vaso de vino, con el cual accedereis a acompañarme gustoso, pues ya no eres tan niño como para negarte a ello.

-Está bien.- Y dicho eso, ambos brindaron por los lejanos guerreros que buscaron la muerte en pos de inciertas aventuras.- Bueno, lo que iba a decirte antes es que... Verás, un barco llegó esta mañana al puerto desde los confines de las tierra conocidas en el cual está la espada de Aroc, la misma espada con que mató a la bestía, la misma que usó para defender el honor de su dama, la misma con que venció en fiero combate al robusto extranjero de las montañas... ¿Qué te parece? ¿Te gustaría verla?

-Sin duda, señor.- Thais casi dio un salto de emoción en su banquete. Aquello era más de lo que hubiese podido desear. Tocar aquella valerosa espada, compañera de tantas y tantas hazañas, que había vencido a tantos enemigos, y había ajustado tantas cuentas. Sin duda, parte del espíritu del indomable Aroc permanecería por siempre junto a su espada. Quería sentir su presencia, admirar su porte, tocarla, palparla, sopesarla.- ¡Vamos pues! No hay tiempo que perder. Y ¿Dónde decís que

permanece? ¿En un barco del puerto?- Thais se mostraba excitado.

-En efecto. Pero el capitán es un poco... Remiso, por decirlo de alguna forma. No sé si habrá alguna forma posible de convencerlo...

Thais echó mano a uno de los bolsillos interiores de la túnica y extrajo un saquito lleno de monedas de considerable valor y la colocó en la mano de Aristo. Este la sopesó e hizo un ademán de conformidad.

-Sí, puede ser que lo consigamos. Vamos, ¿Tienes algún caballo? No importa, átalo a mi carro, es más cómodo para mi espalda.

Durante el trayecto, que no fue muy grande, pues el puerto se encontraba a escasa distancia de allí, Aristo fue contándole como había sido forjada la espada, que Aroc la había llamado "Rompedora" antes de morir, y una complicada historia de cómo llegó a pasar de mano en mano, por los azares del destino o la voluntad de los dioses, hasta llegar adonde ahora estaba.

Thais quedó un momento sentado en el carro mientras Aristo subió a una vieja y gran nave de una velas, que ahora yacía recogida, mientras permanecía ansioso de que el capitán diera su conformidad, cosa de la cual estaba seguro. Entusiasmado e impaciente espero hasta que este le hiciera una señal desde la cubierta y subió a toda velocidad.

El viejo entonces le comentó que el capitán había accedido pero que había tenido que irse a una de las bodegas del buque a atender unos asuntos, y le indicó, con un sutil ademán de su mano, que tenía que bajar unas escalerillas hasta penetrar en una especie de desván cuya entrada estaba a ras de cubierta. Cogió una antorcha y le alumbró a sus pies para que no tropezara. Thais entró en

la oscura habitación y su primera impresión fue que se encontraba en un profundo escondrijo repleto de polvo y humedad. Penetró con cuidado al interior y un súbito chasquido asustó su agitado espíritu, pero después ninguno de los dos le dio importancia, seguramente había sido un crujido de la madera del buque o algo así.

-¡Vamos! Camina hacia el final, está en el baúl...

El inexperto principe dio un par de pasos, levantó una mugrienta cubierta de chapa y no encontró sino restos de malolientes ropas y trastos oxidados e inservibles. Rebuscó un poco más y luego se mostró algo desconcertado.

-Noble señor, ¿Aquí decís que está "Rompedora"? El capitán de la nave debe haberos informado mal, pues no hay sino ropajes desgastados y utensilios deteriorados.

Ambos se miraron por un momento y Thais no comprendió los ojos tristes e inmisericordes del viejo truhán, ni siquiera entendió lo que ocurría cuando una manta o algo muy envolvente y áspero le cayó encima de la cabeza y por un instante quedó aturdido y desorientado, hasta que un certero golpe lo alejó de la luz del raciocinio...

La cabeza magullada, el cuerpo dolorido, los sentidos embotados. Ese era su desgraciado estado cuando por fin despertó en el lugar más recóndito insondable e inmundo que había conocido. Aquello era como estar en la prisión del infierno, aunque se le antojaba que aquel lugar podía ser incluso peor. Poco a poco fue recuperando la noción de las cosas hasta comprender que había sido objeto de un vil engaño a manos de un ladrón, de un villano tan despreciable y rastrero como para ser capaz de arrancarlo de sus raices; la razón o el destino tan solo la sabían los dioses. La oscuridad nunca fue tan negra como lo era allí.

El lejano murmullo del océano acariciaba sus oidos con profusa crueldad. Los estallidos y chasquidos de la vieja madera vaticinaban algo terrible y cruel.

-¡Quiero salir de aquí! ¡Quiero salir de aquí!- Gritó varias veces con desesperanza y su voz jugueteó con las paredes mugrientas formando un eco espectral que incluso llegó a estremecerle.- ¡Maldito rufián, soy el principe Thais, hijo de Yard, gran rey del noble reino de Qader! ¿Me ois? ¿Me oye alguien por ventura? ¡Soy el príncipe Thais!- El eco volvió a burlarse de él inmisericordemente. Al instante cedió a las lágrimas y al sollozo. Se sintió desamparado como nunca antes se había sentido. Era como si una profunda cortina se hubiera rasgado en el centro mismo de su alma. Entonces pensó en esos héroe, en la gallardía, en la intrepidez, en la fiereza, pero al momento se dio cuenta de que su corazón era más débil, más humano que todo eso. Entonces volvió a ceder a las lágrimas y al poco rato, cedió al sueño de nuevo, acongojado su ánimo de tanto lamento y tanta angustia.

Algún tiempo más tarde volvió a despertar, acuciado por el hambre, la sed y el frío. El mismo traqueteo y la misma oscuridad. Esta vez no gritó ni lloró, ya había comprendido que resultaba inútil, y en aquellos instantes de soledad pudo hacer acopio de su corazón y forjar un poco de su dignidad como príncipe y como futuro guerrero y sobreponerse a duras penas a su difícil situación. Se dedicó a oir el zumbido lejano de las olas, y a conversar con su gente y con su tierra en una diálogo retórico y simulado en el que ambos intercambiaban opiniones en cuanto hacia donde se dirigían o que le deparaba. También conversó con su querida madre Galia y le dijo que no se preocupara por que tarde o temprano

volvería al anhelado hogar sano y salvo y además rogaría con vehemencia a los impetuosos dioses para que así fuera. Por si eso no fuera bastante, sabía que ella, desde el inestimable reino de Morc, velaría por su seguridad.

Tiempo después, al fondo de la polvorienta bodega, tras un estruendoso chirrido de una puerta, penetró una débil luz y entró una tenebrosa y sobrecogedora silueta, que, por un instante quedó como a la espera. Acto seguido cogió una antorcha y entró en el recinto. Thais vio entonces que, contrario como le habían indicado sus sentidos, se trataba de un hombre muy corpulento, eso sí, pero de una estatura menor a la suya, y con un aspecto un tanto extraño, empezando por su opulenta cabeza, desproporcionada con su diminuto cuerpo, sus cejas espesas, su nariz ampulosa, sus largas barbas, su corto y fornido cuello, sus brazos achaparrados y robustos, su manos grandes, su torso de roca, sus recortadas piernas poderosas como las patas de un jabalí y sus vestiduras de dos piezas... Todo en él era singular.

-¿Quién sois vos? ¿Acaso sois amigo de Aristo? Nunca había visto un hombre como vos. ¿Podeis explicarme qué hago aquí? Os aviso que soy el hijo del rey Yard. Podeis incurrir en un delito...

-¡Cállate!- Exclamó de forma grotesca el peculiar personaje.- ¡Vamos, sígueme!- Volvió a pronunciar con su voz ronca y gutural, desagradable.

El príncipe hizo eso mismo. Estaba en el mismo barco que hacía quién sabía si días atrás, había subido en busca de la espada de Aroc. Miró hacia arriba y contempló la radiante luna y un hermoso cielo estrellado que le hubiera gustado disfrutar. El pensar que la más brillante de todas era su querida madre, que lo observaba desde allá arriba, hizo que se sintiera algo más reconfortado. Aun siendo la

misma nave, su aspecto era distinto, tal vez por la frenética actividad que se desarrollaba; la vela engarzada al viento, docenas de hombres pequeños remando a babor y a estribor, sus roncas voces resonando en la noche al compás de los remos, el crujir de las olas contra el casco... Aquellos hombres manejaban los remos con firmeza, con briosos brazos y ágiles muñecas.

-¡Por fin os veo, mi avispado mozo...!- Aristo apareció de repente, y una vez dicho esto comenzó a reir a boca llena, con una sordidez y una vileza impropia en un ser humano.

-¿Quién sois, maldito malnacido?- Clamó él con rabia.- ¿Acaso no sabeis que soy el príncipe, el hijo del divino Yard? El os dará caza y colgará vuestro cuerpo en lo alto de la torre más alta del castillo, para que todo el mundo sepa cuan negra es vuestra alma...

Entonces el pequeño hombre lo agarró con agilidad furibunda y lo alzó con poderosa voluntad, como si fuese un saco de papel, y lo colocó de forma amenazante fuera de la borda del buque, presto a lanzarlo a las briosas y frías corrientes oceánicas, pero la voz del viejo se lo impidió, y el robusto sirviente lo lanzó contra la cubierta. Thais se levantó a duras penas mientras observaba atemorizado a su oponente.

-Apuesto que no habías visto nunca nadie como Turo. Es un enano, procedente de las Tierras Verdes. Como has comprobado, es muy fornido, así que no ten engañes con su estatura, es más fuerte que un hombre y podría despedazarte con una sola mano. Bueno, debes estarme agradecido, ¿No querías vivir aventuras? ¿No era por eso por lo que venías a buscarme a la taberna? De ahora en adelante te prometo que vivirás intensas aventuras.- Carcajeó como un poseso y prosiguió.- Vas a ser el mozo

de ayuda. ¿Qué significa eso? Significa que harás todo lo que se te ordene. Te ganarás el pan y el alojamiento, y vivirás abundantes aventuras que un día contarás a tus hijos y a tus nietos, si es que acaso llegas a tenerlos.- De nuevo una abusiva carcajada volvió a interrumpir por un breve instante su exposición.- Ah, y te aconsejo que no me des muchos problemas o de lo contrario... Ya sabes lo que te espera. Serás despojo para los diablos de los mares. Ahora puedes ir a la cocina y pregúntale a Dimas si ha sobrado algo de comida para ti. Vamos lárgate, que mañana te espera un día muy atareado, te lo aseguro. Príncipe, ¿Eh?.- El villano Aristo soltó una socarrona sonrisa y mandó a Turo que lo llevara a la pequeña cocina.- Lo que nos faltaba, un príncipe a bordo.

En una cosa, al menos, Aristo no le había mentido. El siguiente día fue uno de los días más duros de su vida. Muy de madrugada le despertaron con los pésimos modales de que hacían gala aquellos impresentables piratas y no tuvo sino un escaso margen de tiempo para comer un trozo de pan duro y un pedazo de pescado acompañado de un exiguo trago de dulce agua. Después de eso arduas labores le despedazaron la piel, labores como limpiar la cubierta, ordenar las diferentes bodegas, servir el desayuno a los remeros, servir más tarde el almuerzo, lavar los platos sucios y los cubiertos, ordenarlos, seguir limpiando la cubierta, ayudar a los pescadores que permanecían a popa, limpiar los desechos, servir la cena, recogerla, limpiar la cocina y cenar el mismo con un trozo de pescado, un pedazo de pan de levadura, un trago de vino y algunas sobras que no merecían ser desperdiciadas. Así un día tras otro, agotando sus sentidos, maltratando su cuerpo, fortaleciendo su alma, llenando su corazón de odio y su

mente de nostalgia. Varias veces cayó vencido por la inclemencia del sol, rendido de cansancio, agobiado y agotado. En más de una ocasión fue maltratado sin compasión. ¿Cómo era posible que existieran personas tan insensatas, tan poco temerosas de los dioses? ¿Por qué ignoraban su condición real? Quizás ni siquiera le hubiesen creido. Solo era un pobre esclavo amarrado a un destino errante y cruel. Así transcurrieron días y días, entre grandes olas, raudo viento y una lontananza que nunca llegaba a su fin. Varias veces trató de reclamar su derecho, no ya como príncipe, cosa que les resultaba dudosa, hasta risueña, sino como ser humano, como persona con cierta dignidad, pero el malévolo Aristo siempre le contestaba que en su nave no existían príncipes, ni siquiera personas, y que cada uno debía ganarse el respeto de los demás. El mar era duro con todas las criaturas, y ellas debían ser fuertes para batirse en combate con él, debian ser como rocas, dispuestas a resistir sus embates. En ese intervalo también tuvo tiempo de contemplar cosas de otra manera insólitas. Por ejemplo, un extraño pez de casi dos metros y con grandes alas membranosas que los marineros decían que a veces volaba fuera del agua cual pájaro acuático, o los ávidos tiburones revolcándose y compitiendo con voracidad por los pedazos de desechos que los piratas lanzaban por la borda para verlos retozarse unos contra otros... También pudo comprobar como su piel se cuarteaba y se endurecía por efecto del sol y del mar... En una ocasión vio dos marineros enzarzados en una pelea con dagas, hasta que uno fue profundamente herido en el brazo y el capitán mandó que se detuviesen. En otra ocasión quisieron divertirse con él y varios enanos borrachos comenzaron a perseguirlo por todo el buque, hasta que tuvo que trepar

por el mástil, y estos no desistieron en su empeño de darle caza para tirarlo junto con los despojos. Empujado por la desesperación subió con la agilidad de un primate y se atrincheró en la parte superior, en la cual se defendió como gato panza arriba por un buen rato, hasta que uno de los enanos cayó sobre cubierta y murió. Fueron a él a quien tiraron al mar, aunque no junto a los despojos. A raíz de eso, uno de ellos, Gorak, le guardó mucho rencor y en una ocasión trató de avergonzarlo poniéndole una disimulada zancadilla y burlándose de su linaje y sobre todo de sus progenitores, cuando pasaba el agua entre los remeros, cosa que él no pudo consentir. Era una afrenta a su honor, a su dignidad. Aunque se daba cuenta que en ese intervalo de tiempo se había ido transformando en un ser rudo, diferente, no había olvidado su estirpe real ni la memoria sagrada de su madre, la cual había sido afrentada por boca de aquel inmundo ser al referirse a ella como "esa sucia loba que en días penosos te dio de mamar su ponzoña". En más de una ocasión había tratado de buscar una confrontación para resarcirse, y aunque él había procurado evitarla, tragándose incluso su orgullo en más de una ocasión por prudencia y por temor también, aquello había sobrepasado en creces toda su paciencia. Además, se daba cuenta que cada día que pasaba en aquel infierno navegante iba minando su mesura, iba agriando su espíritu, iba volviéndolo más y más loco, como un maleficio que poco a poco iba empapando su corazón. Sin duda, era el mar o alguno de los dioses, que estaba infundiendo valor o locura a su alma, ya que no habían querido atender de forma presurosa sus plegarias. El caso es que Gorak se lanzó contra él, daga en mano, como un toro furioso. Ya había tenido suficiente experiencia con ellos como para saber

que si bien eran criaturas muy fuertes y obstinadas, estaban escasos de presteza de movimiento, incluso de astucia. Así que en un par de ocasiones pudo evitar sus embates, aunque sabía que eso no resultaría siempre. Intentó zafarse, huir hacia otra parte del barco, pero los demás lo impidieron, así que se preparó para luchar como un animal acorralado. En ese momento Dimas subió a la cubierta, atraido por la confrontación, y le lanzó una daga similar a la que el enano esgrimía. El nunca había manejado un puñal, y Gorak parecía ser diestro en ello, pero se dio cuenta de que aquel puñal era casi tan grande como las pequeñas espadas con las que él solía practicar a regañadientes allá, en el castillo, como parte de su instrucción real. Así que la empuñó como tal. Gorak sonrió casi gratamente al ver como se cuadraba ante él. El enano entonces se lanzó blandiendo la mortal estocada, y él, recordando las incansables lecciones de su maestro, dio un paso al lado y lanzó un tajo rápido y en oblicuo. El resultado fue que brotó roja sangre del fornido brazo del contricante. Thais sintió una efusiva sensación que le estremeció como un temblor. Fue una emoción morbosa y rabiosa a la vez. Un estallido de excitación y miedo. Era curioso, con todas la horas que había pasado entrenando en las diferentes disciplinas, nunca había combatido de verdad, y menos aún había infringido una herida que hiciera manar sangre a ningún rival, a los sumo había combatido con armas de madera y con protecciones para que el máximo daño fuese tan solo un fuerte golpe en la coraza o, con falta de fortuna, en un brazo o en el tronco e incluso en la cabeza, aunque siempre solía llevarla protegida con su casco. El enano se cegó lleno de rabia y de dolor y atacó de nuevo con furibunda desesperación, pero él hizo un ágil movimiento

y bloqueó el ataque con su propia arma para seguidamente lanzarle un tajo horizontal a la cintura que le rasgó la vestidura e hizo una herida en su rasposa carne. Pero Gorak apretó el dolor como si no existiese y aprovechó para golpearle con su potente puño, y le dejó casi fuera de combate. Thais quedó plantado contra el pretil de babor, dolorido, sangrante, aturdido. Gorak se acercó a él con homicidas intenciones y puso su hoja en la punta de su pecho. En aquel momento una sucesión de rápidas imágenes pasaron por su delirante mente; eran imágenes que su imaginación había creado en otros tiempos no muy remotos, imágenes de bravos caballeros luchando por sus amadas, batallando contra tiranos invasores, venciendo a impostores malvados, y se vio a si mismo atravesado por aquella daga de ancha hoja. Se preguntó que sentido tenía todo aquello. Sintió el ingrato acero en su pecho y su grotesca voz que le decía que abriera sus ojos para que le viera mientras lo ensartaba y moría a sus manos y así nunca olvidar quién lo había enviado al reino de Morc. Quizás eso fuera lo mejor. Así podría reunirse con su madre para toda la eternidad. Entonces fue como si una penetrante voz interior le gritara que no, una voz que no supo precisar si se trataba de su querida madre Galia, de algún dios, o de una parte oculta y osada que coexistía dentro de sí mismo. Dejó de sentir el lacerante dolor en su tórax y con un movimiento dinámico, arriesgado y muy bien ejecutado, lanzó al enano por la borda hacia fuera con un excelente giro de caderas. Todos acabaron riendo a carcajadas mientras él comprobaba aturdido la herida que le había producido la hoja en su muñeca. Al instante, Aristo mandó que le echaran un cabo y al momento recogieron a Gorak

muerto de miedo, por que las heridas abiertas habían atraido con demasiada presteza a los insaciables escualos.

-Quiero darte las gracias.- Esa misma noche, después que todos cenaran, Thais se sentó a tomar un trago de vino junto a Dimas, el curtido y olvidado viejo que les asaba los peces y la carne y los huevos, cuando había disponible, pero ya hacía varias lunas que eso no era así.- Si no hubiera sido por ti...

-¿Dónde aprendiste a combatir de esa forma? Sin duda sois un joven de buena familia, a juzgar por vuestra disciplinada forma de usar la daga. Circulan rumores de que sois un príncipe a algo así. ¿Es eso verdad?

-Bueno, noble Dimas, lo cierto es que sí, aunque creo que eso ahora no me sirve para nada. Crecí entre la abundancia de los palacios de Qader y me enseñaron todo lo necesario para ser un buen rey el día de mañana, cuando mi venerado padre tenga que partir hacia el reino de Morc. Pero no me enseñaron que fuera de los muros de mi ciudad hubiese gente con tan pocos escrúpulos, gente con el alma tan negra y el corazón tan lleno de maldad y tan escaso de misericordia. Decidme vos, que sois hombre sabio y experimentado, como sin duda lo manifiestan las abundantes canas de vuestro brillante cabello, ¿Qué debo hacer?

El viejo Dimas observó desconcertado los tristes ojos del atribulado joven y se encogió de hombros, apenado por no poder participarle alguna buena nueva que insuflara un rayo de esperanza a su corazón.

-Hace muchos años que no piso tierra.- Continuó con voz nostálgica.- Puedes creerlo, por mucho que te cueste. Si piso tierra firme todo comienza a darme vueltas y acabo sintiendo la mordedura de la fatiga en mi fragil

estómago. Estoy tan acostumbrado al vaivén del barco, al olor a mar, al crujido de la vigorosa madera... ¿Recuerdas los dos primeros días que estuviste a bordo? Vomitabas todo el tiempo, en cualquier parte, y era una lástima por que... después te tocaba a ti recogerlo...- Ambos sonrieron con mesura. Los ojos de Dimas brillaban afanosamente a la luz de las antorchas, como si fueran diamantes.- Eso mismo me ocurre a mí si bajo del barco. Es una maldición de los dioses, supongo. Con respecto a lo que preguntabas, no sé la respuesta, hijo. Me gustaría poder ayudarte pero... No quiero engañarte ni tampoco quiero guiarte mal. Déjate llevar por tu corazón. Haz tus deberes y cuando veas la más mínima oportunidad escapa... Aunque ahora creo que será más difícil, si cabe...

-¿Por qué decís eso?- Inquirió el joven interesado.

-Bueno, como habrás podido adivinar, Aristo es una especie de comerciante, ladrón, traficante, usurero, oportunista... Es un viejo lobo, difícil de engañar... Estoy seguro que no sabía quién eras realmente cuando te trajo aquí. Es más, incluso me atrevería a decir que hasta pensó que te hacía un favor...- El viejo de ojos plateados y cabellos grises sonrió evocando algún antiguo recuerdo.- Pero ahora que sabe que eres el hijo del rey de Qader...- Hizo una mueca de contrariedad.

-Pero si ni siquiera me creyó.

-Puede ser, puede ser...

-¿Qué hago aquí?- Indagó Thais apresuradamente.

-Pues, limpiar la cubierta, ordenar los almacenes, ayudarme a mi en la cocina...- La jocosa voz, en esta ocasión, de Dimas, no produjo el resultado deseado en el joven príncipe.

-Por favor, señor, os lo pregunto con toda la seriedad del mundo. Os ruego no bromeeis con un tema tan vital para mi.- La correción de Thais pareció surtir efecto por que Dimas estiró su rostro con severidad. Sus facciones quedaron contraídas, su expresión entristecida, y Thais vio en sus ojos como la luz de su vida iba extinguiéndose a pasos agigantados.

-No sé que respuesta darte. Teníamos un mozo de carga. Murió por una extraña fiebre. Tal vez Aristo decidió reemplazarlo pensando que eras un pobre solitario, algún huérfano o algo así. Llevo muchos años a su lado y apenas se nada de él que no quiera que los demás sepamos. Es un tipo extraño, lleno de contradicciones, pero ha mirado en más de una ocasión a la muerte y ha logrado escapar, y no creo que el hecho de que seais el hijo del rey de una pequeña comarca isleña le preocupe lo más mínimo.

-Tengo esperanza de que los dioses hagan justicia. Estoy seguro que mi padre lo ha averiguado todo y ha partido en mi busca. En cualquier momento podría abordarnos.

-Tal vez...- Dimas contestó con incredulidad. No podía quitarle a ese chico toda su esperanza. Aunque tal vez eso fuera negativo a la larga, pero no se veía capaz de ello, sobre todo en el ocaso de su vida.- Los dioses hace tiempo que se han olvidado de nosotros. Se han hecho muy caprichosos...- Le dio un vistazo de soslayo y comprobó el dolor punzante de sus palabras clavándose en su alma como dagas envenenadas.- Pero estoy seguro que tu padre no se olvidará de ti y antes o después logrará encontrarte, hijo. Ten confianza en ello... Ahora creo que voy a retirarme, ha sido un día muy duro.

-Al menos, ¿Hacia dónde vamos?- Thais aprovechó que sus movimientos torpes y cansinos aún le daban la oportunidad de una última respuesta.

-Bueno, hijo, eso solo lo sabe el capitán. Lo que sí puedo decirte es que no existe navegante como él ni marineros como esos endiablados enanos. Ellos conocen rutas, tierras, lugares tan dispares, alejados y extraños que ni siquiera imaginas. Ayúdame a levantarme, por los dioses, este viejo está ya desgastado y deteriorado.- Eso mismo hizo.- Esos malditos se han aventurado a visitar lugares que están más allá del mundo conocido. Han atravesado el límite ¿Sabes lo que eso significa? Mientras los demás marinos tienen miedo a la línea que corta el horizonte pensando que allí está la morada de los dioses y el gran abismo, él ha logrado persuadir a esa manada de locos para que le acompañen con el ansia de encontrar el fin del mundo o algo parecido. Mientras que no consiguen encontrarlo, comercia, intercambia, negocia, con todo lo negociable, aprovechando mercancías, especias, armas, metales, a veces incluso personas, que roba o compra o permuta de todos esos sitios, aprovechando la ignorancia, la avaricia o hasta la necesidad de todos esos pueblos y gentes con las que trata. ¡Ah! y de vez en cuando, aborda algún que otro buque cargado de cosas de valor y las... “confisca”, por decirlo de alguna forma...- Dimas se dio la vuelta y se dispuso a salir de allí en busca de su litera.- ¡Pero nunca le digais que yo os lo he dicho, por vuestra vida! Sabe cientos de formas de infligir un dolor tal como no imaginais... Que tengais un buen descanso.

-Sí claro.- Contestó descorazonado.- Vos también...

Pero cuando Thais iba a retirarse a un ansiado y grato descanso, una especie de alocado murmullo que provenia

de la cubierta le llamó la atención. Subió arriba y comprobó que no era otra cosa que una esplendorosa tormenta repentina que les había sorprendido con su súbita y bendita aparición. Las olas bramaban como colosos en batalla titánica, los vientos soplaban con ardoroso celo, el barco zozobraba con quejumbrosa protesta, pero todo ello pasaba con inadvertida transitoriedad por que esos locos enanos no dejaban de corretear de un lado a otro como incrédulos y traviesos niños, como en una danza jocosa y desatinada. Al momento comprobó que, en realidad, lo que hacían era poner todo tipo de recipientes, grandes y pequeños, de cerámica o madera, para retener el máximo posible del sagrado e imprescindible líquido que estaba apunto de escasear peligrosamente. Como si eso fuera algo contagioso, él también participó de la algarabía general y se dispuso a recoger toda el agua que pudo, empapándose por completo, disfrutando del momento, de la alegría colectiva. Saltó como poseido por un dios absurdo, se mojó el rostro, bebió del agua de lluvia, se emborracho de vida y de humedad, mientras llevaba recipientes colmados y traía recipientes vacíos. Todo ese alborozo se esfumó como se esfuma la niebla del horizonte al paso del poderoso aliento de Atuk, cuando se asoma a la tierra cada amanecer, una vez la tormenta cesó y guardaron toda el agua acumulada. Unas horas más tarde, cuando la lluvia cesó, los enanos se despojaron de su ropa, y haciendo una pequeña hoguera dentro de un cuenco de bronce que colocaron en la proa, lejos de la vela y de todo lo que pudiera arder, y calentaron sus enfriados cuerpos y con algo de vino enjugaron sus sedientas gargantas. Era como si el hechizo hubiese desaparecido. Thais tuvo intención, por un par de veces, de acercarse a

la lumbre, pero una voz interior, quizás la voz de la prudencia o la de la soledad, le aconsejó que no lo hiciera, y pudo esta más que su deseo de cobijarse en el grato calor de las llamas. Así que se quitó sus prendas y se acostó en su litera, en su apartado rincón, solo y desconsolado. Pero e aquí que, un tiempo después que pudo conseguir conciliar el sueño, cuando su cuerpo por fin se olvidó del frío que calaba sus huesos, que una manta le cayó encima y no pudo hacer ni decir nada, por que una avalancha de golpes le cayeron por todos lados, de tal forma que primero sintió miedo, después dolor y después un desvanecimiento tal que, por un ínfimo instante, creyó estar viajando a la morada de Morc e incluso ver, como un fugaz destello, el reluciente rostro de su madre al fondo, esperándole, recibiéndole, y entonces, cuando creyó que por fin iba a reunirse con ella, todo se volvió oscuro, vacío, confuso...

Un cubo de agua salada lo despertó repentinamente antes de despuntar el alba. El príncipe se retorció desconcertado y la desagradable cara de Turo le hizo recordar donde estaba. Lo primero que pensó fue que ojalá el imperturbable Morc le hubiera concedido el deseo de reunirse con su madre por que aquel lugar era peor que la peor de las mazmorras de Tarco, el inflexible rey de los sarraceos. Después de eso, pudo atender a las magulladuras de su cuerpo y a su semi-desnudez y comprobó que estaba tirado sobre el mismo lugar donde lo apalearon. Otro enano se acercó a increparle para que se diera prisa, por que le esperaban en la cocina, pero Thais ofuscado, se enfrascó con él en una vehemente disputa que no acabó sino hasta que vio a lo lejos al enano que portaba su vestidura de una sola pieza y el resto de sus pertenencias, que no eran muchas, en

realidad solo una, el medallón que su padre, el benévolo rey Yard, le ragalara un hermoso día de primavera, con un pequeño retrato a carbón del hermoso rostro de su ausente y venerada madre Galia. Hacia allí se fue como un joven cachorro que ha perdido el juicio, con la insensatez en su mente y la temeridad del incauto en su corazón. Ni siquiera cayó en la cuenta de todos los dolores que acosaban su maltratado cuerpo, esa rabia interna y casi sobrenatural eclipsaba todo lo demás. Gorak era quién lo tenía.

Se cuadró ante él desnudo, desarmado, enfurecido y este lo miró aún algo resacoso.

-¿Qué te ocurre, vil alimaña pálida? ¿Acaso buscas la muerte en hora temprana, antes incluso de que Atuk alce su mirada sobre los pobres moradores de la tierra? Mírate, eres digno de lástima. Pareces un espantapájaros así, despojado de todo, de tu real linaje y de tu escasa gallardía. ¿O acaso vienes a reclamarme algo, o estúpido príncipe de las ranas y los sapos? Por que en ese caso, estoy dispuesto a luchar, si es que acaso quisieras hacerlo, cosa que dudo, por que creo que nunca se encontró en ti el valor necesario para despreciar a la muerte...

-Vil alimaña sois vos, sucio cretino, que hasta los cerdos y los pollinos huelen mejor, y en verdad hasta tienen mejores sentimientos. Al menos no utilizan una manta para tapar a su enemigo y apalearle, sin la oportunidad de defenderse, como un sucio cobarde temeroso y despreciable. Si fue por mi vestidura, no es lo suficientemente valiosa como para desempeñar tal acción sin honor ni dignidad. Podeis quedárosla, solo os reclamo el medallón que supongo también me quitasteis, y si no fuiste tu sin duda me darás razón de quién lo hizo, por

que es más valioso que mi vida y que la vuestra o la de mil enanos, por intrépidos, fuertes o desalmados que sean.

-¿A este te refieres?- Gorak alzó el brillante medallón, que lo tenía oculto entre su peludo pecho y la vestidura, y lo enseñó con una burda sonrisa entre sus morados labios.- Sin duda es un medallón de plata de altísimo coste, doy fe de ello, incluso más que vuestra vida, por que eso es lo que me pagareis por vuestra osadía. Nadie insulta de esa forma a Gorak.

Dicho esto el enano se lanzó sobre él como un león hambriento y ambos rodaron por la cubierta como gatos salvajes. El enano era un poco más bajo que él, pero su cuerpo era muy robusto, sus piernas cortas y vigorosas, así como sus brazos, sus manos grandes, y sobre todo sus huesos eran como el hierro forjado, pesados, duros, resistentes. Aún siendo de menor estatura, pesaba con toda certeza, casi dos terceras partes más que él, así que no le fue difícil hacerse con el control de la pelea. Lo alzó en peso y lo lanzó contra el mástil. El golpe fue duro pero Thais casi ni lo sintió, tal era la rabia que se le venia encima, o la forma de amortiguar el golpe, enroscándose como un gato que cae panza arriba. Luego le golpeó con su puño y lo dejó casi sin sentido y después lo cogió por el cuello en una especie de estrangulamiento, como intentando asfixiarlo, o quizás, casi con toda seguridad, rompérselo. Thais sabía que solo tenía un par de segundos para reaccionar, de lo contrario sería tarde, aquella bestia tenía tanta fuerza como parecía. Así que, en un fugaz destello de lucidez, recordó las clases de lucha y combate con el instructor y guerrero Cofur. El siempre decía que en una situación así no se debía pensar en la situación en sí, y nunca se debía abandonar la mente

al dolor, no pensar en el desenlace, sino sentir esa fuerza interior que procede de los dioses y te impulsa a actuar y atacar los puntos débiles que en ese momento el contrincante deja descubiertos. La victoria y la derrota estaban en la mente. Así que dio un golpe de cabeza seco hacia atrás y le alcanzó en la nariz, y seguidamente se desembarazó de él, se revolvió y le dio un golpe de rodilla en el costado y un codazo en el mentón y Gorak, cual árbol talado cayó al suelo entumecido, casi aturdido, aunque no vencido. Thais se puso de rodillas y le quitó el medallón, y por un instante también creyó que iba a desmayarse, tal era ahora su cansancio y extenuación. Gorak empezó a dar muestras de restitución y él se echó a un lado a modo de prevención, por que no sabía si el enano iba a continuar el combate y con que armas lo haría, pero una voz desde lo alto del palo los alertó a todos con suma prontitud, tanto así que incluso el capitán Aristo salió de sus aposentos y se personó en cubierta. El centinela había avistado un barco no muy lejos, en el horizonte.

-¡Rumbo noroeste, capitán! ¡Un buque edumeo con toda certeza!- Repitió de nuevo con voz poderosa.

-Sigámosle, con suerte, esta noche le daremos caza... ¡Vamos! Remad, remad...- La orden del capitán fue tajante. Incluso Thais tuvo que ocupar un lugar en los remos y bogar al ritmo del tambor.

El pesado influjo del asfixiante calor no fue óbice para que esas endiabladas criaturas de corta estatura bogasen con una diligencia y una armonía que hasta sorprendió al mismo Thais. Era como si todos formaran parte de un solo cuerpo. Todos al unísono utilizaban los remos con la constancia y el poder que tan solo pueden otorgar los dioses, fueran de los benévolos o de los malvados,

aunque a él le parecía más lo segundo que lo primero. Sus esfuerzos eran recompensados a pesar que el otro buque también ponía ardoroso empeño en avanzar, pero el espacio entre ambos se iba reduciendo de forma pausada pero satisfactoria. Los enanos hicieron varios grupos y descansaban por horas, mientras que los restantes parecían encantados por un maleficio imperecedero que no se rompería a no ser que dieran caza a aquel buque. Y mientras, el capitán permanecía impertérrito junto al timón, o azuzando a los fibrosos remeros, o mirando por el catalejo. Thais estaba reventado. A duras penas podía seguir el arduo ritmo. Sus manos llenas de llagas y su cuerpo destrozado. Casi un eternidad después llegó su turno de descanso, pero él ni siquiera pudo disfrutar de él, como los demás enanos. Después de saciar su sed y su hambre tuvo que ayudar al viejo cocinero, quién le huntó un milagroso brebaje que, al menos alivió el tormento de sus atribuladas manos, endureciéndolas, inhibiéndolas en poco tiempo casi por completo del punzante dolor que las castigaba. Así durante todo el día. El ruido de las olas se volvío más hermético. El día se oscureció. Un manto de nubes cerró el horizonte con un tono gris ceniza, como si el dios que propone la bonanza o la tempestad presagiara la batalla. El golpe del tambor que marcaba el ritmo de boga se hizo tan profundo e insistente que más parecía el pálpito exagerado de sus corazones que lo que en realidad era. El vigía iba informando de los progresos. Al atardecer la cosa fue tal que ya incluso podía divisarse la nave con casi todos sus detalles generales a simple vista. Thais estaba muy cansado y muy asustado. Por una parte, sus llagas habían acabado reventándose y por otra sospechaba que aquellos infortunados seres correrían una

suerte nefasta, peor tal vez que la suya, o quizás no. Al caer la noche un fuerte viento impulsó la nave con inesperada fortuna. Eso unido al empuje de los tenaces enanos hizo que pronto estuvieran al alcance. Por fin este se produjo en el cenit de la madrugada. Un enjambre de arcos y flechas fueron depositados en la cubierta. Eso junto a una pequeña máquina que durante toda la tarde varios enanos habían montado magistralmente. Era, sin duda un engendro de los dioses malignos. Êl nunca había visto nada parecido, pero intuía que tenía un potencial temible. Y también fueron depositados varios recipientes con candentes hogueras que alimentaban con una especie de líquido mágico que formaba llamaradas azules, como lenguas. La mitad de los enanos portaron flexibles arcos y embadurnaron sus flechas con ese líquido que las incendió también, como saetas sobrenaturales. Estas surcaron los cielos originando un bello espectáculo lumínico en la espesura de la noche. Los dioses debían estar disfrutando, o acaso no. Por si esto fuera poco, esa máquina lanzaba proyectiles incandescentes que destrozaban la embarcación contraria, produciendo numerosos daños, incendiándolo casi todo. El capitán contemplaba desde popa todo el espectáculo, y sus ojos brillaban como sintiéndose victorioso. Dirigió su vista a Thais, que permanecía aturdido por el espectáculo y le dijo con voz altisonante:

-¿No querías aventuras? ¿No querías batallas? ¡Aquí las tienes!.- Se reía como si estuviera fuera de sus cabales.- No era como tu imaginabas ¿Verdad? Los honores de la caballería no pueden compararse con el olor del combate... ¿Sabes disparar noble príncipe? Por que si es así, deberías coger un arco y probar fortuna, a ver que tal es tu habilidad.

-No quiero participar en ello. Solo soy un vil esclavo, ¿No es cierto? Solo un esclavo...- El capitán Aristo volvió a reir de forma irónica.

-Está bien, joven insolente. Pero tendrás que hacerlo, de una forma u otra, para que de verdad sepas que clase de hombre eres. El hierro se aguza con el hierro...¡Gorak! ¡Gorak!- Llamó ahora al infame enano de espesa barba y ojos agrios- Dale una espada y un escudo a nuestro joven amigo y ponlo en la partida de asaltó.

Gorak asintió con placer. Un instante después ya habían tirado los garfios y habían abordado al maltratado buque, que se debatía entre la vida y la muerte, igual que sus infortunados ocupantes, que sucumbieron al ataque de los enanos con rápida humillación, forzados en parte por el tremendo cansancio que les aquejaba y por el temor que la implacable persecución había producido en sus menguadas almas. Thais tuvo que participar en el asalto, como el capitán había ordenado, eso o ser lanzado por la borda al insondable océano. Un terrible miedo se apoderó de su espíritu, pero tuvo que echar mano de sus deseos de sobrevivir para poder esquivar las torpes y agónicas embestidas de sus contrincantes, que no buscaban más que defender sus vidas del asalto inminente de aquellos pérfidos malhechores. Más bien por gracia de los dioses, por la de su venerada madre o por las favorecidas habilidades de su espada, salió casi ileso del combate, tan solo contaba con dos heridas en los brazos y una en el pecho, un par de golpes más, aparte de los que su maltratado cuerpo recibió en forma de mezquina reprimenda de esos infames enanos y una especie de sensación desagradable que contenía en su estómago por haber herido de muerte a uno de los edumeos y haber dañado a un par de ellos. Aquello no se había parecido en

nada a las batallas que había imaginado en sus horas de ilusorio e infantil ensueño en la corte de su padre, el benevolente rey Yard. No había combatido contra hordas despiadadas, ni contra caballeros desalmados. En tal caso, ellos podían contarse como tales. Había contemplado el miedo en los ojos de unas gentes que no conocía, que quizás fueran nobles y valientes y leales. Les había visto sufrir y en algunos casos morir sin gloria ni recompensa, sin honor pero ¿Es que eso vale de algo en el momento en que tu espíritu huye de ti? Quizás todo fuera más fútil de lo que en un principio creía. En todo caso, habían sido los pensamientos de un privilegiado, inocente y acomodado joven que poseía escasos conocimientos de lo que era el mundo real, cosa que ya no era, en ninguno de los sentidos.

En todo caso, ayudó a traer parte del botín al barco, que constaba de abundantes y variados cestos colmados de minerales de la minas de edumea, y armas de lustroso aspecto y un par de baules de mediano tamaño de monedas de plata y bronce, además de sus provisiones. Los heridos quedaron en su siniestrado buque y los muertos fueron lanzados hasta los mismos abismos a encontrarse con Morc, que había reclamado sus almas de forma incomprensible y cruel. Thais contempló el buque con aire sombrío, preguntándose si podrían sobrevivir en tal estado. Gorak despertó sus reflexiones para decirle que aún estaba a tiempo de hacerles compañía con sus distinguida presencia, y después se fue a la popa con una jocosa carcajada a participar de la fiesta y de la algarabía y a emborracharse, pues vino era lo que nunca parecía faltar en aquel buque. Thais les vio desaparecer en un punto difuso del opaco horizonte y después fue a dar con

el viejo cocinero, pues no le había visto ni siquiera asomarse a cubierta desde que todo empezara.

El pobre viejo yacía en su humilde lecho con los ojos cerrados y la expresión dulce de un bebé, como complacido. Cuando comprobó que su espíritu había abandonado su vetusto cuerpo, quedó aturdido y triste, pero al contemplar de nuevo su esclarecida estampa, le embargó una sensación de admiración y hasta de respeto por él. Se sentó un rato a sus pies y le observó con reverencia. Fue el único que le había mostrado algo de afecto, de humanidad, en aquel apestoso y maldito barco. Sin duda Morc le acogería como lo que era, un buen hombre. Le tendría reservado algún sitio placentero, más no en tierra, para que no tuviera que soportar la estabilidad, la quietud de la tierra firme que tanto le incomodaba; quizás un puesto en el etéreo buque de Atrios, o en el de Zorha, eternos navegantes de las corrientes impetuosas del destino, surcando así el camino de los mortales, haciendo y deshaciendo en perpetuo capricho, como titanes en competencia desalmada contra ellos mismos, intentando inclinar la balanza entre los elementos opuestos de la moneda de la vida, entre la fortuna y la desdicha, en un pulso eterno, sagrado e inevitable.

Salió de allí con un cúmulo de sensaciones que explotaron dentro de su vulnerable corazón. Era como quedarse solo de nuevo. Sintió que de una forma y otra, aquello era un aviso de los dioses. Las casualidades no existen, eso lo sabía, así que eso no podía ser otra cosa que un mal presagio. Se sintió desalmado, turbado. Eran demasiadas sensaciones confusas. Entonces se fue a un rincón apartado del barco y comenzó a rezarle a los dioses. Primero les imploró que acogiesen en su seno a

Dimas, y después les pidió una señal, algo que pudiera darle un rayo de esperanza. Con lágrimas en los ojos, comenzó a implorarle a su madre.

-¡Querida madre! ¡Cuánta desazón hay en el corazón de tu hijo! ¿Acaso se ha sentido alguien alguna vez tan solo como yo ahora me siento? Desde el principio he implorado a los dioses por ayuda... al luminoso Atuk, al poderoso Banus, a los incansables Atrios y Zerha... El silencio, la desdicha, el sufrimiento han sido la única respuesta. ¿Qué he hecho para enojarles tanto? ¿Acaso no les he guardado siempre minucioso respeto? ¿No he sido humilde con su poder? ¿No he sido observador de sus leyes? ¿Qué excesivo pecado he cometido para sufrir tal castigo? Y tu, venerada madre, ¿Acaso no puedes interceder por mi? Tu privilegiado favor te pido, por favor, madre, por que sé que me quisiste con toda la fuerza de tu alma cuando aún eras una mortal. Ahora te lo ruego, con todo el respeto y el amor que sabes te proceso, que por favor, intercedas por mi de una u otra forma, ya bien sea por medio de los dioses o de ti misma, si acaso no se te ha vetado esa imperiosa ayuda, que me des alguna señal que yo sepa interpretar, por que no sé cuanto tiempo he de aguantar esta situación que me oprime y desespera. Por favor madre, si de veras me escuchas, en la morada del terrible Morc, te lo ruego...

He aquí que Thais lloraba con profusión, presa de la tristeza y la desesperación. Eran lágrimas cristalinas que brotaban a faz de sus tostadas mejillas en un quejido interno y sumiso. Pero algunos enanos saciados de vino y borrachos de vanidad le contemplaban desde hacía un rato con un oscuro y despreciable deseo de burla en sus entrañas, hasta que no pudieron más que acercarse a él y reirse con cruel desparpajo.

-¡El principe está llorando! ¿Qué debemos hacer, pues, para alimentar tu tristeza? ¿Acaso quieres que te arrullemos como a un niño pequeño? ¡Vamos, ven a mis brazos, yo te daré consuelo!- Rieron con grotescas carcajadas que maceraron lo más profundo de su ser.

Se enjugó las lágrimas con resignación, por que ni siquiera se había apercibido de ello, tal era la intensidad de su ruego.

-Apuesto mi vida que rogaba a los dioses para que trajera una desgracia sobre nuestras cabezas y...- Gorak se vio súbitamente cortado por que unos luminosos destellos que brotaron del corazón del cielo, formando estelas de luz en la opaca nocturnidad del infinito. Fueron varios repentinos y fugaces chispazos que les heló el alma a todos, menos a Thais, que vio en ello una especie de manifestación, de respuesta divina, tal vez la señal que le imploraba a su venerada madre Galia.

-Y a fe de ella, que no es gran cosa, he aquí la respuesta...- Sus ojos se iluminaron. Su rostro adquirió un carácter casi sobrenatural a la luz de la tea, su sombra se proyectó como un espectro. Por un momento, los enanos sintieron un fugaz temor entre su curtida y endurecida piel y todos se quedaron como petrificados.- Esa es la prueba...

-¡Maldito humano, príncipe, pastor, o lo que quiera que seas! Antes vendrá tu muerte que la nuestra, por que con una maldición nos maldijiste, y con un hechizo de tal magnitud nos conjuraste que hasta los dioses han quedado embaucados de él. ¡Láncémosle por la borda a ver si esos mismos dioses tienen misericordia de él y le permiten salvar su alma, o acaso no es tragado por la fuerza del abismo!

-¡Sí, cojámosle! ¡Láncémosle al mar para que con su vida se extinga el favor de los dioses y su maldición no caiga sobre nosotros!

Con esto se lanzaron sobre él como perros rabiosos y lo atajaron con suma violencia. Thais intentó escapar pero fue vano su esfuerzo, ni siquiera le dio tiempo de huir por la cubierta, tal fue la vehemencia del rapto. Cada uno lo cogió por una extremidad y lo zarandearon durante un buen rato hasta que quedó aturdido, no sin antes haber pataleado y gritado como un endemoniado, sin resultado alguno, salvo la presencia del capitán, ya sea por cosas del azar, del destino, o por que había oido sus alarmados gritos.

-Maldita sea ¿Qué diantre ocurre aquí? ¿Acaso nunca dejareis de hostigar al chico? Démosle un respiro por que esta noche bien se lo ha ganado.

-Capitán, ha implorado una maldición sobre nosotros de parte de los dioses...- Dijo exaltado uno de los enanos que intentaban lanzarlo por la borda.

-¡Vamos, dejadlo en el suelo! ¡Dejadlo!- Ordenó con rabiosa autoridad.

-Capitán, damos fe de ello.- Replicó Gorak, ofuscado.- Y damos fe de que los dioses han respondido a este desalmado. Una sucia maldición de parte suya.

-Sí, capitán. En el oscuro firmamento. Sus dedos han dibujado estridentes estelas... Eran como destellos fulgurantes... Eso no puede ser otra cosa que una señal...

-¡Dedos de los dioses¡- Repitió con cierto aire jocoso.- Estoy harto de ver esos dedos... Nada tienen que ver con los dioses, no al menos de la forma que vosotros creeis. Si no estuvierais tan borrachos casi todas las noches veríais esos luminosos destellos en los cielos... ¡Dedos de los dioses! Y si ha lanzado alguna maldición, esta ya se

ha consumado. El viejo Dimas ha muerto... Merece una despedida respetuosa para que pueda emprender su último viaje.

-¡Vamos estúpidos! ¿No habeis oido lo que os ha ordenado vuestro capitán? ¡Soltadlo!- Esta vez fue el fiero Turo quién mostró su autoridad con éxito, pues los enanos dejaron a Thais en el suelo y se mostraron algo perplejos por la noticia y de la forma en que se había producido.

-Vamos, preparémosle como él se merece...

Todos, a excepción de Gorak y de Turo se fueron de esa parte del barco, y Thais se quedó sentado sobre la dura cubierta soportando la mirada de su antagonista.

-Tu maldición se ha vuelto contra ti.- Dijo este con voz cargada y se fue también. Pero estas palabras no supusieron nada para él, por que de sobra sabía que no existía ninguna maldición, y que además los dioses estaban por encima de cualquier mortal para acatar sus necios conjuros o lo que fuera, además de que eso de la maldición no fue más que una estratagema del mismo Gorak para sentirse respaldado por los otros, por que en caso contrario temía las represalias del capitán y su fiel vasallo Turo. Antes bien, sabía que la muerte de Dimas estaba más cercana a su destino que a cualquier infortunio, y, por si eso fuera poco, aquella señal de parte de su madre tenía que significar otra cosa para él.

La ceremonia fue breve y sencilla. El difunto fue colmado con sus mejores ropas y enseres, fue envuelto en una reluciente manta, fue colocado en la popa del barco y el capitán primero pasó a pronunciar unas palabras de agradecimiento a su persona, después encomendó su alma a Morc y por último recitó una pequeña plegaria de despedida para que su alma fuese acompañada de la

recomendación de un puñado de intrépidas criaturas que rogaban por que los dioses tuvieran a bien acogerlo en un lugar placentero en pago por su leal servicio. Acto seguido fue alzado con parsimoniosidad y lanzado al mar, que lo engulló con diligencia.

-Devolvemos tu cuerpo al mar y tu alma la encomendamos a Morc. Que tengas un buen viaje de regreso, compañero...- Y con eso, Aristo lanzo tras él una antorcha que también fue engullida por el mar, en símbolo de respeto y reverencia.

Thais volvío a su litera con una amarga sensación en su estómago. A partir de ahí, los enanos lo dejaron en paz por un tiempo, en el cual sintió que se había formado una especie de aire enrarecido que flotaba inexorablemente alrededor suya. Los enanos eran tremendamente supersticiosos, no así el capitán, aunque él, por supuesto, no pertenecía a su raza. Entre ellos se había corrido la voz de que él era una especie de brujo o algo así, y de que la muerte del viejo había sido indirectamente provocada por la maldición que supuestamente Gorak le había oido pronunciar. Todos tenían temor. Pensaban que podía transmitirles algo nefasto, lo que supondría acabar como Dimas. Para colmo, al día siguiente, Gorak se lesionó el brazo acomodando parte del botín conseguido, con lo que dio fuerza a ese razonamiento absurdo y quimérico. Todos sabían que era el que peor le había tratado, y que incluso en alguna que otra ocasión había intentado matarlo. Eso le hacía el blanco de su ira, y la maldición había echo esta vez que se lastimara el brazo, con lo cual estaría varias lunas sin poder apenas hacer ningún tipo de esfuerzos, al menos con ese brazo, eso sin comentar el terrible dolor que había sufrido. Pero la próxima vez podía ser reclamada su propia vida. Gorak,

sin embargo, sostenía que tenían que matarlo para que su supuesto poder sobrehumano fuese anulado, pero los enanos no querían ni oir hablar de ello. Así que se había convertido en una especie de paria. Thais, que en poco tiempo se dio cuenta de todo, no supo si juzgar aquella nueva y extraña situación como ventajosa o como peor que la anterior. El hecho de que lo evitaran de esa forma podía llegar a ser un arma de doble filo; si bien lo dejarían en paz por algún tiempo, podía hacer que se volviera loco, sin nadie con quien hablar, con quien pelear, con quién compartir o con quien rivalizar; haría que se sintiera más solo aún en la inmensidad del mar, lejos de todas partes, de su hogar, de su isla; solo y fúnebre como una noche sin luna, sintiéndose más desgraciado si cabía. Y, de todas formas, tampoco podía saber si en algún momento los demás enanos cambiarían de idea, acaso embaucados por la mordacidad de Gorak o por su propia ignorancia, y acabarían deshaciéndose de él.

Pero a la tercera noche ocurrió lo inesperado. Tras una calma envolvente y reconciliadora, tanto así que la usual brisa suave del mar ni siquiera mecía tímidamente uno solo de sus cabellos, una incomprensible ráfaga de aire hizo zozobrar de súbito el enhiesto mástil, produciendo un chasquido seco e inquietante. Acto seguido un nuevo soplo de amenazante viento meció la nave, como si se tratara de una hoja de un árbol sobre aguas tempestuosas. Tanto los enanos como el capitán habían pasado innumerables veces por tormentas y tempestades, habían sufrido el fragor de las olas, la furia de los vientos, siempre con esperanza y con valor, por que la nave había demostrado ser todo un baluarte, como si fuera prácticamente insumergible, todo un coloso encima del

agua, forjada por maestros y conducida por experimentados marineros. Había salido con éxito de todos los envites de la naturaleza, sorteando dificultades que otras no habían podido superar. Pero a pesar de todo ello, a pesar de estar curtidos por cientos de batallas, un temor inexplicable y profuso se adueñó de lo más profundo de sus almas, temiendo que aquello no fuese más que la culminación de la maldición del príncipe. En cuestión de un momento las olas se alzaron como colosos en mitad de una fragorosa batalla. Los vientos se enzarzaron en acalorada disputa, y el buque fue arrojado de un lado a otro caprichosamente. Todos supieron que aquella repentina e inesperada tormenta era diferente a todas las demás que habían logrado superar. Era como si de las entrañas del mar saliera una diabólica fuerza que intentara engullirlos a todos irremediablemente.

-¡Es ese maldito joven! ¡Os lo dije! ¡Es por su culpa! ¡Matémosle antes de que sea tarde! ¡Matémosle!- Gorak ahuyó rabiosamente a duras penas.

-¡Vamos! ¡Subid los remos, o nos quedaremos sin ellos! ¡Cada uno a sus puestos! ¡Mantened firme el timón! ¡Hemos salido de peores lances...!- El capitán intentaba controlar la situación.

-¡Mirad!- Gritó atemorizado otro de los enanos.- ¡Es el aliento de los dioses¡ ¡Es el aliento de los dioses!

Una especie de torbellino sobrenatural había nacido de un cúmulo de aguas turbulentas que se agitaban no muy lejos de su posición formando un violento remolino que lo engullía todo y que les atraía sin remedio. Era como si el dios de los oscuros abismos intentara absorberles en un alarde de rabia y poder. Y a este remolino le acompañaba un torbellino de aire que giraba como una endiablada

peonza sobre si misma, fluctuando peligrosamente de una lado a otro.

-¡Gorak tiene razón! ¡Acabemos con él! ¡Tal vez así terminemos con el inmundo maleficio que sobre nuestras cabezas pesa!

Pero el intento fue vano por que ese embudo maléfico les atrapó con crueles intenciones y entonces todos salieron despedidos por los aires como muñecos de trapo. Rodaron por la cubierta del barco con violencia asombrosa. Fue una auténtica vorágine que les mantuvo en un estado de pánico descontrolado y que les zarandeó como un agricultor criba el trigo. Muchos cayeron al agua y otros permanecieron rodando y golpeándose de un lugar a otro del barco, como bólidos incontrolables, hasta que una especie de boca sobrenatural se abrió sobre ellos y engulló el buque, pulverizándolo y tragándoselo sin piedad...

Thais abrió los ojos a duras penas. En un principio lo vio todo borroso. Una oscuridad mortal y envolvente lo tenía atrapado en un estado de confusión y desorientación irremisibles. El arrullo del mar sonaba como un himno hipnótico dentro de sus entrañas. Eso le hizo recordar algo. Un mare mágnum de sensaciones afloraron en su mente como un torbellino arrasador que quisiera devorarlo y martirizarlo con profusidad. Recordó la angustia, el pánico, los gritos, los violentas convulsiones, el descomunal remolino absorbiéndolos... Entonces una repentina sacudida interna hizo que se alongara. Se dio cuenta de que estaba en lo que parecía la orilla de una playa de bravías aguas. Se estremeció al recordarlo todo con claridad. La tormenta, el hundimiento, el mástil hecho pedazos, los enanos cayendo como pesadas piedras

al abismo, incluso se vio a si mismo aferrándose con desesperación a ese pedazo de madera, las vueltas, las convulsiones, la tremenda batalla... Creyó comprender que al cabo de un buen rato perdió el conocimiento o al menos cayó en un estado de semi-inconsciencia, pero, gracias a sus ansias por sobrevivir, a la ayuda de algún dios piadoso o tal vez al aliento vital de su madre, o quizás a varias de esas cosas a la vez, pudo mantenerse sobre la madera sin despegarse de ella bajo ninguna circunstancia. El resto tal vez era obra del destino. Habría llegado empujado por las corrientes hasta aquel incierto lugar. Eso sí que no conseguía recordarlo. Era una incógnita en su mente. Después de que se aferrara al providencial madero todo se difuminó hasta ser un completo misterio.

Sintió de súbito una especie de arcada en su estómago. Se incorporó del todo. Tenía nauseas y le ardía el pecho. Comenzó a vomitar con profusidad. Había tragado mucha agua salada. Caminó uno pasos hacia arriba y se tendió en la húmeda arena. Ahora la cabeza le zumbaba con molesta copiosidad. Miró al cielo, un cielo obtuso saturado de oscuras nubes que no permitían el paso de la débil luz de las titilantes estrellas, y dio intensas gracias a los dioses por seguir con vida. Tenía mucho frío. Era un frío intenso y profundo que le carcomía los huesos. Dio un leve vistazo a su alrededor y comprobó que por allí no encontraría nada con que hacerse un buen fuego y cobijar su desdichada alma. Así que se quitó la empapada ropa, se dejó caer en la arena, se enroscó para intentar calentarse, se venció a su destino y, en poco tiempo, quedó profundamente dormido, pues estaba muy agotado y desamparado.

Por la mañana, un rutilante Atuk le meció la piel con brioso cariño y le hizo entrar en calor. Aún tenía el pelo húmedo, pero al menos su cuerpo comenzaba a entrar en calor. Su piel se lo agradecía, sus huesos y su corazón también. Así que permaneció boca arriba sobre la blanca arena durante un buen rato, intentando no pensar en nada, tan solo disfrutando de los rayos del sol. Después se puso su casi secas prendas y se decidió a dar una vuelta de reconocimiento por el lugar. Un primer vistazo le hizo pensar que se trataba de un largo litoral cuyo principio o fin no podía divisarse a simple vista, parapetado por el verde mar en uno de sus flancos y por un interminable acantilado no demasiado alto que parecía seguir en eterno paralelismo la senda del mar en una línea interminable e implacable en el otro. Comenzó a caminar hacia lo que él supuso era el oeste, en busca de algo, y lo hizo por mucho tiempo, mientras su estómago se quejaba y sus piernas le flaqueaban. Como en una extraña maldición, todo conservaba su similitud con el paisaje circundante; por un lado la costa y por otro el acantilado, y entre ambas la franja de interminable arena brillante. Aparte de eso, nada. Ni dunas, ni vegetación, ni ruidos de animales o poblaciones cercanas, solo el requiebro impulsivo de las olas meciéndose contra la playa. Al final una pared de roca se alzó sobre él impidiéndole el paso, así que tuvo que dar media vuelta sobre sus pasos y caminar hacia su lugar de origen. Otra vez la insoportable marcha, y otra vez su estómago quejándose y sus piernas tratando de claudicar bajo el peso del ahora insistente calor, que ya había secado por completo tanto su enmarañado pelo como sus gastadas ropas. Mientras caminaba trataba de darse ánimos hablando consigo mismo o conversando con su venerada madre, aunque de sobra sabía que no

podía oirle hasta que fuera de noche y asomara su resplandorosa presencia hacia la faz de la tierra, pero eso le ayudaba a no desanimarse. Llegó a su punto de partida y miró hacia atrás para contemplar el destino de su ruta. Impresas sobre la arena húmeda que ahora el agua no dañaba, pues parecía haber bajado la maréa, podía contemplar una larguísima hilera de sus huellas como fruto de su infructuoso caminar. Continuó hacia el este y, si bien la decoración no cambió, al menos la infinita linea recta del otro lado se había convertido, en ocasiones, en ensenadas de diferentes dimensiones, unas más pequeñas y otras más largas, pero con la peculiaridad de que el muro rocoso siempre parecía perseguir de forma caprichosa y tenaz a la costa. Pero de repente, en un golpe de viento, creyó oir una voz. Sobra decir que esto le produjo una efusiva excitación. Trató de agudizar su oido y creyó decepcionarse ante lo que parecía haber sido un embate del aire o algo así, cuando de nuevo sonó un eco que bien podría tratarse de una voz humana. Tal vez habrían más supervivientes del naufragio. Corrió tanto como sus fuerzas se lo permitieron y entonces estuvo seguro de haber oido en realidad voces que le sonaron muy familiares. Pero al llegar casi al final de una de esas estribaciones cóncavas, oyó una grotesca voz que llamaba a un nombre que le resultaba molestamente familiar. El grito hacía referencia a Gorak. No sabía si eso era una buena noticia o no. Se asomó con cuidado y contempló a tres enanos y más allá a otro que no se divisaba muy bien pero que con toda seguridad se trataba de él.

-¿Hay más supervivientes, por los dioses?- Gritó uno de ellos. El viento trajo hacia sí un eco claro y conciso.

Los enanos caminaron a toda prisa hacia Gorak.

-¡No, ni uno más, tal es nuestra desgracia, pero hubiera dado cualquier cosa por que uno de ustedes fuera ese maldito príncipe que el capitán enroló en nuestro buque en nefasta hora!- Bramó este con desconsolada ansiedad.- ¡Por Morc que le mandaría a su morada sin piedad ninguna!

-¡Tenías razón, Gorak!- Dijo uno de ellos mientras aún no estaban lo suficientemente cerca como para dejar de hablar a gritos, cosa que, aún en condiciones favorables, era habitual en esos enanos truhanes.- ¡La maldición cayó sobre nosotros, y de qué espantosa manera!

-Sí, ¡Teníamos que haberte hecho caso! Nos lo advertiste. Nos dijiste que ese tipo había invocado una nefasta maldición sobre nosotros...

-Por todos los dioses que debíamos haberlo tirado por la borda. Ese malnacido es el engendro del mal en persona. Ya habeis visto cuan profunda desgracia a caido sobre nosotros. Por los dioses que les rogaré encarecidamente ofreciéndoles a cambio cientos de ofrendas y libaciones, que me de la oportunidad de vengarme de una forma u otra de él, aunque no alcanzo a saber como...

Thais quedó horrorizado. Le echaban a él la culpa de todo lo ocurrido. No podia ser de otra forma, contando con lo miserables, ignorantes y malvados que eran. De nuevo su vida valía bien poco. Era cuestión de tiempo que descubrieran su supervivencia, a no ser que las huellas impresas en la arena se borraran por completo, y eso pasaba por que los enanos se quedaran en aquel lugar de la costa durante un buen rato más. Pero lo más juicioso era intentar escalar uno de esos abruptos acantilados por que allí no tenía donde esconderse ni a donde huir y eso mismo hizo, no sin desmesurado esfuerzo.

Una vez arriba se encontró una alargada ladera semi-desértica que ascendía sigilosamente hasta llegar a un pequeño valle. Anduvo durante él por un día entero casi sin descansar. Apenas hizo caso a su castigado estómago ni a sus doloridos pies, ni a su sediento paladar, y fue frecuente verle tropezar en más de una ocasión contra cualquier matorral o montículo, preso del agotamiento. Nada que comer ni que beber. Cada vez que paraba para descansar o para intentar adivinar adonde llegaba su incierto camino creía oir algo, un eco lejano, un arrullo del viento, un delatador chasquido y pensaba que se trataba de los malditos enanos encabezados por Gorak tratando de darle caza, y continuaba sin desfallecer. Por fin la decoración del terreno comenzó a cambiar. La semi-árida superficie fue colmándose de vegetación diversa, y acabó por fin la incómoda elevación estableciéndose un terreno más plano y regular, saturado de hojas resecas, matorrales y pequeños arbustos. Eso le hizo recordar que tenía mucha sed. Por fin, al caer la tarde llegó al linde de lo que era un bosque de árboles de troncos delgados pero muy esbeltos, con abundante follaje en sus crestas y ramas largas y nudosas. La madera era de un color ocre y estaba protegida por grandes lascas de corteza seca y fina, casi como envueltas en trozos de papel cobrizo. Se internó un poco en él y se dejó dormir sobre el esponjoso lecho de un mullido colchón de hojas y ramas caidas.

Al día siguiente despertó amparado por el canto de unos curiosos pajarillos verdosos que trinaban como aunténticos parlanchines. Aunque el lugar permanecía penumbroso y sombrío, Thais adivinó que Atuk ya llevaba un largo rato ojeando la faz de la tierra. Debía levantarse y procurarse algo de comida y un poco de

agua. Un buen baño no le vendría nada mal. Así que se armó de esperanza y levantó el campamento, pensando en aquel jugoso desayuno que le preparaba la entrañable Fera cosistente en un buen tazón de leche de cabra con un par de tortas de avena y un poco de carne de pavo pasada por el fuego. En su odisea pensó en aquellas cosas que siempre había dado por sentado y que ahora echaba de menos tanto como que ahora le parecían irreales, como si no hubieran sido más que un vago sueño; los baños de agua caliente, las historias a la luz de la luna, los largos paseos a caballo, los deliciosos banquetes de Cofur, incluso la que ahora se le antojaba mágica sonrisa de la indómita Fathia. A medida que iba adentrándose en el bosque comprobó que este iba cambiando paulatinamente. En primer lugar aumentó el grado de humedad y disminuyeron los rayos de sol que lograban penetrar a duras penas por el abundante follaje. Aunque no era lo más notable, sino que estos espigados árboles se iban transformando en grandes troncos, que ni siquiera un solo hombre podía rodear con sus brazos, como enhiestas torres de dura madera que hubieran sido plantadas por los mismos dioses, a juzgar por la imponente altura de sus copas, que casi se perdían allá arriba, a la altura de los mismos cielos, frondosos, espesos, exuberantes. Esto, en realidad, fue un buen indicio, por que más adelante encontró plantas cuyas raices pudo masticar, extraños frutos jugosos de color morado que se abrían con facilidad y setas comestibles. Se hartó de recoger y comer todo lo que pudo y se sintió dichoso por ello. Se tendió en el suelo y miró hacia arriba, hacia la bóveda de vejetación. Una fantasmagórica sobriedad lo impregnaba todo, dándole un aire de sosiego y quietud al lugar, así que no pudo evitar dormir de

nuevo por bastante tiempo, tanto que solo un sonido gutural y puede que imaginario azotó su corazón causándole un extraño sobresalto. Se levantó. Intentó oir algo y volvió a pensar en los enanos. Se había olvidado completamente de ellos. Debían de estar cerca, si es que acaso le habían seguido. Se temió lo peor. Seguramente habían descubierto sus huellas y le habían seguido con intenciones de darle feroz muerte. Pero, ¿Y sí no era así? Concluyó que no tendría esa fortuna, así que se puso de nuevo en camino hacia el interior. Pronto llegó de nuevo la noche. Era una noche cerrada, opaca, casi infernal. Un murmullo espectral mecía las ramas como si fuese un mal agüero y un sinfín de trinos, alaridos y gorjeos emanaban de aquí y allá, como si se tratara de sombras malvadas. Los nudosos troncos parecían en la oscuridad silenciosos titanes en espera de un incierto momento para caer sobre él con voraz apetito, y las sarmentosas ramas bajas bailaban como brazos encantados que intentaran asustarle con prodigalidad. Para colmo, brillantes ojos aparecían y desaparecían con espontaneidad del vacío más oscuro y profuso. A pesar de ello, encomendó su alma a su venerada madre, aunque no alcanzaba a ver las estrellas, y se dispuso a intentar dormir, dejando su angustiosa inquietud para menesteres más fáciles y aconsejables, por que si había criaturas fantásticas o malvadas o fuerzas inexplicables en aquel remoto lugar bien sabía que nada podría hacer para combatirlas o para oponerse, suponiendo que fueran de esa naturaleza extraordinaria e indescifrable. Así que después de un largo rato de pesadilla y devaneo, cayó en los brazos del inefable e ineludible Guno, padre de los soñadores, señor de los perezosos y creador e inspirador del eterno influjo del sueño.

Al día siguiente despertó muy de mañana, antes incluso de que esos magníficos pajarillos hubiesen reanudado su jornada matutina, y prosiguió su camino hacia ninguna parte. Después de caminar durante bastante tiempo, aunque en realidad perdió la noción de este, por que en aquel lugar deliciosamente sombrío y apacible parecía detenerse, como si no existiera, como si alguno de los caprichosos dioses hubiera conformado un gran conjuro para que este se paralizara, y tan solo se pusiera en marcha al vencer la noche a Atuk, por que se transformaba en un lugar profundo e insondable, repleto de sensaciones extrañas e indescifrables; llegó a un lugar húmedo y apartado, repleto de víveres de toda clase, de frutos de sabrosos sabores y variados colores, recogidos en cestas de mimbre, de barriles de vino y agua, de tortas de un extraño cereal de tono pardo y sabor exquisito... En fin, que creyó ser presa de una especie de hechizo o espejismo o algo así, como si aquel lugar fuese un producto de su imaginación, que le jugaba una mala pasada, tal era la ansiedad con que su alma pedía tales cosas. Para colmo de sospechas, de pronto oyó el murmullo sibilante de un arroyuelo o algo parecido. Siguió su pista hasta que encontró, no muy lejos de allí, y detrás de una leve inclinación del terreno, un no muy caudaloso río de diáfanas aguas por el cual se divisaban veloces peces de color de plata zumbando hacia arriba, como si huyesen despavoridos de algún voraz predador. Thais se acercó a su orilla aún incrédulo, a pesar de haber probado algunos de los alimentos, y palpó la fresca agua, rociándose deleitosamente el rostro y despertando sus sentidos a la realidad. Después comprobó que no solo era potable sino agradable al gusto, límpida y refrescante. Acto seguido se metió, arrobado por el hallazgo, dentro

del cauce y comenzó a chapotear como un niño chico, sin acordarse de nada excepto de su dicha. Pero esta no duro demasiado por que de pronto creyó oir un inquietante crujido que le hizo sospechar que algo no andaba bien. Miró a sus espaldas y tuvo una desagradable sensación. Entonces salió del agua y comenzó a preguntar si había alguien por allí, pero el silencio se impuso a sus ruegos. Algunos chasquidos más delataron que estaba en lo cierto. Además de eso, esa sensación se acrecentó tanto que supo a ciencia cierta que alguien le espiaba, pero pemanecía oculto por el momento. Entonces pensó en los enanos. Les pidió que salieran de sus escondites y les afirmó que lo del barco no había sido culpa suya, sino tan solo una artimaña del destino o una mala jugada de la fortuna, que no había invocado ninguna especie de maldición ni nada parecido sobre ellos, y que no era tan importante para los dioses como para que estos se ajustaran a su voluntad, fuera cual fuera. Pero no hubo respuesta. Cual no fue su sorpresa cuando una extravagante criatura salió de detrás de un matorral y se lanzó sobre él con desesperación. Ambos rodaron por el suelo enzarzados en un fragoroso forcejeo, pero Thais enseguida se dio cuenta de que aquel ser que lo tenía fuertemente atrapado no era un enano. En primer lugar por lo robustos que eran sus brazos, y aunque los enanos también poseían brazos muy fuertes, aquellos brazos parecían los brazos de un coloso, corpulentos, amplios, de fornidas muñecas y fibrosos músculos. El talle aproximado de su cuerpo también lo delataba así. Un enano que se hubiera lanzado sobre él, a lo sumo se le habría subido a la grupa como un gorgojo, pero el asaltante era incluso más alto que él, a juzgar por su complexión esbelta. Y ese color verdoso de su piel...

Aquella fue una rápida reflexión que lo dejó, si cabe, más perplejo aún. El caso es que intentó zafarse de él tal como hiciera con Gorak en la última de sus disputas en el fatídico buque, pero no consiguíó otra cosa que enfadar a su oponente, que lo tenía perfectamente trabado. Este se levantó con agilidad, alzándolo en peso como un mero despojo y lo estrujó contra su pecho, tanto que por un momento Thais creyó que iba a perder el conocimiento debido a la asfixia, pero no fue el caso, por que de súbito otra criatura supuestamente igual se presentó delante de él sorpresivamente, con no muy buenas intenciones. El príncipe lo miró por un momento y quedó perplejo y más asustado aún de lo que lo estaba. Era una criatura desmesuradamente poderosa y extraña. Parecía un hombre pero había algo en él diferente, aparte del tono ligeramente verdoso de su piel. Era barbilampiño, carente de vellosidad, tanto que ni siquiera tenia cejas. Los demás rasgos de su rostro bien podían haber sido humanos, a excepción de sus ojos exageradamente verdosos, de pupilas verticales, similares a la de los reptiles, opacas y diabólicas. Aparte de eso, su piel era más espesa y ligeramente escamosa, casi como la piel de un ofidio. Era alto y fuerte, y portaba una alabarda no muy grande, que esgrimió amenazadoramente ante él. Entonces lanzó un golpe horizontal a su rostro por el extremo de abajo, y esa fue la ocasión que Thais aprovechó para escurrirse como un pez de su adversario, que sin duda había pensado que ya había sucumbido a su letal abrazo. El golpe fue a colisionar en el rostro de su compañero, y este dio un ligero traspiés, quedando conmocionado por un instante, ocasión que él aprovechó para lanzarle un certero puntapié entre ambas piernas al que portaba el arma y dejarlo por el momento fuera de

combate, pero no tanto como había pensado, por que preso de una ira ciega e impetuosa lanzó un incontrolado tajo sesgado con el extremo de las cuchillas, que afortunadamente pudo esquivar a duras penas, sintiendo tan solo el roce del metal sobre sus deterioradas vestiduras. El príncipe entonces aprovechó para echar a correr, como alma atormentada por los dioses, intentando zafarse de sus perseguidores, pero estos eran muy tenaces y también veloces, por lo cual no consiguió despistarlos. Varios proyectiles estuvieron a punto de hundirse en su frágil piel, y mientras huía se dio cuenta de que tan solo un milagro de los dioses podría salvarle de un fin escabroso y nefasto. Pero este se produciría, a pesar de lo inaudito de ello. Después de comenzar a sentir cierta debilidad en sus piernas, una certera saeta le atravesó el brazo, haciéndole desfallecer, y no por el lacerante dolor del dardo, sino por una especie de sensación de cansancio y sopor que poco a poco fue apoderándose de él, tanto así que le hizo sufrir un ligero traspiés y caer semi-inconsciente al suelo, nublándosele la vista y la razón a pasos agigantado. En su delirio creyó ver a su lado un hombre de tez oscura vestido con una modesta y amplia túnica que lo miraba con curiosidad y que acto seguido lanzaba un gutural grito que retumbó en sus oidos como una explosión, y que después comenzó a agitar algo parecido a una cuerda que emitía un intenso zumbido al girar de forma frenética y enérgica. Thais no pudo sostener siquiera su cabeza, tal era su débil estado, solo pudo imaginar un fugaz resplandor que salió de su extraña arma y acto seguido, cuando pudo orientar su enfoque visual hacia donde venían sus perseguidores, vio a ambos en el suelo, inertes, inanimados... Y eso mismo le ocurrió a él, quedó en el suelo, desmayado, viajando

hacia un onírico mundo impregnado de vacío y oscuridad, un lugar profundo que se lo tragaba irremisiblemente.

Cuando abrió los ojos lo primero que sintió, aparte de su confusión, fue un tremendo dolor de cabeza que no le dejó pensar con claridad. En ese estado de aturdimiento creyó que estaba en su lustroso dormitorio, al pie de las murallas del este, esperando que su padre o la querida y laboriosa Fera le abriera las cortinas para que el penetrante ojo de Atuk le hiciera recordar que una nueva jornada había acaecido en su privilegiada pero a veces monótona existencia. Pero una vez que inhaló un trago del fragante aire del bosque se dio cuenta de que aquel no era ninguno de sus aposentos, allá en el castillo real de Qader, y que todo lo que le había ocurrido hasta ese momento era algo más que una pesadilla tan desalmada como realista. Sin duda no se trataba de otra de las bromas pesadas del inefable y travieso Guno. Entonces comprobó que sudaba profusamente. Poco a poco se levantó de su cómodo lecho. Comprobó que se encontraba en una humilde y pequeña habitación. Un haz de difusa luz penetró por la oquedad de una ventanilla, cuando una peluda mano de largos dedos retiró una pequeña cortina y apareció una circunspecta cara de facciones grotescas y ojos saltones, que de súbito cambió la expresión y sonrió con evidente exageración, mostrando unas mandíbulas blancas y protuberantes. Thais se asustó de forma espontanea y un leve gritó se escapó de sus labios, haciendo eso mismo la criatura, desapareciendo de allí con fugaz diligencia. Confuso y algo turbado buscó algo con lo cual defenderse, pero en aquella reducida estancia no había ningún tipo de arma, así que, con mucha precaución y casi desnudo como

estaba, salió al exterior, y cual no fue su sorpresa cuando un impulsivo mareo le anunció que estaba en un lugar muy alto, por encima del follaje de unos inmensos árboles que casi podían tocar las mismas nubes, así que tuvo que asirse con prontitud a una esbelta rama saliente para no precipitarse al vacío. Más calmado ya, comprobó que se encontraba en una especie de casa colgante o algo así, a juzgar por el aspecto que aquello tenía; un robusto tronco en el cual se armaban sobre afianzadas ramas unos diminutos aposentos divididos y conectados entre sí por puentes colgantes perfectamente engarzados, formando una especie de círculo alrededor del tronco y de las pequeñas habitaciones. También observó que habían varias escaleras de cuerda y madera que remolineaban a través de este hasta arriba, a lo que eran la parte superior de las copas de los árboles. Thais cayó en la cuenta de que llevaba una especie de venda alrededor del brazo izquierdo, si bien era evidente, en su turbación y sorpresa había pasado totalmente desapercibida. Recordó pues la persecución, la saeta en su brazo y a aquel formidable extraño que aún no sabía si juzgar real o producto de su entonces delirante mente. Pero de alguna forma tenía que haberse librado de esos dos colosos y de alguna forma tenía que haber llegado hasta allí. Entonces cayó en la cuenta de que, a su vez, estaba siendo vigilado por un gran número de criaturas similares a la que se asomara a la ventanita, que colgaban de los lugares más insospechados como si estuvieran exentos del miedo a las alturas o el vértigo. Algunos lo hacían estáticos, otros se columpiaban levemente sobre alguna de sus manos o pies e incluso otros permanecían colgados por sus largas y prensiles colas, columpiándose casi cómicamente, como criaturas desprovistas de razón o discernimiento.

-¿Quiénes sois? Por los dioses, ¿Qué clase de criaturas son estas? ¿Acaso me encuentro en los confines de la tierra, o en las Tierras Desconocidas, donde todavía existen criaturas que escapan a la sapiencia e incluso a la imaginación humana por su singularidad, extravagancia e incluso peligrosidad? ¿Qué sois? ¿Animales quizás? ¿Qué clase de animales?

Las peculiares criaturas quedaron impertérritas por un momento, pero acto seguido, una de ellas, probablemente la que se había asomado antes, dio un expectacular salto y se puso a su altura, portando en su mano un odre que le ofreció produciendo un sonido extraño y simpático. El lo cogió con precaución y comprobó que era agua, de la cual bebió con vehemencia, mientras las demás parecían festejarlo con jovialidad y espontaneidad, brincando, gruñendo o mostrando esas protuberantes y encarnadas mandíbulas, a modo de burla. Thais bebió hasta quedar satisfecho, y de repente una mano se posó con rotundidad sobre su hombro.

Cuando se giró quedó tan asustado como aquel sorprendido. Al menos era un ser humano, diferente pero humano. En primer lugar, lo que más le llamó la atención fue el color tostado de su piel. Aparte de eso, no había nada en él excesivamente sorprendente, si bien todo era, de una forma u otra singular; por ejemplo sus profundos ojos negros como la noche, su protuberante barba canosa, en claro contraste con su piel, su esbelta y enigmática figura, que ocultaba detrás de esa túnica y su avanzada pero indeterminada edad.

-Vamos adentro joven amigo...- Pronunció con una voz grave y calmada, como el profundo eco de los manantiales de Qader.- Necesitas algo de comer para recuperar tu ánimo y sin duda apreciarás algo nuevo que

ponerte, pues por tus raidas ropas deduzco que has sufrido un buen número de desventuras y por tus ojos veo que algo profundo y triste aqueja a tu alma. Entremos pues.

Eso mismo hicieron. Después una de las jocosas criaturas le trajo una túnica semejante a la suya, aunque más pequeña, y otra vestidura de una sola pieza. Una segunda criatura trajo un cesto llenos de frutos y setas, y una tercera trajo un cuenco con algo de beber. Ambos se sentaron y por un instante las miradas se escudriñaron mutuamente en un intento de profundizar en el corazón del otro; Thais con una mirada desesperanzada, briosa e inquieta y el extraño con una enigmática, pausada y experimentada.

-¿Quién sois, noble señor? Lo último que recuerdo es a esas grotescas criaturas tratando de darme caza. Después creí ser presa del delirio cuando vi vuestra silueta que apareció como un espectro en medio del bosque, y esas luces brillantes, que acabaron con esos condenados de un solo golpe, como si se tratara del suspiro de los dioses... Por mi intranquilo espíritu que no creí que ellos me amparasen de nuevo...

-Ya no recuerdo la última vez que hablé con un ser humano...- Comentó como si hablara consigo mismo. Había una especie de extraña luz en las pupilas de sus ojos.- Hace mucho de ello.- Se dirigió esta vez a él con voz suave y apacible.- Sin duda eres extranjero. Dime ¿De donde has salido? ¿Cómo has venido a parar aquí? Mis ojos fueron una vez como los tuyos, impetuosos, impacientes, llenos de vitalidad... Pero eso fue hace mucho, mucho tiempo...- Aquel ser de amplios labios rubicundos y cabello largo y grisáceo alzó su mirada a un punto incierto del reducido aposento rememorando

recuerdos custodiados en su interior como si se trataran de un tesoro de incalculable e irreemplazable valor, como sin duda serían.

-Me llamo Thais, soy hijo del ilustre rey Yard y vengo de la hermosa y agraciada isla de Qader, situada al sudeste de la comarca de Balj, en el Mar de los Recuerdos. Un hombre desalmado me arrancó de mi tierra con el pretexto de enseñarme la espada de un gran guerrero, pues joven ingenuo, inexperto y soñador yo era, y caí en su red como la mosca lo hace en la de la araña, y entonces me vi avocado a surcar los océanos en compañía de unos detestables enanos que me sometieron a toda clase de agravios y maltratos, hasta que el aliento de los dioses, creo que no muy lejos de aquí, y no me pregunteis por qué razón por que sinceramente la desconozco, hundió y partió el buque en dos, lanzándome a mi hasta este indómito y apartado lugar que no ha dejado de sorprenderme y atemorizarme... Lo único que ahora espero es emprender el camino de regreso, y por eso os pido consejo y ayuda, ya que habeis sido tan hospitalario conmigo y que vuestro aspecto es señal inequívoca de sapiencia y dilatada experiencia. Decidme, por favor, ¿Qué lugar es este? Desde que llegué aquí no ha dejado de sorprenderme, por que todo me es desconocido, extraordinario, hasta vos...- Thais le señaló timidamente.

-¿Yo?- El hombre de mirada penetrante sonrió por primera vez.- Tal vez os refirais al color de mi piel ¿No es así?- Thais asintió.- La mía es una larga e ingrata historia que ahora no me complace relataros, quizá en otra ocasión en que mi corazón se encuentre más dispuesto a ello. Deciros tan solo que soy una de las humildes criaturas que poblan el Bosque de los Gigantes,

como así le llaman... Pertenezco a una antigua y extinguida tribu de la meseta occidental, pero como ya os he dicho, no quiero hablar de ello, por que presiento que no es momento de hacerlo...- Sus ojos se humedecieron por un instante.- Los crueles avatares de la vida me han traido hasta aquí, y ahora este es mi hogar. Bueno, lo cierto es que lo es desde hace más tiempo del que consigo recordar- Una de las criaturas entró en la cabaña y se sentó en su regazo. Thais pudo comprobar que había muchas más en la entrada, sobre el techo o asomadas a la pequeña ventana.

-Pero sin duda tendreis un nombre. Quisiera saber el nombre del hombre que salvó mi vida con tal arrojo.

-¿Mi nombre?- Esta vez lanzó una amarga mueca de sonrisa.- Hace tanto tiempo que nadie me ha llamado por él que ya ni lo recuerdo. Será que me estoy haciendo demasiado viejo...

-Entonces, ¿Cómo puedo llamaros? ¿Qué expresión usarán mis labios cuando quiera referirme a vos?

-Podeis hacerla con esa misma. Me gusta como suena. Nunca la había oido.- Thais se quedó extrañado. Sin duda aquel viejo hombre era tan extravagante como singular, o acaso la vida le había maltratado tanto que se había olvidado incluso de quién era, como había comenzado a ocurrirle a el.- ¡Vos! Decías “a vos”, refiriéndoos a mi, pues bien, así me llamareis, Vos... ¿Habeis oido amigos? De aquí en adelante soy Vos, Vos, Vos...

En el exterior, aquellas jocosas criaturas saltaban, brincaban, emitían agudos gritos y emulaban guturales graznidos de forma descontrolada y divertida, como si estuvieran dementes...

-En eso no puedo ayudarte. No conozco el lugar al que dices pertenecer. Hace mucho tiempo que no salgo de

aquí, este es mi hogar... Estos son mis únicos amigos. Los únicos que tengo. Hay algo en mi corazón que me mortifica, pero no quiero hablar de ello. Los caminos de la vida son entrelazados, complejos, sinuosos, uno nunca sabe si llegará a buen puerto o si el atajo que ha escogido lo alejará de su destino...

-Señor, ¿qué clase de criaturas son estas?

-Veo que vienes de más lejos aún de lo que me imaginaba. Son unos granujillas incorregibles y caprichosos...- Y mientras decía esto jugueteaba con uno de ellos, que le agarraba por el cuello como un niño, y ambos se hacían cosquillas, en una reciprocidad tan profunda y arraigada que ni siquiera necesitaban palabras para expresarse el aprecio mutuo.- Son monos, simios... Ya veo, estás completamente perdido, confundido... Nunca habías visto un bosque como este, ni a un hombre como yo, ni a unos animales como estos, ni a unas criaturas como las que intentaron apresarte...- Ahora su timbre de voz se hizo receloso, atribulado.

-Puedo aseguraros que si no hubiera sido por vos, lo hubieran hecho, noble señor. Por los dioses que son peores, si cabe, que esos malditos enanos.

-Yo les llamo los hombres-lagartos... Son una raza maldita, la hiel abunda en sus aciagos y duros corazones... Tan solo tienes que mirarles a esos ojos de serpiente para comprobar la maldad que rezuma en sus almas. Son los dueños del infierno bajo tierra. Ellos nos trajeron hasta su maldita mina y nos esclavizaron hasta que el último de nuestros guerreros pereció dentro de los abismos, lejos del sol y el aire cálido de la mañana. Arrasan todo lo que está a su paso. Son un pueblo malvado, abominable... Comercian con los metales que consiguen. Utilizan mano de obra cautiva para sus minas.

Hacen armas y todo tipo de utensilios. Son los amos de la guerra. Han arrasado toda la vertiente norte, y han ido avanzando hasta llegar a aquí... Pronto darán el salto. Son malos navegantes, pero son muy tenaces y constantes... Se extenderán como una plaga ignominiosa y perversa.- "Vos" giró su cabeza y le miró a los ojos. Thais vio su rabia contenida, su fuego interno, lo que le atormentaba, y se sintió, por primera vez desde que salió de su tierra, tranquilo, amparado, pues aquel singular ser había sufrido mucho más que él, y además, de su persona emanaba una especie de halo inexplicable que le hacía carismático, extraordinario, insondable.- Pero por favor, no te sientas atribulado por mis palabras, ahora come, bebe y descansa, por que necesitas recuperarte.- Con eso salió de la pequeña habitación.

Aquello supuso un nuevo punto de partida en la vida de Thais. El susurro del viento meciendo apaciblemente las copas de los árboles o colándose caprichosamente por los rincones del follaje relevó al envolvente murmullo de las olas contra la quilla del barco. Aquel lugar, que en un principio se le antojara tan escondido y misterioso, poco a poco iba transformándose en una especie de rincón inconcreto e irreal apartado de cualquier lugar del mundo, donde el tiempo parecía diferente y en donde las isondables y eternas sombras danzaban ausentes de todo sentido del ridículo o la lógica. Es más, es como si aquel lugar de colosos de madera tuviera pulso propio, como si fuera un gigantesco ser con personalidad propia. Allí los minutos parecían días, y las horas segundos. Como estar dentro de un sueño eterno y reparador, pero incierto y efímero a la vez. Y por la noche era como si se transformara en otro ser, como si asomara su cara más agresiva y malvada, por que de noche parecía un lugar

casi tenebroso, oculto, lleno de espectros invisibles prestos a devorarle. El fragoroso zumbido del aire formaba en ocasiones extraños alaridos que parecían quejidos sobrehumanos, y los diferentes graznidos de las diversas alimañas a veces le encogía el alma hasta estrujarla presa de un extraño e incomprensible temor, sobre todo cuando sonaban los diabólicos alaridos de los lobos arañándole las entrañas, reclamando a su desdichada presa de turno, hipnotizándola, riéndose de ella, y el estremecedor eco se colaba tenebrosamente por todos los opacos rincones del bosque. Pero eso, gracias a los dioses, solo ocurría en ocasiones,. Tal vez cuando estos se colaban en el bosque en busca de comida. Por lo demás, Thais tuvo que acostumbrarse a las alturas, y tuvo que acostumbrarse a saltar, a trepar y a guardar el equilibrio. Eso le supuso muchos sustos, pero los cordiales monos siempre estaban alrededor velando por su seguridad, y en más de una ocasión le salvaron el pellejo. Para ellos, él era como un juguete o algo así, porque siempre estaban alrededor de él intentando participar en alguno de sus arriesgados juegos, y en más de una ocasión se reían de su torpeza y su falta de pericia. Le hacían trastadas, que por supuesto intentaba devolver, no consiguiéndolo siempre, por que esos malditos animales, además de jocosos eran ocurrentes y muy despabilados, así que no le resultaba fácil desquitarse. Tal vez, si no fuera por la ayuda del pequeño “ Popi”, como él le llamaba, nunca podría conseguirlo. Era juguetón y dicharachero. Tenía unos expresivos ojos negros y saltaba y brincaba mucho, aunque también era muy cariñoso y dócil, y desde el principio, tal vez por curiosidad o por afinidad o algo parecido, se hicieron inseparables amigos. “Vos”, por su parte, permanecía

mucho tiempo lejos de su casa colgante, a la que, por cierto, accedía a ella por un ingenioso sistema de poleas que cargaban una especie de cesto a modo de rudimentario ascensor que manejaban los monos, o más concretamente, un par de ellos, pues con eso bastaba para subirlo o bajarlo, tal era su fuerza, y siempre lo hacian a su seña o a su peculiar graznido, como si se tratara de alguna clave secreta que ambos comprendieran. Thais, en más de una ocasión, le vio conversar con estos, como si de un diálogo de muecas y sonidos guturales se tratara, pero tal vez fuera solo una forma de comunicación rudimentaria y elemental. En otras ocasiones se acercaba a hablar con él del bosque, de cosas que tenía en su cabeza, de recuerdos perdidos, o tan solo para oir los relatos del exterior que él le narraba tan vívidamente, como si lo estuviera experimentando, tal era la nostalgia y la vehemencia de su corazón. En otras ocasiones se mostraba algo distante y circunspecto, y se recostaba en su hamaca, al pie de las ramas o se quedaba largo tiempo tomando sus tazas de hierbas aromáticas, o néctares que extraía de plantas y raices o simplemente contemplando el tachonado cielo, como si fuera el espejo de su alma y quisiera descubrir algo profundo y escondido y ansiado. Thais le hizo saber que quería que le enseñase a lanzar aquella extraña y sencilla arma que él llamaba honda, y eso mismo hizo. Una nueva luz renació en sus ojos. Thais fue una especie de bálsamo para él. Su entusiasmo, su vigor, eran como un huracán de consuelo en un corazón solitario y ajado, endurecido por las vicisitudes de una vida áspera e ingrata. Además, enseguida aprendió el manejo de esta y se hizo casi tan experto como lo era con el arco, y hablando de ello, Vos le hizo un hermoso arco de flexible madera, y flechas y un carcaj recubierto de

piel de diferentes y resistentes raices. Ambos compitieron en más de una ocasión para ver cual de ellos era más hábil en su manejo y ambos resultaron ser grandes arqueros, si tal vez “Vos” era más imperturbable, más sereno en su forma de lanzar, el príncipe demostró que a pesar de su juventud e inmadurez, era más propicio a las grandes gestas, a superar lo imposible, y en movimiento era casi insuperable. “Vos” también le enseñó a empuñar dos espadas pequeñas, aunque él solo tenía una, pero con dos ramas pudo ejercitarse de forma aceptable. Le regaló una hermosa daga de empuñadura de nácar y diamantes y también le enseñó su uso, totalmente diferente al de la espada, no solo en su técnica sino en su concepto. En definitiva, Thais mostró ser un gran alumno, hasta que al fin decidió darle algunas piedras de Cetro, mineral que se encontraba en las grutas de las Montañas Rojas del noroeste y que tenían la extraña singularidad de convertirse en ígneos bólidos de fuego. Esto le entusiasmó en gran manera. A pesar de ello, “Vos” le prohibió que lo utilizara si no era en un caso necesario, por que eran muy valiosas y difíciles de conseguir, y en alguna que otra ocasión había arriesgado su propia vida para obtener un puñado de ellas. Thais horadó una de ellas y se la colocó al cuello después de frotar su áspera superficie y admirar su opaco color grisaceo.

Thais, por fin se atrevió a caminar solo por los alrededores de la casa colgante, bueno, a veces le acompañaban algunos de los monos y uno de ellos era Popi, que se había convertido en su inseparable ayudante. En ocasiones fueron donde encontró el alimento de los lagartos, y les robaba o les espiaba, sintiendo una especie de escalofrío rigido en su interior, pero había aprendido a ocultarse bien y eso le hacía casi invisible. En otras

ocasiones iba al pequeño estanque y se bañaba, aunque Popi siempre se ponía en un lugar ventajoso para vigilar que esos grotescos seres no aparecieran de repente, como en más de una ocasión ocurrió, escapando de allí por los pelos. Nunca se atrevió a seguir la pendiente del río por que Vos se lo había prohibido, debido a que, aunque no lo había nombrado específicamente, sabía que posiblemente por allí se encontraba la morada de ellos. En una ocasión vieron un hermoso venado de profusos e insondables ojos negros en una de las trampas red de los lagartos, y Thais no pudo hacer otra cosa que liberarlo y contemplar su majestuosidad, su hermosura, y esos ojos que expresaban su gratitud de forma silenciosa y discreta. Popi lanzó un pequeño gruñido y él supo enseguida a qué se refería, su cara lo anunciaba y así fue, por que cuando se lo comentó a "Vos" este se enfureció y le advirtió del peligro que corrían. En un sentido tenía razón. Por mucho, mucho tiempo, había pasado desapercibido, y eso lo había hecho gracias a su discreción, a su falta de protagonismo, a mantenerse permanentemente oculto, en silencio, y ahora, a no ser que esos seres fueran realmente estúpidos, cosa que por otra parte era probable, habrían deducido que había alguien por allí, y no solo por esa acción, sino también por el robo continuo de alimento, porque en las poquitas ocasiones que se había tropezado con ellos, había tenido la fortuna de conseguir que ninguno escapara con vida y les había hecho varias heridas para que los lobos oliesen la sangre por la noche y los devorasen, quedando su persona fuera de todo protagonismo. Pero cortar una red, resultaba demasiado evidente. Thais se mostró apesadumbrado, pero intentó explicar esa mirada quieta y sosegada, esos ojos impenetrables, ese porte sublime y señorial, y a juzgar

por la mirada del viejo ermitaño fueron razonamientos demasiado poderosos para rebatir.

En realidad aquellos lagartos no eran tan tontos como su grotesco porte así parecía denunciarlo. Hacía tiempo que no se veía tanta actividad en aquel perdido bosque de árboles macizos. Aquellas desalmadas criaturas estuvieron durante un tiempo peinando la zona de forma insistente y minuciosa. Era como buscar una aguja en un pajar, pero aún así no era increible el pensar que podían llegar a ser descubiertos, como en más de una ocasión ocurrió, solo que gracias a la astucia y la diligencia de los monos pudieron evitar el serlo, aunque en una ocasión hirieron a uno en un costado con una certera saeta, pero la sapiencia de “Vos” le salvó la vida. Aquellos malditos buscaban sin cesar algún tipo de huellas, rastros dejados por equivocación, indicios, cualquier cosa que les delatara, pero en vano, así que poco a poco fueron desesperándose, mientras ampliaban el círculo, hasta que se hartaron de la infructuosa empresa y fueron desistiendo paulatinamente, y por fin entraron de nuevo en su incierto escondite, huyendo siempre de la luz del sol.

Después de aquella transitoria etapa vino otra más calmada y placentera, en la que Thais pudo ver y sentir cosas que nunca imaginó siquiera que podrían existir, como por ejemplo, una de esas noches en la que se hallaba en la rama de un árbol, reflexionando sobre su tierra y su padre, orándole a los dioses y hablando con su venerada madre, y vio a una especie de pequeño árbol de unos dos metros mover de forma indistinta y fugaz sus ramas, aunque en un principio creyó que habían sido imaginaciones suyas. Acto seguido volvió a ocurrir lo mismo, pero de forma evidente, y entonces pensó que el

viento las había mecido, aunque bien sabía que no había ni pizca allá abajo, y cuando el árbol movió ligeramente el tronco pensó que estaba siendo víctima de alguna especie de burla o broma por parte de los dioses. El "árbol" entonces se desperezó concienzudamente, meneando laboriosamente todo su follaje y despegó las raices del suelo, mostrando unos pies gordos y nudosos, y sus raices, como si se trataran de cientos de tentáculos de savia, tomaron vida propia y se ocultaron dentro de su sarmentoso cuerpo. Se estiró como lo hacía él mismo cuando despertaba resacoso y comenzó a caminar a pasos lentos y pausados, enseñando unos ojos marrones muy profundos y sagaces, cargados de una solemnidad gloriosa y añeja. Thais no tuvo capacidad para nada. Se quedó en su rama quieto como una estatua, entre fascinado y medroso, pensando en que clase de criatura era aquella, si no era acaso uno de los dioses materializado o quizás tan solo una señal de parte de ellos. Más tarde, cuando este desapareció en medio de la opaca oscuridad, y después de recuperarse, buscó apresuradamente al viejo y le contó lo que había visto aún con el temor de que este lo tomara por loco, pero no fue así, al contrario, le dijo que se trataba de un "hombre-errante", tal como lo llamó, del cual quedaban ya muy pocos. Eran una raza antigua como el tiempo, y se asemejaban más al reino vegetal que a nosotros mismos. Según contaba la leyenda de los bosques, podían vivir hasta mil años, de los cuales la mayoria se los pasaban durmiendo y alimentándose, y cuando, por alguna desconocida razón se despertaban, tenían la costumbre de mudarse de lugar buscando mejores tierras quizás donde hundir sus raices para dormir de nuevo una buena temporada, y así el proceso volvía a repetirse de nuevo.

Tan solo de esa forma podía distinguírseles, por qué cuando entraban en la etapa del letargo era imposible hacerlo. Vos también le confesó que él, en todo el tiempo que llevaba viviendo en los bosques, tan solo había visto uno y que también se quedó estupefacto, por qué su presencia solía tener ese efecto en las demás criaturas.

Además de eso, el príncipe pudo ver otras cosas no tan impresionantes pero de una belleza desbordante y arrebatadora, como por ejemplo las carreras de las ardillas grises, sus correteos, sus ágiles movimientos, sus espectaculares saltos, desafiando al viento, surcando las alturas como aves experimentadas, coronando los árboles de felicidad y jovialidad, acompañado siempre de la jocosidad incansable de los simios. También pudo contemplar los ostentosos y variopintos vuelos de las libélulas en la época del cortejo y apareamiento, cuando los machos intentaban conquistar al mayor número posible de hembras para la fecundación con sus diestras maniobras, sus acrobacias incansables o sus piruetas intrépidas. Cerca del lecho del río podían divisarse un gran número de ellas, de todos los tamaños y colores imaginables, en sus amorosos cortejos, revoloteando aquí y allá, formando espirales de fantasía, que se entremezclaban con el arrullo del agua y con la intimidad del bosque. Después los machos desaparecían y las hembras se dedicaban a depositar sus huevos en los tallos de las plantas acuáticas, en ramas y hojas por debajo del nivel del agua, e incluso algunas se limitaban a dejarlos caer a esta. Más tarde venía la eclosión, donde cientos de ninfas salían al mundo exterior, pero eran implacablemente atacadas por pequeños sapos de colores oscuros y ojos saltones, usando sus viscosas lenguas como auténticos estiletes que atrapaban sin remedio a un

ingente número de pobres larvas, y solo sobrevivían las que andaban listas y prestas para escabullirse con sus movimientos espasmódicos y rápidos o para ocultarse en algún lugar seguro y alejado de sus inmisericordes verdugos, y de esa forma, muchas lograban hacerlo.

Otro caso eran las luciérnagas. Con sus luces incombustibles coronaban la oscuridad del bosque en un lugar etéreo y mágico, emitiendo intermitentes destellos blancuzcos o verdosos en la época también del apareamiento, o iniciando sus efusivos conciertos, pues eran insectos muy dados a la interpretación, cuando por ejemplo se colocaban en un gran árbol y emitían sincronizados y acompasados destellos a la orden del insecto marcapasos, formando hermosas sintonías luminosas que rivalizaban en belleza al mismo arcoiris o a una puesta de sol, recubriendo en ocasiones el árbol por un ciento de luces pululantes que titilaban al unísono unas veces y otras de forma intermitente e irregular o cuando hacían vuelos en grupo, forjando en el aire hermosos cuadros lumínicos que se perdían con la misma facilidad con que se creaban, dando a veces la impresión de que en vez de un conglomerado de luciérnagas se trataba de una figura fantasmal y brillante que aparecía y desaparecía a golpes de luz.

O también otro espectáculo igualmente impresionante, aunque exento de la belleza de los anteriores era las bandadas de enormes murciélagos revoloteando como una gran zarpa, que se expandía y se contraía a impulsos irregulares, en busca de una posible víctima que atrapar, y que impregnaba el lugar con un efecto lúgubre y hasta tétrico, mientras se lanzaban temerariamente contra casi toda criatura que se pusiera a su alcance, excepto cuando aparecía alguna enorme lechuza hambrienta que entonces

huían despavoridas, evitando caer en sus poderosas garras.

Pero una de esas densas noches del bosque donde la oscuridad se convertía en impenetrable vacío y tenía que dejarse guiar por otros sentidos más que por la vista, salvo que llevara alguna antorcha o algún artesanal candil, aunque esto tampoco hacía cambiar demasiado la cosa, ocurrió algo que a la postre, cambiaría el curso de su vida nuevamente. Todo empezó con un lejano susurro que el eco trajo hasta sus oidos, cuando "Vos" ya dormía plácidamente. Parecían jadeos, pero era una sonido que se debatía entre humano y espectral. Su oido le dijo que algo estaba ocurriendo no muy lejos de allí, así que tomó un pequeño candil y se fue buscando su origen. Nuevos ecos le confirmaron su deducción. Eran jadeos continuos que parecían acompasados con gruñidos agresivos, y Thais ya había estado allí el suficiente tiempo como para saber que se trataba de los lobos, que de vez en cuando, hacían incursiones en el bosque buscando comida. Cogió su arco, su carcaj, su daga y bajó de la vivienda gracias a los demás monos, que a pesar de sus advertencias, hicieron caso omiso y le siguieron por las ramas de los árboles o por el suelo, a una distancia prudencial. Aguzó el oido. Ahora estaba seguro. Se trataba de una persecución implacable, y a juzgar por la reverberación, se encontraban a una distancia muy corta. Varios lobos, quizás tres o a lo sumo cuatro, aunque no era de extrañar que el resto de la comitiva les siguiera de cerca, pues era probable que estos hubiesen advertido con sus penetrantes aullidos a los demás. Y en medio de toda esa amalgama de terror un gemido solitario y desesperado que sin sonar enteramente humano, tampoco parecía probable que se tratara de un animal. Thais entonces se

apostó detrás de un árbol retorcido de ramas bajas y gruesas raices que caían desde lo alto hasta enterrarse en el suelo y sacó tres flechas de su carcaj, colocándolas en forma de tridente en su arco, preparado y dispuesto a cualquier cosa. Un sudor frío le recorrió la espalda mientras suponía el pronto desenlace de todo, pero intentó mantenerse con calma e infundir valor a su dubitativa alma. Nunca había visto los lobos del bosque, pero el anciano le había comentado que tenían grandes colmillos punzantes y afilados y un corazón oscuro y perverso, como el de los lagartos. De súbito una sombra grisácea apareció de la nada, dándole un susto de muerte, bueno, en realidad, ambos se asustaron el uno del otro, y este cayó al suelo extasiado al comprobar que no era otro de esos diabólicas bestias, y él también suspiró al comprobar lo mismo, pero tensó su cuerpo por que sabía que estos aparecerían de un momento a otro. Antes de que pudiera verlos, sintió sus presencias, oyó sus pasos, advirtió sus jadeos, pues Vos le había enseñado a utilizar todos sus sentidos en medio de la oscuridad, cosa harto valiosa en aquel enmarañado bosque de troncos gigantes, y en realidad no necesitó verlos, sino que tensó la cuerda y lanzó las saetas, y al instante los gemidos quejumbrosos de los animales delataron la suerte que habían sufrido. Thais sintió un flujo de tranquilidad en todo su cuerpo, pero no se dio cuenta de que algunos metros atrás venía otra bestia en un efusivo galope, tal fue la cosa que en cuestión de un segundo pudo adivinar que no le daría tiempo de colocar otra flecha en el arco, así que con premura lo lanzó al suelo y sacó la daga de su vaina, justo en el momento en que este se avalanzaba con enormes fauces abiertas, y tal fue su empuje ciego e iracundo que al caer sobre él también cayó sobre la daga,

que el príncipe mantuvo firme en su mano, y esta penetró por completo bajo su costado. El animal entonces expiró con una mirada furtiva y maligna y la lengua quedó a medio morder entre sus colmillos. Thais se levantó como pudo sintiendo un agudo escalofrío en su cuerpo al ver aquel imponente animal de pelaje negro, pezuñas grandes y hocico amenazador y recogió a la criatura sin apenas poder fijarse en ella, tan solo la extendió sobre sus hombros, por que no era más grande que un niño, y se la llevó a toda prisa de allí, oyendo de fondo el aullido de otros lobos que buscaban a estos primeros con ansia devoradora.

Una vez en la casa colgante pudo tirarse sobre el suelo cuando lo dejó sobre la cama de “Vos”, que lo observaba estupefacto, sin saber que hacer, si reprender al joven o auxiliar a la criatura o ambas cosas a la vez.

-Eres impulsivo, joven príncipe...- Dijo con tono conformista, mientras le examinaba en busca de golpes o heridas o cosas por el estilo.

Todo parecía estar bien, así que preparó un poco de frutos y agua y néctar de flores, mientras Thais le observaba con curiosidad. Enseguida estableció un símil con algunos felinos, pues sin duda parecía uno de ellos, solo que caminaba a dos piernas, como la mayoría de las criaturas con raciocionio. Su piel era espesa, recubierta de un suave pelaje gris a rayas negras. Dos orejas pequeñas y puntiagudas coronaban su cabeza, y un poco más abajo unos grandes y hermosos ojos grises dignificaban un enjuto rostro del cual sobresalía levemente un pequeño hocico con una pardusca nariz chata y unos finos bigotes que le colgaban con gracia. Aparte de todo eso, que no era poco, no poseía pezuñas de uñas retráctiles sino una mano delgada y peluda con

cinco sarmentosos pero recios dedos. Thais también adivinó que poseía un pequeño rabo, aunque a causa de estar boca abajo no lo vio, y llevaba unas vestiduras oscuras y mugrientas. Olía mal.

"Vos" le acercó un cuenco con agua y este se reanimó, pero un segundo después se mostró sobresaltado e inseguro, y de un presto salto se colocó en una de las ventanas de la habitación. Lanzó algo parecido a un amenzador maullido y el hermitaño intentó tranquilizarlo hablándole con lentitud y serenidad, mientras que intentaba convencerlo que no tenía nada que temer. Con suavidad extendió su brazo y le mostró el cuenco. Este primero se mostró desconfiado, pero acto seguido lo olisqueó y después lo tomó con precaución, hasta que comprobó que se trataba de agua y bebío con vehemencia, pero sin perderles de vista. Ahora fue el príncipe quien habló con él, y este pareció reconocerle, por que bajó de su lugar y se acercó a ellos dubitativamente, pero Thais le ofreció un poco de comida y este se regocijó al probarla. Pasado ese primer preámbulo, este le dijo algo en una lengua que les sonó extraña, pero que a su juicio, era una especie de señal de gratitud por haberle salvado de los lobos, y los tres se sentaron a la mesa, mientras él se saciaba ya más tranquilo y relajado y los monos, de nuevo, no cesaban de observarlo todo y de hacer jocosas muecas y ocurrentes carantoñas. Un rato después este se acostó en su cama y quedó dormido en poco tiempo, y "Vos" y él subieron a la copa del árbol a ver las estrellas y charlar.

-¿Qué clase de criaturas son?

-¿Qué puedo decirte?- El viejo cogió un soplo de fresco aire y miró al cielo con intensidad.- No sé de donde

vienen ni quienes son. Supongo que esclavos de los lagartos...

-¿Esclavos? ¿Quieres decir como tu pueblo?

"Vos" asintió amargamente.

-Ya te dije que los nuestros murieron, todos. No aguantaron el verse privados del sol, del aire, de las estrellas, del aire fresco, del mar, de tantas cosas... Un día llegaron a nuestro poblado y mataron a la mitad de los hombres. Todo fue tan de repente que no pudimos prepararnos concienzudamente para rechazarles. Tampoco éramos un pueblo guerrero. Amábamos demasiado la vida. Supongo que cuando los míos murieron fueron en busca de nuevos trabajadores para sus minas, nuevas víctimas... Sí, nuevos muertos...

-¿Nunca intentaste ayudarles? Quiero decir si ...

-¡Sé lo que quieres decir¡- Atajó este enfurecido.- Sé lo que quieres decir...- Repitió de nuevo pero apesadumbrado.- Cuando escapé de ellos me maldije por mucho tiempo por no haber sido valiente para quedarme y luchar, sufrir su misma suerte, sufrir y morir como ellos. Quise volver, y, después de que el remordimiento carcomiera mis entrañas, decidí volver e intentar liberarles. Busqué para ello alguna entrada alternativa, y logré encontrarla, así que después de eso penetré de nuevo por el largo túnel en dirección a los infiernos, y he aquí que cuanto más iba bajando la desazón más iba devorándome, como un ejército de termitas que va consumiéndote poco a poco. No era miedo propiamente dicho, era algo que brotaba de mi interior y que me impedía actuar con normalidad. Sensación de ahogo, escalofríos por la espalda, pesadez en las piernas... Eché un vistazo a mi alrededor y me di cuenta que era lo que me pasaba. La profundidad, el abismo, esa sensación de

estar siendo enterrado, sepultado, las angostas cavernas... Una especie de terror superior a mi, y caí casi inconsciente detrás de una oscura hondonada, y allí permanecí por mucho tiempo, sin poder reaccionar, hasta que pasaron varios lagartos que estaban de guardia, y les oí hablar... Oí como se reían de nosotros, de lo endebles que éramos, de cómo estábamos enfermando y muriendo y de cómo tendrían que salir a buscar nuevos esclavos, pero que esta vez buscarían criaturas que estuvieran más habituadas a las profundidades, a las cavernas, a la oscuridad, para que rindieran en la mina... Después que se fueron hice todo el acopio de mis fuerzas y escapé arrastrándome de allí, sintiendo a cada paso que iba ahogarme, hasta salir a la luz, y milagrosamente todo fue desapareciendo a medida que me alejaba de allí. Pasó algún tiempo y encontré a estos monos, o ellos me encontraron a mi, mejor dicho. Sobreviví a duras penas, ocultándome continuamente, e incluso intenté penetrar de nuevo en la gruta para ayudarles a escapar. Pero fue en vano. Esa maldita aversión a los espacios profundos pudo de nuevo vencer a mi desesperada alma, y no pude entrar en la gruta. Desde aquel día nunca he vuelto a hacerlo. Es como si un dios malvado y ruin se apoderara de mi cuerpo y me estremeciera de arriba abajo, creando dentro de mi mente un abismo insondable que no pudiera atravesar, unas densas tinieblas que me envuelvieran de tal forma que me hicieran perder toda noción de mi mismo como ser, y que hiciera que todos mis miedos y mis demonios aflorasen a mi piel hasta tal punto que dejara de ser un hombre y me convirtiera en un mero trozo de carne asustada y desconcertada... Bueno, supongo que son de esas cosas contra la que uno nada puede hacer... A decir verdad, llevo muchos años en este

bosque para comprender que es algo que me sobrepasa, pero no fue fácil superar ese sentimiento de frustración, de soledad, de inutilidad, de aflicción... Aún sigo escuchando a veces sus voces dentro de mi cabeza, rebotando aquí y allá a lo largo del bosque, en cada rincón, en cada rama, dentro de los troncos de los árboles, detrás de las sombras... Voces silenciosas y penetrantes que imploran mi ayuda, que exigen que les acompañe en el largo viaje, que tome mi lugar, que cumpla mi destino, el llanto sopado de los compañeros, de las mujeres y niños que perdieron la luz del sol y perdieron sus almas...- "Vos" aspiró una bocanada de aire con profusidad mientras en sus ojos se dibujaba una expresión amarga y resignada, a la vez que dirigía una furtiva y dócil mirada hacia los titilantes ojos del joven príncipe, tan experto en desazones y pesares, y cuya solapada tristeza le recordó a la suya, sumiéndose él también en un sinfín de amargos recuerdos que brotaron como una fluctuosa cascada desde alguna parte de su desgarbado espíritu y le hicieron sumirse igualmente en un estado melancólico y profuso, en contraste con el límpido cielo engalanado de hermosas perlas rutilantes que fulguraban con gozoso esplendor, invitando más a la esperanza que al desasosiego.

En cuanto a "Felino", como así habían apodado al nuevo compañero, se recuperó de sus lesiones y se largó de allí un par de días después, creando entre ellos una leve preocupación por su paradero, por lo cual se dispusieron a buscarlo por los alrededores, y así hicieron por varios días, pero este no dio señales de vida, así que ambos temieron que hubiera hecho alguna locura y hubiera sido apresado nuevamente, con lo cual también podría peligrar sus vidas, por que aquella criatura podria

localizarles, o al menos orientar a los lagartos. Pero no fue así, por que tres días después, apareció de nuevo en la caseta donde dormía Thais. Esta vez se mostró más tranquilo y confiado, así que los tres saciaron la sed y el hambre y hablaron de varias cosas, o al menos lo intentaron, por que los lenguajes eran tan diferentes que no había forma de entenderse más que por señas, pero eso solo fue durante la primera etapa, por que poco a poco demostró su gran inteligencia al ir, en primera instancia entendiendo su lenguaje a duras penas, o la menos algunos conceptos y en segunda a repetir algunas palabras con éxito. Era un gran alumno, y rivalizaba enormemente en agilidad y ligereza con los monos, pues era un artista en los saltos largos, en danzar por las ramas como si flotara, en caer de pie, por supuesto desde alturas no superiores a varios metros. Era nervioso y encantadoramente desinquieto. Nunca permanecía mucho tiempo quieto en un mismo lugar sentado, por ejemplo a la mesa, excepto cuando tenía hambre y la comida permanecía sobre esta, y a menudo se subía por encima del escaso mobiliario o por encima de los trastos, y Vos siempre terminaba enfadándose con él, cosa que buscaba a menudo, como buen pícaro. Aunque siempre colaboraba al máximo en todos los quehaceres, y sobre todo era un buen discípulo cuando "Vos" y Thais entrenaban, ya fuera con el arco, las espadas o la honda. A veces se mostraba distante y gemía, casi como si maullara, cuando se acordaba de los suyos, y una angustia muy profunda y cruel destrozaba sus limpios ojos esmeralda, clavando una mueca sorda y atribulada en su rostro.

Era una criatura solitaria, pero a la vez afectuosa. Una vez bebió un par de vasos de un licor de arándanos que

“Vos” destiló y formó una tremenda buya en la caseta con ellos y los monos. Desde hacía mucho, mucho tiempo Thais, y sobre todo “Vos”, no se reían tanto, de sus disparates, cabriolas y volteretas. Lo que para ellos no fue otra cosa que un estímulo que los hizo sentir bien, para “Felino” fue una especie de bomba que activó los mecanismos de comportamiento más ridículos y desinhibidos posible. Tanto así que en una de las ocasiones retó a los monos ha hacer saltos y piruetas inverosímiles y difíciles, y fue una competición muy reñida, pero a fe de ellos y sus carcajadas, fue conquistada por él, a pesar de que los monos habían sido, hasta el momento, los absolutos campeones de piruetas del bosque, pero no contento con eso, propuso el experimento de lanzarse desde allá arriba al suelo y caer de pie, sin un solo rasguño. Entonces Thais y el viejo tuvieron que disuadirle e incluso agarrarle, por que en su cómica brabuconería, se había empeñado en llevarlo a cabo a pesar de sus reproches, pero cuando parecía más dispuesto a hacerlo comenzó a balbucear confusas palabras y a tartamudear imprecisamente y en voz alta si acaso ya se había lanzado al vacío o qué era lo que ocurría, por que todo le daba vueltas y más vueltas, hasta que cayó en redondo sobre los brazos de Thais, que lo sujetó antes de que se diera de bruces con el piso.

A veces se quedaba estático en alguna rama por un buen rato, tanto que parecía una auténtica estatua, o un depredador acechando a una presa, y de súbito daba un espasmódico salto y se colocaba en el árbol contiguo, a varios metros de distancia. Tenía costumbres extrañas. Por ejemplo, solía salir de noche y a veces dormía un poco al amanecer, y aún en ocasiones ni siquiera lo hacía. Solía restregarse la espalda contra el suelo con jocosidad

y mover los bigotes nerviosamente, o a veces se los manoseaba reflexivamente, o se acariciaba el pelaje de su cabeza. Era un consumado observador. Sus profundos ojos esmeralda se clavaban en una ardilla o una liebre o simplemente en el balanceo de alguna rama y permanecía así de forma paciente y tranquila. A veces se subía a la copa de alguno de esos imponentes árboles y se quedaba una eternidad observando las nubes, sintiendo el roce del templado viento del sudeste sobre su suave pelaje, o dormitando sobre una frágil rama sin aparente miedo a caer al vacío. Le gustaba mucho visitar la habitación donde "Vos" tenía su laboratorio, si es que podía llamársele así, por que allí había depositado toda clase de raices, flores y demás variedad del bosque, tenía sus rudimentarios aparatos de destilación, experimentación y observación y los manuscritos que él mismo había escrito sobre sus propias experiencias personales, teorías y vivencias, además de sus extraños artefactos de fabricación autónoma y sus variados y desconocidos compuestos que el mismo mezclaba y conseguía. Le encantaba, por ejemplo, cuando el viejo formaba explosiones sulfurosas o reacciones químicas diversas, o cuando por medio de un extraño metal movía otros metales más pequeños, y todo ese tipo de extravagantes cosas

Pero era reacio ha hablar de si mismo y de los suyos. Era como si una sensación angustiosa le impidiera tan solo pensar en ello. No era muy comunicativo en cuanto a eso. Hasta que una noche se vio sorprendido por una estruendosa tormenta de refulgentes y briosos truenos que mecían desde la raíz hasta la copa a los árboles en una especie de titánica batalla celestial donde los dioses parecían haberse enfurecido en exceso. En realidad se

trataba de las vibraciones que viajaban de arriba abajo y viceversa con prodigalidad. Esa ostentación, esa grandeza, le hizo sobrecogerse de alguna manera, al experimentar ese poder divino, ilimitado y extraño, con esos resplandores mágicos y esas lenguas de energía cortando el plomizo firmamento y esos atronadores estampidos zumbando hasta sus oidos con ensordecedoras detonaciones. Arrobado y temeroso quiso trepar a la copa para poder contemplarlo mejor, pero "Vos" le indicó que era peligroso por que podía ser alcanzado por un rayo, así que se resguardó junto a ellos dos en una especie de habitación que el ermitaño había practicado en el interior de un tronco, no muy lejos de las habitaciones colgantes, y que llegaba de ellas por medio de un artesanal puente de madera y sogas que los monos habían colocado con destreza, y les preparó una reconfortante infusión de raices de hojas de mate, y allí, al amparo de la borrasca, "Felino" les habló de su pueblo, de su tierra y de su destierro. Por siglos habían vivido en la ribera oeste de las tierras montañosas de "Urthargold", al borde con el bosque de sauces y de las cavernas, cerca de la costa, donde solían vivir y habitar, protegiéndose de unas terribles bestias que habitaban en manadas y que merodeaban siempre por allí buscando posibles e incautas presas, pero que odiaban la oscuridad y más en concreto las profundidades, por lo cual nunca se atrevían a penetrar en sus complicadas galerías y las pocas veces que lo habían hecho algunas de ellas habian sido cazadas literalmente, así que aprovechaban la noche para salir en ocasiones al exterior, amparándose en su agilidad, percepción y visión nocturna, a diferencia de las malditas bestias que los amenazaban, que eran superiores, pero más torpes y escasas de capacidad para ver en situaciones

de carencia de luz, aunque muy astutas y fuertes. A pesar de ello, eran amantes de la luz del sol, por lo cual a veces se habían llevado desagradables sustos, y el más desagradable de todos fue cuando las hordas de los lagartos llegaron al lugar, arrasando incluso con la mayoría de las voraces bestias parecidas a extraordinarios lagartos carnívoros, que tuvieron que emigrar a la parte alta e inaccesible de las Montañas del Olvido, pero también arrasaron con su poblado, matando a un gran número de ellos y apresando al resto, aunque algunos pudieron huir y escapar a otros lugares, aunque no sabía hacia donde, pero de todas forma era un número muy reducido y con pocas posibilidades de supervivencia. Les contó lo mucho que estaban sufriendo los suyos en aquel infernal abismo, como habían intentado en más de una ocasión liberarse, pero sin éxito, y como, gracias a un accidente en el que murieron varios congéneres suyos, pudo huir, pero que una partida de lobos que se habían despegado de la manada en busca de posibles presas le habían seguido el rastro, estando a punto de darle caza.
Al día siguiente de la tormenta volvió a desaparecer, ante el notable asombro y preocupación de ambos. Volvieron a buscarle por los alrededores y tampoco apareció, como en la vez anterior. Tanto “Vos”, como el príncipe como los simios se habían encariñado en gran manera con él, por lo cual sintieron profundamente su desaparición, y temieron más que la primera vez si cabía, por su integridad, pero varios días después volvió a dar señales de vida otra vez, lo cual hizo que el viejo se enfadara bastante con él, pero el brillo de sus ojos era diferente, su expresión, la tensión de su rostro...
-Quiero salvar a los míos...- Declaró esforzándose por decirlo lo más correctamente que pudo en la lengua de

ellos.- Decidido estoy...- Después masculló algo en su enigmático dialecto.

-Sé a que te refieres...- Comentó el anciano sabiendo de antemano que ese momento llegaría. El también había pasado por ello.- ¿Qué puedo decirte? El destino nunca se tuerce más de una vez...

-Pueblo allá abajo. Yo aquí a salvo. No puedo tener paz si pienso en ello...-volvió a utilizar su lengua natal.- Gracias, "Felino" nunca olvidará... Debo irme.

-Espera un momento...- Pidió Thais.- ¿Cuál es tu verdadero nombre?

-Me llamo "*Achtaz Octhough*".

-¡Espera!.- Pidió, casi exigió. "Felino" se retuvo por un momento.- Quisiera ayudarte. Ir contigo.

-No es tu pueblo, ¿Por qué?

-¿Qué más da el por qué? He pasado muchas penalidades hasta llegar a aquí. Me encuentro en una tierra extraña, como tu, desdeñado por la providencia, olvidado por los dioses, vencido por el destino... Siento que es algo que debo hacer algo, y hace ya bastante tiempo que no lo sentía; y puede ser incluso que para eso me hayan enviado los dioses hasta estos parajes tan inciertos. Además, "Felino"...- Le puso una mano en el hombro y hubo como una especie de fluctuación de energía entre ambos.- Cuando salvemos a tu pueblo, me gustaría que me ayudárais, si teneis a bien, a volver...

-Está bien...- Respondió después de pensarlo durante un segundos.- Pero será algo muy peligroso. Tal vez perdamos la vida...

-Hace tiempo que yo he perdido la mía.- Respondió el príncipe, y después brindaron por la victoria, aunque "Felino" no probó el licor de arándanos para no repetir el jocoso espectáculo, pues no era tiempo para ello, lo hizo

con jugo de una fruta celeste y dulce que crecía en las copas o las ramas más altas de algunos árboles y que los simios recolectaban.

"Vos" entonces les relató una especie de plan que desde hacía mucho tiempo había concebido, que consistía, en líneas generales, en neutralizar el máximo posible de lagartos con discreción antes de sublevarse abierta y sorpresivamente y pasar a la acción, aunque era cierto que ya no adivinaba a recordar como era ese espantoso lugar por dentro. Si hubiera tenido la oportunidad de entrar de nuevo, aparte de sentir ese inevitable escalofrío que le habría arañado el alma como la primera vez que lo hizo, se hubiera sorprendido por lo diferente y lo amplio en que este se había convertido, con docenas de galerías y de estancias nuevas. Además le indicó que conocía una entrada alternativa, una entrada que los propios lagartos habían olvidado por que hacía ya más tiempo del que podía apenas recordar, hubo un derrumbe interno y dejó de utilizarse, pero que era suficiente como para que una persona pudiera colarse hasta el interior del abismo. si permanecía de forma similar a cuando tuvo que arrastrarse por allí cuando consiguió huir y cuando sufrió esa extraña fobia Aparte de eso les proveyó de cervatanas y de dardos impregnados de una sustancia venenosa, para lo cual estuvieron gran parte de la noche preparándolos concienzudamente, y además, por si era necesario, un pequeño bote con esa sustancia por si necesitaban humedecer más proyectiles. Al día siguiente, y después de descansar, partieron de allí hacia el lugar donde el viejo les había indicado armados como auténticos guerreros, no solo por las enseres en sí, sino también por la disposición altruista e intrépida de sus corazones.

El caso es que partieron hacia el lugar, acompañados de "Vos" y también de todo el séquito de monos, que gemían débilmente por ellos, muy tristes de que partieran hacia una empresa tan peligrosa. Cuando llegaron a donde "Vos" calculaba que debía estar la entrada retiraron una gran cantidad de hojas y matorrales y breña y allí, en efecto, se encontraba, y no era más que una especie de boca diagonal de túnel que penetraba hacia el interior, como una madriguera. Entonces se despidieron del viejo estrechando amistosamente las muñecas con las manos y este les deseo valor y fortuna en la batalla y que pudiera realizar con éxito la empresa. Una última mirada salpicada de amistad y temor y ambos penetraron en lo que podía ser la última aventura de sus vidas. Pero no fueron solos, por que casi la mayoría de los simios, al menos los que no eran demasiado pequeños o demasiado viejos les siguieron con sigilo durante un buen trecho antes de que estos lo advirtieran.

Thais intentó convencerles de que no continuaran, pero fue en vano. Caminaron un poco más y entonces encontraron una pared de rocas, producto de ese derrumbamiento que "Vos" les había comentado. Sin desesperarse pusieron manos a la obra y comenzaron a quitar cascotes pequeños y medianos hasta que hicieron un hueco lo suficientemente justo como para penetrar individualmente por él, tal como hiciera él mismo muchísimo tiempo antes.

Después de eso el camino se volvió irregular. A veces se estrechaba y otras se ensanchaba, a veces zigzagueaba y otras veces era recto, a veces permanecía solitario y otras se bifurcaba. Gracias a los candiles con diminutos brillos y a la extraordinaria visión de "Felino" pudieron conducirse a través de esa opaca e insondable oscuridad

hasta que comenzaron a sentir lejanos sonidos que venían de algún punto incierto rebotando caprichosamente en los ecos espectrales del abismo. A partir de ahí apagaron sus candiles y se dejaron guiar completamente por él, hasta llegar a una angosta garganta que tuvieron que sortear para incorporarse a un angosto pasillo iluminado débilmente por antorchas colocadas sobre asideros que colgaban a distancia prudencial sobre las paredes. Aguzaron los sentidos pero por suerte no apareció ningún lagarto. Luego encontraron una tortuosa escalera de caracol y por ella bajaron tanto hasta quedar casi mareados. Según indicó "Felino", era una bajada alternativa que los lagartos no solían utilizar por razones evidentes, más habituados a hacerlo por los montacargas convencionales, cuya fuerza motriz era generada por los felinos, o por la parte trasera de la galería, donde habían unas escaleras más amplias y cómodas.

Los primeros lagartos aparecieron por allí. Eran un par, haciendo su acostumbrada ronda, pero tan confiados que apenas notaron el gran número de ojos que les observaban tras una de las esquinas, ocultos entre las sombras. Thais hizo señas para que todos retrocedieran con cuidado, y eso hicieron, y él se quedó disimuladamente tras la esquina de uno de los mohosos pasillos, hasta que estos pasaron. Entonces aprovechó para preparar su cervatana y dispararles con sigilo. Uno de ellos sintió un leve picotazo y el otro ni siquiera lo notó, pero continuaron su desentendido paseo por el túnel, hasta que cayeron conmocionados, un buen rato después, con el extraño gesto en sus rostros de no saber que les estaba ocurriendo.

Por supuesto los cojieron y los ataron y los arrastraron, a duras penas y entre todos, hacia un rincón oculto.

Después de eso continuaron el descenso por ese intrínseco laberinto, hasta llegar a una especie de puerta que, gracias a los dioses, estaba entreabierta. Desde allí podía oirse el sonido de las vagonetas circulando sobre largos railes, cargadas con los minerales extraidos, el ruido de los picos y las palas excavando, y hasta el zumbido lejano y estruendoso de los látigos o las grotescas voces de los capataces. Continuaron el descenso hasta encontrarse ante una artesanal cancela que abrieron con sigilo, penetrando a través de ella hasta el fondo de un lúgubre pasillo que conducía a una habitación angosta y vacía, tan solo rematada por dos extrañas aberturas simétricas, como ventanales alargados. Thais se asomó y vio todo el horror allá abajo, la frenética actividad, los esclavos, amigos y parientes de "Felino", trabajando sin cuartel acosados e instigados por esos odiosos seres de piel escamosa y ojos malvados, reconduciendo y guiando toda la actividad desenfrenada y hostil que allá abajo se llevaba a cabo. Además, sobre la galería central, que era grande y extensa, se erigían a los lados y sobre ella otros corredores más angostos en los cuales también se trabajaba con efervescencia obligada, cargando y descargando las vagonetas, que después eran enviadas a otras secciones lejanas. "Felino" también se asomó y una expresión dura y tensa se dibujo en su rostro.

-Bien, ha llegado el momento, tengo un plan...

El príncipe le explicó su plan, y ambos concluyeron que era acertado llevarlo a cabo. Lo pusieron en práctica dándole cervatanas y dardos a los simios y estos se encargarían de repartirlos con toda la discreción de que fueran capaces. En caso de ser descubiertos, no levantarían tantas sospechas que si fueran ellos mismos,

aunque también harían su parte del plan. Así estos se dividieron y comenzaron a cumplir, de forma muy eficaz, su misión.

Thais y "Felino", por su parte, se encargaron de camuflarse bien y dirigirse a sus coterráneos, por ejemplo, comenzando por los que estuvieran en lugares más alejados y faltos de vigilancia para advertirles del plan, utilizando todas las tretas posibles para ello, como por ejemplo ocultarse al fondo de alguna vagoneta que fuera vacía, y que estos, con disimulo, fueran esparciendo la noticia entre los demás, hasta que casi todos llegaran a saberlo. Además, en el camino pudieron abatir a muchos lagartos, por que se amparaban en la oscuridad y la sorpresa y disparaban a varios, y como el efecto no eran inmediato, al rato caían como fichas de dominó, uno detrás de otro.

El astuto plan funcionó bastante bien. Si bien los lagartos descubrieron a varios simios, los demás utilizaban esta circunstancia para repartir las armas y desatar a los que estuviesen atados, que eran minoría, así como para abatir ellos igualmente a otros lagartos, mientras la voz de la rebelión se esparcía como el fuego en un bosque reseco. Thais, en una de sus incursiones por una de las galerías superiores se llevó una gran sorpresa al descubrir entre los condenados a siete enanos, entre ellos a Turo y Gorak, que probablemente habían sobrevivido al naufragio y habían tenido la mala fortuna de ser apresados, o quizás fuera por ventura de los dioses, para que aprendieran alguna necesaria lección sobre la vida y sobre sus propias maldades. El caso es que allí estaban, con sus cuerpecitos achaparrados y fornidos y sus largas barbas negras sufriendo la truculencia de la opresión. Habían varios lagartos, y estaban demasiado

lejos para ser alcanzados con la cervatana, así que cargó decididamente su arco con tres flechas en forma de tridente, como hiciera con los lobos, y salió al descubierto, para poder apuntar más certeramente. Cuando uno de ellos vio su esbelta estampa lanzó un gutural alarido que alarmó a los enanos, que al darse la vuelta, sintieron una profusa estupefacción al suponer que se trataba de alguna divinidad encarnada en él. Pero la situación no dio para más, por que las saetas salieron disparadas con la velocidad del rayo, y las tres dieron en el blanco. Una atravesó el costado de uno de ellos, otra un hombro al segundo y la tercera le traspasó el cuello. Este lanzó su último aliento y cayó de bruces, aunque se esforzó por no hacerlo, pero los otros dos quedaron momentáneamente conmocionados, porque eran tan fuertes como malvados, así que a duras penas se levantaron, empuñaron sus alabardas en señal de batalla, con homicidas intenciones, pero ya para ese entonces "Felino" le había alcanzado la honda y esta zumbaba sobre su cabeza con un estrépito que sonaba a muerte, y así fue por que a los contendientes apenas les dio tiempo a dar un par de pasos hacía él cuando el ígneo bólido dejó una estela de fugaz brillo tras de sí y traspasó ambos cuerpos, estrellándose contra el fondo del pasillo, formando un sinnúmero de fragorosas chispas que se extinguieron con la misma rotundidad con la que surgieron. Ambos lagartos permanecieron un abrir y cerrar de ojos de pie, estando conscientes de todo, sabiendo con certeza que sus alientos de vida ya habían sido desterrados de sus cuerpos, y al instante cayeron fulminados.

-¡Príncipe!- Exclamaron todos al unísono, y cuando él llegó a su altura todos lo agasajaron de una forma o de

otra, dando gracias a los dioses por su sorpresiva presencia.

-¿Estais bien?- Todos asintieron.- Está bien, amigos, no podemos entrenernos ahora. Debemos irnos. Intentaremos salir de aquí, ¿De acuerdo?

-Estamos atados.- Contestó Turo.- Esos malnacidos nos mantenían atados por los tobillos, pero uno de ellos debe tener la llave.

-Aquí está.- “Felino” ya la había conseguido de uno de los cadáveres.

De súbito sonó un escandaloso sonido, como el toque de un cuerno, que estalló por todos lados con un eco profuso y penetrante.

-¡Por los dioses!.- Exclamó uno de los enanos asustado.

-Nos han descubierto.- Se lamentó el príncipe mientras terminaba de desatarlos.- Démonos prisa.

-Vamos, cojamos las armas.- Y los enanos les quitaron todas las armas posibles.

-¡Vamos!.- Pidió Thais, cuando los enanos se disponían a huir por el lado contrario por donde él iba a dirigirse.- Todavía no hemos terminado.

-Es más seguro salir por aquí.- Comentó angustiado uno de ellos.

-Aún hemos de ayudar a unos amigos.

Los enanos dudaron por un momento, pero Turo dio la conformidad y los demás asintieron.

-¡Está bien, príncipe! pero necesitaremos armas.- Contestó demostrando un alto grado de cordura.- Id vosotros y deja que nosotros las consigamos, pues conozco un aposento donde guardan lanzas, y espadas, y dagas y escudos. Id ahora.

Thais asintió y se marchó con “Felino” y un par de enanos, y pronto comprobaron que la batalla se había

extendido por todas partes. Los esclavos luchaban con arrojo contra los lagartos que aún quedaban en pie o que aún no habían sucumbido al efecto de la pócima de "Vos", pero apenas podían contenerlos por que eran poderosos y estaban bien armados, y porque a partir del toque de alarma, doblaron su número. Pudieron conseguir algunas de las armas de estos y con mucho corazón, agilidad e instrumentos de cavar, intentaron reducirles, pero sin conseguirlo. En medio de ambas fuerzas contingentes, estaban los monos, que saltaban de un lugar a otro evitando los letales envites o les tiraban dardos, los que aún les quedaban, que ya no eran muchos.. Al momento Thais y "Felino" se sumaron a la lucha con sus espadas cortas y con todo su coraje, pero pronto descubrieron que eran enemigos muy duros de pelar. A pesar de ello, sus fuerzas iban mermándose paulatinamente y los felinos iban aumentando en número para ayudar a los que estaban combatiendo, a medida que iban liberándose los de las galerías inferiores y superiores, pero parecía que no iba a ser suficiente, y Thais optó por ponerse en un puesto alto donde poder acribillarlos con sus flechas o sus piedras de Cetro, hasta que se agotaran, pero los enanos volvieron cuando la batalla se había convertido en cruenta y feroz, con varias sacas repletas de armas que fueron distribuyendo con entrega y esfuerzo, y eso les sirvió para dominar la situación a pesar de las bajas. Además de eso, prendieron fuego a todo lo que pudiera prenderse fuego, y aferraron con fuertes cuerdas al ídolo que coronaba la parte superior de la planta central y lo arrojaron al suelo con gran estruendo, y todos lanzaron broncos alaridos, que retumbaron en las grutas como espectrales berridos, haciendo crecer la desazón y la inquietud entre sus

enemigos, que fueron retrocediendo hasta ser presa, por primera vez en mucho tiempo, del miedo y la congoja, y fueron vencidos y humillados sin remedio, en parte gracias al coraje de los esclavos y en parte gracias a la tenacidad de los monos, que con sus efectivos esfuerzos y sus malabares piruetas lograron alcanzar a muchos lagartos con los envenenados proyectiles.

A pesar de que muchos se quedaron en el camino y no pudieron saborear las dulces mieles de la libertad, todos sentían una dicha tan grande en el corazón que algunos casi pensaron si no iba a explotarles de alegría, sobre todo cuando pudieron abandonar la vieja mina y salir a un mundo inmenso y salvaje que les dio la bienvenida con un saludable viento del noroeste y unas estrellas que más que titilar parecía que les saludaran con júbilo. Muchos quedaron extasiados al ver la imponente majestuosidad del infinito de nuevo, tan ausente y alejado había quedado de sus almas y sus recuerdos. Pero no olvidaron a los valientes que cayeron en la batalla. Después de un descanso merecido volvieron al interior, ya sin sentir ese sobrecogedor miedo que les inundara anteriormente, y sacaron todos los cuerpos mortalmente heridos, así como a los que tan solo estaban malheridos o magullados, y dejaron allí adentro a los lagartos que habían caido bajo el fiero ataque, tal como a los que no estaban muertos del todo, y los apiñaron en un gran montón, y les prendieron fuego, formando una sobrecogedora y formidable pira funeraria, aunque antes remataron a los que aún el aliento de vida no les había abandonado. Ese fue su castigo. Después sellaron las entradas con rocas y ramas que trajeron de los alrededores y desearon profusamente en sus corazones que nunca nadie pudiera pisar aquel recóndito trozo de

infierno por lo menos hasta dentro de varias centurias. Por un día estuvieron cavando tumbas en el espesor de la llanura, justo al límite del bosque, para enterrar a sus fallecidos en un lugar grato, en el cual el gratificante sol que por tanto tiempo les había sido negado les acariciase con afabilidad, hasta con fiereza, y la portentosa magia de la luna les acunase por las noches, y así sus auras pudieran sentirse complacidas de permanecer allí por toda la eternidad, pues sus creencias eran distintas a las de Thais y su pueblo, en una ceremonia solemne y sentida que conmovió su corazón, y después de eso, volvieron al bosque, e hicieron una grandiosa fiesta, como no se había visto desde hacía mucho, mucho tiempo; una fiesta en la que "Vos" repartió con abundancia comida y licor de arándanos, y en la que los monos rivalizaron con los felinos en acrobacias y piruetas, en la que Thais compitió con el viejo ermitaño en habilidad con el arco y la honda y con los enanos en la jabalina, y en la que estos lo hicieron entre sí, en una especie de lucha cuerpo a cuerpo que consistía en inmovilizar al contrario por cinco segundos o hacer que este cayera al suelo. Fue una fiesta de tal magnitud que hasta las más diversas criaturas del bosque se sumaron a esta en un acto de esplendorosa amistad y fraternidad, como si hubiesen sentido la divina necesidad de unirse a una celebración esperada y merecida, y entre estas estuvieron las ardillas grises con sus experimentados saltos, los ruiseñores de pelaje castaño o pardo, con sus melódicos cantos, o las libélulas con sus impresionantes vuelos rasantes y sus hermosos ascensos y descensos, ágiles y deslizantes, majestuosos, o las luciérnagas con sus espectáculos luminosos similares en rivalidad a un arcoiris o un amanecer, con sus brillos intermitentes y sus

imágenes celestiales, y los grillos sonaron más tenaces que nunca, y el viento zumbó en los apartados rincones formando monótonas melodías hipnóticas que rivalizaron con el murmullo y la algarabía de la propia la fiesta, que duró hasta el mismisimo amanecer...

Después de eso, Gorak llevó a Thais y a "Felino" lejos de allí, a varios días del bosque, junto a la costa, cerca del lugar donde habían amanecido aquel fatídico día después del naufragio, y les enseñó varias embarcaciones a medio construir. Aquello fue como una señal de los dioses. Quería decir que era posible regresar, a pesar de todo.

-Cuando llegamos a la costa, nos dedicamos a bordearla, convencidos de que encontraríamos alguna comarca, un pueblo, algo que nos orientara en cuanto a nuestro paradero. No nos atrevimos a viajar al interior sin averiguar antes dónde estábamos. Entonces descubrimos estos barcos. Por desgracia, montamos una especie de campamento aquí, y cuando vinimos a darnos cuenta, esos malnacidos ya nos habían apresado. Por lo visto, no tenían mucho conocimiento sobre la navegación ni sobre la construcción de buques, así que o bien dejaron el proyecto de lado o bien quién les estaba construyendo los buques murió... Después nos llevaron a las minas, aunque estoy seguro que cuando descubrieran nuestra pericia volverían a traernos aquí. En un principio discutían que hacer con nosotros, pero cuando les indicamos a duras penas y con señas que habíamos naufragado, decidieron llevarnos a su jefe.

-"Vos" ya me dijo algo al respecto. Creo que su intención era ampliar sus dominios más allá del mar, a las tierras lejanas de sur... ¿Crees que podría navegarse en ellas?

-Bueno, así tal como están no... Pero con un par de arreglitos, es muy posible.

-Entonces, pongamos manos a la obra.- Expresó Thais con satisfacción, Gorak asintió igualmente conforme.

-Príncipe...- Dijo ahora con un tono reconciliador y tímido.- Solo quería... Bueno, ya sabes...- Su lengua parecía trabada y sus ojos se sentían culpables.- Bueno, ¡Por las escamas de Odeón! Darte las gracias por tu valiente acción y pedirte disculpas, ¿De acuerdo? Nos salvaste... Sé que lo que hicimos no estuvo bien, y ahora entiendo que todo lo que nos ocurrió fue un castigo de los dioses, y acepto mi parte de culpa... Quiero decir que...

-Sé lo que quieres decir...- Salió en su auxilio al comprobar lo difícil y complicado que le resultaba poner en orden ese mare mágnum de ideas e intenciones, y como tanto las palabras como los pensamientos se le trababan a borbotones en su alma.- Eso te honra.

Ambos cruzaron una fugaz mirada y supieron, sin mediar más palabra al respecto, que todo era agua pasada. Ahora solo importaba el presente y el futuro. El pasado era ya algo muy lejano y difuso, como si hubiera ocurrido siglos atrás. Sintieron felicidad en sus corazones y volvieron al campamento. Allí fueron recibidos con gran alegría, sobre todo de parte de los simios. Por la noche Thais convocó una especie de reunión en la cual pidió el consejo de "Vos" sobre la situación. El confirmó lo que suponía, es decir, que los lagartos, al verse sorprendidos y asaltados, y sobre todo derrotados, huyeron al ser víctimas de un asolamiento sin parangón, probablemente al nordeste, a las Montañas de Tierranegra, al oeste de las Montañas del Olvido, pero sospechaba que una vez curaran sus heridas, volverían con refuerzos y con nuevos bríos a conquistar de nuevo

el territorio perdido, con ansia de cruel venganza, así que era mejor largarse de allí. Thais entonces les propuso ayudarles a acabar los buques y acompañarles a su hermosa tierra repleta de abedules y pinos, donde el sol brillaba casi de continuo, y los vientos son gratos y refrescantes, y donde cualquiera puede vivir tan tranquila y generosamente como su propio espíritu diligente así lo permitiera. Los felinos no necesitaron siquiera consultarlo. Aceptaron gustosamente la invitación, sabedores de que su antiguo poblado había sido arrasado, que sus verdugos siempre representarían una amenaza para ellos, y por que además sentían que tenían una especie de deuda de por vida con él. "Vos", por su parte, era algo reacio a la idea de salir de allí, tan habituado estaba a su forma de vida, y tan enorme se le hacía la idea de surcar un espacio inmensamente repleto de agua y carente de árboles, donde el horizonte se unía al mar como el día se une a la noche o el arcoiris a las gotas de agua, pero sabía que ya no podía permanecer allí por que era muy peligroso, y además sus huesos comenzaban a demandar una forma de vida más estable y sosegada, lejos de la alturas, así que tampoco le quedó más remedio que asimilar la idea, pero al menos algunos de los monos le acompañaron en su incierta travesía, y entre ellos el propio Popi y sus padres, por supuesto.

Cuando Thais se vio alejándose en aquellas robustas naves, vela al viento y remos en boga, estuvo a punto de sucumbir a las lágrimas, pero lo que hizo fue darle gracias a los dioses y a su venerada madre. Entonces se dio cuenta que ya no era aquel indeciso y temeroso niño que había salido de aquellas tierras de forma artera y mezquina. Ya en su semblante había desaparecido la inocencia de la mocedad, y con ello todos esos sueños

infructuosos de aventuras y batallas heroicas. Ya había experimentado demasiadas vicisitudes, infortunios y batallas que habían curtido su alma, tanto como para reajustar su mente en otros menesteres más apropiados a su edad y su lugar, aunque nunca quería perder totalmente esa parte de niño que llevaba dentro de su corazón; no quería desprenderse de ella tanto como para no sentirse dichoso al oir el canto de un jubiloso pájaro, o feliz al sentir una sonrisa en un rostro afable, o estimulado al sentir la saludable emoción de cualquier noble juego, sea de capacidad, de velocidad, de destreza o de valor, entre las venas de su inquieta piel. No solo había cambiado por dentro, también su exterior. Ahora era un robusto príncipe curtido en cientos de batallas, seguro y humilde en una perfecta y extraña combinación, impetuoso pero a la vez noble y mesurado, afortunado y feliz por estar vivo, y por haber vivido todo lo que había vivido, y sobre todo por haber sobrevivido a todo, y por estar ansioso de seguir viviendo, y por haberles legado a conocer...

El viaje fue extenso, aunque no tanto como el de ida, pues los enanos eran auténticos maestros de la navegación, y este se presentó agradable y tranquilo, sin nada extraordinario que reseñar, salvo el hecho de saber que cada momento que transcurría significaba estar más cerca de su tierra, si por ventura los dioses así lo permitían, como parecía el caso, tanto así que hasta los vientos parecían extremadamente propicios para ello. Y cuando llegó el momento en que la costa se dibujó Thais se mostró tan nervioso que no paraba de contarles cosas a "Vos" y a los felinos e incluso a los monos, de su hogar, de su padre, del castillo, de su infancia, de todo, con un entusiasmo que rivalizaba en efusión al mismo poderío

del sol, pero se sintió algo triste cuando los enanos le confesaron que continuarían su camino a través del extenso océano, por que aunque sabían de la bondad y nobleza suya, no estaban seguros de recibir el perdón de su padre, lo cual era cosa muy razonable, y no querían experimentar su ira, por que sentían que ya habían sufrido con creces su merecido castigo, por lo cual se quedaron con uno de los buques y en el otro se reunieron los felinos, y Vos y los simios y él mismo, y pusieron rumbo a Qader. La costa estaba cada vez más cerca, tanto que en un momento atracarían, y el otro buque se fue alejando cada vez más, perdiéndose en la inmensidad del horizonte, y al príncipe se le antojó que era lo mismo que estaba ocurriéndole con su vida, es decir, una nueva etapa estaba a punto de sobrevenirle y la antigua y desdichada que había amargado tanto su existencia estaba a punto de alejarse para siempre en la insondable cotidianidad de la realidad, quedando solo un importante resquicio de esta dentro de sus recuerdos y de su corazón, que permenecería para siempre, por lejana y distante que fuera quedando en el tiempo...

Introducción al relato "Zoo cósmico":

Este relato es la continuación del relato que se encuentra en el primer volumen de mis "Relatos Cortos" y nace como consecuencia del eso mismo ya que algunos me han comentado al respecto que parecía como que la historia quedaba un poco inconclusa, y esa misma fue mi intención, por que en esa ocasión intenté dejarla abierta a la fantasía del lector, pero tras reiterados comentarios de este tipo intenté darle una continuación sin hacer una copia del primero, claro. Creo que la clave de la historia está en conseguir estremecer, aunque sea un poco, al inocente lector/a, mientras se deja llevar por esta en su cómodo y seguro sillón, pues la trama se desarrolla en un escenario un tanto sorprendente y claustrofóbico, y así lo sentirá nuestro protagonista en más de una ocasión, y tengo que confesar que a veces yo mismo sentí cierto grado de escalofríos al tratar de explicar algunas cosas, preguntándome en más de una ocasión si tan solo se trataba del producto de una mente hilarante e inverosímil o por el contrario eran como extrañas visiones que esporádicamente resurgían en mi mente, tan vívidos y reales fueron algunos de esos fragmentos para mi…

“ZOO CÓSMICO”

(2ª Parte del relato “Entre las sombras” que se encuentra en el “Relatos Cortos Vol.1)

Cuando Jiro abrió los ojos se encontró inmerso en una extraña sensación de bienestar que le nacía justamente en la nuca y le recorría cada poro de su piel hasta extenderse y morir en sus cuatro extremidades. Era como un hormigueo incesante y relajante que le masajeaba y estimulaba su propia percepción sobre el entorno que le rodeaba, sin saber distinguir si se trataba de una sensibilidad real o ficticia, externa o introspectiva, de tal forma que llegó a preguntarse si aquello significaba que ya había muerto y estaba recorriendo ese famoso tunel del que la gente solía hablar en este tipo de casos. Pero algo le convenció de que no se trataba de nada eso. Tal vez tan solo estuviera sedado o algo por el estilo. Sabía que existían drogas que producían un efecto similar a la incorporeidad o a la bilocación, y aunque nunca lo había experimentado en sus propias carnes, estaba convencido de que sin duda aquella sensación de bienestar era lo más parecido que podría experimentar jamás. Pero una especie de mecanismo de advertencia se encendió dentro de su mente y supo que algo no marchaba bien. Intentó aspirar algo de aire con profusidad y sintió, en primera instancia, como si sus pulmones no respondiesen a los estímulos de su cerebro. Comprobó también que no tenía consciencia plena del resto de sus miembros. Acto seguido alzó levemente la cabeza y comprobó que su cuerpo estaba “ahí”, tal como lo recordaba. Después miró hacia arriba y comprobó una débil luz azulada que no le

dejaba ver su procedencia pero que curiosamente no molestaba en lo más mínimo a sus pupilas, como si fuera una luz etérea y vaporosa que se escapara a través de sus ojos. De nuevo intentó llenar sus pulmones y con un dolor seco y un movimiento casi espasmódico, consiguió por fin que su caja torácica fluctuara y el esencial gas de la vida se colara por entre su traquea como un vendaval y golpeando inmisericordemente sus pulmones, sintiendo una sensación dinámica y punzante en su diafragma. Fue como si le hubieran insuflado vida en sus arterias. Comenzó a notar que de nuevo volvía a controlar los músculos de su cuerpo y eso le hizo sentirse contento, pero a la vez también comenzó a experimentar una sensación de nauseas y de malestar que casi le hizo vomitar. Entonces se incorporó. Comprobó que estaba en una especie de camilla levitante que se encontraba en una reducida habitación carente de mobiliario, enseres u otro tipo de accesorios. Era una extraña habitación hermética donde la temperatura era muy agradable, la consistencia del ambiente muy compacta y el extraño color azul celeste era tan artificial como envolvente. Respiró de nuevo y su mente produjo una especie de flash que rompió por completo toda la armonía y la serenidad que hasta ese momento percibía. Se vio a si mismo atrapado por un terrible monstruo de largas patas finas como el nailon que penetraban en su carne y le paralizaban, y contempló también su letal aguijón preparado y dispuesto para sumirlo en el mayor de los infiernos, y esos horripilantes y ovalados ojos negros hipnotizándole hasta el límite de la locura.

-¡No!- Gritó con ademán espontáneo y voz ronca. Tenía la garganta muy seca y áspera. Tosió un par de veces y casi cayó de la cama, pero apenas tuvo fuerzas para

aguantarse de pie, así que se arrastró hasta un rincón y permaneció allí tendido lastimosamente, hasta que se convenció que tan solo había sido una especie de visión o algo así, un recuerdo repentino y macabro de su pasado, pues resultaba demasiado evidente y demasiado aterrador para que un capricho de su imaginación lo hubiese implantado allí.

Se acarició el brazo al notar que tenía todos los poros de la piel erizados. Poco a poco los recuerdos afloraron a su mente de forma coherente y ordenada. Entonces se acordó del barco, de sus compañeros devorados, succionados por la diabólica bestia que cambiaba de color, de sus tóxicos dardos, de su aspecto sobrenatural. Sobre todo recordó sus últimos momentos en el ballenero, el pánico, la incertidumbre... Se vio a si mismo botando la barca al mar, remando, alejándose de este; recordó la explosión, las chispas, como si fuera una rutilante atracción de fuegos artificiales que brilló con intensidad pero que se hundió con la misma facilidad con la que se incendió, siendo engullido por los abismos del Mar de Bering. Más tarde se vio a sí mismo remando, y sintió de nuevo el frío de las corrientes de aire que nacían en el Artico y morian en el Pacífico, y entonces supo que esa especie de diapositiva que había hostigado a su mente unos segundos antes pertenecía a ese momento en la cronología de los hechos, tal como ocurrieron, por que fue cuando la bestia surgió de los abismos como si de un gigantesco pez volador se tratara, y lo ensartó presto para succionarlo, y entonces apareció esa luz difusa dentro de su mente, y esa sensación de embotamiento tan opuesta y desconcertante a la que los otros experimentaron, y a partir de ahí, había una extensa laguna que no lograba salvar, hasta llegar a ese momento actual en una especie

de desmesurado e inconcebible salto, el cual aún no lograba discernir si era auténtico o ilusorio.

Su mente estaba exhausta y en blanco, pero aún así, no se sentía amenazado ni inquieto. Había algo dentro de sí que no lograba comprender y que lo tranquilizaba y lo sustentaba de forma casi milagrosa, a pesar de las circunstancias. Un fogonazo dentro de su cerebro y de nuevo se vio a sí mismo flotando sobre esa misma camilla y varios extraños rostros de ojos oscuros y cabezas de pera examinándolo, observándolo, analizándolo. Con un suspiro seco y agrio volvió a la realidad de su habitáculo, pero lejos de alarmarse sonrió.

-Puede ser que me haya vuelto loco...- Comentó con voz apagada, y se puso de pie, afianzando todos los músculos de su cuerpo, tensándolos, investigándolos, para comprobar con satisfacción que estos volvían a la normalidad.

De súbito la habitación entera se convirtió en una especie de pantalla de vídeo tridimensional, y por un instante creyó estar suspendido sobre el océano, por que esa era la imagen que en esta se proyectaba de forma casi holográfica. Se sorprendió al verse a si mismo en la misma escena que había imaginado segundos antes, justo en el momento en que la luz blanca lo inundó todo y le paralizó a él tanto como a esa bestia inmunda. Pero a partir de ahí todo se tornaba en novedoso, por que después ambos se separaban y comenzaban a flotar hacia el origen de la luz blanca, que si bien en primer momento no se dislumbró con total claridad, paulatinamente iban levitando hacia arriba como espectros furtivos, se iba haciendo más evidente que provenía de una gran sombra que flotaba como una pluma en medio de la inmensidad del cielo, muy cerca de las embravecidas olas. La

nebulosa forma fue tomando cuerpo hasta convertirse en un formidable artefacto de forma discoidal, y al instante ambos cuerpos penetraron en su interior. La escena cambió y entonces vio hombrecillos de baja estatura, con cabezas alargadas y protuberantes, ojos amplios, redondos, y excesivamente oscuros, boca de labios lánguidos y raquíticos y brazos largos y delgados con cuatro nudosos dedos cartilaginosos, transportando a cada uno a un lugar diferente. Entonces la milagrosa escenificación desapareció y en su lugar apareció uno de los rostros alienígenas observándolo detenidamente, como a la espera de algo, con una serenidad en su mirada que lejos de infundir temor le infundía cierta inquietud. Estos eran tan acuosos que bien podían haber sido los ojos de una criatura marina. Al instante unos párpados descoloridos y atenuados, como el resto de su compacta y tersa piel de un suave tono en un punto indetereminado entre el verde y el gris, refrescaron esas pupilas eternas e inmarcesibles. En vista de que ninguno de los dos decía nada, el extraño rostro tridimensional movió su boca y comenzó a proferir indescifrables sonidos, que al instante parecieron ser traducidos a diversos idiomas por una voz demasiado humana y lineal, como generada por alguna máquina de traducción o algo similar.

-No, no, soy japonés, soy japonés.- Aclaró Jiro al comprobar que una amalgama de idiomas rebotan en sus oidos como ecos perdidos en un profundo valle.- Por favor, soy japonés. Soy japonés.

Las voces cesaron de forma casi sorpresiva y el rostro continuó fijo en la pantalla, como si fuera a engullirlo.

-¿Ahora me entiendes?- La voz esta vez se hizo gratamente comprensible.

-¡Sí, gracias a Dios¡...-Exclamó intentando fijar sus ojos en los de la criatura.- ¿Esto es una abducción o algo así? ¡Que fuerte¡ ¿Quiénes sois? ¿Qué hago aquí? ¿Qué vais a hacer conmigo? ¿Dónde estamos?- Fue como si un torrente de angustia, por otra parte justificable, se desatara del interior de su alma.

-¿Cómo te llamas?- Preguntó la voz con parsimonia, a la vez que el rostro parecía sonreir de forma somera y pacífica.

-Me llamo Jiro, soy... soy japonés...- Contestó con voz frágil.- ¿Quién eres tu? ¿Quiénes sois vosotros?

-Somos amigos.

-¿Eres tu quién me está respondiendo o es tan solo una proyección?

-Sí, soy yo.

Jiro se mostró algo turbado. Si bien en primera instancia había gesticulado con sus labios al hablar, en esta ocasión estos habían permanecido inmóviles.

-Es un truco o algo así, ¿No?- Jiro quiso acompañar su pregunta con una sonrisa pero apenas pudo hacerlo.

-No, soy yo quién te habla. ¿Prefieres así?- En esta ocasión movió sus labios, a la vez que esos indescifrables sonidos brotaron de su garganta, pero estos quedaron ahogados por la voz que traducía simultaneamente sus palabras.

-No, sí... Bueno, quiero decir que no es necesario, solo que es tan extraordinario que... ¿Cómo lo haces? ¿Telepatía? No consigo acaclararme...

-Ten paciencia Jiro, trataré de explicarte todo lo que pueda. En primer lugar decirte que se trata de sintonización cerebral por medio de un biochip que llevamos incorporado; una especie de micro aparato de transimisión-recepción orgánico, para que puedas

entenderlo. Al principio quise hablarte de una forma convencional para ti por que no quería que esto pudiera suponer un shock, pero veo que estás muy tranquilo... Supongo que los bio-tranquilizantes te han ayudado a asimilar ese primer momento, el más duro sin duda, a juzgar por nuestra experiencia con los de tu especie. Además de eso también han influido las sesiones de hipnoinducción...- Jiro mostró un gesto de perplejidad.- Información inducida...

-¿Quieres decir que mientras estaba inconsciente me habéis hurgado el cerebro y todo eso?

-No, Jiro. Supongo que esa expresión tiene un sentido peyorativo. Aunque te hemos examinado concienzudamente, ninguno de tus órganos ha sufrido el más mínimo daño. Era conveniente no mantenerte en un estado suspendido por demasiado tiempo, así que decidimos ir introduciendo algo de información sobre el entorno y sobre nosotros en tu subsconciente para que cuando llegara el momento clave no supusiera una conmoción demasiado acentuada para ti, de lo contrario podría suponer daños irreparables en tus sistemas perceptivos y mentales, y no queremos que eso suceda, no después de lo ocurrido...- Aunque la voz no mostró apenas un ápice de tristeza, sino que lo tradujo todo con total sumisión y exactitud, en su rostro Jiro creyó ver un atisbo de pesar.

-¿Te refieres a lo del barco y todo eso? Supongo que esa bestia tiene que ver con vosotros ¿No es así? Esa hija de puta...

-Así es Jiro. Somos los responsables de ello. Nunca quisimos poneros en peligro, ni siquiera interferir en nada que tuviera que ver con vuestro mundo, con vuestra

existencia. Si existiera alguna forma de poder reparar el daño... Pero me temo que ya no es posible...

-Joder, entonces tengo que daros gracias por salvarme el pellejo... Pero ¿Qué coño era eso? ¿Está aquí también?- No pudo evitar el erizarse de nuevo al pensar en esa posibilidad.

-Sí, está aquí.- Confirmó de forma tajante la voz.- Pero no debes tener miedo, todo está controlado...

Entonces la escena cambió y la proyección se centró ahora en una especie de reducido habitáculo decorado con extrañas plantas de altos tallos rojizos y porosas rocas negras que acompañaban en una especie de insólito paisaje a unos pequeños árboles marrones de hojas grandes e igualmente oscuras, parecidos a palmeras pero con el tronco más rechoncho y sarmentoso. Jiro se quedó perplejo observando el cuadro y su corazón de pronto golpeó su caja torácica con cruel rotundidad cuando algo allá abajo se movió y resultó ser la bestia, que con su increible capacidad mimética había pasado en principio desapercibida para él. Entonces Jiro se encojió como un niño chico y se precipitó contra un rincón, tan real resultaba la proyección.

-He de reconocer que esa criatura impone...- Comentó la voz desde algún rincón de su mente. La criatura tomó ahora su textura habitual, al menos la que él había conocido allá abajo, en el ballenero, y, después de quedarse como paralizada, saltó sobre lo que parecía un saco bulboso lleno de poros rojizos y le clavó su afilada trompa, succionando todo su interior con rotundidad hasta tal punto que cuando acabó con él solo quedó una pellejo arrugado y pastoso. Después de eso se metió con un movimiento espasmódico bajo unas rocas y desapareció, tras mimetizarse tan eficazmente que se

camufló perfectamente entre la extraña maleza de hojas rojizas y tallos anaranjados. Acto seguido la pantalla cambió y una especie de vista infrarroja denunció una figura alargada y purpúrea recostada sobre un árbol, inmóvil como un cadáver. La vista entonces desapareció.- Es una criatura impresionante. Hemos viajado hasta muy lejos para capturarla. Pero surgieron problemas. Hemos estado recogiendo animales muy singulares por sus peculiaridades y sus potenciales en diversos puntos del universo. Cuando ya teníamos todos los especímenes recogidos surgió una misión de última hora, colocar una “Puerta” de entrada cerca de vuestro sistema solar con el fin de enviar nuevas expediciones ha vuestro mundo para estudiar a cabalidad vuestro singular planeta y la explosión de vida existente en él, pero sin ánimo de intervención, solo como observadores. El caso es que en nuestro planeta existe una facción disidente que está en contra de la substracción de especies autóctonas aduciendo para ello razones éticas y científicas de variada índole... Teníamos un par de infiltrados e intentaron sabotear el proyecto con tan mala suerte para vosotros que eligieron vuestro planeta como escenario de fondo. Por suerte pudimos detenerlos aunque no ha tiempo para evitar que esa portentosa criatura escapara al océano y diera con vosotros. Fue un momento muy difícil. Algunos de mis compañeros también perecieron... Sentimos lo ocurrido. Sé que no es bastante, pero dadas las circunstancias, es lo único que puedo decirte.... Llegamos tan solo a tiempo para salvarte a ti y para rescatar el espécimen perdido.

Jiro hizo un ademán de contrariedad. En un solo instante consiguió rememorar de forma invuntaria todo el miedo, todo el terror que esa maldita criatura le había

hecho sentir. Eso sin mencionar las horribles muertes. Por una parte la perplejidad, por otra la impotencia y por otra el miedo.

-Y ¿Cómo demonios lo conseguís?- Resopló como atónito.- Quiero decir a eso de viajar a través del universo... Bueno, no estamos muy adelantados; en realidad...- Sonrió casi avergonzado.- Somos una especie de paletos o algo así a vuestro lado, pero tengo entendido que nada que tenga masa puede viajar a la velocidad de la luz y aunque así fuera se tardarían muchísimos años en llegar a las estrellas más cercanas...- Jiro se rascó la nuca como sintiéndose ridículo por su elucubración científica seguramente desfasada y absurda para aquellos seres de tan alta sapiencia y tecnología. El rostro de la criatura salió de nuevo en la pantalla envolvente. Pareció sonreir.

-Nuestro concepto de viajar es un poco diferente al vuestro...- Pausó como si quisiera buscar las palabras correctas y concisas para explicarlo de una forma que pudiera entenderlo.- Esas “Puertas” de las que antes te hablé son algo parecido a lo que ustedes llaman “agujeros de gusanos”, o micro “agujeros negros”. Hacemos que el universo se expanda o se contraiga para llegar a algún punto de este. Es como manipular el espacio-tiempo de tal forma que el espacio que está detrás se expande mientras el que está delante se contrae. Como viajar con relación a los objetos que están distantes pero permanecer inmóvil con relación a los que nos rodean... Dicho de otra forma, como viajar sin moverse, traer hacia ti el punto de destino en vez de ir tu hacia él... Bueno...- Comentó mesuradamente al notar que se trataba de un concepto imposible de absorber para él.

-Es un comecocos, joder... Viajar sn moverse, atraer hacia ti el punto de destino. Reconozco que me he

perdido.- Su semblante ahora estaba como absorto en algo imposible y mágico, y estuvo así por un instante, hasta que otra duda le hizo salir del trance.- ¿Qué vais a hacer conmigo? ¿No pensareis llevarme con vosotros?

-No, no es necesario. Te dejaremos cerca de algún lugar seguro, tal vez de las costas de alguna de las islas de Japón. No te preocupes, te encontrarán sano y salvo...- La imagen del misterioso rostro pareció ahora más afable y menos desagradable. Lo miró con ojos generosos, mientras sus párpados membranosos pestañearon a gran velocidad y a Jiro le pareció descubrir una benignidad y una sobriedad que hasta el momento no había sabido percibir.- Sé que tienes mucha curiosidad sobre el animal... Te preguntas de dónde lo recogimos, qué clase de animal es...

-¿También puedes leerme la mente?

-No, solo es intuición, como lo llamais vosotros...- Existe un planeta en la constelación Zeltri 2 muy parecido al vuestro, bueno, al menos en algunas cosas. Por ejemplo en cuanto al tamaño y al tipo de atmósfera, con la salvedad que este contiene un elemento desconocido para vosotros, una especie de gas en una proporción de un cinco por ciento que hace que el aire sea más pesado, más consistente y que hace que su atmósfera tome una tonalidad rojiza, como si dentro hubiera una especie de infierno candente o algo así. Lo ves desde afuera y parece una bola de fuego, con esa atmósfera tan cobriza y encendida, refulgente, cargada de electricidad, de precipitaciones y tormentas, pero lo cierto es que cuando cruzas esa línea te encuentras un planeta sombrío y parduzco, repleto de vegetación autóctona muy desarrollada y de tonalidades anaranjadas, verdes y rojas, salpicado de extensos bosques y vastos

desiertos de roca basáltica y arenilla clara y rojiza, con pocas formaciones montañosas, y múltiples océanos y mares de menor extensión que los vuestros, cuya temperatura media son veinticinco grados en la estación cálida y menos cincuenta en la fría, dependiendo también de la zona del planeta. Otro dato curioso es la velocidad de rotación de este, mucho menor al vuestro, durando el periodo de luz una media de treinta horas y el nocturno unas cincuenta horas, debido a la situación de la estrella que le da luz y energía y también a las abundantes aglomeraciones nubosas que suelen formarse en diversos puntos, sobre todo en la estación fría, durando esta unos tres años, y la cálida algo así como un año.

Allí existe una especie inteligente muy singular. Su nivel de desarrollo tecnológico es muy parco, mucho más incluso que el vuestro, pero su nivel socio-cultural es admirable, me refiero a la madurez de la sociedad que han formado, perfectamente estructurada sobre un núcleo familiar muy poderoso, y desarrollada sobre un concepto de colectividad e integración con la naturaleza, muy pendientes de las estaciones, pues se sustentan principalmente de la agricultura y la pesca. Son seres con un alto concepto del grupo y la comunidad. Físicamente son muy diferentes a vosotros. Altos, espigados, delgados, con extremidades muy largas y prensiles, con una escasez exagerada de tejido adiposo y esqueleto muy nudoso y ligero. Su ADN es más parecido al vegetal que a otra cosa, por lo cual se reproducen por medio de una especie de polinización que el macho lleva a cabo dentro del órgano reproductor de la hembra, con lo cual su descendencia nace en forma de pequeñas vainas que han de ser depositadas en cierto tipo de terreno rico en nutrientes y cuidada hasta el tiempo de la eclosión.

Conviven con estos portentosos animales por que no están dentro de su dieta alimenticia, gracias a estas extraordinarias singularidades. Estas sin embargo suelen vivir en perfecta simbiosis con otra especie autóctona parecida a babosas gigantescas que viven el mayor período de su vida en los mares pero también pueden encontrarse en las costas de los diversos islotes del planeta, incluso en los polos, y las cuales sirven de alimento para estos, llegando a poseer un tanto por ciento muy elevado de grasas ricas en azúcares, casi el noventa por ciento de su cuerpo, y estas a su vez le aportan parte de su poderosa toxina, inocua para las babosas pero una de las más poderosas y letales del Universo conocido, que le supone un complemento esencial para el equilibrio de su metabolismo y sin la cual, a medio plazo, morirían. Pero cada gigante tan solo tiene un huésped, por lo cual a veces existe demanda de "socios" y veces ocurre que existen enfrentamientos entre dos especímenes y algunos se ven abocados a adaptarse a terrenos secos a las orillas de los mares o lagos, como por ejemplo en bosques y otros similares, y se alimentan de otros animales menores. Aunque eso no suele ser muy frecuente, tan solo cuando cada espécimen da a luz un par de crías y las alimenta hasta que llega el momento de invitarlas a que busquen otro gigante grasiento, que suelen reproducirse con más animosidad y frecuencia que estos, logrando así un equilibrio y una compensación autosuficiente.

-¡Uff!- Exclamó Jiro absorto en su historia, intentando hacerse una especie de cuadro mental de aquel lugar.- ¿Nunca habeis sufrido algún accidente? ¿Nunca os ha atacado uno de esos bichos? Imagino que habreis hecho muchas expediciones a ese planeta para conocerlo tan bien, o cuando capturasteis a este...

-Sí.- contestó la etérea voz algo apesadumbrada, denotando por primera vez un cariz de emoción, a pesar que el traductor no parecía demasiado preparado para mostrar ese tipo de sensaciones.- A veces ocurren desgraciados accidentes. Es el precio que hay que pagar. En una de las primeras misiones de exploración que hicimos al planeta, uno de esos animales pasó desapercibido delante de nuestras propias narices por que los equipos de detección especiales sufrieron un deterioro debido a una súbita y potente descarga electricomagnética y el animal se avalanzó sobre él como lo hizo contigo, penetrándole el traje de protección por una minúscula fisura que el mismo equipo no había localizado, inyectándole la letal toxina. Aunque no consiguió devorarlo, pues lo tuvimos que abatir, nuestro compañero murió.

-Es todo un *hijo de puta*.- Se dijo a sí mismo rememorando con un escalofrío espontaneo la figura demacrada del pobre doctor Gaya o de kosugi.- Quiero decir que... es un *hijo de puta*... Tengo una curiosidad, ¿Teneis más animales de esa índole aquí adentro?...

De pronto la imagen sosegada del alienígena cambió y apareció la imagen de otra bestia diferente a la anterior pero de un porte igualmente nocivo y siniestro, aunque mucho más grande. En si era alargado y hermético, casi como una piedra. A Jiro le hizo recordar, en gran manera, uno de esos dinosaurios que estaban coronados de placas protectoras o uno de esos armadillos cuando están enroscados en su caparazón protector. El caso es que la criatura, así, a simple vista, parecía una enorme piedra formada de un gran número de placas que encajaban entre si casi a la perfección. Solo que no era perfectamente redonda ni compacta, con lo cual Jiro,

después de observarla por un segundo, se dio cuenta que detrás de esa eficiente y rocosa armadura, se escondía algún tipo de criatura feroz. Y así era, por que la masa se puso de pie sobre cuatro fornidas patas también protegidas por láminas más enjutas y se estiró, saliendo de diversos puntos de su lomo enormes y punzantes espinas curvadas y perpendiculares como las púas de un tridente. La bestia sacó su morro de debajo del escudo superior y mostró un rostro alargado con un hocico luengo y dentado en forma de sierra, de los cuales sobresalían dos colmillos curvados hacia abajo y unos diabólicos ojos rojizos que movía con inquietud, por debajo de varios cuernos blancos y cortos pero muy afilados. De súbito una especie de larga lengua tegumentosa relamió con vehemencia algo de agua que había en una especie de pequeño abrevadero y después se dirigió hacia una rendija por donde habían introducido un extraño animal muerto que la bestia comenzó a devorar con insidiosa voracidad, mientras bramaba formando una especie de resonancia atronadora y ronca que realmente imponía y que hizo que Jiro sintiera una pellizco en su estómago. Era dos veces un caballo, a pesar de que en un principio pareciera más pequeño. Una vez terminó de devorar a su presa, que en un par de bocados se la tragó, se giró hacia una especie de cristal que marcaba el límite de su territorio y se puso a dos patas, a semejanza de los osos cuando quieren exponer su poder, mostrando un cuerpo grisaceo perfectamente protegido, y unas garras retráctiles y afiladas y después de bramar de nuevo con rabia se lanzó hacia este con bravura y justo antes de llegar se enroscó sobre si mismo e impactó sobre él con estruendosidad, saliendo rebotado como una pelota. Después de eso el imponente animal se incorporó y

extrañamente se lamió el hocico, como cambiando radicalmente su actitud agresiva, recostándose sobre un lecho de hierba.

-Ese *hijo de puta* es el animal más inteligente que puedes encontrar, y uno de los más agresivos. No creas que ve nada del exterior de su cubículo, pero puede intuir cuando hay alguien afuera. Lo presiente. Hemos tenido que tranquilizarlo para que no se cause lesiones a si mismo o altere a los demás animales. Es un sencillo mecanismo de control, manipulando la parte de su cerebro donde surgen las hormonas de la agresividad, contrarrestándola con otras que lo calman, que lo sosiegan., y aún así fíjate. Como te iba diciendo, su inteligencia ralla el raciocinio. Pesa cerca de cuatrocientos kilos de puro hueso y puro músculo. Y no te dejes engañar por su complexión tosca, es más rápido que muchos de los depredadores de la tierra. Es un tanque, armado y protegido hasta los huesos, con esa dentadura simétrica y afilada, esos cuernos y ese cuello robusto que le sirve para embestir, esas garras retráctiles y esas aguzadas y consistentes púas que acciona por medio de sus músculos internos y que utiliza para defenderse; acorazado y protegido por placas óseas que se desarrollan en la capa inferior de la dermis, recubiertas de una epidermis córnea tremendamente resistente y eficaz, como puedes apreciar. Siguen un modelo familiar tradicional, es decir, cada macho tiene su territorio y no permite a ningún otro que viva en él, tan solo a la hembra y a la prole. Tremendamente celosos a este respecto, a veces se producen encarnizados enfrentamientos con otros machos o incluso con otras especies depradadoras. Sin embargo, son la especie predominante en su planeta, que es muy similar al vuestro y cuya única importante

diferencia es su mayor tamaño y el hecho de que tan solo existan dos gigantescos continentes conectados por un paso de unos cincuenta kilómetros de largo y unos treinta de ancho, quedando aislado por completo del resto de la masa acuosa. Quizás sean los responsables de que en aquel lugar tan rico y afortunado nunca hubiera florecido algún tipo de civilización inteligente, como me temo os hubiera pasado a vosotros si los dinosaurios no hubiesen llegado a extinguirse. Imagínate un Rex, solo que algo más pequeño pero más blindado y más fuerte. Recuerdo la primera vez que tuvimos que bajar a la superficie... Fue dramático. A todos nos temblaba cada uno de los músculos de nuestro endeble cuerpo, a pesar del uniforme de camuflaje lumínico que llevábamos... Bueno, es una especie de equipo que absorbe la luz y no la devuelve, conviertiéndote casi en un ser invisible. Estuvimos así los dos o tres primeros días, y hasta que no nos acostumbramos a caminar cerca de ellos sin ser advertidos, no pudimos trabajar con total serenidad, hasta que un día, mientras recogíamos muestras de vegetación al borde de un lago, un macho hizo acto de presencia por allí, adoptando una actitud un tanto extraña. Dio un par de vueltas por los alrededores y se echó cerca de nosotros, mientras que nos mantuvimos inmóviles por un instante, pero viendo que parecía haberse dejado dormir, continuamos con precaución con lo nuestro, por que estábamos apunto de acabar y lo que más ansiábamos era subir de nuevo a la nave. El caso es que cuando ya nos íbamos, uno de los cachorros vino corriendo hacia nuestra zona, formando mucho alboroto, y ese preciso momento de despiste fue aprovechado por el adulto para lanzarse a ciegas sobre nosotros y derribar a dos de mis compañeros con su embestida. Uno murió del golpe y el

otro cayó conmocionado, deteriorándose el equipo de camuflaje, quedando expuesto a este, que no tardó ni un segundo en echarse encima y tragarlo de un par de bocados. Ni siquiera tuvo tiempo de darse cuenta de lo que le había ocurrido... Era como si hubiera intuido que estábamos ahí...- El rostro alienígena ahora adoptó una expresión meditabunda e introspectiva, hasta que salió del trance.- Bueno, ahora te presento al “Inseparable”...- La vista holográfica cambió de nuevo y apareció un animal como un oso, solo que con seis patas y un hocico más chato y cuya piel estaba recubierta de un vello profuso y rizado de color castaño, excepto en su panza que era más claro, tumbado sobre un lecho de arenilla verdosa, relamiéndose de forma pacífica y perezosa.

-Estoy seguro de que voy a llevarme una sorpresa, pero no parece muy fiero que digamos...- Pero acto seguido la criatura sufrió unos espasmódicas convulsiones y después de eso, se dirigió a duras penas a una especie de abrevadero y comenzó a comer con ansiedad un tipo de granulado espeso y copioso.

-¿Has visto eso? Fíjate bien.- Y la imagen enfocó el torso de este, en el que pareció vislumbrarse una especie de anomalía o deterioro que a Jiro le pareció sospechoso.- Imagínate un parásito gigante. Es el parásito perfecto. Solo tiene una debilidad, que siempre necesita un huésped para sobrevivir. Tenemos la filmación de cuando se adueñó del pobre animal.- La filmación tridimensional ahora mostró a la misma criatura de pelaje castaño bebiendo agua totalmente ausente de lo que estaba a punto de pasarle. De pronto una extraña criatura que se asemejaba a una enorme araña de cuatro alargadas y delgadas patas en apariencia carentes de huesos, tan solo formada por cartílagos muy flexibles y elásticos, y

sin apenas cuerpo en relación con sus afiladas extremidades, surgió de un rincón y comenzó a acercarse con mucho sigilo, y cuando estuvo suficientemente próxima saltó sobre esta con una versatilidad impresionante y se colocó sobre su espinazo, sin que siquiera lo notara, y entonces de su cuerpecito enjuto comenzaron a salir varios apéndices articulados y más finos pero más consistentes y penetraron a través de su piel como hipodérmicas letales, sumiéndola en un estado de catatonia permanente, después del ciclo inicial de convulsiones y temblores. Acto seguido se deslizó a través de la piel y se "perdió" dentro de su cuerpo. Un rato después el animal parecía volver a la normalidad, recuperando toda su motricidad.- No necesita oxígeno para vivir, ni le afectan las condiciones atmosféricas, es ignífuga y no tiene órganos definidos. Carece del sentido de la vista, el oido y el tacto. Es una especie de radar gigante. Es capaz de detectar el menor movimiento y hasta los más ínfimos cambios de temperatura. Emite varios tipos de ondas que interpreta a la perfección. Es un conjunto celular capaz de asimilar cualquier tipo de alimento y de adaptarse a cualquier tipo de circunstancia. Tan solo necesita un elemento receptor. Vive de él. Absorbe sus nutrientes, sus vitaminas, sus minerales, sus azúcares, su agua... Todo. La va secando, exprimiendo, explotando poco a poco. ¿Cuánto crees que pesaba ese animal? Unos trescientos kilos. Ahora ya ves. No debe llegar ni siquiera a los doscientos. Y eso que lo mantenemos bien alimentado. Se adueña de su comensal. Lo atenaza por su sistema nervioso y lo manipula a su gusto. Le deja vivir. Provoca en él un apetito y una sed voraz por medio de una hormona que segrega y que actúa deshidrando o produciendo sensación de hambre en la

víctima, por que eso es lo único que le interesa, alimentarse y reproducirse, aunque eso lo debe hacer fuera del cuerpo de su huésped, y para ello lo sume en un estado de catatonia o coma leve por medio de descargas eléctricas ininterrumpidas y controladas en el cerebro de este... Una vez llegamos a un extraño planeta al borde del sector Trepkall... Un planeta oscuro y de atmósfera muy densa y refractaria, tanto así que si mirabas al horizonte tu vista se iba curvando hasta que llegaba el momento que podías alcanzar a ver algo que estaba a varios cientos de metros bajo tu nivel y no lo que estaba sobre este. Pues bien, como iba diciéndote, era un planeta muy frío y yermo, en apariencia. Una especie de gigantesca llanura rocosa se extendía alrededor de toda su superficie. Gases saturados de hidrógeno pero extrañamente no tóxicos, seguramente por la acción purificadora de una sorprendente bacteria proveniente de musgos y algas muy resistentes a las bajas temperaturas y a la escasez de luz pero de un potente efecto fotosintético en la hostil atmósfera que rodea el planeta. Sin embargo algo nos hacía pensar que en lo profundo había algo de excepcional, y así fue. Un equipo de seis bajamos con mucho esfuerzo y muchas precauciones, en un descenso a través de una gigantesca gruta por la cual fuimos penetrando a duras penas por sus entrañas, hasta llegar a los tres mil quinientos metros de profundidad, donde comprobamos que la temperatura había aumentado muy ostensiblemente y comenzamos a encontrarnos los primeros síntomas de vida autóctona en forma de insectos de diversas especies así como otro tipo de vida animal, como anélidos de diversas formas y tamaños y otros animales que no encajaban en nada de lo que hasta ahora conocíamos. Continuamos bajando a través de la

gruta y el calor aumentó de tal forma que se estabilizó entre los quince y los veinticinco grados, lo cual supuso un gran cambio también en la atmósfera reinante, que no siendo aún totalmente respirable y depurada para nosotros, era una especie de solución gaseosa que mezclaba el oxígeno y el hidrógeno en proporciones tolerables junto con otros extraños gases que la hacían enrarecida y rancia. Diverso tipo de vegetación, entre ellos musgos y algas hacían el trabajo fotosintético conformando esa especie de extraña y insólita atmósfera. Continuamos explorando la gigantesca gruta, que nunca parecia tener fin, muy al contrario, parecía ser una especie de paso irregular hacia un submundo totalmente opuesto al que reinaba en el exterior. La siguiente sorpresa fue la aparición de humedad en lugares diversos de las paredes rocosas. Para nuestra admiración, descubrimos varios acuíferos e incluso pequeños manantiales subterráneos y con ello se incrementó la vegetación, es decir, músgos, líquenes, algas, incluso helechos de extrañas propiedades y singular capacidad de adaptación y supervivencia. Era un submundo fascinante, tan profundo, tan oscuro, pero a la vez tan repleto de una vida vegetal y animal que había logrado adaptarse al entorno, un entorno desfavorable pero misteriosamente cálido, misterioso pero fascinante, como esas extrañas flores de grandes capullos y poderosas raices que penetraban y absorbían a las porosas rocas que se retorcían como cuerpos macizos y apelmazados y que tanto crecían hacia arria, como puntiagudas lanzas tratando de encontrar un cielo inexistente, como se deslizaban desde lo alto formando alargadas gotas de granito inerte que parecían querer extenderse por todas partes como lágrimas escarpadas que intentaran posarse

en la superficie, incluso por encima de la zona de arcilla y mineral que a veces se abría paso entre la roca formando extensas explanadas de barro macizo. Toda esa vida allá abajo resultaba un misterio. Por una parte su adaptabilidad, por otra parte la bacteria purificadora, también estaban la humedad y la vegetación, todo en una conjunción perfecta pero desconcertante que formaban un asombroso ecosistema en donde la vida se abría paso de la forma más fascinante, todo ello acompañado por una cálida temperatura que resultaba ser el complemento ideal para esa extraña realidad, y que era debido a un gran flujo termal proveniente de un ardiente núcleo saturado de una sustancia radioactiva similar al uranio pero menos nociva, que creaba una continua y poderosa corriente de convección que expandía de manera continua esa energía térmica que emanaba de sus mismas entrañas. Pronto nos dimos cuenta de ello, sobre todo por los frecuentes movimientos sísmicos de baja intensidad, al menos el tiempo que estuvimos sumergidos en ese submundo. Pero aún había algo que no conocíamos. La expedición ya se encontraba a unos diez mil metros bajo la superficie cuando llegamos a una zona en la que la roca menguaba y se extendía bajo nosotros una especie de explanada saturada de pequeñas rocas y vegetación variada. De súbito nuestros sistemas de detección encontraron algo bajo nuestros pies. Pensamos, por supuesto, que era algún anélido, alguna especie de lombriz o gusano o animal excavador, pero de pequeñas dimensiones, por supuesto, cuando de súbito los sistemas comenzaron a lanzar datos sin parar, haciendo multiples lecturas, tanto los detectores de movimiento sísmico, como los de detección biológica o los de captación térmica. De súbito la arena bajo nuestros pies comenzó a

ebullir de forma extraña, sin que pudiéramos apreciarlo de forma clara y exacta. Era una lombriz de unos veinte metros trillando, oxigenando el subsuelo y que casi no engulle cuando se lanzó sobre nosotros succionando la arena, y sumergiéndose acto seguido sobre la tierra bajo nuestros pies para evitar las paredes basálticas que sobre nosotros se alzaba. Fue solo un susto. Por suerte nadie resultó herido ni nada parecido. Cuando aún estábamos recuperando el aliento y la calma fue cuando el verdadero peligro nos sorprendió, por que cientos de extrañas criaturas de alargadas patas cayeron sobre nosotros como un maldito enjambre, intentando apoderarse de nuestros cuerpos. Nos debatimos como pudimos para liberarnos, pero por fortuna, no consiguieron romper nuestros trajes, no pudieron traspasar nuestra “piel” de polialeación. Aún así, no cejaron en su intento, y cuando unos se daban por vencido otros tomaban su lugar y volvían a intentarlo con más ahinco, buscando un hueco, una ranura, una grieta que les permitiera traspasar nuestras resistentes “epidermis"... Bueno, así fue por un buen rato, hasta que conseguimos largarnos de allí y deshacernos de las que nos perseguían... Lo pasamos muy mal. Pensé que en cualquier momento podrían encontrar la forma de entrar a través de él. Suerte que son herméticos y muy resistentes... Bueno, fue una desagradable sobresalto. Después conseguimos tomar las pertinentes precauciones y estudiar bien el submundo, e incluso apresamos a una...

Jiro miró la imagen de larguirucho animal y sintió un escalofrío por todos su huesos intentando imaginar a esa criatura dentro de él comiendo de sus reservas...

-¡Uff¡ Es estremecedor...

-Ahora imagínate un mundo totalmente acuoso.- De nuevo la imagen del alienígena mostrando sus facciones

férreas pero cuya imagen era más agradable que esa infame bestia que a Jiro se le antojaba repugnante, casi como le ocurría con algunos insectos, que le producían cierto asco y cierta desazón.- Un abismo insondable e impenetrable con depresiones y valles de veinticinco mil metros, más profundos que vuestra fosa de las Marianas. Un mundo repleto de la vida más exultante y sorprendente que puedas imaginar, con criaturas aplastadas para resistir la presión del agua, con seres alargados, hinchados de agua, como esponjas que se adaptan a la compresión del abismo; un mundo con animales impresionantes que surcan sus aguas, de colores blanquecinos, transparentes, luminosos, ásperos, escamosos, en una especie de inaudito tío vivo en continua ebullición y re-adaptación... capaces de filtrar el oxígeno y el nutriente existente en un extraño tipo de placton que navega abundantemente a través de sus aguas salinas y templadas... unos diez grados en las capas altas... Aunque a medida que vas bajando los ecosistemas y sus habitantes van cambiando y transformándose y entre una franja y otra existen diferentes tipos de fauna y de flora con sus peculiaridades y sus particularidades propias, como si hubieras pasado de un plano del universo acuoso a otro.- Para ese entonces, la imagen tridimensional había cambiado de tal forma que por un instante Jiro creyó estar inmerso en una piscina profunda y cavernosa, repleta de algas y otros vegetales que le resultaron desconocidos, y una nutrida cantidad de peces que no supo identificar, de diferentes tamaños y colores, algunos incluso carentes de color y con diversas formas aerodinámicas, aunque entre estos advirtió, después de dar un segundo vistazo, algunas especies autóctonas de la tierra- ¿Ves lo que hay al fondo?- Jiro se mostró algo

confuso.- Sí, exactamente, me refiero a esos pequeños y hermosos “arrecifes de coral”.- La imagen ahora se centró en la compacta formación tenuemente luminosa que por un instante pareció hipnotizarle con un encanto misterioso e incierto.- Su vacilante luz produce ese efecto en sus víctimas. Es un proceso muy complicado que aún no hemos logrado resolver del todo. Básicamente se trata de una especie de radiación que no capta, generalmente, el elemento ocular del observador, y que vibra en una frecuencia tan alta que va directamente al cerebro, actuando como una especie de droga visual, de estímulo externo que produce sensación de sopor y bienestar en la víctima, atrapándola en una especie de inducido trance químico o algo así... El caso es que la víctima se deja llevar de su fascinación y cuando se da cuenta, millones de ínfimas criaturas le han robado hasta la última gota de la electricidad de sus células, conviertiéndola en una especie de fósil momificado...

-No logro entenderlo muy bien...- Casi protestó él, ¿Quieres decir que esas criaturas viven dentro de esos corales o qué?

-No, quiero decir que esa formación rocosa parecida a un arrecife son millones de criaturas solidificadas y perfectamente ensambladas en un estado sólido, imitando a una formación rocosa peculiar dentro de su mundo acuoso. Cómo verás, son unas virtuosas... Se acoplan, se solidifican, se compactan, imitan formaciones rocosas, emiten ondas lumínicas que actuan sobre el cerebro, y por último adoptan su forma original para atacar con una sincronización sublime en busca de la bio-energía de su víctima...- Pero Jiro había quedado tan ensimismado como un magnífico mero de unos tres metros que se dejaba arrastrar hacia estos sigilosa y peligrosamente sin

apenas sospechar la trampa que poco a poco iba atrapando su mente en un abrazo invisible pero certero y arriesgado. El pez se acercó a menos de dos metros según Jiro calculó y las rocas comenzaron a palpitar emitiendo su turbia luz con algo de más profusión, y de pronto miles de pequeñas agujas salieron disparadas hacia él con la rotundidad de un disparo, y un segundo después fueron tantas que ya solo se adivinaba el bulto, por que las diminutas criaturas ahora se habían convertido en una fluctuosa masa que se encogía y se expandía sobre este, formando un espectáculo tan hermoso como sobrecogedor. Sin embargo, las criaturas habían dejado al descubierto el macizo esqueleto alargado y filamentoso, como raices de un invisible árbol, en donde se arraigaban para restablecer su perfecta imitación. Sin embargo, el ataque se mantuvo así por unos minutos, oscilando sobre la víctima en una infinidad de tentáculos y formas indefinibles, como un inagotable enjambre de moscas submarinas que le "succionaban" y le "robaban" su interna fuerza vital, la energía que sustentaba sus células, hasta que las amorfas criaturas fueron retirándose poco a poco y volviendo a la guarida, y la vez que lo hacían estos cambiaban de textura casi milagrosamente y se convertían en betas petrificadas, conformando de nuevo el falso arrecife. Una vez que esto ocurrió por completo, Jiro pudo ver al mero convertido en una especie de momificada criatura en la que tanto el color de la piel como su saludable aspecto habían sido transformados en un mustio, engañoso y espeluznante reflejo de si mismo. Este cayó poco a poco hacia abajo, sumiéndose en la más profunda oscuridad y provocando una sensación de estupor y sobrecogimiento en su piel.– En ese entorno acuático viven una de las especies más sorprendentes y

hermosas que he visto, y he visto demasiadas, te lo aseguro. Seres invertebrados de esqueleto cartilaginosos que pueden catalogarse de cefalópodos, muy similares a lo que ustedes llaman calamares, de varios metros de largo, desde su gruesa cabeza fluorescente hasta su apéndice más largo, doce en total. Se encojen y se expanden formando olas por todo su cuerpo, como si una especie de espasmódico terremoto se expandiera desde su cabeza hasta el último centímetro de sus contráctiles tentáculos y viceversa, desprendiendo una luz que cambia de tonalidad dependiendo de su estado de ánimo, palpitando como palpita tu corazón, emitiendo leves destellos de vida por cada rincón de su envoltura resbaladiza y mucilaginosa. Es como ver el colapso de una estrella a mil metros de profundidad, en un abismo tan diferente y tan similar a la insondable inmensidad del espacio exterior. Continuamente emiten agudos sonidos que utilizan para guiarse, como una especie de ecolocación, que les permite orientarse en todo momento, aunque no carecen de visión submarina. Emiten sonidos de variada intensidad y frecuencia en una cuantía superior a los delfines; unos pequeños pulsos de 500
sonidos por segundo. Pero además de eso se comunican a través de sonidos que parecen cantos de dioses, a semejanza de las ballenas, por su imperturbabilidad, su entonación, su hipnótica sutileza... No puedes imaginar estar rodeado de oscuridad, lejos de todo, dentro de otro universo independiente y lejano, y oir esos cantos penetrando en tus oidos, y saber, de una forma extraña e ilógica, que van dirigidos a ti, como si te dieran la bienvenida. Un segundo después docenas de destellos palpitante aparecen desde la lejanía y se van acercando a ti, impregnándote de su belleza y de su resplandor. Y te

rodean, pero no te sientes amenazado por que algo te dice que solo han venido a conocerte, a comunicarse, y su forma de hacerlo es mostrar toda la gama de colores que su alargado cuerpo es capaz de irradiar, como lámparas de un cálido y confortable fuego... Y se hinchan y se contraen como globos, emitiendo sus magnéticos cantos, mientras realizan piruetas con sus dilatables cuerpos de cristal y te embriagas de su destellos fluorescentes y de su magia...- La cara del extraterrestre ahora había quedado atrapada por sus recuerdos y parecía evocar un momento sugestivamente fascinante. Jiro, por su parte, no pudo hacer otra cosa que quedarse prendado de su imaginación y desear poder vislumbrar, aunque fuera de forma vaga esa especie de visión angelical que este le había descrito de forma tan vívida, pero tuvo que conformarse con sus palabras y las arrebatadoras imágenes que su mente trataba de reproducir.

-Y por último...-Dijo este volviendo de nuevo a su habitual modulación mientras la imagen cambiaba de nuevo y aparecia otro habitáculo repleto de hojas de gran tamaño que cubrían una superficie ondulante en la cual sobresalían por una parte un rechoncho árbol de tono ocre y tronco moteado y un pequeño estanque de agua turbia en la cual revoloteaban extraños insectos de alas verdosas y estrambóticos cuerpos atezados. Entonces bajo el peso de una de las grandes hojas encarnadas una especie de disparo en forma de secreción viscosa envolvió uno de los agitados insectos de alas amplias y lo lanzó al estanque como una masa inerte, cayendo, casualmente, encima de una hoja flotante. El insecto, grande como un puño, se revolvía y se debatía entre el dolor y la muerte, pero la masa pegajosa tenía un efecto demasiado devastador como para conseguir zafarse.

Lejos de eso, la criatura se convulsionó varias veces y después se quedó yerta, inerte. Un bulto bajo la hojarasca se deslizó exageradamente hasta llegar al borde del estanque, y una vez allí, se detuvo por un instante, pero un segundo más tarde ese fibroso y grotesco ser saltó en una especie de pirueta acrobática, a la vez que desplegaba unas membranosas alas y cruzó todo el estanque, de unos tres metros de orilla a orilla aproximadamente, aunque, extrañamente, sin posarse cerca de la rama, que era donde yacía la debilitada víctima. Pero un segundo después, Jiro comprobaba que esta había sido recogida de ipso facto y que la criatura la llevaba entre las garras. No era muy grande, del tamaño de un gato quizás, pero podría pasar, en un primer contacto visual, por una repugnante cucaracha gigante. Su cuerpo era aplanado y ovalado, de color pardusco oscuro, con un costra superior parecida a un duro caparazón con suaves motas negras y azules, y bajo ese caparazón todo un aceitoso y alargado cuerpo que podía producir en cualquiera una sensación de miedo y de repulsión. Su cabeza era una especie de protuberancia ovoide que se unía al grueso del cuerpo por un cuello estirado y desgarbado en la que se distinguían cuatro diminutos ojos negros, una boca plana y hendida, con unos labios raquíticos que movía nerviosamente, unas cavidades que se adivinaban nasales y un par de antenas que parecían tener vida propia por la forma en que se agitaban y oscilaban. Seis largas y peludas patas le servían para impulsarse, pero en la parte superior del abdomen, justo por debajo de la cabeza, tenía dos hirsutos apéndices con fuertes garras en forma de tenazas que hacían recordar mucho a las de un cangrejo. Esta vez con sus alas desplegadas y con un preciso salto, volvió a la orilla de origen y se escurrió en algún lugar bajo el

espeso manto vegetal.- Otra criatura subterránea...- La voz del alienígena volvió a irrumpir en su mente como un trueno.- Lo que lanzó al pobre insecto es un potente ácido que segrega gracias a sus glándulas y que llega paralizar a la víctima por completo. Parece muerta pero en realidad no lo está. Puede ser letal, desde luego, pero ella regula su potencialidad gracias a sus nódulos internos dependiendo de lo que más le convenga; en este caso conservar a la víctima en usa especie de ámbar endurecido para ser almacenada e ingerida en el momento propicio. No tiene dentadura, aunque si una mandíbula muy fuerte, por lo que necesitará trocearla en pedazos muy pequeños, para lo cual utilizará sus poderosos apéndices, y roerá estos trozos, en vez de comérselos o triturarlos; bueno, eso si la víctima es demasiado dura, en este caso la dieta que le hemos proporcionado no lo es. Aunque te advierto que come de todo, y cuando digo esto quiero decir "todo lo que no sea vegetal", desde pequeños insectos, hasta animales más grandes, pasando por otros individuos de su propia especie que pertenezcan a otra colonia y a veces hasta los excrementos de otros animales. Es tan brillante por que una cutícula aceitosa le protege de la deshidratación en un planeta que tiene un eterno día de unas doscientas horas, gracias a las estrellas gemelas que lo iluminan, llegando a alcanzar temperaturas hasta de setenta y cinco grados, aunque la media suele estar entre cuarenta y cincuenta, dependiendo de la época y la zona, y una corta y fría noche de unas quince horas en las que las temperaturas bajan hasta los veinte o veinticinco grados bajo cero. Son auténticas supervivientes en un planeta muy hostil, con más millones de años de antigüedad que cualquier animal que haya habido sobre la faz de la tierra.

Voraces y organizadas a la vez. Viven en comunidades con una jerarquía parecida a las de algunas hormigas. Son muy laboriosas y trabajadoras, siempre están cavando galerías o recolectando alimento. Todo se sustenta sobre una reina que tan solo se dedica a aparearse con los machos sementales, que a su vez mueren después de la cópula, y además están las cavadoras, que siempre permanecen dentro de la guarida, y las recolectoras, que tienen el trabajo de sustentar a la comunidad, como es el caso de nuestra amiga. A través de las distintas etapas de su evolución, han ido adaptándose y perfeccionándose para sobrevivir en un medio tan adverso como el suyo, así que son auténticas y singulares supervivientes. Por ejemplo, si sufren la amputación de alguna de sus extremidades, gracias a su magnífico sistema genético, vuelve a crecerles. Son tremendamente resistentes a casi todo, tanto así que si les cortas la cabeza mueren de inanición, no decapitadas. Pueden estar largos periodos sin comer y necesitan muy poca cantidad de agua para sobrevivir, cualidad muy valiosa en un planeta que no se caracteriza precisamente por su abundancia. Tan solo transpirando la humedad de la noche, tienen más que suficiente para aguantar varias jornadas más, y a veces tan solo les basta absorber los fluidos líquidos de sus presas para ello. Su cuerpo entero es un receptor. Son sensibles a cualquier movimiento, a cualquier cambio de temperatura, a cualquier olor... Pueden detectar alimento y humedad a mucha distancia, incluso el rastro de cualquier animal. Son predadores y víctimas a la vez. Sus principales enemigos son algunas de las plantas carnívoras del planeta. En su mundo existe un alto número de estas, fuertes y resistentes como ellas. También lo son algunos animales más grandes que los

incluyen en su dieta alimenticia; eso sí, cuando no están agrupadas, en ese caso resultan enemigos temibles. Pero ese ácido nucleico que elaboran es nulo en los tejidos vegetales, y algunas de estas expulsan una especie de toxina alcaloide que les repele, y si alguna aún tiene la tentación de atacarlas o morderlas estas fabrican unos compuestos que les dan un sabor tremendamente amargo, disuadiendo así a posibles hervíboros en busca de alimento, aunque no es el caso de nuestras amigas. En fin, auténticas supervivientes. Cuando llegamos a su planeta lo que más nos sorprendió fue el vasto horizonte desértico y solitario. Mires hacia donde mires no ves otra cosa que llanuras y más llanuras y dos potentes soles abrasándolo todo. Cuando cae la noche la actividad es frenética, aunque no para nuestras amigas, que aunque principalmente es en ese periodo cuando suelen salir, nunca cesa su actividad, y pueden sorprenderte tanto día como de noche. A veces se quedan como aletargadas bajo el manto arenoso de la planicie, y cuando sienten algún tipo de vibración en la capa superior despiertan y caen sobre la presa para abatirla. He visto a esas criaturas atacar a un carnívoro de trescientos kilos en un ofensiva compenetrada y letal. En primera instancia lo acechan desde una distancia prudencial calculando su capacidad de operatividad, seguidamente, cuando logran reunirse bastantes miembros, comienzan la ofensiva avalanzándose sobre la retaguardia de la presa con sus funcionales alas y sus calculados saltos, lanzándole a la vez certeras bolas de ácido a los ojos y a las mucosas o la boca, y después, cuando ya le tienen cansado, confuso y debilitado, comienza el ataque directo, siendo sacrificadas algunas de ellas, hasta que este muestra síntomas de inestabilidad y aturdimiento debido al efecto

del ácido y de las mordeduras, y cuando comprueban que está prácticamente abatida entonces es cuando se le viene encima el resto para acabar de ejecutarlo con un sinfín de voraces ataques organizados al cuello y otras zonas vitales. Cuando esto ocurre vienen muchos más miembros de la colonia y se ocupan de despedazarlo y llevarse los pedazos a la reserva, y ni uno de ellos se apoderará de uno de estos, todo irá a su lugar y será almacenado para el momento oportuno, siendo consumidos los pedazos más antiguos. En el caso de la presas pequeñas, corren un peor destino, por que después de ser abatidas son envueltas en ese ámbar consevador sin estar muertas, solo paralizadas, y serán extraidos todos su jugos corporales y más tarde consumida, en algunos casos, con algo de aliento en sus pulmones. En un planeta hostil y despiadado, solo sobreviven los más fuertes y los más organizados... Cuando fuimos a recoger esta especie, bajó el equipo de exploración, como siempre, tomando todas las medidas oportunas para no ser detectados, ya sabes, trajes dotados de camuflaje de invisibilidad, con capacidad de emitir una secreción olfativa similar a la de ellos, dispositivos de visión nocturna e infrarroja, y todo ese tipo de cosas... En un principio todo fue bien, pero sufrimos el primer sabotaje de la facción disidente de la que al principio te hablé y nos quedamos aislados allá abajo. El caso es que, no sé como, ellas lograron descubrir que estábamos allí. En teoría no podían vernos ni olernos ni nada parecido, pero de alguna forma lo supieron. Tal vez fue que dentro de cada colonia tengan, además de sus glándulas de identificación como especie en general, algún tipo de dispositivo que desconocíamos por lo cual reconocen las que no pertenecen a la comunidad o algo así, el caso es

que comenzaron a cazarnos, y tan solo gracias a las armas que llevábamos, a la suerte y a que nuestro equipo de rescate estuvo muy atento pudimos salir de allí con vida, aunque algunos no lo consiguieron... Muchos perdieron su vida...- La voz se detuvo por un momento y la imagen tridimensional cambió y de nuevo salió ese indescifrable rostro en el cual lo que más sobresalía quizás eran eran sus húmedos ojos oscuros.- Bueno... Fue el primer sabotaje. El segundo ocurrió aquí, y nos cogió tan de sorpresa como el primero, sobre todo por que pensamos que después del primero ya habíamos atajado todo conato de sabotaje y habíamos apresado a todos los posibles miembros de ese grupo. El caso es que nos equivocamos, y en este último murieron algunas de las especies que traíamos...- El alienígena hizo una pausa, como si de alguna parte le estuvieran pasando algún mensaje o estuviera atento a recibir uno.- Bueno, Jiro, creo que ha llegado el momento...- Pronunció con cierta rotundidad. El, por supuesto, sabía a lo que se refería, y estaba ansioso por ello.

-Una pregunta...- Solicitó movido por la curiosidad.- Si tuviérais que llevaros una especie como muestra para vuestro planeta, ¿Cuál os llevaríais?

El circunspecto y sobrio rostro quebrantó su habitual gesto con una sonrisa fortuita e ingenua.

-Bueno...- Continuó.- Eso no soy yo quién lo decide, pero si tuviera que hacerlo te diría que, por lo que conozco tu planeta y sus peculiaridades, lo que más me llama la atención es la inmensa variedad existente... Vida vegetal con distintos sistemas de reproducción y defensa, y sobre todo con características de policromía realmente hermosas, cosa que no se da en la mayoría de los planetas con vida autóctona, sobre todo por que en estos lugares lo

que más impera es lo conveniente, lo eficaz; mamíferos que viven dentro del agua y fuera, animales que cambian el sexo dependiendo de su utilidad, todo tipo de insectos con características muy dispares, organizados de muchas formas, herbívoros que regurgitan los alimentos y que a su vez sirven de alimento para otros depredadores, animales de sangre fría que se arrastran, otros que viven en asociación simbiótica, que trae a su prole en placenta, que incuban sus huevos en nidos aclimatados, e incluso algunos que lo hacen dentro de su aparato reproductor, que emigran a lejanos lugares que no conocen de forma eficaz y fiable, pájaros capaces de imitar otras aves, insectos que utilizan burbujas de aire para permanecer más tiempo bajo el agua, plantas microscópicas que producen un elemento químico anticongelante para sobrevivir en lugares helados, aves que tienen glándulas desaladoras que les permite beber agua del mar, animales acuáticos que producen electricidad, insectos que producen luz fría y que no malgastan energía, animales que utilizan una especie de sonar para su orientación en la oscuridad, ... En fin, una inmensidad y una variedad realmente sorprendente... Pero si tuviera que ceñirme al objeto de esta expedición, me llevaría a... uno de vosotros, por que sin duda sois el mayor depredador de este planeta...

Jiro se quedó pensativo y perplejo por un instante, pero imploró de nuevo su presencia, aún con el temor de ser totalmente desoido, cuando los efectos holográficos cesaron y aquella habitación volvió a ser un lugar hermético y muy aséptico en un alarde de indiscreción.

-Por favor, una última cuestión...- La imagen se iluminó de nuevo como por arte de magia.- No sé sí es demasiado pedir o si acaso podeis hacerlo, pero quería pedirte que si

podeis hacerme olvidar toda esta experiencia... Borrarla... Que lo hiciérais... Quiero decir, como si no hubiera ocurrido.- Un intenso segundo de silencio denunció que ahora era el extraterrestre el que se había mostrado algo perplejo con su singular petición.- No quiero comerme el coco cuando esté allá abajo ni que me tomen por loco... No sé si me entiendes...

-¿Podrías vivir con esa laguna?- Inquirió de forma indagadora este.- Podemos hacerlo, pero tarde o temprano sacarás tus propias conclusiones y te darás cuenta que has perdido una parte de tu pasado.

-Sí, bueno... Todo esto es muy fuerte... Los humanos somos así, no puedes pedirnos más. Prefiero no acordarme de nada. Quizás no lo entiendas. Tal vez es lo que nos hace tan peculiares, nuestras propias contradicciones. Ah, y si fuera posible no me dejeis muy lejos de Japón, ¿De acuerdo? Bueno, lo último que recuerdo de allá abajo es el barco ardiendo y la nada más fría y espeluznante a mi alrededor...

El rostro hizo una especie de ademán de conformidad y la habitación volvió de nuevo a su estado primario. Acto seguido Jiro comenzó a sentir una pesadez y un aletargamiento que brotaba de algún lugar de su cerebro, y sintió que sus miembros flotaban, e intentó imaginar su casa, su madre, sus amigos, todo aquello a lo que renunció cuando intentó huir de su destino en tierra firme. Supo que de un momento a otro caería en un estado de somnolencia tal que cuando abriera los ojos, probablemente, se sentiría como si hubiese estado muerto y hubiese vuelto a vivir de nuevo, como si hubiese salido de un largo y profundo coma, y también pensó que había sido estúpido pedirle al alienígena que le robara esos momentos de su mente y si eso no implicaría tocarle otra

parte de esta que pudiera perjudicarle o, de alguna forma, dañarle, y la última sensación que tuvo antes de abandonarse por completo a su suerte fue un irracional e intrínseco sobrecogimiento...

Introducción al relato "Criogénico"

Este era un relato que en primera instancia no hubiera siquiera existido, pero debido a una idea que tuvo mi mujer, cuya concepción corre a cuenta de ella, vio la luz. Un día, charlando, le pregunté que clase de historia le gustaría que yo escribiera, y me contestó, después de pensarlo por un instante, sobre un tipo que congelan para resucitarlo en el futuro. Siendo ella mi principal lectora y mi principal fuente de inspiración no pude negarme, así que esta se desarrolló desde los cimientos que ella me proporcionó, mientras que yo traté de elaborar todo el entramado. Debido a las características del tema se que tal vez esta se ajustaría más a un enfoque tecnológico, científico, en vez de a uno emocional, más humano, si cabe, pero como me apetecía más me incliné por esta segunda opción, aún con el peligro de equivocarme de estrategia, pero sinceramente creo que si a un tipo lo resucitaran dentro de trescientos años le ocurriría algo muy parecido a lo que le ocurrió a nuestro protagonista, lejos de las quimeras fantásticas y utópicas, más cercano quizás al "Mundo Feliz" de Huxley que a las visiones de un mundo perfecto que muchos idean.

CRIOGÉNICO

Robert Floyd murió a los sesenta y dos años con un gesto incierto en su rostro. Un cáncer de hígado fue el responsable de ello. Por una parte le atormentó el hecho de que esa cruel enfermedad le hubiera arrancado del lado de su esposa Laura y de sus hijas Dana y Mary, aparte de la angustia que esta en sí mismo había causado en sus frágiles entrañas, pero por otro lado un destello de enigmática fe le otorgaba un inexplicable atisbo de irracional esperanza para mirar al futuro con cierto optimismo, pues había invertido una ingente cantidad de dinero en ser criogenizado, después de hacerles prometer a las mujeres de su vida que correrían la misma suerte cuando les llegara el fatídico momento, así que la idea de un lejano y tecnológico futuro en el cual despertarían juntos abría en su mente una especie de fantasía descabellada pero muy atractiva.

Una vez que esta le sobrevino los científicos no dejaron siquiera que el cadáver reposara, pues una frenética actividad se cernió sobre él. En primer lugar lo enchufaron a una máquina para mantener por un tiempo el flujo de oxígeno al cerebro y le inyectaron fármacos para reducir su metabolismo y matar bacterias y le fueron extrayendo toda su sangre a la vez que la reemplazaban por un líquido anticongelante para que su cuerpo no se deteriorara. Este fue congelado en un abrir y cerrar de ojos hasta los -196 º C., de lo contrario, podrían haberse formado diminutos cristales que habrían dañado

excesivamente las membranas celulares., y eso hubiera sido letal. Después de esto, el cuerpo fue depositado en el “Dewar” repleto de nitrógeno, es decir, un contenedor de acero especialmente preparado para ello, con las pertinentes especificaciones y advertencias, para que a nadie se le ocurriera por ejemplo embalsamarlo o hacerle una autopsia o algo por el estilo. Además de eso lo colocaron boca abajo, por que si surgía algún tipo de complicación conseguirían que solo se dañaran los pies, nunca la cabeza, órgano que resulta, evidentemente, indispensable para la existencia. Así abandonó Robert este mundo, tal y como lo conocía, y su familia apenas tuvo tiempo de despedirse de él...

Casi trescientos años más tarde volvió a abrir los ojos. Lo primero que advirtió fue una oscuridad total, un intenso dolor de cabeza y un siniestro frío que invadía su cuerpo como si este estuviera forjado a base de perpetuos cristales de hielo. Varias manos le quitaron todos los aparatos que llevaba enchufados y le colocaron una especie de mascarilla con la que se le insufló un oxígeno tan puro y filtrado que su tórax estalló en una especie de fulminante crujido que insufló de nuevo en él el hábito de respirar, y una bocanada de vida alegró sus sentidos tanto como cuando un recién nacido aspira su primera bocanada del gas de la vida. Entonces vomitó algo líquido que le raspó la garganta. La oscuridad no desapareció, pero notó como un leve y envolvente calor estaba surgiendo de algún lugar de su cuerpo y lo estaba acariciando, arrullando. Fue una sensación dura y desagradable. Esas manos le manosearon por todas partes, en primer lugar los ojos, después el cuello, los biceps, el tórax, el esternón, la garganta, los gemelos, los abductores... Era como si comprobaran algo. La calidez

fue invadiéndolo todo y dio paso también a una luz difusa y alentadora. Robert quiso decir algo pero de su garganta solo pudo surgir un jadeo ronco e indeterminado. Esa opacidad indefinida fue tornándose en una semi-claridad repleta de leves matices definidos, cuando una de esas manos le quitó una especie de ajustadas gafas que llevaba ceñidas a los ojos y que ni siquiera había notado. De pronto sintió un leve pinchazo en el brazo. El tacto había vuelto muy difusa y paulatinamente a su veterano cuerpo. Le habían inyectado un líquido punzante que no era más que una sustancia repleta de millones de nanomáquinas que regenerarían incansable y eficazmente su deteriorado y desfasado organismo. Poco a poco fue recuperando la noción de sí mismo y no supo quién era con exactitud, ni dónde o por qué estaba allí. Su mente era una especie de gigantesca habitación oscura repleta de destellos, voces y recuerdos que no lograba descifrar. Un mare mágnum de sensaciones confusas que no podía determinar o siquiera asimilar, como un enorme rompecabezas donde nada iba en su lugar. Fue como un súbito estallido, como una explosión en la que los sentidos se dislocaban y las sombras daban vueltas a su alrededor como una auténtico y desquiciado tío vivo. Una penumbra difusa dio paso a una noche indestructible e inestable, y esa sombra se fue alargando hasta que se hizo insondable, eterna e infinita, como un largo túnel que no tenía principio ni fin y en el que los sentidos eran bombardeados por sonidos que no se oían con nitidez, sino como un lejano eco sobrenatural o por imágenes que no eran realmente imágenes sino negativos de sí mismas o reflejos de una realidad exigüe y estremecedora. Este cúmulo de sensaciones le produjo un intenso desasosiego y una constante exasperación, así

que intentó moverse, activarse, pero su cuerpo no respondió al estímulo, y esto le asustó aún más, así que este comenzó a poner en funcionamiento los sistemas de emergencia, como el aumento de la adrenalina, el incremento de las pulsaciones cardíacas, la tensión... Pero una especie de inyección, esta vez en el otro brazo, hizo que este, repentinamente, se sumergiera en un sopor progresivo e insuperable, pero antes de abandonarse a su suerte pudo contemplar a duras penas y en un atisbo de extraordinaria lucidez los brazos metálicos que le inspeccionaban, articulados apéndices autónomos que surgían de un gran cilindro repleto de tenues luces azuladas que colgaba del techo como una gran bola mágica que se movía a su antojo, y más arriba, contempló abstractos rostros que parecían humanos y que le observaban con curiosidad morbosa e inquisidora...

El segundo despertar después de su "nuevo" nacimiento fue más tranquilo y suave, por decirlo de alguna forma. La luz volvió a sus ojos y su cuerpo respondió como un coche al que le han hecho una reciente puesta a punto y esto le sirvió de estimulante. Aún así padecía un intenso dolor que le maceraba todo su organismo, como si sintiera que en cualquier momento pudiera quebrarse o fuera tan débil como un figura de porcelana. Varias personas con porte distinguido le dieron la bienvenida con ojos escrutadores y sonrisa entusiasta. El contacto de sus manos fue como mágico. El calor de sus tersas pieles rosadas emanaba cierta proporción de electricidad o algo así, según él lo sentía. Era una sensación que no experimentaba en su propio cuerpo y eso le asombraba. Estos le examinaron y le quitaron varios aparatos a los que estaba enganchado. Emitían ciertos sonidos al mover sus bocas que le dejaron algo perplejo, por que había algo

de familiar en ellos, pero él no conseguía entenderlos, y mucho menos reproducirlos. Estos intentaron ponerse en comunicación con él pero resultó muy difícil. Después cesaron en el empeño y se dedicaron a hacerlo entre ellos mismos, mientras una de las personas parecía jugar con un extraño aparato que resultó ser una mini cámara digital, del tamaño de un pequeño mando. Le trajeron un líquido amarillento y él lo engullió primero a duras penas, pero después notó un sabor entre dulce y ácido que le gustó bastante. Su estómago se resintió algo pero después pareció aceptar con agrado el fluido. Después de eso comenzó a repetir con estos algunos de los vocablos que les había oido mencionar y todos participaron de su entusiasmo. Extrañamente no había sido tan difícil como creía. Incluso Robert mismo se sorprendía de que, una vez rota la primera barrera lexicológica, que fue la más difícil, las locuciones fueran surgiendo tan naturalmente, a veces en proceso puro de imitación y otras veces por propia iniciativa, como si hubiera algún lugar dentro de su mente con millones de estas almacenadas, a la espera de ser descubiertas. En un momento la habitación se llenó de gente con batas blancas y ojos desorbitados, incluso habían algunos con extrañas ropas que parecían enfermos curiosos o algo así. Lo que al principio fue tan solo un ejercicio de reproducción e ingenio fue transformándose, muy poco a poco, en un singular galimatías que fue despojándose de su misterio inicial y comenzaba a cobrar un sentido relativo y confuso, Después los primeros que estaban en la habitación, los distinguidos, mandaron al resto afuera, por que Robert se mostraba demasiado fatigado y excitado, y después uno de ellos le ayudó a incorporarse, le trasladó al cuarto de baño, que estaba muy cerca, y le desnudó, mientras iba

conociendo de nuevo las peculiaridades de su cuerpo, y le ayudó a meterse en una bañera repleta de una plácida agua tibia que despertó del todo sus sentidos. Estuvo así durante horas, sumergido en un placer divino e indescriptible, intentando especular sobre todo lo que le rodeaba, pero apenas entendía nada. Así de desconcertante y de inquietante fue su definitivo despertar.

Los días posteriores estuvieron cargados de una frenética actividad. Por una parte la rehabilitación. Su cuerpo, muy poco a poco, daba muestras progresivas de recuperación, lo que le animó bastante. Por el contrario, su cabeza, aunque había suprimido ese molesto e incordiante dolor de cabeza, seguía siendo un lugar oscuro y desordenado, casi como la mente de un niño, solo que con la certeza de que los años felices habían pasado hacía mucho tiempo y que él nunca podría empezar de nuevo ni tendría la oportunidad de reintegrarse ante su propio destino o su propio futuro, ni tampoco tenía la capacidad para ello, como suele tener un adolescente. Su caso era peor. Aún carente de un hilo conductor que guiara a su alma, sabía que su historia estaba escrita pero que simplemente había sido desterrada de su memoria, como si se tratara de un castigo divino demasiado gravoso. Sin embargo, la parte mecánica de su mente era la que más progresaba. Algunas sesiones con psicólogos y didactas bastaron para hacerle recordar todo ese caudal de discernimiento que le había servido en algún pasado no recordado para comunicarse con sus congéneres y para desenvolverse en la sociedad a la que una vez perteneció. Eso le permitió poder conocer más sobre la situación que estaba viviendo. La información suponía para él algo más valioso que cualquier otra cosa,

como el aire que respiraba. Así, pudo saber por qué todas esas pruebas, esa ingente cantidad de exámenes y análisis y exploraciones y observaciones que casi de continuo sufría, como si fuera un animal de laboratorio más que otra cosa. Los médicos le comentaron muy poco sobre sí mismo, y entonces se dio cuenta de que, por alguna extraña razón que no adivinaba a interpretar, pertenecía por completo a ellos. Estos, después de rogarles por varias veces, le explicaron lo de la criogenización. Le hablaron grandilocuentemente del éxito científico del ejercicio, de su positiva evolución desde la muerte por cáncer a principios del siglo veintiuno, su conservación y su posterior proceso de resurrección y regeneración nanobiológica. Estos le comentaron, algo contrariados, que la única pega había sido la insuficiente conservación de su cerebro. Le explicaron, a grosso modo, que como resultado de la paralización de las actividades cerebrales, tales como los impulsos electro-químicos, el deterioro de las neuronas y sus transmisiones sinápticas, su memoria, entre otras cosas, había resultado dañada, y aunque su cerebro también había experimentado la pertinente e imprescindible regeneración nanobiológica, pero todo su vasto contenido, toda la información sobre sí mismo y sus propias experiencias había sufrido una desconfiguración de tal magnitud que ni siquiera ellos sabían si algún día podría recuperarlas satisfactoriamente. Era casi como formatear un disco duro. Toda la información se había esfumado. Su mente había resultado la mayor perjudicada. Por eso había despertado con un cerebro fragmentado y vacío, aunque le insinuaron que tampoco era descartable que pudiera recuperar, con el tiempo, parte de ello. Además, le dijeron que se llamaba Robert Floyd, cosa que le alegró enormemente, por que

era un primer paso, pequeño pero firme, para recuperar su identidad. Aparte, convinieron en no descubrirle nada más por que podría ser contraproducente para él. Cuando quedó a solas se sintió dichoso de poder vivir esa experiencia. Sin duda, pocas personas habrían tenido el privilegio de morir y volver a nacer después de tanto tiempo. Y sin duda también, sí él había consentido en prestarse para ello fue por que lo deseaba, aunque no lo recordaba. Y allí, solo en la oscuridad, envuelto por el arrullo tridimensional de las cascadas que se desparramaban por sus sentidos hipnotizados por la avanzada tecnología que lo reproducía envolventemente, comenzó a repetir su nombre una y otra vez, como si con ello pudiera recuperar algo perdido, y así se mantuvo por bastante rato. Después se levantó poco a poco y se fue al baño. La luz se encendió como por arte de magia. Se dirigió dichoso al espejo dispuesto a pronunciarlo de nuevo frente a su imagen, pero cuando se dispuso a hacerlo se observó y se percato de que aquel rostro, aquel perfil, todo lo que este conformaba, sus ojos oscuros, su pelo castaño, su piel arrugada y blancuzca, su nariz achatada, sus mofletes enjutos... Todo le era ajeno y todo ello formaban un enigma y un desencanto devastadores por que le demostraban nuevamente que seguía siendo ese desconocido que no quería ser, y de nuevo esa mirada triste, esa sensación agria, ese gesto carcomido se alojó en sus entrañas incómodamente y no pudo hacer otra cosa que llenar de nuevo la bañera y retirarse del mundo en el tibio acomodo de su fluidez.

Paradójicamente, con el único que realmente trabó algo de amistad fue con un sintético de lustrosa piel blancuzca que demostraba una auténtica y esmerada disposición hacia él, en contraposición del personal sanitario, que o

bien le veían como un ser extraño o bien le trataba como un mero producto de laboratorio carente de necesidades y objetivos. Eso le dolía bastante. Ser un cobaya pasó de ser algo entretenido a ser algo desagradable, casi insoportable. Aquellas cuatro paredes vestidas de la más alta tecnología tridimensional no era óbice para sentirse como un animal enjaulado. Todas esas panorámicas de una naturaleza radiante y dinámica no le hacían más que suponer que más allá de sus muros el mundo le aguardaba para darle la bienvenida, y eso era algo que le excitaba y le inquietaba a la vez. Sin embargo Clode, como llamaban al ser artificial, pasaba de curiosidades morbosas, de observaciones insidiosas, de terminología pedante; en definitiva, no mostraba en él ningún tipo de interés científico, sino emocional, casi espiritual, místico. Decía que él era una criatura pura, libre de prejuicios, de pasado y presente, exento de convencionalismos y redimido de las excentricidades e imperfecciones de un ser humano deteriorado y distante de sí mismo. Le decía que era como estar libre de la parte mala del ser humano pero poseer intacta la parte positiva, la que les hacía más sublimes y liberales, y lo decía totalmente convencido, como no iba a ser así por parte de un desarrollado ente, aunque artificial, al fin de al cabo. Robert no lo veía así; es más, aunque le gustaba oirlo de su filtrada voz no le entendía lo más mínimo cuando razonaba con esa estúpida y rebuscada metafísica programada. Sin embargo Clode siempre le respondía que, aunque era una máquina con cerebro positrónico y una serie de patrones pre-programados para reaccionar ante un buen número de situaciones, estaba dotado de un micro-chip, integrado en su placa, que le había permitido aprender desde cero, como un niño chico, como él mismo, y que esas

conclusiones las había sacado por sí mismo, no por ningún software o hardware incorporado, sino por un conjunto de experiencias personales y de ideas que habían madurado lentamente dentro de sus circuitos de meta-silicio. Ambos se pasaban largos ratos intercambiando ideas, cuando las ocupaciones y los médicos lo permitían, y hablaban de cualquier cosa, habitualmente temas generales y trascendentes, sobre la existencia, la vida, la muerte, el pasado, y esa clase de cosas. Pero en una ocasión Robert puso a prueba su personalidad. Sabía que este siempre intentaba ser muy cuidadoso en cuanto lo que le decía y nunca le informaba, al menos de forma específica, sobre asuntos que le fueran espinosos como por ejemplo el exterior, así que le pidió que buscara información sobre sí mismo, pero información de verdad, no la que constaba en los expedientes, sino algo que le sirviera de verdad, como por ejemplo que clase de persona había sido, si había dejado descendencia o tenía algún familiar lejano, dónde se había desarrollado su niñez, y ese tipo de cosas. En realidad era un intento desesperado por reconocerse, por descubrirse a sí mismo y volver a recuperar algo muy importante de su pasado, por que, a pesar de las terapias psicológicas que intentaban demostrarle lo contrario, cada día que vivía se sentía como más perdido, más errante, y las sesiones virtuales de integración e inserción social no le servían para nada, por que, aunque lograban ser tremendamente inmersas, siempre sabía que se trataba de una mera escenificación informática y nada más. Cuando Clode oyó su petición no dijo nada, ni siquiera mostró una mueca de discordia o sorpresa en su homogéneo y perfilado rostro, tan solo le observó por un segundo con un gesto impreciso y directo y salió de la

habitación con una afable frase de despedida, como solía hacer habitualmente.

El periodo de aceptación y asimilación fue muy duro, pero las subsiguientes etapas fueron aún peor. A veces un intenso dolor de cabeza le hacía recordar ingratamente que había sido un fiambre por demasiado tiempo. Otras veces una extraña sensación de vértigo y frío, e incluso un dolor macerante y penetrante que martirizaba sus músculos le hacían caer en la cuenta de que tal vez seguia perteneciendo al mundo de los muertos, y este, de una manera u otra, le reclamaba para sí. El caso es que las pruebas médicas aumentaron, y con ellas la contrariedad del hermetismo y el agobio de la incertidumbre. Como si de un preludio de su propio tormento se tratara, pesadillas abstractas terminaron por diluir su necesario descanso. Eran voces que le reclamaban, rostros abstractos que habían tenido algo que ver él, aunque no sabía de que forma ni en calidad de qué. A veces era el típico sueño del que se precipita sobre un agujero sin fondo, otras veces eran gemidos y jadeos que pedían ayuda con una especie de eco de ultratumba, y aún en otras habían rostros que se deformaban hasta hacerse siniestramente cómicos. Estuvo a punto de volverse loco, pero, curiosamente, Clode lo salvó de ello. Una de las veces que coincidió con él, cuando recogía su almuerzo o su cena, (pues ya hacía algún tiempo que su estómago toleraba algún tipo de alimento sólido) o cuando podía escabullirse por un momento de sus quehaceres, le dijo que había estado muy ocupado buscando por todas partes algo sobre él, y que no había podido encontrar mucho. Había rebuscado en hemerotecas digitales, en centros de datos alternativos, en archivos históricos, en fin, había realizado un trabajo de indagación más propio de un

sabueso de la investigación que de una humilde unidad auxiliar, y había descubierto cosas como por ejemplo el nombre de su mujer y de sus hijas, su próspero negocio industrial, su lugar y fecha de nacimiento y de defunción, algunos cotilleos sociales sin importancia de su familia y la fecha del fallecimiento de su esposa Laura, al parecer de causas naturales, unos diez años más tarde, y la muerte en un accidente de tráfico de su hija Dana, un año antes que la de su mujer. Además de eso, Clode había conseguido imprimir unas pequeñas fotografías en blanco y negro de estas dos, pero de su otra hija no había conseguido nada en absoluto, porque al parecer, había pasado más desapercibida. El las recibió con una sensación contradictoriamente amarga en su alma. Por una parte estaba sumamente complacido de recibir esas decoloradas imágenes que pertenecían a su pasado, a sí mismo, pero por otra había una gran agonía que golpeaba su corazón por el hecho de no poder recordarlas a cabalidad, tanto así que ni siquiera tenía una imagen clara de su otra hija, de cuya existencia sabía porque en uno de esos vetustos artículos se mencionaba su nombre, Mary. Se sentía casi como un traidor. Era una sensación que intentaba evitar pero que se mantuvo alojada dentro de su ser por mucho tiempo.

En otra ocasión, Clode, su único contacto con el exterior, le explicó que los médicos estaban efectuando un estudio científico sobre sus evoluciones físicas y mentales. Por una parte, su cuerpo, después de haber experimentado un claro auge después de la "resurrección", había comenzado a sufrir un cierto deterioro, sobre todo, a nivel molecular, y esa era la razón de los dolores, los mareos y demás. Eso lo estaban combatiendo con diversos fármacos regeneradores, así

como con los nano-robots reparadores y con las pastillas "anti-envejecimiento". Pero por otra parte estaba la vertiente psicológica, más abstracta y más compleja, si cabía. Sus evoluciones habían sido un tanto diferentes a las esperadas. Después del despertar, y de una primera fase de confusión y desorientación que eran normales, se suponía que con las diferentes terapias se iba a lograr su asimilación e inserción en un entorno diferente y hostil, por lo novedoso, pero no fue así. El hecho de potenciar su individualidad y de no permitir que ningún resquicio de su pasado anclara su frágil personalidad a este no dio los resultados esperados. Así que le esperaban nuevos tratamientos, aparte de las consabidas charlas y las envolventes situaciones virtuales. Clode le avisó y no se equivocó en nada. Fármacos químicos lo expusieron al borde del delirio, drogas visuales le arrastraron a un precipicio caleidoscópico que intentaba empañar sus sentidos. Terapias agresivas que resultaron demasiado contraproducentes.

Con el devenir de los acontecmientos y el transcurrir del tiempo, Robert consiguió ocultar sus sentimientos y mostrar la parte de su alma que los demás querían ver. Como un fiero soldado, logró adaptarse a las circunstancias y no hacer que estas le desbordaran. Las ocultas fotos de su mujer y de su hija eran su energía. Cuando las miraba, aparte de llorar como un niño pequeño, conseguía sentir la candidez de sus miradas, el calor de sus ojos, la vitalidad de sus almas. Era como si el amor también fuese impreso en las fotografías y pudiera percibir una porción de este cuando las contemplaba. Por eso se dedicó a dibujar, en un intento de establecer un imaginario puente entre su mundo pasado y el actual, mientras maldecía en su interior el día

que decidió pasar a la posteridad como un auténtico espectáculo de circo. Pintaba rostros de mujeres, o más bien, de niñas adolescentes, rostros que veía en su cabeza, imaginando que cuando de sus torpes manos surgiera el rostro de Mary, sin duda lo sabría, como si se tratara de una iluminación divina o algo así, pero el caso es que, a fuerza de reincidir, se hizo un hábil retratista y pronto llenó un álbum con hermosos rostros melancólicos, hasta que se dio cuenta de que en ninguno de ellos se encontraba Mary, pero que de alguna manera que no sabía adivinar, todos tenían algo de ella; estaba retratada en todos y cada uno de ellos, en un gesto o con una particularidad diferente.

Por aquel entonces los médicos habían comenzado a perder interés en él, así que hicieron planes para trasladarlo, a pesar de su sorpresa, a otro lugar que le prometieron le gustaría más. No volvió a ver más a Clode, y eso le entristeció sobre manera. Era el único que le había mostrado algo de amistad y de compasión, el único que había conseguido comprenderle, y así se lo hizo saber la última vez que se vieron, y por un instante creyó que este iba a llorar, y aunque no ocurrió así, sintió que ese conjunto de fluidos sintéticos, micro-ships y piel artificial era más humano de lo que nunca lo había sido nadie que hubiera conocido en su nueva aventura criogénica.. A pesar de eso estaba contento por que le habían permitido llevarse su álbum de dibujos, y eso era lo más valioso que poseía, y además por que tenía ganas de cambiar de ámbito, aunque le inquietaba el hecho de la incertidumbre que ello suponía, pero aquel maldito hospital se había convertido en algo muy parecido a una prisión, en algunos aspectos peor, por que ni siquiera tenía ventanas al exterior, tan solo esas grandes

proyecciones virtuales que eran lo único agradable pero que a veces resultaban tremendamente contraproducentes.

Le hicieron subir en uno de esos veloces ascensores herméticos hasta la cima del cielo, según pudo calcular, pero cuando llegó al final del trayecto se sorprendió de no ver la bóveda celeste, sino tan solo una especie de galería por donde pululaba una ingente cantidad de personas de rostros melancólicos y gestos estirados, como si alguna cruel razón los mantuviera ensimismados y tensos. Un vehículo que parecía un tanque lo engulló unos metros más adelante. No tenía hélices ni nada parecido. Este se deslizó con suavidad hasta alcanzar el límite de la plataforma y cuando salió de esta después de que una puerta metálica se apartase casi milagrosamente de su camino se dio cuenta que habían salido a la calle y no al firmamento, por encima de la ciudad, como esperaba después de esa prolongada ascensión. Aunque iba un acompañante con él, no necesitó preguntarle sobre ello, por que enseguida adivinó que aquel hospital era una especie de gigantesco cilindro enterrado en el subsuelo casi hasta los mismos infiernos, y que allá abajo se desarrollaba una vida frenética e incongruente, como si fueran hormigas en sus galerías subterráneas. Era un mundo subyacente que el sol nunca había bautizado en el cual las únicas luces que habían impregnado sus rincones eran las luces de neón de las angostas travesías o las de los otros vehículos, dándole un aire tétrico, luctuoso y sombrío, un mundo cuyas raices se habían desarrollado buscando la vida bajo la oscuridad y no hacia la luz, como las poderosas raices de un árbol gigantesco, y cuya motivación no lograba a dilucidar.

A pesar de eso Robert intentó ver el cielo, pero lo hizo a través de una especie de cúpula de plástico que cubría toda la periferia hasta donde sus ojos llegaban. Era como si la carretera estuviera protegida por una especie de manga o algo así, pero eso no era todo. Hasta dónde su vista alcanzaba y en lo que pudo contemplar, al menos en lo que era dentro de la gigantesca megalópolis, todo estaba fraccionado con distintos tipos de recubrimientos de aleación, como formando una especie de puzzle piramidal y desmedido. Y eso fue así hasta que salieron de la ciudad. Cuando esto ocurrió los cristales se tintaron de tal forma que dejaron de ser transparentes, y las malditas imágenes holográficas se reprodujeron tan nítidamente que por un momento Robert deseó saltar dentro de la hermosa y abundante cascada y quedarse allí para siempre. El acompañante notó su perplejidad y le explicó que era para protegerlos de la nocividad de la atmósfera. Por una parte estaba lo de las lluvias ácidas, y por otro lado lo de la capa del ozono. Le explicó muy sucintamente las nefastas consecuencias de la explotación del hombre a principios del siglo veintiuno, y sus consecuencias a medio y largo plazo. La expoliación de los bosques, la contaminación de los mares, el deterioro de la capa del ozono, la emisión descontrolada de los gases industriales y de los millones de vehículos de carburación, el efecto *smog*... En fin, todo un proceso que había deteriorado a la tierra y a sus habitantes de forma extraordinariamente nefasta, y los había convertido en una sociedad decadente y triste, tal como Robert los veía. El inquirió por ese tipo de paisajes que solían poner en los reproductores holográficos del hospital y que en ese momento eran reproducidos en el interior del mismo vehículo, y aquel ser lanzó una esquilmada sonrisa

impregnada de ironía y desconcierto, y le respondió que esos lugares estaban a miles de kilómetros de allí, y que probablemente no volvería a estar en uno de ellos en lo que le restara de vida, por que brillaban precisamente por su ausencia y su inaccesibilidad.

Después de un buen rato de trayecto llegaron a una aislada colina donde se encontraba una extraña residencia que se asemejaba más a lo que él había conocido y a su vida pasada que a esta. Se trataba de una gran edificio de tres plantas de un agradable tono beig que, después de sobrepasar sus desconcertantes murallas de alambre del exterior, se le manifestó como un lugar extrañamente acojedor y confortable. Era otra prisión, y eso era algo que no dejaba de sorprenderle, pero al menos dejaba de ser un lugar aséptico y funcional y parecía estar saturado de rincones imprecisos e íntimos. Admiró los árboles de frondosas hojas ocres y la brillante hierba, que más tarde descubriría sintética, pero al menos era mejor que ese suelo enmoquetado y pulcro del hospital. Y descubrió pajarillos e insectos. Molestas criaturas que le devolvieron el interés por todo aquello que le rodeaba. Aquel lugar resultó ser una morada ideal, no solo por las condiciones de esta, sino también por que en él se había reunido un gran número de criogénicos de todo el país que habían sufrido un proceso muy parecido al suyo. Por una vez los médicos parecían haber acertado. Era como retirarlos de un mundo extraviado y sujeto a sus propias drogas tecnológicas y haberlos colocado en una burbuja que había retrocedido en el tiempo lo suficiente como para hacerles sentir casi en casa de nuevo. Allí algunos de los recuerdos fueron aflorando poco a poco de lo más íntimo del subsconciente, y eso suponía la mayor felicidad para cualquier criogénico. Era algo deseado y

algo que se compartía, y todos eran partícipes de sus recuerdos y hablaban de ello constantemente. Y así Robert pudo recuperar fragmentos de su vida y a su mujer y a sus hijas y a sí mismo. Pese a lo triste que era, había recordado que les había hecho prometer a las tres mujeres de su vida correr su misma suerte, pero Dios sabe por qué razón, tal vez tuviera algo que ver con el sentido común, ninguna había cumplido su palabra. Pero se alegraba de haberles ahorrado toda esa desazón y de todo ese aciago periplo. Todo ocurrió muy lentamente. No fue como levantarse y darse cuenta que había ocurrido de súbito o como chascar los dedos y que surgiera como por arte de magia. Fue un proceso arduo y lento. Pero valió la pena. Fue un alma perdida que recobró, junto a las demás, su lugar y la cordura necesaria para emprender el camino. De esta forma, y después de que con el tiempo incluso pudo ser libre y estar legalmente capacitado para seleccionar su propio camino y su propia vida, eligió la senda de la naturaleza y renunció al tratamiento "anti-degeneración" en espera de que su destino se aproximara lo suficiente como para llevárselo al lugar dónde los entes se desvanecen en una especie de sueño profundo y embriagador, por que aquel mundo no le ofrecía nada que realmente necesitase o envidiase, pero sin dejar de disfrutar de los años que aún le quedasen por delante, de sus amigos de aventura, de sus recuerdos y de los hermosos retratos de Laura, Dana y Mary, que realmente serían inmortales en su memoria y en las estanterías y las paredes de aquel lugar bendito y sagrado que le vio renacer y le vería morir de nuevo y para siempre...